

Orígenes

HOMILÍAS SOBRE
JEREMÍAS

HOMILÍA I

¿Cuándo empezó a profetizar Jeremías, bajo
qué reyes profetizó y qué le dijo
después el Señor?

1. Dios está presto para hacer el bien, pero es lento para castigar a los merecedores de castigo¹. Así pues, pudiendo infligir el castigo a los que condena sin decirles nada, sin prevenirles, no hace esto en absoluto, sino que, incluso cuando condena, habla, para que, al hablar anticipadamente, aparte de su condena al que había de ser condenado. De esto se pueden tomar muchos ejemplos de las Escrituras, pero bastan unos pocos, que vienen ahora a cuento, para captar la intención de lo leído previamente. En efecto, los Nínivitas se habían hecho pecadores y habían sido condenados por Dios: *dentro de tres días Nínive² debía ser des-*

*truida*³; Dios no quiso condenarla sin avisar, sino que, *dán-
doles ocasión de arrepentimiento*⁴ y de conversión, les envió
a un profeta hebreo a fin de que, después de decirles: *Den-
tro de tres días, Nínive será destruida*, los condenados no
fuesen condenados, sino que, por el arrepentimiento, obtu-
viesen la misericordia divina. Los habitantes de Sodoma y
de Gomorra habían sido condenados como se desprende
claramente de las palabras de Dios a Abrahán⁵; pero, de
modo semejante, los ángeles hicieron lo que les correspon-
día, queriendo que se salvaran los que rehusaban ser salva-
dos, cuando le dicen a Lot: *¿Tienes aquí yernos, hijos o
hijas?*⁶; ellos no ignoraban que aquéllos no seguirían a Lot⁷,
sino que hacían lo propio de la *bondad y filantropía*⁸ del
que les había enviado.

2. Lo mismo encontraréis por lo que se refiere a Jere-
mías⁹. El texto alude al tiempo de su actividad profética:

cuándo empezó a profetizar y hasta cuándo profetizó. Si el que lee no se aplica a la lectura ni busca la intención¹⁰ del pasaje que se ha leído, dirá: es historia¹¹ y cuenta cuándo comenzó a profetizar Jeremías y después de cuánto tiempo de actividad profética dejó de profetizar; pero ¿qué me importa a mí esta historia? Al leer, he aprendido que empezó a profetizar *en los días de Josías, hijo de Amós, rey de Judá, hasta el año décimo tercero de su reinado*¹²; después, que *vivió en los días de Joaquín, hijo de Josías, rey de Judá*¹³, profetizando *hasta cumplirse el año undécimo de Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá*¹⁴; he aprendido también que su actividad profética se extendió a tres reyes *hasta la deportación de Jerusalén en el mes quinto*¹⁵. ¿Qué se nos enseña, pues, por medio de estas cosas, si nos aplicamos a la lectura?

3. Dios condenó a Jerusalén por culpa de sus pecados, y sus habitantes habían sido sentenciados a ir a la deportación. Asimismo, llegado el momento¹⁶, Dios, en su filantropía, envía a este profeta bajo el tercer reinado anterior al de la deportación para que los que quisiesen pudieran reflexionar y arrepentirse gracias a las palabras del profeta. También le había encargado profetizar en el segundo reina-

do, tras el primero, e incluso en el tercero, hasta los tiempos de la cautividad misma¹⁷. Porque Dios, en su magnanimidad, concedía una tregua hasta la víspera, por así decir, de la deportación, exhortando a los oyentes a arrepentirse a fin de suprimir la tristeza de la cautividad. Por eso, está escrito que Jeremías profetizó *hasta la deportación de Jerusalén, hasta el mes quinto*¹⁸. La deportación había comenzado cuando Jeremías estaba todavía profetizando más o menos en estos términos: Habéis sido hechos prisioneros; aún así, arrepentíos, porque si os arrepentís, los sufrimientos de la cautividad no se prolongarán, sino que la misericordia de Dios se extenderá a vosotros.

Tenemos, por tanto, algo útil¹⁹ en el pasaje que refiere los tiempos de la profecía, a saber, que Dios, de acuerdo

con su filantropía, exhorta a los oyentes para que no sufran las penas de la cautividad. También a nosotros nos sucede algo semejante. Si pecamos, también nosotros debemos convertirnos en cautivos, porque *entregar a tal hombre a Satanás*²⁰ no difiere en nada de entregar a los habitantes de Jerusalén a Nabucodonosor²¹; pues del mismo modo que fueron entregados a éste por sus pecados, así nosotros somos entregados por nuestros pecados a Satanás, que es Nabucodonosor²². Y hablando de otros pecadores dice el Apóstol: *A los cuales entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar*²³.

4. Considera cuán grande mal es pecar para *ser entregados a Satanás*, que tiene cautivas a las almas de los abandonados por Dios²⁴; pero Dios no abandona sin motivo ni juicio a los que ha abandonado²⁵. En efecto, cuando envía

la lluvia sobre la viña y la viña produce *espinas* en lugar de *racimos*, ¿qué hará Dios sino mandar a las nubes que no lluevan sobre la viña?²⁶.

También a nosotros nos amenaza, pues, una cautividad por causa de nuestros pecados, y si no nos arrepentimos debemos ser entregados a Nabucodonosor y a los Babilonios, para que los Babilonios espirituales²⁷ nos torturen. Urgiendo estas cosas, las palabras de los profetas, las palabras de la Ley, las palabras de los apóstoles, las palabras de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, nos hablan de arrepentimiento, nos invitan a una conversión. Si las escuchamos, demos fe al que ha dicho: *Y yo me arrepentiré de todos los males que hablé de hacerles*²⁸.

5. Esto, por lo que se refiere al preámbulo. Pero después del preámbulo está escrito que *la Palabra del Señor vino a él*²⁹, es decir, a Jeremías. ¿Y qué le dice la Palabra del Señor? Algo excepcional por comparación con lo dicho a los demás profetas. Esto, en efecto, no lo encontramos dicho a ningún profeta: Abrahán recibió el nombre de profeta donde se dice: *Él es profeta e intercederá por ti*³⁰, y Dios no le dijo: *Antes de haberte formado en el vientre materno, yo te conocía, y antes de que salieses del seno de tu madre, yo te he santificado*³¹; al contrario, Abrahán fue santificado más

tarde, cuando salió *de su tierra y de su parentela y de la casa de su padre*³². Isaac nació de una promesa y, sin embargo, no encontramos que se le hubiera dicho esta palabra; y ¿qué necesidad hay de pasar revista a los [profetas] siguientes?³³.

Jeremías recibió un don excepcional: *Antes de haberte formado en el vientre materno, yo te conozco, y antes de que salieses del seno de tu madre, yo te he santificado*³⁴.

6. No ignoramos que algunos, pensando que estas palabras sobrepasan a Jeremías, las refieren a nuestro Salvador y Señor. Conviene saber que muchas de las frases que voy a citar se adecuan al Salvador y pueden aplicarse a Él, pero algunas –pocas– de las palabras dichas a Jeremías resultan embarazosas en esta interpretación, no pudiendo, a juicio de muchos, aplicarse al Salvador. ¿Cuáles son, por tanto, las que se ajustan al Salvador? *A todos aquellos a los que yo te envíe, irás, y todo lo que yo te mande, les dirás; no les tengas miedo, porque yo estoy contigo para salvarte, dice el Señor*³⁵. Aún no aparece con claridad que estas palabras se refieran al Salvador, pero sí las que siguen: *Entonces, extendió el Señor su mano hacia mí y tocó mi boca, y me dijo el Señor: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca; he aquí que yo te he establecido hoy sobre naciones y reinos para extirpar y destruir*³⁶. ¿Qué naciones extirpó Jere-

mías? ¿Qué reinos destruyó? Porque está escrito: *He aquí que yo te he establecido hoy sobre naciones y reinos, para extirpar y destruir*³⁷. Pero ¿qué poder³⁸ tenía Jeremías para *destruir*, puesto que semejante término se aplica a Jeremías en este lugar: *y para destruir*? ¿Y a cuántos ha edificado Jeremías para que se diga: *y para edificar*? Jeremías declara: *Yo no les ayudé, ni nadie me ayudó a mí*³⁹. ¿Cómo, pues, le ha sido dado *edificar y plantar*?⁴⁰. ¿En qué modo conviene a Jeremías lo de *plantar*?⁴¹. Referidas al Salvador, estas palabras no incomodan al intérprete, porque aquí Jeremías es figura⁴² del Salvador. Pero las que voy a citar a continuación resultan muy embarazosas incluso para el intérprete más sagaz, cuando se propone hacer ver cómo pueden convenir también ellas al Salvador: *Y yo dije: ¡Ah, Señor, que eres un maestro exigente, mira que no sé hablar!*⁴³. El que es *Sabiduría*, el que es *Potencia de Dios*⁴⁴, el que nos ha traído *la plenitud de la divinidad* que residió *corporalmente* en Él⁴⁵: ¿cómo puede, pues, aplicarse al Salvador el texto que dice: *no sé hablar*⁴⁶? Además, se prohi-

be referir al Salvador aquello de *yo soy un muchacho*⁴⁷, como si no hablase correctamente. Porque si el Señor le dice: *No digas eso*⁴⁸, es evidente que le prohíbe esta expresión, porque no es conveniente.

Estas frases, por tanto, no se acomodan al Salvador, mientras que aquéllas no parecen desdeñarse de Él. No sería difícil decir que unas se refieren a Jeremías y otras al Salvador. Sin embargo, el hombre juicioso se sentirá muy incómodo con este pasaje, al darse cuenta de que no es sensato introducir en la concatenación del texto una ruptura entre las palabras dirigidas a Jeremías y las dirigidas al Salvador, diciendo que unas no se aplican a Cristo, sino a Jeremías, y las otras, puesto que sobrepasan a éste, no se aplican a Jeremías, sino a Cristo. Admitamos, pues, que todo el pasaje se refiere a Jeremías y expliquemos lo que parece sobrepasarle⁴⁹. 7. Todo el que ha recibido palabras de Dios y tiene la gracia de las palabras celestes, las ha recibido para *extirpar y destruir naciones y reinos*⁵⁰; pero cuando se dice que todo el que ha recibido palabras de Dios *extirpa naciones y reinos*, no me entiendas los términos *naciones y reinos* en sentido corporal⁵¹, sino que, teniendo en cuenta que

el pecado reina en las almas humanas⁵², según la palabra del Apóstol: *¡Por tanto, que el pecado no reine en nuestro cuerpo mortal!*⁵³, y viendo que hay muchas especies de pecado, debes entender alegóricamente por naciones y reinos las bajezas que se encuentran en las almas de los hombres, bajezas que son *extirpadas y destruidas* por las palabras de Dios dadas a Jeremías o a cualquier otro. Y de este modo pueden aplicarse a Jeremías tanto esas primeras palabras, que resultan embarazosas referidas al Salvador, como las segundas, cuando se las sabe interpretar alegóricamente⁵⁴.

Se me dirá desde el auditorio: aclara también la otra frase⁵⁵ e intenta explicar todo el pasaje que se aplica al Salvador⁵⁶. Respecto de la segunda parte no hay dificultad, pues es claro que el Salvador *ha extirpado* los reinos del diablo y *ha destruido* las naciones suprimiendo la vida pagana; pero allí, por atenernos a lo que parece injurioso en relación con el Salvador, aclara un poco cómo puede decir éste: *Yo no sé hablar, porque soy un muchacho*⁵⁷, y lo que sigue.

Ves que el pasaje resulta embarazoso: nosotros sabemos que el Salvador es Señor y procuramos que estas palabras se apliquen al Salvador de manera digna del Verbo y conforme a la verdad⁵⁸. Es preciso tomar las Escrituras por tes-

tigos, pues sin testigos nuestras conjeturas y exégesis carecerán de crédito; y la regla que dice: *Toda sentencia quedará zanjada por boca de dos o tres testigos*⁵⁹, se ajusta más a la explicación de textos que a los hombres; ello requiere que yo funde las palabras de mi interpretación acudiendo a *dos testigos*: el Nuevo y el Antiguo Testamento, y tomando *tres testigos*: un evangelio, un profeta y un apóstol; pues así *quedará zanjada toda sentencia*⁶⁰. ¿Cómo, podemos, pues, aplicar al Salvador las palabras en cuestión? He aquí el testimonio del Antiguo Testamento⁶¹: *Porque antes de que el niño sepa distinguir entre el bien y el mal, se apartará de la maldad para elegir el bien*⁶². En Isaías se ha dicho muy claramente del Salvador: *He aquí que la Virgen concebirá en su vientre y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel*⁶³, y en este contexto se agregan las palabras: *Antes de que el niño sepa*. Pero si se precisa también tomar un ejemplo del Evangelio⁶⁴, antes de ser adulto, no siendo todavía más que un niño, Jesús, puesto que *se despojó a sí mismo*⁶⁵, *progresaba* –nadie, en efecto, progresa si ya ha alcanzado la perfección; progresa el que tiene necesidad de progresar–; *progresaba*, pues, *en edad*, *progresaba en sabiduría* y *progresaba en gracia delante de Dios y de los hombres*⁶⁶. Porque si *se despojó*, descendiendo hasta aquí abajo,

y si, despojado, volvía a tomar todo aquello de que se había despojado, pues se había despojado voluntariamente, ¿qué hay de extraordinario en que Él haya progresado *en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres* y en que se haya hecho realidad en Él la profecía: *Antes de que sepa distinguir entre el bien y el mal, escogerá el bien y se apartará del mal*⁶⁷, y las demás palabras de Isaías que he citado?⁶⁸.

8. Pero alguno dirá: aunque puedas referir al Salvador el *no sabe*⁶⁹, aunque puedas decir del Salvador algo parecido en su condición de niño⁷⁰, ¿no te resulta chocante emplear este lenguaje para hablar del Unigénito⁷¹, del *Primogénito de toda criatura*⁷², de aquel que antes de su concepción había sido objeto de esta buena noticia: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra*⁷³? ¡Y dice: *No sé hablar!* Mira si pue-

des encontrar en este pasaje algo honorable y grande del Salvador, tomando en consideración que cuando no sabe ciertas cosas es más grande no sabiéndolas que sabiéndolas. A propósito de esto, yo dispongo del testimonio de sus propias palabras atestiguando que *no sabe* algunas cosas. En efecto, a los que le dicen: *¿No hemos comido y bebido⁷⁴ en tu nombre y en tu nombre hemos echado demonios y hemos hecho muchos milagros?*, les responde: *Alejaos de mí, nunca os conocí⁷⁵. ¿Acaso el nunca os conocí, dicho allí por el Salvador, disminuye su potencia? ¿No la engrandece y la hace más admirable aún por el hecho de no haber conocido a los malvados y perdidos? No ha conocido, en efecto, más que a los aventajados y mejores: El Señor conoció a los que son suyos⁷⁶ y el que lo ignora, es ignorado⁷⁷.*

Luego el pecador *es ignorado* por Dios. Alguno de los oyentes me dirá: Has mostrado que Dios no conoce a los pecadores, ni a los *obradores de iniquidad⁷⁸*, porque no son dignos de su conocimiento. ¿Cómo, pues, vas a explicar que la frase *no sé hablar⁷⁹*, dicha por el Salvador, es grande y gloriosa? Hablar es humano⁸⁰; hablar es servirse de una lengua, como la de los hebreos, por ejemplo, o la de los griegos, o la de otros hombres. Si te elevas hasta el Salvador y le conoces como Verbo que estaba *en el principio junto a*

Dios, verás que no sabe hablar porque el lenguaje es humano, y porque lo que Él sabe está por encima del lenguaje. Y si comparas las *lenguas de los ángeles* y las *lenguas de los hombres* y sabes que Él es más grande incluso que los ángeles, como atestigua el Apóstol en la epístola a los hebreos⁸¹, dirás que, cuando era *Logos Dios junto al Padre*⁸² sobrepasaba también la *lengua de los ángeles*. Por tanto, Él aprende a recibir, por así decir, la ciencia no de las cosas grandes, sino de las inferiores y más pequeñas. Y del mismo modo que yo, esforzándome, aprendo a balbucear cuando hablo a los niños pequeños –porque, no sabiendo hablar, por así decir, en cuanto adulto, el lenguaje de los niños, debo hacer un esfuerzo para dialogar con los pequeños–, así también, el Salvador, estando *en el Padre*⁸³ y hallándose en la majestad de la gloria de Dios, no habla el lenguaje humano, no sabe hablar a los de abajo; pero cuando viene a un cuerpo humano, dice desde el comienzo: *No sé hablar, porque soy demasiado joven*⁸⁴: demasiado joven en virtud de su nacimiento corporal, pero anciano en cuanto *primogénito de toda criatura*⁸⁵; demasiado joven, porque vino *en la plenitud de los tiempos*⁸⁶ y porque su advenimiento a esta vida es tardío.

Dice, pues, *no sé hablar*, sé cosas demasiado grandes para decirlas, sé cosas que sobrepasan el lenguaje humano. ¿Quieres que hable a los hombres? Todavía no he asumido el dialecto de los hombres; yo tengo tu lengua, Dios, yo soy tu Palabra, Dios; a ti sé dirigirme, a los hombres *no sé hablarles, soy demasiado joven*⁸⁷. 9. *No digas: soy demasiado joven, porque a todos aquellos a los que yo te envíe, tú irás*⁸⁸;

entonces, Dios *extiende la mano, le toca la boca, le da palabras*, y se las da por causa de los reinos, para *extirparlos*⁸⁹. Sin embargo, el Salvador no tenía necesidad de palabras que *extirpasen* cuando estaba *en el Padre*⁹⁰, no tenía necesidad de palabras que destruyesen y aniquilasen el mal, pues allí no había nada que mereciese ser destruido, nada que mereciese ser extirpado.

Por tanto, lo mismo que decir: *No os conozco, porque sois obradores de iniquidad*⁹¹, es grande, lo es igualmente lo dicho por el Salvador a causa de la *grandeza inconmensurable de su gloria*⁹²: *el no sé hablar*⁹³, en el sentido de no saber hablar el lenguaje de los hombres. 10. Por lo que se refiere a las palabras: *Antes de haberte formado en el seno materno, yo te conozco*⁹⁴, ya se dirijan a Jeremías, ya al Salvador, lee el Génesis y observa lo dicho allí sobre la creación del mundo. Descubrirás que la Escritura, expresándose de manera muy dialéctica, no dice: antes de «haberte hecho» en el seno materno, yo te conozco; pues cuando era creado el [hombre] *a imagen [de Dios]*, *Dios dijo: Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*⁹⁵; no dijo: «plasmemos»; pero cuando tomó *limo de la tierra*, no «hizo» al hombre, sino que *modeló al hombre*⁹⁶ y *colocó en el paraíso al hombre que había modelado para que lo cultivase y lo custodiase*⁹⁷. Si eres capaz, presta atención a la diferencia existente entre la *hechura* y la *plasmación*, porque el Señor, dirigiéndose ya sea a Jeremías ya al Salvador, no dijo: Antes de haberte *hecho* en el seno materno, yo te conozco. La razón es que *lo hecho* no se halla en un vientre, sino *lo plas-*

mado del limo de la tierra: esto es lo que es creado en un vientre⁹⁸.

*Antes de haberte formado en el seno materno, yo te conozco*⁹⁹. Si el Señor conociese a todos los hombres –porque el *yo no sé hablar*¹⁰⁰ hay que ponerlo en relación con este versículo–, no le habría dicho a Jeremías como algo excepcional: *yo te conozco*. Luego Dios conoce a los hombres eminentes, Dios conoce a los que son dignos de su conocimiento, y *el Señor ha conocido a los suyos*¹⁰¹; a los indignos, en cambio, Dios no los conoce; tampoco los conoce el Salvador, que dice: *Nunca os he conocido*¹⁰². Nosotros, los hombres, en la medida en que progresamos, juzgamos que algunas cosas son dignas de nuestro conocimiento: de algunas no queremos siquiera oír hablar, para no conocerlas ni saberlas; otras, sin embargo, queremos conocerlas. ¿Y qué? El Dios del universo quiere conocer al Faraón, quiere conocer a los egipcios, pero ellos no son dignos del conocimiento de Dios. Moisés, en cambio, es digno, y todo profeta semejante a él. Es preciso que llesves a cabo muchas buenas acciones para que Dios empiece a conocerte; porque Él conocía a Jeremías *antes de haberle formado en el seno materno*¹⁰³, pero a otro lo empieza a conocer cuando tiene treinta años, cuando tiene cuarenta.

Hay, por tanto, palabras misteriosas que, aplicadas al Salvador, no reclaman indagación, pero que, aplicadas a Jeremías, exigen toda la atención de los *que tienen oídos para oír*¹⁰⁴. 11. ¿Por qué dice: *Antes de haberte formado en el seno materno, yo te conozco, y antes de que salieses del vientre de tu madre, te he santificado*¹⁰⁵? Dios santifica por sí mismo a algunos hombres; pero en este caso, no ha esperado a que naciese para santificarlo, sino que lo ha santificado ya antes de que saliese del vientre de su madre. Si aplicas el texto al Salvador, no hay dificultad en decir que, antes de salir del seno materno, ha sido santificado; si lo refieres al Salvador, no sólo ha sido santificado antes de salir del vientre de su madre, sino que ha sido santificado incluso ya antes. Pero este Jeremías fue santificado antes de salir del seno materno¹⁰⁶.

12. *Yo te he establecido como profeta para las naciones*¹⁰⁷. Si intentas explicar el versículo: *Yo te he establecido como profeta para las naciones*, como referido a Jeremías, debes

prestar atención a lo que sigue, porque se le manda profetizar *sobre todas las naciones*; además, nos encontramos este epígrafe: *Profecías que Jeremías profetizó sobre todas las naciones, sobre Elam*¹⁰⁸, *sobre Damasco*¹⁰⁹, *sobre Moab*¹¹⁰. Y, puesto que *profetizó sobre todas las naciones*, sostenemos que las palabras: *Yo te he establecido como profeta para las naciones*¹¹¹, se aplican a él en su literalidad. En cuanto al sentido espiritual, si se trata de Jeremías, acabamos de hablar de él, y si se trata del Salvador, ¿qué necesidad hay de hablar? Él *profetizó realmente sobre todas las naciones*, pues entre otras muchas cosas es también profeta: como es *sumo sacerdote*¹¹², salvador, médico, también es profeta. Así, Moisés, profetizando de Él, lo presentó no solamente como profeta, sino como el profeta por excelencia, cuando dijo: *El Señor Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo, a quien escucharéis. Y sucederá que el que no escuche a este profeta será exterminado y excluido de su pueblo*¹¹³. Él es, por tanto, el que fue puesto como profeta *para las naciones* y el que recibió de Dios una gracia *derramada en sus labios*¹¹⁴, para que, no sólo cuando estaba corporalmente presente, sino también ahora, que está virtualmente presente por el Espíritu¹¹⁵, profetice *sobre todas las naciones*, de modo que, a partir de todas las naciones, cumpla su profecía y conduzca a los hombres a la salvación.

13. *Y yo dije: Señor, que eres un amo exigente, mira que no sé hablar, que soy demasiado joven. Y el Señor me res-*

*pondió: No digas: soy demasiado joven, porque a todos aquellos a quienes yo te envíe, irás*¹¹⁶. Dijimos repetidas veces que se puede ser un niño según el hombre interior aun siendo viejo en edad corporal. Pero puede suceder también que se sea niño según el hombre exterior y hombre maduro según el interior. Así era Jeremías, que tenía ya la gracia de Dios siendo todavía un niño en cuanto al cuerpo. Por eso el Señor le dice: *No digas: soy demasiado joven*¹¹⁷, y la señal de que no era demasiado joven, sino *un hombre hecho*¹¹⁸, es lo que sigue: *A todos aquellos a quienes yo te envíe, irás, y todo lo que yo te mande decir, lo dirás. No les tengas miedo*¹¹⁹. El Logos de Dios sabe de los peligros que los ministros de la Palabra corren entre sus oyentes; pues los que son censurados les odian y los reprobados les persiguen. Los profetas sufren toda suerte de males: *Un profeta no es despreciado más que en su propia patria y en su casa*¹²⁰, como hemos recordado recientemente¹²¹.

Luego Dios, al enviar al profeta, conoce todos los peligros que correrá, y le dice: *No les tengas miedo, porque yo estoy contigo para salvarte, dice el Señor*¹²². Los males que Jeremías sufrió están reseñados: fue arrojado a una *cisterna de lodo*¹²³; allí permaneció sin comer más que *un pan por día*¹²⁴ y sin beber más que agua, y otros muchos sufrimientos que su profecía nos ha mostrado que padeció. *¿Qué profeta no persiguieron vuestros padres?*¹²⁵, se les dice a los ju-

díos; y es inevitable que *los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús sean perseguidos*¹²⁶ por las potencias adversas con todos los medios que encuentran. Por eso, los perseguidos deben soportarlo todo sin extrañarse, pidiendo sólo ser perseguidos injustamente y no justamente, no por causa de una injusticia, no por un pecado, no por ambición. Y si un día uno es perseguido por causa de la justicia, oiga la bienaventuranza: *Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos, que de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros*¹²⁷.

14. *Porque yo estoy contigo para salvarte, dice el Señor. Y el Señor extendió la mano hacia mí y tocó mi boca, y el Señor me dijo...*¹²⁸. Observa la diferencia entre Jeremías e Isaías. Isaías dice: *Yo, hombre de labios impuros, habito en medio de un pueblo de labios impuros y he visto con mis ojos al Rey, Señor Sabaoth*¹²⁹; y, puesto que, según esta confesión, si no obras impuras, tenía al menos palabrillas impuras –pues no era pecador sino hasta ese punto– el Señor no *le extendió su mano*¹³⁰, sino que *uno de los Serafines tocó sus labios con su mano* y dijo: *He aquí que yo he apartado tus iniquidades*¹³¹; a Jeremías, en cambio, que había sido *santificado desde el seno materno*¹³², no se le envían *tenazas ni carbón del altar de los sacrificios*¹³³ –no tenía nada que mereciera el fuego–, sino que le tocó la *mano* misma del Señor¹³⁴.

Por eso dice: *El Señor extendió su mano hacia mí y tocó mi boca. Y el Señor me dijo: He aquí que he puesto mis palabras en tu boca, he aquí que te he establecido hoy sobre naciones y reinos para extirpar*¹³⁵. ¿Quién es lo bastante dichoso como para *extirpar* los muchos *reinos* que muestra el diablo¹³⁶, reinos de potencias adversas, reinos de pecado, mediante las palabras que Dios le da; pues está escrito: *He aquí que he puesto mis palabras en tu boca, he aquí que te he establecido hoy sobre naciones y reinos para extirpar*¹³⁷? Y lo mismo que hay *reinos*, hay también *naciones*. Hay, por ejemplo, un reino de fornicación; las naciones de la fornicación son cada uno de los actos de impureza. La codicia y el robo, que son pecados del mismo género, conforman un solo reino; pero donde hay muchas especies de pecado se dan también muchos reinos. Después, entiende por *naciones* sujetas al reino a cada uno de los pecadores; porque uno tiene, por así decir, muchas *naciones* sometidas al reino de la impureza, otro tiene numerosas *naciones* bajo el reino del robo, o de la calumnia, o de la ira. Obra es de las palabras de Dios enviadas sobre *naciones* y *reinos* *extirpar* y *destruir*¹³⁸. ¿Extirpar qué? El Salvador nos lo enseñó cuando dijo: *Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será extirpada*¹³⁹. Hay dentro de las almas cosas que *no plantó el Padre del cielo*; porque todos los *malos pensamientos, crímenes, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios,*

*difamaciones*¹⁴⁰ son plantas que no fueron plantadas por el Padre celeste. Y si quieres saber quién ha plantado tales pensamientos, escucha: *El enemigo hizo eso*¹⁴¹, el que sembró *la cizaña en medio del trigo*¹⁴². Dios, por tanto, está al acecho con sus semillas, y el diablo también: si *damos lugar al diablo*¹⁴³, *el enemigo siembra una planta que no ha plantado el Padre celeste* y que *será arrancada* completamente; si no damos lugar al diablo, sino a Dios, Dios siembra con gozo sus semillas en nuestra razón¹⁴⁴. No pienses, por tanto, que Jeremías haya recibido de Dios un triste don al haber sido *establecido sobre naciones y reinos para extirpar*¹⁴⁵. Dios es bueno cuando extirpa por medio de sus palabras las maldades¹⁴⁶, los *reinos* enemigos del reino de los cielos, las *naciones* hostiles al pueblo de Dios.

15. *Para extirpar y destruir*¹⁴⁷. Hay una construcción del diablo, hay una construcción de Dios. La construcción *sobre la arena*¹⁴⁸ es del diablo, pues no está apoyada en nada firme, sólido y unificado, pero la construcción *sobre la roca*¹⁴⁹ es de Dios. Mira lo que se dice a los hombres de parte de Dios: *Vosotros sois la plantación de Dios, la construcción de Dios*¹⁵⁰.

Luego las palabras de Dios son *sobre naciones y reinos para extirpar, destruir y aniquilar*¹⁵¹. Si uno *extirpa* y no *aniquila* lo extirpado, esto perdura; si uno *destruye*, pero no *aniquila* las piedras de las ruinas, lo destruido permanece. Obra es, pues, de la bondad de Dios, después de haber extirpado, *aniquilar* lo extirpado, después de haber destruido, *aniquilar* lo destruido¹⁵². A propósito de las cosas extirpadas y aniquiladas lee con suma atención cómo son aniquiladas: *Quemad la paja en un fuego inextinguible, haced haces con la cizaña y arrojadla al fuego*¹⁵³. Así es aniquilada, tras ser arrancada. ¿Quieres ver también lo que, después de la demolición, es *aniquilado* de la construcción con material malo? Esta casa, destruida por causa de la lepra, se convierte en *polvo*¹⁵⁴ y, hecha polvo, es arrojada *fuera de la ciudad*¹⁵⁵, para que no subsista una piedra, como en este versículo: *Los pisaré como barro de las calles*¹⁵⁶. Porque no es necesario en absoluto que las cosas malas subsistan; al contrario, son destruidas para evitar que tales piedras sean útiles para otra construcción que pueda levantar el maligno, y son extirpadas para que el maligno no encuentre de nuevo semillas en las cosas arrancadas y no siembre otra vez la *cizaña*¹⁵⁷; pues, dado que poseo todas las semillas de la cizaña, las ha sembrado. Por eso, *atad la cizaña y quemadla por completo en el fuego*¹⁵⁸ a fin de aniquilarla, tras ser arrancada, y que la construcción del diablo, tras ser demolida, quede aniquilada.

16. Pero las palabras de Dios no se detienen en esto: en *extirpar, destruir y aniquilar*¹⁵⁹. Supongamos, en efecto, extirpadas de mí las maldades, destruido lo malo; ¿de qué me sirve, si en lugar de lo extirpado no se plantan los bienes superiores¹⁶⁰; de qué me sirve, si en lugar de estas cosas no se vuelven a levantar cosas mejores? Por eso, las palabras de Dios, lo primero que hacen necesariamente es *extirpar, destruir y aniquilar*¹⁶¹, después de esto *construyen y plantan*. Y siempre observamos en la Escritura que las cosas que son, por así decir, de triste apariencia¹⁶² se nombran en primer lugar; después, en segundo lugar, se dicen las que parecen alegres: *Yo daré la muerte y la vida*¹⁶³. Dios no dijo: *Yo daré la vida*, y a continuación: *Yo daré la muerte*, porque es imposible que aquello a lo que Dios ha dado vida sea suprimido por él mismo o por algún otro; sino: *Yo daré la muerte y la vida*. ¿A quién daré muerte? A Pablo el traidor, a Pablo el perseguidor; y *le daré vida* para que venga a ser *Pablo, apóstol de Jesucristo*¹⁶⁴. Si los pobres herejes hubiesen entendido esto, no nos lanzarían continuamente esta frase diciendo: ¿Ves cómo el Dios de la Ley es cruel e inhumano¹⁶⁵ y cómo dice: *Yo daré la muerte y la*

*vida*¹⁶⁶? (Y tú) ¿no ves en las Escrituras una promesa de resurrección de muertos? ¿Acaso no te das cuenta de que la resurrección de los muertos tiene ya su prelude en cada uno: *nosotros hemos sido sepultados con Cristo por el bautismo* y hemos resucitado con Él?¹⁶⁷.

Luego Dios empieza por las palabras más tristes, pero inevitables; por ejemplo: *Yo daré la muerte*, y después de haber dado la muerte: *Yo daré la vida: Yo heriré y curaré*¹⁶⁸ —*pues el Señor corrige al que ama y azota a todo hijo que acoge*¹⁶⁹—, primero hiere y después cura, *porque Él mismo hace sufrir y devuelve la salud*¹⁷⁰. Así también aquí: *Yo te he establecido hoy sobre naciones y reinos para extirpar, destruir y aniquilar, para reconstruir y plantar*¹⁷¹. Lo primero es retirar de nosotros lo que hay de malo; Dios no puede construir sobre la mala construcción: *En efecto, ¿qué relación hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunión*

entre la luz y las tinieblas?¹⁷². Es preciso que el mal sea erradicado desde sus cimientos, es preciso que la construcción del mal sea totalmente destruida y evacuada de nuestras almas, para que inmediatamente después las palabras construyan y planten; porque no puedo entender de otro modo lo que está escrito: *He aquí que he puesto mis palabras en tu boca*¹⁷³. ¿Qué hacen estas palabras? *Extirpar, destruir y aniquilar*¹⁷⁴. Hay palabras que *extirpan naciones*, palabras que *destruyen reinos*, pero no los reinos materiales de este mundo. Debes entender lo extirpado y destruido por las palabras de una manera digna de esas palabras que *destruyen* y que *extirpan*¹⁷⁵. ¿No hay ahora mismo, en las palabras que estoy diciendo, una fuerza –si Dios la da, según lo escrito: *El Señor dará a sus evangelizadores una palabra con mucha fuerza*¹⁷⁶–, una fuerza que *extirpa*, si se topa con alguna in creencia, hipocresía, vicio o desenfreno? ¿No hay una fuerza que *destruye*¹⁷⁷, cuando en alguna parte se ha levantado un ídolo en el corazón¹⁷⁸, para que, destruido el ídolo, se

edifique un templo de Dios y en el templo reconstruido se manifieste la gloria de Dios¹⁷⁹ y se produzca no un *bosque sagrado*¹⁸⁰, sino *una plantación*¹⁸¹, un paraíso de Dios, en el que se halla el *templo de Dios*, en Cristo Jesús, *al que pertenecen la gloria y el poder por los siglos de los siglos? Amén*¹⁸².

HOMILÍA II

Sobre: *¿Cómo te has transformado en amargor, viña extranjera?*, hasta: *Si te lavas en salitre y te llenas de hierba, sigues manchada en tus iniquidades ante mí, dice el Señor.*

1. *Dios no hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes; pues Él lo creó todo para que subsistiera, y las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte ni imperio del Hades sobre la tierra*¹; después, dejando a un lado el texto, diré: *¿De dónde ha venido entonces la muerte?*². *Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo*³. Luego Dios había hecho lo mejor de nuestra condición, pero nosotros nos creamos el mal y los pecados. Por eso, también aquí, al comienzo de la lectura profética, decía como para ponerles en un aprieto a aquellos cuya alma estaba llena de un *amargor* contrario a la dul-

zura que Dios había puesto en ella: *¿Cómo te has transformado en amargor, viña extranjera?*⁴. Es como si dijese: Dios no hizo la cojera; al contrario, había dado a todos piernas fuertes y ágiles; pero hubo una causa que hizo cojear a los renqueantes; originariamente, Dios había creado sanos a todos los miembros, pero se produjo una causa que hizo que algunos padeciesen. Del mismo modo, el alma no sólo del primer hombre, sino de todo hombre, fue hecha *a imagen* –pues el *Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza*⁵, alcanza a todos los hombres⁶–, y, como en Adán, lo que la mayoría entiende por *a imagen*⁷ es anterior a lo sobreañadido a él cuando por causa de su pecado revistió *la imagen del terrestre*⁸, así en todos los hombres la imagen de Dios es anterior a la imagen mala⁹. Siendo pecadores, re-

*vestimos la imagen del terrestre*¹⁰; revistamos *la imagen del celeste* convirtiéndonos, dado que la criatura ha sido hecha a imagen del celeste.

Aquí, por tanto, la Palabra, en tono de reproche, plantea una dificultad a los pecadores: *¿Cómo te has transformado en amargor, viña extranjera?*, porque *yo te planté como viña fecunda, toda verdadera*¹¹. Se ha dicho con anterioridad, y os convenceré de ello resumiendo un poco, que Dios *plantó* el alma del hombre como una hermosa *viña*, pero que cada uno, *al cambiar*, vino a ser lo contrario de lo que quería el Creador: *Yo te planté como una viña fecunda, toda*, y no parcialmente, *verdadera*, no en parte verdadera y en parte falsa¹², sino *yo te había plantado como una viña fecunda, toda verdadera*, *¿por qué has cambiado*, cuando yo te había creado como una *viña toda verdadera?*, *¿por qué te has transformado en amargor y te has convertido en viña extranjera?*¹³.

2. Tras esto, veamos la frase: *Si te lavas en salitre y te llenas de hierba, sigues manchada en tus iniquidades ante mí, dice el Señor*¹⁴. ¿Algún alma pecadora creía, pues, que tomando *salitre* y lavándose en *salitre* material ponía fin a su mancha y a su pecado, y alguno suponía que, tomando esta *hierba* que limpia de tierra y lavándose y frotándose con ella purificaba su alma, dado que aquí la Palabra dice a la viña transformada en *amargor* y convertida en *extranjera*: *Si te lavas en salitre y te llenas de hierba, sigues manchada en tus iniquidades ante mí, dice el Señor?* No, pero es necesario saber que la Palabra tiene toda virtud: como la Palabra tiene virtud para engendrar toda Escritura, así también tiene capacidad para toda curación; siendo tan deterensiva, es la fuerza de todo cuanto purifica, *porque viva y eficaz es la Palabra de Dios, más cortante que espada de doble filo*¹⁵; y de lo que digas que tienes necesidad, eso se encuentra en el poder de la Palabra¹⁶.

Hay, por tanto, una palabra que es *salitre* y una palabra que es *hierba*, palabra cuyo solo enunciado purifica semejantes suciedades. Pero, dado que desde una palabra como ésta que es *salitre* y desde una palabra que es *hierba* no se cura todo pecado, sino que hay pecados que reclaman otro tratamiento distinto del *salitre* y de la *hierba*, se le dice al alma que creía que sus pecados podían lavarse en *salitre* y en *hierba*: *si te lavas en salitre y te llenas de hierba, sigues manchada en tus iniquidades ante mí, dice el Señor*. Y como de las heridas, hay algunas que se curan con *cataplasmas*, otras con *aceite*, y otras requieren un *vendaje*, y de este

modo sanan, pero hay otras heridas de las cuales se dice: *No es posible aplicar cataplasmas, ni aceite, ni vendajes; vuestra tierra es un desierto; vuestras ciudades, hogueras de fuego*¹⁷, así también hay pecados¹⁸ que manchan el alma, y para estos pecados el hombre tiene necesidad de una palabra de *salitre*, de una palabra de *hierba*, pero existen algunos pecados que no se curan de esta manera, pues ni siquiera son comparables a la suciedad¹⁹.

Por eso, mira cómo el Señor, que sabe distinguir entre los pecados, dice en Isaías: *El Señor lavará la suciedad de los hijos y de las hijas de Sión y limpiará la sangre de en medio de ellos con un viento de juicio y un soplo abrasador*²⁰: *suciedad y sangre; suciedad, con un viento de juicio; sangre, con un soplo abrasador*. Si tú no has cometido un pecado *de muerte*²¹, pero no obstante has pecado, estás manchado: *El Señor lavará, pues, la suciedad de los hijos y de las hijas de Sión y limpiará la sangre de en medio de ellos; y en seguida, la correspondencia a la suciedad con un viento de juicio y con un soplo abrasador a la sangre*²². La mayor

parte de nosotros, cuando pecamos más gravemente, no estamos necesitados de *salitre* o de *hierba amontonada*, sino del *soplo* de la *cauterización*.

3. Por eso Jesús bautiza –tal vez ahora encuentro la razón– *en Espíritu Santo y fuego*²³, no que bautiza al mismo individuo *en Espíritu Santo y fuego*, sino al santo *en Espíritu Santo*, pero al que, después de haber creído y haber sido juzgado digno del Espíritu Santo, ha pecado de nuevo, le lava *en fuego*²⁴, de modo que no es el mismo hombre el bautizado por Jesús *en Espíritu Santo y fuego*.

Dichoso, pues, el que es bautizado *en Espíritu Santo* y no tiene necesidad del bautismo de fuego y tres veces desgraciado aquel que tiene necesidad de ser bautizado en el fuego. Jesús, no obstante, posee ambas cosas. Está escrito, en efecto: *Saldrá una vara del tronco de Jesé y una flor brotará de su raíz*²⁵: *vara*, para los castigados; *flor*, para los justos. Asimismo, *Dios es fuego destructor*²⁶ y *Dios es luz*²⁷: *fuego destructor* para los pecadores, *luz* para los justos y los santos²⁸.

Y dichoso *el que tiene parte en la primera resurrección*²⁹, el que ha conservado el bautismo del Espíritu Santo. ¿Quién es el salvado en otra *resurrección*? El que tiene necesidad del *bautismo de fuego*, cuando venga delante de este fuego y el fuego *le pruebe*³⁰, y cuando este fuego encuentre *madera, forraje y paja*³¹ para quemarlos³².

Por eso, tras haber dicho estas cosas, reunamos en la medida de nuestras fuerzas las palabras de las Escrituras y depositémoslas en nuestro corazón, tratando de conformar a ellas nuestra vida por si acaso pudiéramos llegar a ser puros antes de la partida, de modo que, habiendo preparado nuestras obras para la partida, cuando salgamos, seamos admitidos entre los *buenos*³³ mismos y nos salvemos en Cristo Jesús, *al cual corresponde la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*³⁴.

HOMILÍA III

Sobre: *¿Acaso fui yo un desierto para la casa de Israel?*, hasta: *¿o una tierra desolada?*

1. Al comienzo del pasaje que se ha leído sobre Israel, dice el Señor que no ha sido para él *un desierto ni una tierra desolada*¹. ¿Quién, por tanto, llegado a este lugar no indagaría tratando de discernir la intención de lo escrito². Admitamos, dirá él, que Dios no ha sido *un desierto* en Israel, que no ha sido en Israel *una tierra desolada*: ¿Es que el Señor ha llegado a ser *un desierto* para Israel hoy, o es para él *una tierra desolada* ahora? ¿O qué? ¿Cuando no era para Israel *desierto ni tierra desolada*, era *desierto y tierra desolada* para las naciones? Porque si Dios no siempre es *desierto* para todos, ni para todos es siempre *tierra desolada*, ¿qué necesidad había de decirle a Israel en particular, a modo de excepción: *acaso fui yo un desierto para la casa de Israel, o una tierra desolada*³. Pues bien, cabe recurrir a los beneficios universales de Dios, y seguidamente, tras sus beneficios universales, a los particulares⁴.

2. Dios, que hace salir el sol para malos y buenos, no es *desierto* para nadie; no es para nadie *tierra desolada* el que hace caer la lluvia sobre justos e injustos⁵. ¿Cómo va a ser *un desierto* el que hace surgir el día y da la noche como reposo? ¿Cómo va a ser *un desierto* el que hace fructificar a la tierra? ¿Cómo va a ser un *desierto* el que suministra a cada uno en el alma lo que precisa para ser racional, para recibir ciencia y para ejercitar su inteligencia, y en el cuerpo, para tener *sentidos* despiertos?⁶. Dios no es *un desierto* para nadie desde un punto de vista universal; pero, considerado en su particularidad, vengo al caso de Israel y digo: no era *desierto* ni *tierra desolada* cuando en Egipto hacía los signos y prodigios para el pueblo; pero cada vez que los israelitas fueron abandonados, sin ser Él mismo desierto, vino a ser como *un desierto* para ellos. Ciertamente, cuando no era *desierto* ni *tierra desolada* para Israel, lo era desde un punto de vista particular para las naciones. Pero cuando se apartó de Israel⁷ y vino a ser para aquel Israel *desierto* y *tierra desolada*, entonces la gracia se derramó sobre las naciones y Jesucristo llegó a ser ahora para nosotros no *desierto*, sino plenitud, no *tierra desolada*, sino fecunda. Porque *los hijos de la estéril son más numerosos que los de la mujer que tiene marido*⁸.

Y Dios amenaza a aquellos para los que no se había convertido en *desierto* ni en *tierra desolada*, diciendo: Yo no vine a ser para vosotros *desierto* ni *tierra desolada*; al contrario, sois vosotros los que habéis dicho: *No tendremos Señor, no iremos más a ti*⁹. ¿Al decir: *No tendremos Señor*, los hijos de Israel han hablado con desesperación¹⁰?...

HOMILÍA IV

Sobre: *Y el Señor me dijo en los días de Josías,*
hasta: *Israel justificó su alma lejos de la pérfida Judá.*

1. La letra misma del pasaje que se ha leído presenta alguna oscuridad que, para comenar, hay que esclarecer; y tras esto, si Dios lo concede, conoceremos su intención mística¹. El profeta quiere, por tanto, que nosotros sepamos aquí que, como está escrito en el libro de los Reyes², en tiempos de Roboam el pueblo fue dividido en un reino de diez tribus bajo el mando de Jeroboam y en uno de dos tribus, bajo Roboam. Los sometidos a Jeroboam fueron llamados Israel³; Judá, los que estaban bajo el mando de Roboam⁴. Y esta di-

visión del pueblo, si nos atenemos a la historia⁵, se ha mantenido hasta el día de hoy; no conocemos, en efecto, ningún acontecimiento histórico que haya reunido a Israel y a Judá *en un mismo [reino]*⁶. Israel, el Israel de Jeroboam y de sus sucesores pecó el primero y más, y pecó de tal manera, en comparación con Judá, que fueron condenados por la Providencia a ser cautivos *entre los asirios*, como dice la Escritura, *hasta hoy*⁷. Después de esto, pecaron también los hijos de Judá y fueron condenados a la cautividad de Babilonia, no *hasta hoy*, como Israel, sino durante *setenta años*, predichos por Jeremías⁸ y recordados por Daniel⁹.

Si entendemos estos hechos en función del pueblo de entonces, mira a ver si las expresiones del profeta no significan algo parecido a esto: Dios denuncia los pecados de Israel, tal como se ha dicho¹⁰; luego, dice¹¹: Después que Israel cometió tantos pecados, la asamblea de Judá, que había sabido de los tropiezos de aquellos y había visto de qué manera yo los había sometido a esclavitud, no aprendió la lección, sino que acrecentó sus pecados hasta el punto de que,

por causa de este aumento de los pecados, si se les compara con los pecados de Israel, se encuentra más justicia en Israel que en Judá. A continuación, dado que Judá ha llegado a ser peor que Israel, al profeta se le manda profetizar sobre esto¹², para que se conviertan de sus pecados. Por lo tanto, tras la profecía, que manda a Israel convertirse, el profeta predice que Israel y Judá llegarán a ser uno y que un día ambos formarán un solo reino¹³.

El que tenga interés por lo leído, tome las palabras de la entera lectura de hoy y verá entonces esclarecerse el sentido del texto: *Y el Señor, en los días del rey Josías, me dijo: Ves lo que me ha hecho la casa de Israel, —no de Judá, sino de Israel primero—, ha ido sobre todo monte elevado y bajo todo árbol de bosque sagrado y allí se ha prostituido. Y después de prostituirse en todos estos lugares le dije: vuelve a mí, y ella no volvió. Y la pérfida Judá vio su perfidia —la de la asamblea de Israel—. Y vieron —los de Judá— que, a consecuencia de todas esas faltas en las que cometió adulterio y por las cuales fue abandonada la casa de Israel, yo la repudié y le di una carta de divorcio¹⁴. Judá debía haber aprendido la lección —porque yo repudié a Israel, a la asamblea de Israel, los arrojé a los asirios y le di una carta de divorcio en las manos—, y la pérfida Judá no se amedrentó¹⁵. Después de todo lo que Dios había hecho a Israel, rechazándolo y entregándole el acta de repudio, la asamblea de Judá tenía que haber aprendido la lección de los sufrimientos que aquellos padecieron, pero ellos no sólo no aprendieron, sino que acrecentaron sus pecados, hasta el punto de que los pecados de la asamblea de Israel por comparación con los pecados de la asamblea de Judá parecían justicia. Y yo le di una carta de divorcio en las manos; y la pérfida Judá —su*

hermana— no se amedrentó, sino que fue y fornicó también ella, prostituyéndose por nada y adulterando con la piedra y con el leño. Y en medio de todo esto, la pérfida Judá no se convirtió a mí de todo corazón, sino que se volvió a mí engañosamente¹⁶. Tras conocer lo que yo había hecho a Israel para que se convirtiese perfectamente, no me temió, sino que, habiendo debido convertirse de verdad, se convirtió falsamente¹⁷: Y en medio de todo esto, la pérfida Judá no se convirtió a mí de todo corazón, sino engañosamente. Y el Señor me dijo: Israel ha justificado su alma en comparación con la pérfida Judá¹⁸, —los pecados de Israel, comparados con las faltas de Judá, han llegado a ser justificación del alma de la asamblea de Israel—: 2. Anda, pues, y proclama estas palabras al boreal¹⁹.

Si se ha entendido la letra, veamos ahora lo que quiere indicarnos en este pasaje²⁰. La llamada de las naciones tuvo su origen en la caída de Israel, y los apóstoles, después de haber proclamado el mensaje a las asambleas de los judíos, les dicen: *A vosotros os había sido enviada la palabra de la salvación, pero puesto que os consideráis indignos, ved que nos volvemos a los gentiles*²¹; y el Apóstol, sabedor de estas cosas, dice lo que sabe: *Su caída ha traído la salvación a los gentiles, para provocar su emulación*²². Así pues, los muchos pecados de este pueblo han hecho que haya sido abando-

nado y que nosotros, los *extraños a las alianzas*, los *ajenos a las promesas*, hayamos venido *a la esperanza de la salvación*²³. ¿De dónde, en efecto, que yo, nacido en cualquier parte, no importa cuál, *extranjero* de la llamada tierra santa²⁴, hable ahora de las *promesas* de Dios²⁵, crea en el Dios de los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob y reciba por gracia de Dios al Cristo Jesús anunciado de antemano por los profetas? Si tú comprendes estos dos pueblos: el pueblo salido de Israel y el que procede de las naciones²⁶, observa que el exilio de Israel se aplica también a ese pueblo salido de Israel y entiende que de ese pueblo está escrito: *Yo la había repudiado y le había dado un acta de divorcio*²⁷. Dios, en efecto, *repudió* a este pueblo y le dio *un acta de divorcio*, como sucede entre los casados. Si una mujer era desagradable para el marido, dice la ley de Moisés²⁸, se hacía *un libelo de repudio* por parte del marido, la mujer era *repudiada* y al que había repudiado a la primera mujer porque pasaba por estar deshonrada le estaba permitido casarse con otra. De la misma manera, y sin apartarse del surco del razonamiento, mira a aquellos que reciben *un libelo de divorcio*, y porque han recibido *un libelo de divorcio*, han quedado completamente abandonados. Pues ¿dónde hay aún *profetas* entre ellos?²⁹.

¿Dónde hay todavía *signos* entre ellos³⁰? ¿Dónde una manifestación de Dios? ¿Dónde el culto, el templo, los sacrificios³¹? Se les expulsó de su lugar³².

Había dado, por tanto, a Israel *un libelo de divorcio*; después, nosotros, Judá –Judá, a causa del Salvador, que procede de la tribu de Judá; *porque es notorio que nuestro Salvador procedía de Judá*³³–, nos convertimos al Señor, y nuestros últimos días, que ojalá no hayan llegado ya, vendrán a ser, por lo que parece, semejantes, si no peores, a los últimos días de aquellos. 3. Ciertamente, así será también nuestra época *en la consumación del mundo*³⁴, como se desprende claramente de lo dicho por el Salvador en el evangelio, cuando declara: *Debido al desbordamiento de la iniquidad, la caridad de la mayoría se enfriará; pero el que perseverare hasta el final, ése se salvará*³⁵; y: *El que venga hará signos y prodigios, hasta el punto de engañar, si le fuera posible, a los mismos elegidos*³⁶. Y tal es nuestra época que el Salvador, a propósito de su venida, dice como si en tantas iglesias no fuese

fácil encontrar un fiel: *Pero ¿cuando venga el Hijo del hombre, encontrará la fe en la tierra?*³⁷. Y realmente, si juzgamos las cosas por su verdad y no por su número, si juzgamos las cosas por sus disposiciones profundas y no por consideración de las multitudes reunidas, nos daremos cuenta de que ahora no somos creyentes. En otro tiempo, en cambio, sí eran creyentes, cuando había mártires genuinos, cuando tras acompañar a los mártires al cementerio empezábamos las asambleas; allí estaba, sin la menor angustia, toda la Iglesia y los catecúmenos eran catequizados en medio de los mártires y sobre las muertes de los que confesaban la verdad *hasta la muerte*³⁸, *sin dejarse intimidar*³⁹ ni turbar *en relación con el Dios vivo*⁴⁰. Sabemos también de gentes de entonces que habían visto signos extraordinarios y prodigiosos⁴¹. Entonces había pocos, pero verdaderos creyentes *que seguían el camino angosto y estrecho que conduce a la vida*⁴². Pero ahora,

que hemos llegado a ser muchos, dado que no pueden ser muchos los elegidos –pues Jesús no miente cuando dice: *Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos*⁴³–, de la multitud de los que hacen profesión de fe religiosa hay muy *pocos* que lleguen a la *elección* divina y a la bienaventuranza⁴⁴.

4. Por tanto, cuando Dios dice: «Yo repudí primero a Israel a causa de sus pecados y lo envié al exilio, pero Judá, aun conociendo lo sucedido a Israel, no se convirtió», está hablando de nuestros pecados⁴⁵. Tras conocer las desgracias y catástrofes que asolaron al pueblo de Israel, nosotros tendríamos que atemorizarnos y decir: *¡Si no perdonó a las ramas naturales, cuánto menos nos perdonará a nosotros!*⁴⁶. Si a los que *se jactan*⁴⁷ de ser *olivo cultivado*⁴⁸, que están enraizados *en la raíz* de los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, Dios, a pesar de su bondad y amor por los hombres, los *arrancó* sin perdonarles, *cuánto menos nos perdonará a nosotros*⁴⁹.

Considera, en efecto, *la bondad y la severidad de Dios*⁵⁰; porque no es bueno sin ser severo, ni severo sin ser bueno. Si Dios fuese solamente bueno, pero no severo, nosotros

habríamos despreciado aún más su bondad, y si fuese severo, pero no bueno, pronto habríamos desesperado de nuestros pecados. Pero ahora, en cuanto Dios –pues somos nosotros, los hombres, quienes convirtiéndonos solicitamos su bondad y, permaneciendo en los pecados, su severidad–, Dios es a la vez bueno y severo⁵¹. Y nos habla por medio de los profetas cuando dice: *Has visto lo que me hizo la casa de Israel, –por Israel entiende aquí aquel pueblo⁵²–, andaba ella sobre todo monte elevado y bajo todo árbol frondoso⁵³*. Si contemplas al fariseo que sube al templo con arrogancia, sin golpearse el pecho ni afligirse por las propias faltas, sino diciendo: *Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano: ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de mis ganancias⁵⁴*, verás que ha subido a todo monte elevado⁵⁵ de manera reprochable, por amor de la ostentación, en el orgullo y la arrogancia⁵⁶. Ha subido también a toda colina elevada⁵⁷ y ha venido a estar bajo todo árbol, no frutal, sino de bosque sagrado⁵⁸; porque uno es el árbol de bosque sagrado y otro el frutal. Cuando se plantan ár-

boles para recintos sagrados, no se plantan árboles frutales, ni una higuera ni una viña, sino solamente árboles impro-ductivos para disfrute y recreo. Descubrirás que tales son los discursos de los herejes y las bellas falacias de sus argumentos que no convierten a los oyentes. Luego cuando uno se deja captar por tales discursos ha sido llevado *bajo todo árbol de bosque sagrado*; no ha dicho: *todo árbol*, y ha guardado silencio, ni ha añadido: *todo árbol frutal*, sino que ha dicho: *bajo todo árbol de bosque sagrado*. Por eso, entenderás por qué, precisamente, el legislador declara: *Tú no plantarás ningún árbol junto al altar del Señor, tu Dios, y no harás bosque sagrado*⁵⁹. En efecto, hallarás prohibida⁶⁰ la apelación misma de *bosque sagrado*.

5. *Y ella se prostituyó allí. Y yo dije después de todas sus prostituciones: Conviértete a mí; y ella no se convirtió; y la pérfida Judá vio la perfidia de Israel*⁶¹. También nosotros somos censurados, me refiero a los que pecamos y no somos fieles a los pactos de Dios ni vemos que aquellos han perdido la alianza⁶² aún siendo de noble linaje, descendientes de Abrahán, y aún habiendo recibido la promesa. Deberíamos, por tanto, hacernos este razonamiento: si aquellos quedaron privados de las bendiciones y de las promesas y no les sirvió de nada descender de los patriarcas, con cuánta

más razón nosotros, si pecamos, seremos abandonados. Si fuerais hijos de Abrahán, haríais las obras de Abrahán⁶³, les dice el Salvador. Y Juan: No empecéis a decir en vuestro interior: Tenemos por padre a Abrahán; porque yo os digo que Dios puede de estas piedras dar hijos a Abrahán⁶⁴. Con piedras se refiere en enigma a nosotros, que tenemos el corazón de piedra⁶⁵ y estamos endurecidos⁶⁶ contra la Verdad; y realmente Dios, en su poder, ha sacado hijos de Abrahán de las piedras si nos mantenemos en la filiación⁶⁷ y conservamos el espíritu de adopción⁶⁸.

Luego la pérfida Judá, la que no guardó los pactos establecidos con Dios, vio su perfidia, la de la casa de Israel; y vio el por qué de todas esas cosas por las que ésta había sido abandonada, —pues nosotros, que somos Judá, vemos todas estas cosas cuando leemos la Escritura— que, a consecuencia de todas esas faltas por las cuales fue abandonada la casa de Israel y en las que cometió adulterio, Dios la repudió y le dio un libelo de divorcio⁶⁹. Es preciso que también nosotros aprendamos de lo que Dios les hizo cuando los juzgó según sus pecados, los abandonó y los entregó a la cautividad, a la muerte y a los enemigos. A la vista de tales sucesos deberíamos convertirnos y hacer este razonamiento cada uno de nosotros: si Dios no perdonó las ramas naturales, cuánto menos nos perdonará a nosotros⁷⁰; si ha echado fuera de esta

manera a los descendientes de los patriarcas porque se han hecho pecadores, ¿qué no sufriremos nosotros que hemos sido llamados de entre las naciones? Pero nosotros, que fuimos llamados para que aquel pueblo, a la vista del esclavo colmado de honores y ante el espectáculo de la promoción del hombre sin linaje, se sintiese lleno de celos, no hemos contado con nada de esto. Si ellos ya han sufrido tanto, con cuánta más razón seremos abandonados nosotros, si pecamos.

*Por los adulterios que había cometido la casa de Israel, yo la he repudiado y le he entregado un libelo de divorcio en las manos. Y la pérfida Judá no se atemorizó⁷¹ de lo que le hice a la casa de Israel, de haberla repudiado y haberle entregado un acta de divorcio; no tuvo miedo de lo que les sucedió a aquellos. Un esclavo acaba de entrar al servicio de un amo; está recién comprado; se informa entre la servidumbre anterior qué tiene por digno el dueño y por qué, qué tiene por indigno y por qué. Tras haber reflexionado si quiere permanecer en la casa del amo, se guarda de caer en la conducta de los esclavos anteriores que han sido expulsados por sus faltas y entregados al castigo⁷². Después, sabiendo cómo se han comportado los esclavos precedentes que están bien considerados y en qué condiciones han logrado la libertad, les *emula*⁷³. También nosotros éramos esclavos, no de Dios, sino de ídolos y demonios; éramos paganos y sólo ayer o anteayer hemos venido a Dios. Leamos la Escritura; veamos quién fue justificado y quién fue condenado; imitemos a los que fueron justificados y guardémosnos de caer en las faltas en que cayeron los que fueron sometidos a esclavitud, los que fueron arrojados lejos de Dios.*

6. *Y la pérfida Judá no se atemorizó, y fue a prostituirse también ella* —habiéndose prostituido antes Israel, tam-

bién Judá se prostituyó después-, y se prostituyó por nada, adulterando con el leño y con la piedra⁷⁴. Cuando pecamos, no hacemos otra cosa que, convertidos en corazón de piedra, cometer adulterio con la piedra⁷⁵. Y cuando pecamos y nos prostituimos bajo todo árbol de bosque sagrado⁷⁶, también nosotros adulteramos con el leño.

*Y la pérfida Judá no se convirtió a mí de todo corazón, sino con engaño*⁷⁷. Si nos convertimos a Dios, pero con reservas, merecemos el reproche de no habernos convertido de todo corazón. Por eso, el texto dice: *La pérfida Judá no se convirtió a mí de todo corazón*. No dice: la pérfida Judá no se convirtió, deteniéndose ahí, sino: y la pérfida Judá no se convirtió de todo corazón, sino que se convirtió con engaño.

La verdadera conversión consiste, pues, en leer los *textos antiguos*, en conocer a los justificados, en imitarlos; en leer aquellas cosas y ver quiénes son los reprobados, en guardarse de caer en la misma reprobación; en leer los libros de la Nueva Alianza, las palabras de los apóstoles y, después de la lectura, escribir todo esto en el corazón y vivir conforme a ello, para que no se nos dé también a nosotros el *libelo de divorcio*, sino que podamos llegar a la santa heredad y, una vez salvada la totalidad de las naciones, pueda entrar entonces Israel; porque *cuando haya entrado la totalidad de las naciones, entonces el entero Israel se salvará*⁷⁸, y *habrá un solo rebaño, un solo pastor*⁷⁹, enseñándonos a glorificar a Dios todopoderoso en Él, Cristo Jesús, *al cual la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁸⁰.

HOMILÍA V

Sobre: *Convertíos, hijos, convirtiéndoos, y yo curaré vuestras heridas, hasta: Ceñíos de saco por ello.*

1. Está escrito con claridad en los *Hechos de los apóstoles* que los apóstoles entraban primero en la *sinagoga* de los judíos¹ para anunciarles como a hermanos en *Abrahán, Isaac y Jacob*² lo que la Escritura dice acerca de la venida de Jesucristo³. Pero como aquellos no aceptaban las palabras que les decían, se hacía necesario un cambio de auditorio para estas palabras; entonces los apóstoles, después de haber hablado con ellos, les dejaron a un lado. Está escrito, en efecto: *Era preciso que la palabra de Dios se os anunciase a vosotros, pero como no os consideráis dignos, mirad que nos volvemos a los gentiles*⁴. Y lo que se dice claramente en los *Hechos de los apóstoles*, se dice también con fuerza en muchos pasajes de los profetas; porque el Espíritu Santo, por mediación de los profetas, habla en primer lugar a los hijos de aquel pueblo, pero si después de haber hablado tanto no ha sido escuchado nunca, profetiza la palabra del mensaje a los gentiles⁵.

Esto sucede también al comienzo de la lectura de hoy, puesto que precisamente antes de este mismo pasaje se les dice a los hijos de Israel: *Aunque [se te dijo]: me llamarás*

*Padre y no te apartarás de mí; sin embargo, como una mujer traiciona a su compañero, así me ha traicionado la casa de Israel, dice el Señor*⁶; y una vez que se dijeron en primer lugar estas cosas que conciernen a Israel y los hijos de Israel escucharon *que habían sido injustos en sus caminos y habían olvidado a su Dios santo*⁷, el Espíritu Santo se volvió también hacia nosotros, los hijos de las naciones, y dijo: *Convertíos, hijos, convirtiéndoos, y yo curaré vuestras heridas*⁸, porque nosotros somos los que estamos llenos de heridas. Cada uno de nosotros, aun estando ahora sano y curado de sus heridas, podría decir: *Pues también nosotros éramos desobedientes, insensatos, descarriados, esclavos de toda suerte de pasiones y placeres, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles y odiándonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad del Salvador, nuestro Dios, y su amor a los hombres, derramó sobre nosotros su misericordia por medio del baño de la regeneración*⁹. Y puesto que acabo de mencionar este pasaje del Apóstol, trataré de explicarlo más claramente. No ha dicho: «Pues nosotros éramos en otro tiempo insensatos, desobedientes», sino que Pablo, el Apóstol, el hijo de Israel, *el que era irreprochable según la justicia de la Ley*¹⁰, dice: *También nosotros, los hijos de Israel, éramos desobedientes, insensatos*¹¹; no sólo eran insensatos los hijos de las naciones, ni sólo los hijos de los gentiles eran desobedientes, ni sólo ellos eran pecadores, sino que también nosotros, que hemos recibido la enseñanza de la Ley, éramos tales antes de la venida de Cristo¹².

Luego después de estas palabras dirigidas a Israel se nos dice a nosotros, los hijos de los gentiles: *Convertíos, hijos,*

*convirtiéndoos, y yo curaré vuestras heridas*¹³. 2. Pero alguno dirá: estas palabras se dirigen a Israel y tú las extiendes a los hijos de los gentiles. Queremos mostrar que, cuando Dios tiene intención de expresarle a Israel lo concerniente a la conversión, no espera mucho tiempo para añadir el nombre de Israel, sino que lo hace enseguida. Efectivamente, se dice de inmediato: *Si Israel, dice el Señor, se vuelve a mí, entonces se convertirá; y si aparta las abominaciones de su boca y tiene temor de mí en mi presencia y jura: ¡el Señor vive! con verdad, discernimiento y justicia, entonces las naciones serán benditas en él*¹⁴; lo primero, por tanto, se ha dicho para los hijos de los gentiles; lo que sigue se dice para Israel; porque *cuando haya entrado la totalidad de los gentiles, todo Israel se salvará*¹⁵, según lo dicho por el Apóstol en la epístola a los romanos.

Advierte cómo Dios, si nos convertimos, nos invita a convertirnos completamente, cuando nos promete que si, *convirtiéndonos*, nos volvemos a Él, curará por medio de Jesucristo nuestras *heridas*; y nosotros, que no nos demoramos ni nos retrasamos cuando se trata de la salvación, como aquel Israel, respondemos diciendo: *Aquí nos tienes, seremos tuyos*¹⁶. Dios dijo: *Convertíos, hijos, convirtiéndoos, y yo curaré vuestras heridas*, y los hijos de los gentiles responden: *Nosotros seremos tus siervos*¹⁷, nosotros, que antes no éramos *tuyos*, sino de los demonios, nosotros, que pertenecíamos a las potencias adversas. En efecto, *cuando el Altísimo repartía las naciones*, nosotros no fuimos tu *parte*, ni tu *lote de heredad* con el *pueblo de Jacob*¹⁸, sino que habíamos llegado a ser *partes* de otros¹⁹; pero, a pesar de que en otro tiempo noso-

tros fuimos *partes* de otros, ahora que nos has dicho: *Convertíos, hijos, convirtiéndoos, y yo curaré vuestras heridas*, respondemos: *Aquí nos tienes*²⁰, porque no esperábamos más que esto: tu invitación. Al contrario de aquellos que fueron invitados y se excusaron, nosotros, también invitados, no nos excusamos. Pues, encontramos en las parábolas del Evangelio que algunos habían sido invitados en primer término, y uno de ellos decía: *Acabo de casarme, excúsame*, y otro: *He comprado cinco pares de bueyes y tengo que probarlos, excúsame*²¹. No sucede así entre nosotros, los hijos de los gentiles, que fuimos invitados y no nos excusamos. ¿Por qué habríamos de hacerlo? ¿De qué *campo* hemos de ocuparnos? ¿De qué *mujer* sabía? ¿En qué otra cosa podemos emplearnos?

Por tanto, Dios nos ha dicho: *Convertíos, hijos, convirtiéndoos, y yo curaré vuestras heridas*. Y nosotros, viendo nuestras heridas y la promesa de curación, respondemos inmediatamente y decimos: *Henos aquí, seremos tuyos, porque tú eres el Señor, nuestro Dios*²². Habiendo, pues, respondido a la invitación y dicho: *seremos tuyos*, acordémonos de que hemos hecho una promesa a Dios, diciéndole: *seremos tuyos*; y puesto que le hemos dicho: *seremos tuyos*, no seamos propiedad de ningún otro, ni del espíritu de cólera, ni del espíritu de tristeza, ni del espíritu de codicia, no seamos del diablo ni de sus ángeles²³. Al contrario, dado que hemos sido

llamados y hemos dicho: *Aquí nos tienes, seremos tuyos*, demostremos con obras que, habiendo prometido pertenecerle a Él, no nos hemos ofrecido a ningún otro más que a Él. Y añadimos: *porque tú eres el Señor, nuestro Dios*; pues nosotros no reconocemos como Dios a nadie, ni al vientre, como los glotones, *cuyo Dios es el vientre*²⁴, ni al dinero, como los amantes del dinero, ni a la avaricia, que es una idolatría²⁵; nosotros no divinizamos ni erigimos como Dios nada de lo que la multitud diviniza, sino que tenemos por Dios al Dios que está sobre todas las cosas, al que está *por encima de todo, a través de todo y en todo*²⁶, y, puesto que pendemos del amor a Dios –pues el amor nos une a Dios–, decimos: *Aquí nos tienes, seremos tuyos, porque tú eres el Señor, nuestro Dios*.

3. Después, tras condenar nuestras faltas anteriores –cuando pensábamos que los ídolos eran grandes y magníficos, les adorábamos y considerábamos admirables aquellas cosas a las que dábamos culto, pero ahora las hemos condenado al comprender que tales cosas eran mentira y nada– decimos *convirtiéndonos*²⁷: *Realmente las colinas eran mentira*²⁸, al tiempo que condenamos los altos de antes y las ad-

miraciones primeras²⁹. Y tal vez con un poco de arte encontraremos entre los gentiles la diferencia entre *las colinas* y *los montes* que abandonaron los que decían: *Aquí nos tienes, seremos tuyos, porque tú eres el Señor, nuestro Dios*³⁰, y a los cuales acusan de ser mentirosos, tanto a las *colinas* como a los *montes*. ¿Cuál es, por tanto, en relación con los gentiles la diferencia entre las *colinas* y los *montes* a los que condenamos diciendo: *Realmente las colinas y el poder de los montes eran mentira?*³¹. Decimos esto condenando nuestros errores precedentes. De los seres adorados entre los gentiles, unos son adorados como dioses y otros como héroes. Ellos mismos reconocen, en efecto, que algunos de estos seres antes eran hombres y luego fueron divinizados. Adoraron a Heracles no como un dios de nacimiento, sino como un hombre transformado en dios³²; adoran a Asclepios como transformado de hombre en dios por causa de su virtud³³. Pero cuando adoran a los padres de estos, que ellos llaman dioses, los adoran no como a hombres que han pasado a ser

dioses, sino, según su creencia, como a quienes son dioses desde su origen. Los considerados entre los paganos dioses de origen serán, por tanto, los montes y *el poder de los montes*, y los considerados por ellos actualmente dioses después de haber sido hombres son *las colinas*.

Teniendo, pues, presente las dos categorías de seres adorados, dicen: *Realmente las colinas y el poder de los montes eran mentira*. Porque los que los dan culto no suponen que son mentira. Por eso piensan que sus oráculos son verdaderos oráculos y sus curaciones verdaderas curaciones, sin ver la diferencia entre *toda potencia de milagros y prodigios de mentira que se producen en todas las seducciones de la injusticia para los que perecen*³⁴ y toda potencia de milagros y prodigios de verdad. Lo que hacía Jesucristo eran *milagros de verdad* y lo que hacía Moisés antes que Él era *potencia de verdad*; pero lo que hacían los egipcios eran *milagros y prodigios de mentira*³⁵. Asimismo, lo que hacía, después de Jesús, Simón Mago hasta el punto de engañar al pueblo de Samaría y hacerse pasar por una *potencia de Dios*³⁶, eran también milagros y prodigios fraudulentos³⁷.

Luego cuando condenamos a esa gente, decimos: *Realmente las colinas y el poder de los montes eran mentira*³⁸. 4. Entonces, dado que nosotros, los escogidos entre los gentiles, sabemos que hemos tenido acceso a la *salvación*³⁹ gracias a la *caída de Israel* y que los judíos han sido *echados fuera*⁴⁰ hasta que haya entrado nuestra *plenitud*, y dado que sabemos por otra parte que, cuando *la plenitud de las naciones haya entrado, todo Israel se salvará*⁴¹, por eso decimos en primer lugar: *Realmente las colinas y el poder de los montes eran mentira*, y a continuación, a propósito del Israel que se salvará tras la *plenitud de las naciones*: *En verdad, por el Señor, nuestro Dios, se salva Israel*⁴². Pero, puesto que hemos mencionado de una vez para siempre la palabra del Apóstol⁴³ que dice que, por la *caída* en que incurrió Israel, *ha venido la salvación a los gentiles*, y que, cuando *la plenitud de las naciones haya entrado*, mientras Israel quede fuera, entonces, una vez que la plenitud de las naciones haya entrado, *todo Israel se salvará*.

¡Ahora bien! Expliquemos lo que se refiere a estos pasajes. Había un Israel salvado. La mayor parte de Israel cayó, pero *hubo un resto por elección de gracia*⁴⁴, a propósito del cual se dice místicamente⁴⁵ en *Elías*⁴⁶: *Me he reservado siete mil hombres que no doblaron su rodilla ante*

*Baal*⁴⁷, y al dar una interpretación de este resto, el Apóstol dice: *También en el tiempo presente subsiste un resto, elegido por gracia*⁴⁸. Luego habiendo sido abandonado Israel, queda al menos un resto de Israel salvado⁴⁹. Trasládame, si eres capaz, estas dos categorías a los venidos de las naciones; porque no dijo: Cuando todas las naciones se hayan salvado, entonces todo Israel se salvará, sino: *Cuando la plenitud de las naciones haya entrado, entonces todo Israel se salvará*⁵⁰. Hay un Israel que se salvará no después de todas las naciones, sino después de la *plenitud de las naciones*⁵¹. Si alguno es capaz, del mismo modo que ha descubierto que Israel se salva después de la *plenitud de las naciones*, conforme vaya avanzando en el discurso, que comprenda lo demás: en qué momento, según lo dicho en Sofonías, *todos servirán a Dios bajo un único yugo y desde los confines de Etiopía le presentarán sus ofrendas*⁵²; lo que sucederá cuando, como está dicho en el Salmo sesenta y siete, *Etiopía ex-*

*tienda su mano a Dios*⁵³ y el Logos dé esta orden a los reinos de la tierra: *Cantad al Señor, salmodiad para el Dios de Jacob*⁵⁴.

5. Así pues, nosotros, los salidos de entre los gentiles, arrepintiéndonos de las mentiras que teníamos por verdad, decimos, por una parte, de nosotros mismos: *Realmente las colinas y el poder de los montes eran mentira*⁵⁵; y por otra parte, del Israel que se salvará después de nosotros: *Verdaderamente, por el Señor, nuestro Dios, se salva la casa de Israel*⁵⁶. A continuación, confesando los pecados que hemos cometido tanto nosotros como nuestros padres al adorar a los ídolos, decimos: *La vergüenza consumió los esfuerzos de nuestros padres desde su juventud, sus ovejas y sus bueyes, sus hijos y sus hijas*⁵⁷. *La vergüenza ha consumido los esfuerzos de nuestros padres* y lo demás que acaba de decirse. Por tanto, si deben consumirse los malos esfuerzos y la obra fraudulenta de nuestros padres, es preciso que haya *vergüenza*, porque sin *vergüenza* no se consumirá la *fatiga de nuestros padres* ni las cosas que se añaden. Por eso, reflexionemos sobre las diferencias entre los pecadores. Hay pe-

cadores que ni se avergüenzan, ni tienen en consideración sus pecados, ni se ruborizan. Tales son *los que han perdido todo sentido moral y se han entregado a toda suerte de desenfreno y de impureza*⁵⁸. Mira, en efecto, cómo los paganos repasan a veces la lista de sus fornicaciones y adulterios como si fuesen proezas, sin avergonzarse de reconocer que hacen tales cosas ni llamarlas pecados. En tanto que no se avergüenzan, no se consumen sus *fatigas*, no se destruyen sus pecados. El principio del bien está en sentir vergüenza de las cosas que no avergonzaban. Por eso, yo no pienso que sea una maldición lo dicho en los profetas: *sean avergonzados y humillados todos los que odian a Sión*⁵⁹; en efecto, pide a los que no son conscientes de sus acciones vergonzosas que tomen conciencia de ellas para que, avergonzándose, puedan acabar con sus *fatigas* y pecados.

6. A los movimientos irracionales de los padres los llamó *ovejas* y *becerros*, porque no todos los seres privados de razón son loables, sino que hay algunos irracionales que son reprobables, como las *ovejas* de los *padres* que pecaron, y hay irracionales que merecen alabanza, como en el versículo que dice: *Mis ovejas escuchan mi voz*⁶⁰. Aquéllas eran también *ovejas*, y nosotros nos asemejamos a ellas si tenemos al Buen Pastor en nuestras almas⁶¹. Porque cuando el Salvador dice: *yo soy el Buen Pastor*⁶², yo no lo entiendo sólo de una manera genérica, como hacen todos, en el sentido de que es pastor de los creyentes —aunque también este sentido sea sano y verdadero—, sino que también debo tener

en mi alma, dentro de mí, a Cristo, al Buen Pastor que apa-
cienta los movimientos irracionales que hay en mí, a fin de
que ya no salgan como por casualidad a pastar, sino que,
conducidos por el Pastor, estos movimientos que le eran ex-
traños en otro tiempo vengan a ser suyos. Por eso ahora, si
el Pastor está en mí, rige mis sentidos; ya no están bajo una
mente extraña, sea el Faraón o Nabucodonosor⁶³, sino bajo
el Buen Pastor.

7. *La vergüenza, por tanto, consumió las fatigas de nues-
tros padres desde su infancia, sus ovejas y sus bueyes*⁶⁴. Hay
algo en nosotros que nos cultiva, y que o bien nos cultiva mal
—si es que se puede emplear la palabra mal para el agricultor—
o bien nos cultiva bien. Si cultiva mal, *las fatigas de los pa-
dres son consumidas por su vergüenza*; si cultiva bien, no hay
fatigas para los padres. Al contrario, el *becerro* está entre los
animales cuyos primogénitos se ofrecen en el altar de Dios.

*Sus hijos y sus hijas*⁶⁵, dicen estos. Pero ¿de quiénes son
«sus» sino «de los padres», cuyos *hijos* son *consumidos* por
su *vergüenza*, como también sus *hijas*? Nosotros hemos
dicho muchas veces que, entre los vástagos del alma, los pen-
samientos son los *hijos* y las obras y acciones corpóreas, las
hijas. Puesto que hay pensamientos perversos como los que
concibieron los paganos y hay también obras desviadas, por
eso se dan *hijos* e *hijas* que son *consumidos* por sus autores
cuando a estos les sobreviene la *vergüenza* de sus pecados.
¡Por lo que respecta a nosotros, no queramos hacer *hijos* e
hijas que haya que consumir por la vergüenza!

8. Después de estas cosas, éstos que confiesan sus fal-
tas dicen: *Nos acostamos en nuestra vergüenza, y a conti-
nuación: y nuestra deshonra nos cubrió con un velo*⁶⁶. Con

frecuencia hemos hablado del *velo*⁶⁷ colocado en el rostro de los que *no se convierten al Señor*⁶⁸. Por causa de este velo, *cuando se lee a Moisés*⁶⁹, el pecador no le entiende, porque *un velo está puesto sobre su corazón*⁷⁰; por causa de este velo, cuando se lee el Antiguo Testamento, el que lo oye no lo entiende; debido a este velo, el Evangelio mismo *está escondido para los que se pierden*⁷¹. Decíamos, por tanto, a propósito del velo, que la *vergüenza* es el *velo*; pues mientras nosotros tenemos las obras de la *vergüenza*⁷², es evidente que tenemos el *velo*, según lo dicho en alguna parte del salmo cuarenta y tres: *Y la vergüenza de mi rostro me cubrió con un velo*⁷³. He expuesto que el que no tiene obras de *vergüenza* no tiene *velo*. Tal era Pablo, que dice: *Mas todos nosotros, con el rostro descubierto, contemplamos como en un espejo la gloria del Señor*⁷⁴. Pablo, por tanto, tiene el *rostro descubierto*, porque no tiene obras de *vergüenza*. El que no es como Pablo, tiene el rostro cubierto.

Como se había dicho allí, en el salmo cuarenta y tres: *La vergüenza de mi rostro me cubrió con un velo*⁷⁵, se dice del mismo modo aquí: *Nuestra deshonra nos cubrió con un velo*⁷⁶. En tanto que nosotros hagamos obras *deshonrosas*, tenemos puesto un *velo* sobre el corazón. Si queremos levantar el velo que proviene de la deshonra, tendamos a las obras del honor y meditemos lo dicho por el Salvador: *Para que todos honren al Hijo como honran al Padre*⁷⁷; pensemos también en la palabra del Apóstol: *Transgrediendo la ley deshonras a Dios*⁷⁸. El justo, *como honra al Padre, honra al Hijo*⁷⁹; la deshonra, cuando yo deshonro al Hijo, esta deshonra con la que yo deshonro tanto al Padre como al Hijo, viene a ser un *velo* sobre mi rostro, y entonces digo: *La deshonra me cubrió con un velo*⁸⁰. Por eso, comprendiendo lo que es el velo que viene de las obras de la vergüenza, de las acciones deshonrosas, levantemos el velo. Levantar el velo está en nuestro poder, no está en ningún otro; pues *siempre que Moisés se volvía al Señor, se quitaba el velo*⁸¹. ¿Ves cómo Moisés representa a veces al pueblo⁸²? Pues bien, mientras no se volvía al Señor, siendo figura del pueblo que no se vuelve al Señor, tenía un velo colocado sobre su rostro, pero cuando se volvía al Señor, convirtiéndose en símbolo de los que se vuelven hacia el Señor, entonces *se quitaba el velo*⁸³. Y no es que Dios le ordenase: «quítate el velo», –porque el Señor no dijo a Moisés: quítate el velo– sino que al ver Moisés que el pueblo no podía ver su gloria, entonces ponía *el velo sobre su rostro*⁸⁴ sin esperar a que

Dios le dijese: «retírate el velo», cada vez que él *se volvía hacia el Señor*⁸⁵.

9. Esto se ha escrito, por tanto, para que tú también, que has puesto el velo sobre tu rostro por medio de obras ignominiosas y vergonzosas, trabajes por despojarte del *velo*. Si te *vuelves hacia el Señor*, entonces te quitas el velo, y ya no tendrás que decir: *Nuestra deshonra nos cubrió con un velo*⁸⁶. Imaginemos, por ejemplo, que una cólera enconada en nuestra alma contra alguno está puesta como un velo sobre nuestro rostro. Si queremos decir en nuestra oración: *La luz de tu rostro se ha manifestado sobre nosotros, Señor*⁸⁷, tendremos que despojarnos del velo y poner en práctica la voluntad del Apóstol: *Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar elevando unas manos puras, sin ira ni discusiones*⁸⁸. Si nos despojamos de la cólera, nos quitamos el velo; y lo mismo vale para todas las pasiones. Pero mientras que éstas estén en nuestra mente, en nuestro pensamiento, el velo y la deshonra estarán puestos sobre nuestro rostro interior, sobre nuestra facultad directora, hasta el punto de no ver brillar la gloria de Dios. No es Dios el que nos esconde su gloria, sino nosotros, que ponemos sobre nuestra facultad directora el *velo* que proviene de la maldad⁸⁹.

10. *Porque hemos pecado delante de nuestro Dios, nosotros y nuestros padres*⁹⁰. Ojalá que también nosotros digamos, como éstos a quienes hace hablar el profeta: *Hemos pecado*. No es lo mismo decir: *hemos pecado*, que «estamos pecando»; pues, el que esté todavía en el pecado, que no diga: *hemos pecado*; que diga *hemos pecado* el que haya pe-

cado antes y esté realmente arrepentido, como en Daniel, donde se encuentra una confesión de los que ya no pecan y dicen: *Nosotros hemos pecado, hemos quebrantado la Ley*⁹¹; y el profeta dice en los salmos: *No recuerdes nuestras antiguas transgresiones*⁹². Confesemos, pues, también nosotros, nuestros pecados; ojalá que no sean de ayer, ni de anteayer, sino que confesemos pecados cometidos hace más de quince años porque desde esos quince años para acá ya no tenemos pecado; pero si hemos pecado ayer, no somos dignos de crédito cuando confesamos nuestros pecados ni hay lugar para que tales pecados se borren.

Porque hemos pecado, nosotros y nuestros padres, desde nuestra juventud hasta hoy⁹³. *La primera parte del versículo, lo acabo de referir, nos enseña la mejor manera de confesar, y la segunda es una acusación por el hecho de estar pecando desde hace mucho: desde nuestra juventud —dice— hasta hoy; y no escuchamos la voz del Señor, nuestro Dios*⁹⁴. Hemos pecado y no hemos escuchado *hasta el presente; pero, habiéndose convertido en seguida y habiendo iniciado el proceso de conversión, dicen: Hemos pecado y no hemos escuchado. Porque querer escuchar y escuchar efectivamente no son simultáneos; en efecto, del mismo modo que para la curación de las heridas se requiere tiempo, así también se precisa tiempo para la perfecta y pura conversión a Dios.*

11. Después de esto, dice Dios a propósito de Israel: *Si Israel se convierte a mí, dice el Señor, entonces se convertirá*⁹⁵, es decir, que si se convierte perfectamente, entonces se convertirá con verdadera conversión, como si no hubiese hecho más que empezar a convertirse. Luego, dice: *Y si*

*aparta sus abominaciones de su boca, teme en mi presencia y jura: ¡el Señor vive! con verdad, discernimiento y justicia, entonces las naciones bendecirán (a Dios) en él*⁹⁶. Si hacen todo esto, *las naciones bendecirán (a Dios) en él*. ¿Y cuáles son las cosas que deben hacer para que *las naciones bendigan (a Dios) en él*? *Si aparta sus abominaciones de su boca*⁹⁷. Pero ¿qué significa *apartar las abominaciones de su boca*? Todo lo que decimos de malo es *abominación* en nuestra boca. Apartemos, pues, las *abominaciones* de nuestra boca, suprimiendo injurias, palabras inútiles y palabras estériles que hayan de acusarnos *en el día del juicio; porque por tus palabras serás justificado y por tus palabras serás condenado*⁹⁸. Si queremos, por tanto, que se realice en nosotros esto: *y las naciones bendecirán (a Dios) en él y en él alabarán a Dios en Jerusalén*, hagamos lo dicho al comienzo. ¿Qué, en primer término? *Apartar las abominaciones de nuestra boca*. A continuación está también: *teme en mi presencia*⁹⁹. Hagamos esto, en segundo lugar; no simplemente temer, pues tal vez haya un temor que no brota *de la presencia de Dios*; de hecho, los que temen sin saber, sólo porque prefieren temer, no temen a Dios *en su presencia*. En cambio, los que temen a Dios conscientes de ello, porque no cesan de ver y de representarse *el rostro de Dios vuelto contra los que hacen el mal para borrar de la tierra su memoria*¹⁰⁰, éstos son los que temen *en presencia de Dios*.

12. *Si aparta las abominaciones de su boca, teme en mi presencia y jura: ¡el Señor vive! con verdad, discernimiento y justicia*¹⁰¹. Mirémonos nosotros mismos, nosotros que juramos, y veamos cómo no juramos *con discernimiento*, sino sin juicio, hasta el punto de que nuestros juramentos se pro-

ducen más por costumbre que por juicio. Lo cierto es que nos dejamos llevar y esto es lo que el Verbo reprende cuando dice: *Y si jura: ¡el Señor vive! con verdad, discernimiento y justicia*. Conocemos lo que el Señor dice a sus discípulos en el Evangelio: *Pero yo os digo: no juréis en absoluto*¹⁰². Examinemos también esta palabra y, si Dios lo permite, las dos frases se esclarecerán mutuamente. En efecto, tal vez sea preciso empezar por jurar *con verdad, discernimiento y justicia*, para después, una vez que se ha progresado, uno sea digno de *no jurar en absoluto*, sino de tener un «sí» que no necesite testigo para garantizar que esto es así y un «no»¹⁰³ que no necesite testigo para garantizar que esto realmente no es así.

Por tanto: *Y jura: ¡el Señor vive! con verdad*¹⁰⁴. En el que jura, yo exijo en primer lugar que no haya engaño, sino verdad, para que jure *con verdad* —y nosotros, desgraciados, también hacemos falsos juramentos—; pero supongamos que juramos *con verdad*; ni siquiera así es legítimo el juramento; hay que hacerlo también *con discernimiento*; admitamos que yo juro por costumbre; en este caso, no juro *con discernimiento*. Si, para un juramento como éste, es preciso tomar al Dios del universo y a su Cristo por testigos de tal asunto, ¡cuán importante debe ser este asunto como para que yo doble las rodillas y jure! Podría hacerlo alguna vez para remediar la incredulidad que algunos oponen a mis palabras, pero si juro al azar, cometería pecado.

Luego *si jura: ¡el Señor vive! con verdad y con discernimiento*, no arbitrariamente, y *con justicia*, no injustamente, *entonces las naciones bendecirán (a Dios) en él*¹⁰⁵. Él ha unido a ambos pueblos, a los hijos de las naciones y a Israel; Él habló de las naciones y habló de Israel. 13. Y añade:

*Entonces las naciones bendecirán (a Dios) en él y en él alabarán a Dios en Jerusalén*¹⁰⁶. Ha hablado a los hijos de las naciones, ha hablado a los de Israel y habla a los de Judá. Yo me acuerdo de lo dicho recientemente¹⁰⁷ sobre el sentido alegórico de Judá y de los habitantes de Jerusalén. Nosotros, en efecto, si Dios nos hace esta gracia, somos *habitantes de Jerusalén*. Puesto que *donde está el tesoro, allí también está el corazón*¹⁰⁸, si nosotros *atesoramos en el cielo*¹⁰⁹, tenemos también nuestro corazón en la Jerusalén de lo alto¹¹⁰, de la cual dice el Apóstol: *Pero la Jerusalén de arriba es libre; ella es nuestra madre, como está escrito*¹¹¹, y lo que sigue.

*He aquí, pues, lo que dice el Señor a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén: cultivad campos nuevos y no sembréis sobre espinas*¹¹². Esta palabra se dice sobre todo a los que enseñan, para que no confíen las palabras de la Escritura a los oyentes antes de haber labrado en sus almas *barbechos nuevos*. Porque cuando *hayan puesto la mano en el arado*¹¹³, habrán hecho *campos nuevos* en las almas, y si éstas escuchan a la manera de *la tierra hermosa*¹¹⁴ y *buena*¹¹⁵, entonces, al sembrar, no siembran *sobre espinas*¹¹⁶. Pero si, antes del arado y antes de *hacer campos nuevos* en la razón de los oyentes, uno toma las santas semillas, esto es, la doctrina sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, la doctrina sobre la resurrección, el castigo y

el descanso eterno, la doctrina sobre la Ley y los Profetas y, en una palabra, sobre cada uno de los puntos de la Escritura, y las siembra, transgrede el mandamiento que dice en primer lugar: *labraos campos nuevos*, y en segundo lugar: *y no sembréis sobre espinas*.

Pero cualquiera de los oyentes dirá: Yo no enseño, yo no estoy sujeto a este mandamiento. Tú también has venido a ser labrador de ti mismo: no *siembres sobre espinas*, sino hazme un *campo nuevo* del pedazo de tierra que te haya confiado el Dios del universo. Considera este campo, ve dónde hay *espinas*, dónde *preocupaciones mundanas*, seducción de riquezas y amor al placer¹¹⁷; y una vez examinadas las *espinas* que están en tu alma, busca el *arado* espiritual del que Jesús dijo: *Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el reino de Dios*¹¹⁸. Habiéndolo buscado y encontrado, reúne desde las Escrituras a los *bueyes*, es decir, a los trabajadores puros, labra y renueva la tierra y, para que deje de ser vieja, hazla nueva *despojando al hombre viejo con sus acciones y revistiendo el nuevo, renovado para el conocimiento*¹¹⁹. Te harás un *campo nuevo*, y cuando te hayas hecho un campo nuevo, toma semillas de los que enseñan, toma semillas de los profetas, de los escritos evangélicos, de las palabras apostólicas; y, habiendo tomado estas semillas, siembra tu alma por medio de la memoria y del ejercicio. Parecerá que tales semillas brotan *por sí mismas*¹²⁰; pero la verdad es que no brotarán con su recuerdo, sino que Dios las hará crecer: *Yo planté, Apolo regó, pero Dios es el que dio el crecimiento*¹²¹. Y si alguno ha po-

dido comprender las Escrituras, éste ha hecho un *campo nuevo*, y hecho un *campo nuevo*, no ha sembrado *sobre espinas*. Está previsto en el plan de Dios que estas semillas no lleguen a ser al instante espigas, sino que, como en el evangelio según Marcos, sean *primero hierba, después espiga*¹²², y luego, preparado *para la cosecha*¹²³. Cuando estén preparadas para la cosecha, vendrán los *enviados para la siega*¹²⁴; cuando estén preparadas *para la cosecha*, vendrán aquellos a los que el Verbo dice: *Alzad vuestros ojos y ved los campos que blanquean ya para la siega*¹²⁵.

Nos dice, por tanto: *Haceos campos nuevos y no sembréis sobre espinas*¹²⁶. Pero si antes de haber purificado tu alma, te acercas todavía con espinas al que puede enseñar, o al menos es juzgado o presentado como capaz de enseñar, para pedirle enseñanzas y semillas espirituales, transgredes el precepto que dice: *No sembréis sobre espinas*. 14. Seguidamente se dice: *Circuncidaos para vuestro Dios, y circuncidad el prepucio de vuestro corazón. Circuncidaos para vuestro Dios*. Era preciso añadir: *Circuncidaos para vuestro Dios*¹²⁷; lo comprenderás desde el ejemplo de la circuncisión sensible. Se circuncidan, aludo al modo sensible, no solamente los circuncisos según la Ley de Moisés, sino también otros muchos. Los sacerdotes de los egipcios se circuncidan para los ídolos; pero aquella circuncisión es una circuncisión para los ídolos, no una circuncisión hecha *para Dios*, mientras que la de los judíos era tal vez *para Dios*, al menos

entonces. Por tanto, si la palabra dice: *Circuncidaos para vuestro Dios*, una vez entendido el sentido literal, pasa al sentido figurado para encontrar cómo, entre los circuncisos en sentido figurado¹²⁸ –de suerte que algunos de ellos podrían decir tal vez: *Nosotros somos la circuncisión*–, unos son circuncisos *para Dios* y los otros están circuncidados, pero no *para Dios*. Además de la palabra de la verdad, además de la doctrina de la Iglesia, hay también otras doctrinas. Los que se dedican a la filosofía se reprimen en muchas cosas y son, por así decir, circuncisos de costumbres y de corazón; también los herejes practican la abstinencia y tienen una circuncisión, pero no una circuncisión *para Dios*, puesto que en ellos la circuncisión se da en virtud de una falsa doctrina¹²⁹. Pero cuando estás en comunión con la regla de la Iglesia, conformándote al espíritu de la sana doctrina, no sólo eres circunciso, sino circunciso *para Dios*¹³⁰.

*Circuncidaos, pues, para vuestro Dios, y circuncidad el prepucio de vuestro corazón*¹³¹. ¿Quién no pasa al lado de estas palabras como dichas con claridad? Hay, por tanto, un *prepucio del corazón* y es preciso circuncidarlo. Si uno agudiza la razón, indagando, encontrará en este lugar cosas como éstas. El prepucio es congénito, la circuncisión es ad-

quirida; lo que nos ha venido por el nacimiento, la circuncisión lo suprime; luego si la palabra manda suprimir el *prepucio del corazón*, tiene que haber en el corazón algo de congénito, llamado *prepucio*, que debe suprimirse para que uno sea circunciso del *prepucio del corazón*¹³². Si uno piensa en esta frase: *nosotros éramos hijos de ira por naturaleza, como lo son también los demás*¹³³; si uno piensa en el *cuerpo de humillación*¹³⁴ en que hemos nacido; si uno reflexiona sobre el texto: *nadie está limpio de mancha, aunque su vida sea de un solo día, o sus meses sean numerosos*¹³⁵, verá cómo hemos nacido con una impureza y un *prepucio del corazón*¹³⁶.

15. Para referir un ejemplo más simple que pueda encaminaros a ver lo que es el *prepucio del corazón*¹³⁷, diré que en la primera edad nacen forzosamente en el alma opinio-

nes falsas, porque al hombre no le es posible recibir desde el principio las doctrinas verdaderas y puras. Pero el Verbo divino ha previsto que haya una historia y una Escritura con sentido literal, para que el niño que le nace a Abraham *según la carne* se nutra al principio de palabras *según la carne* y nazca en primer lugar *el hijo de la esclava* a fin de que pueda nacer después *el hijo de la libre, el hijo de la promesa*¹³⁸. Si se llega a entender por qué se dijo esto, se podrá comprender cuál es el *prepucio del corazón* que ha precedido a la circuncisión¹³⁹.

Debemos, pues, recibir la palabra que purifica las doctrinas y suprime todas las falsas opiniones nacidas en nosotros. Esto es, por tanto, quitarse el *prepucio de nuestro corazón*. Porque si el corazón en nosotros es lo que contiene la razón, donde residen los conceptos, de donde *salen los malos pensamientos*¹⁴⁰, el que suprime los malos pensamientos suprime *el prepucio del corazón*, el que se aparta de la falsa doctrina circuncida *el prepucio de su corazón* y se convierte en *hombre de Judá y habitante de Jerusalén*¹⁴¹, circunciso en toda su pureza. Pero si uno no se aparta del *prepucio de su corazón*, veamos de qué le amenaza la palabra:

*No sea que brote como un fuego mi furor; arderá y no habrá quien lo apague*¹⁴². La cólera del Señor brota, pues, como un fuego contra los que no se han circuncidado *para Dios*, contra los que no se apartaron del *prepucio* de su corazón, y *no habrá quien lo apague a la vista de la perversidad de sus costumbres*¹⁴³. Este fuego tiene por combustible la *maldad* de nuestros *hábitos*¹⁴⁴; donde no hay *perversidad de costumbres*, el fuego no encuentra su pasto¹⁴⁵. Y que el combustible de ese fuego sea la *maldad de las costumbres*, escucha cómo lo dice el profeta: *Y no habrá quien lo apague a la vista de la perversidad de vuestras costumbres*.

*Anunciadlo en Judá y que se oiga en Jerusalén: decidlo, dad la señal con la trompeta por la tierra, y gritad a plena voz*¹⁴⁶. Lo anunciado –afirma– decidlo en Judá, a los de la tribu de Judá, es decir, de Cristo¹⁴⁷, porque *es notorio que nuestro Salvador se ha alzado desde Judá*¹⁴⁸. **16.** Dad la señal con la trompeta por la tierra. La Palabra sublime que des-

pierta al oyente, que le prepara *a la guerra*¹⁴⁹ contra las pasiones, *a la guerra* contra las potencias adversas, que le prepara a las *fiestas celestes*¹⁵⁰ –porque esto¹⁵¹ se dice de ambas cosas–, se asocia aquí a una *trompeta*. En los Números, tal palabra es una *trompeta*, como por ejemplo cuando la Palabra me manda a mí y a cualquier otro –pues le es dado al que quiere y al que busca la inteligencia de las Escrituras– hacer *trompetas de plata maciza*¹⁵². Así la Palabra dice: *Dad la señal con la trompeta por la tierra y gritad a plena voz: decidlo; juntaos y entremos en las ciudades fortificadas*¹⁵³. La Palabra de Dios no quiere que entremos en una ciudad sin murallas, sino en una ciudad amurallada: la *Iglesia del Dios vivo* que está *fortificada* por la *verdad*¹⁵⁴ del Verbo. Él es, en efecto, el bastión, como aparece en el salmo diecisiete, que Dios es también *muralla*¹⁵⁵.

Reponeos y huid a Sión, cuantos estáis fuera de Sión, *reponeos y huid a Sión; apresuraos, no paréis*¹⁵⁶, los que estáis en progreso, *apresuraos* hacia el Observatorio¹⁵⁷, *porque yo traigo males del Bóreas*¹⁵⁸ y *una gran tribulación*¹⁵⁹. Al llegar los *males del Bóreas* –pues Bóreas es el adversario, como se ha dicho–, ¿quién no buscará y entrará *en las ciudades fortificadas* y estará *en las iglesias de Dios*¹⁶⁰, sin quedarse fuera, para no ser hecho prisionero por los enemigos y masacrado? ¿Y quién es el enemigo? Veamos por lo que sigue de qué manera se ha expresado: *Se ha levantado un león de su guarida, ha salido para destruir a las naciones*¹⁶¹. He aquí el enemigo del que hay que huir. Un *león* nos persigue

¿Quién es? Pedro nos lo enseña cuando dice: *Vuestro enemigo, el diablo, como un león rugiente, ronda buscando a quien devorar; resistidle, firmes en la fe*¹⁶²; y en el salmo no-veno: *Está emboscado en su escondrijo, está al acecho como león en su guarida*¹⁶³. Este león no se embosca de día, sino cuando llega la noche; pues, según el salmo ciento tres: *Pu-siste las tinieblas y cayó la noche; en ella rebullirán todos los animales de la selva, los leoncillos que rugen por la presa y reclaman a Dios su alimento*¹⁶⁴.

17. Por tanto, *un león se ha levantado de su guarida*¹⁶⁵: ¿Dónde? ¿Cuándo? Está abajo, caído¹⁶⁶. Había bajado a lo profundo de la tierra: *Un león se ha levantado de su guarida*. Tú eres hombre, tú estás más alto que el diablo, porque eres mejor que él, seas como seas. Él está abajo a causa de su maldad¹⁶⁷.

Luego *se ha levantado un león de su guarida, ha salido para destruir a las naciones*¹⁶⁸. Ya levantado *de su guarida*, es decir, del lugar correspondiente a su castigo, *salió para destruir a las naciones, salió de su lugar para reducir tu tierra a un desierto*¹⁶⁹. Él quiere entrar en tu tierra, esa tierra de la que hablábamos no hace mucho¹⁷⁰; él nos quiere devorar a cada uno de nosotros. El león viene, pues, *para reducir tu tierra a un desierto*, para aplastar las semillas, ha-

ciendo de tu tierra un desierto; y *tus ciudades quedarán arrasadas, porque serán despobladas; por ello, ceñíos de saco*¹⁷¹. Así, puesto que el *león se ha levantado*, puesto que el león te amenaza y quiere destruir *tu tierra, cíñete un cilicio*, llora y gime, suplica a Dios por medio de las plegarias para que extirpe de ti este *león* y no caigas en sus fauces. Porque *como el pastor salva de la boca del león dos patas o la punta de una oreja*¹⁷², este león busca adueñarse de ti por las orejas, arrojándote palabras engañosas, a fin de que, por causa de tu glotonería, te apartes de la verdad; quiere desviar tus pies de la verdad y devorarte. Pero tú *cíñete un cilicio*, golpéate el pecho, llora y lanza el grito de guerra a la vista del enemigo amenazante, para que *el furor de la cólera del Señor*¹⁷³ se aleje de ti y, una vez alejado el furor y estando en total quietud, puedas, ya al abrigo de los asaltos del *león* y puesto que habrás entrado en la *ciudad amurallada*¹⁷⁴, alabar al Dios que te salva en Cristo Jesús, *para quien son la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁷⁵.

HOMILÍA VI

Sobre: *Señor, tus ojos están sobre la fe,*
hasta: *Iré a los fuertes y les hablaré.*

1. *Señor, dice, tus ojos están sobre la fe*¹. Del mismo modo que *los ojos del Señor están puestos en los justos*², porque los aparta de los injustos, así los ojos del Señor están sobre la fe, porque los aparta de la increencia. Por eso, se dijo justamente por el que entendía lo que decía en la oración: *Señor, tus ojos están sobre la fe.*

Lo escrito aquí es, por tanto: *Señor, tus ojos están sobre la fe.* Pero, puesto que *el hombre de saber, si oye una palabra sabia, la elogiará y añadirá otra suya*³, mira todo lo que puede sacarse de la frase: *Señor, tus ojos están sobre la fe.* Dice Pablo: *Ahora subsisten estas tres: la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de todas ellas es la caridad*⁴. Como *los ojos del Señor están sobre la fe*, los ojos del Señor están sobre la esperanza, los ojos del Señor están sobre la caridad. Y, dado que el Espíritu es *Espíritu de fuerza, de caridad y de templanza*⁵, como los ojos del Señor están sobre la caridad, así los ojos del Señor están sobre la fuerza, los ojos del Señor están sobre la templanza, los ojos del Señor están sobre la justicia⁶; en suma, los ojos del Señor están sobre todas las virtudes. Luego si quieres, también tú, que los rayos de los ojos espiritua-

les⁷ de Dios vengan sobre ti, revístete de las virtudes. Entonces, como se dice: *Señor, tus ojos están sobre la fe*, se podrá decir: *Señor, tus ojos están sobre cada uno de los bienes que hayas adquirido*. Y si eres de tal manera que los ojos del Señor te iluminan, dirás: *La luz de tu rostro nos ha marcado, Señor*⁸.

2. Veamos, en seguida, lo que se dice de los pecadores: *Los azotaste, pero no acusaron el golpe*⁹. Estos azotes visibles, aplicados a los cuerpos vivos, hacen daño a los azotados, lo quieran o no lo quieran ellos; pero los azotes de Dios son tales que algunos de los flagelados sufren y otros no¹⁰. Veamos si podemos explicar qué es sufrir bajo los azotes de Dios y qué es no sufrir, y por qué los que no sufren bajo los azotes de Dios son desgraciados, mientras que los que sufren bajo los azotes de Dios son dichosos¹¹. Dice, en efecto, la Sabiduría: *¿Quién dará azotes a mi pensamiento y a mis labios sello de prudentes, para que no me dejen vivir en mis errores y mis pecados no me pierdan?*¹². Presta atención a estas palabras: *¿Quién dará azotes a mi pensamiento?* Hay, por tanto, azotes que fustigan el pensamiento; pues el Logos, tomando aparte al alma y conduciéndola a la conciencia de sus pecados, la fustiga. Vapulea al bienaventura-

do, que sufre bajo los azotes, porque las palabras que se le dicen le golpean y no menosprecia la corrección¹³. Pero si uno es hallado, por así decir, insensible, se dirá de él: *Los azotaste, pero no acusaron el golpe*. Supongamos que se haya pronunciado una misma palabra de reproche para tocar el pensamiento de quienes tienen la conciencia manchada¹⁴ por algún pecado, si uno de los oyentes se duele hasta poder decir de él: *Has visto cómo se compungió*¹⁵ fulano, y otro no se duele, sino que permanece insensible a los reproches, es evidente que de aquel que es insensible se dirá: *Los azotaste, pero no acusaron el golpe*.

Ésta es una explicación del texto que dice: *ellos no acusaron el golpe* o ellos se dolieron. Pero veamos si tenemos también otra. Hay en los cuerpos miembros que mueren y se desechan, y muchas veces los miembros muertos, a diferencia de los vivos, sienten de manera tal que, si se aplican a un miembro vivo tratamientos dolorosos, aquél a quien se aplica lo que causa dolor sufre, pero si se aplica lo que provoca dolor a un miembro insensible, ése hombre no siente, porque está muerto en cuanto a ese miembro. Si ves esto en el cuerpo, trasládalo al alma¹⁶ y verás que un alma también puede estar muerta en sus miembros, hasta el punto de no sentir los golpes de los azotes por muy penosos que sean algunos. Se aplican torturas espantosas: tal alma no las sentirá, mientras que tal otra las sentirá. Y el que no siente el sufrimiento que se le inflige estará seguramente, en cierto modo, más afligido de no sentir que de sentir, deseando más

sufrir cuando se le infligen los tormentos, porque esto sería señal de que está vivo, y disgustándole no sentir los tormentos. Por consiguiente, del mismo modo que esto sucede en los cuerpos, así pienso yo que, en el texto que dice: *¡que ellos deseen ser pasto del fuego!*¹⁷, se indica algo semejante a esto: como en el caso del fuego que es aplicado a alguno que no siente la quemadura, ¡que esos hombres, al entender la diferencia que existe entre los que sienten el sufrimiento y los que no lo sienten, *deseen* más sentir el fuego que no sentirlo!¹⁸. Alguno, incluso, ante la proximidad del fuego reservado a los pecadores, desearía sentir más que no sentir.

Esto (se ha dicho) a propósito del versículo: *Tú los azotaste, pero ellos no acusaron el golpe. Tú los acabaste, pero ellos no quisieron aprender*¹⁹. Cuando Dios, en su providencia universal, realiza su obra purificadora para la salvación de un alma²⁰, la lleva a cumplimiento en cuanto a lo que de él depende. Entenderás lo que significa: *los acabaste, pero no quisieron aprender*, a partir del ejemplo de un maestro que transmite la ciencia y de un alumno que no quiere recibir la ciencia de aquél que se la transmite. Supongamos que el maestro hace todo lo que está en su mano y *completa* todo lo necesario para la transmisión de la ciencia, y que el alumno no recibe lo que se le dice. Yo podría

decirle al maestro a propósito de tal alumno: *Tú lo acabaste, pero él no quiso aprender*. Si, pues, todo lo que nos viene de la Providencia se produce para *completarnos* y perfeccionarnos, pero nosotros no aceptamos las lecciones de la Providencia que nos atrae hacia la perfección, el que entiende el sentido de esto podría decirle a Dios: *Señor, tú los completaste, pero ellos no quisieron aceptar la lección*.

3. *Endurecieron sus rostros más que una piedra*²¹. Entenderás también esto a partir de cosas más corporales. Entre los pecadores hay quienes, al escuchar palabras de reproche contra sus pecados, enrojecen, se esconden y se someten a la palabra de reproche que les es dirigida; pero los hay tales que no enrojecen, ni se avergüenzan de los actos que se les reprocha, de los pecados cometidos. De estos que no se avergüenzan podría decirse, por tanto: *Endurecieron sus rostros más que una piedra*. Si has entendido esto en el orden corporal, trasládalo mentalmente al alma, concibiéndola como el rostro del cual se dice: *entonces* (veremos) *cara a cara*²², y considera un alma *dura*, tan endurecida como el corazón del Faraón²³, hasta el punto de resistir a las advertencias y como rechazando lo que le es dicho, sin dejarse formar por tales amonestaciones. Ahí descubrirás, pues, lo adecuado de la palabra: *Ellos endurecieron sus rostros más que una piedra*.

Y no quisieron convertirse. Y yo me dije: quizá sean pobres gentes, puesto que no quisieron conocer el camino del

*Señor y el juicio de Dios. Iré a los fuertes y les hablaré*²⁴. Habiendo entendido estas cosas como dichas de los que no querían ser instruidos ni comprendían los azotes de Dios, el profeta, pensando en la causa de este comportamiento, dice: su alma es *pobre*.

*Y yo me dije: quizá sean pobres gentes, puesto que no fueron capaces, puesto que no conocieron el camino del Señor y el juicio de Dios. Iré a los fuertes y les hablaré*²⁵. Los fuertes de alma son mencionados elogiosamente; así, entre los griegos se habla constantemente de la *fuerza* y la grandeza del alma racional. En efecto, cuando uno se lanza a grandes acciones, posee ambiciones estimables y piensa siempre en hacer lo que conviene para vivir conforme a la recta razón, no queriendo ni ver lo que es bajo y ruin, ese tal tiene la *fuerza* y la grandeza en el alma. Aquéllos, pues, como eran *pobres* —se trata de aquéllos, anteriormente mencionados, a los que la Palabra descalificó—, no entendieron, dice el profeta, no entendieron precisamente porque eran *pobres*; por eso, *iré a los fuertes y les hablaré*. Si hay dicha en el hablar *a los oídos de los que escuchan*²⁶, la hay también en encontrar un oyente *fuerte* y grande²⁷.

Por eso, dichas tales cosas, sabiendo que no hay daño para los que hablan de amonestar, sino solamente para los que escuchan no aceptar las amonestaciones, y que Jeremías acusa de pobreza su mente y su pensamiento, pidamos a Dios recibir, gracias a la Palabra que ha de crecer en nosotros, la *fuerza* y la grandeza en Jesucristo, a fin de que podamos entender las palabras sagradas y santas. *A él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*²⁸.

HOMILÍA VII

Sobre: *Y he aquí que en aquellos días, dice el Señor, tu Dios, no os golpearé hasta la consumación, hasta: así seréis esclavos de extranjeros en una tierra que no es vuestra.*

1. Dios, que juzga gradualmente a los que castiga, concede espacio para el arrepentimiento¹. No castigando en el instante mismo en que se peca, exige la *consumación* del castigo al pecador; por eso, castiga *juzgando gradualmente*². Ejemplo de esto se halla en el Levítico. En efecto, en las maldiciones proferidas contra los transgresores de la Ley, tras el anuncio de los primeros castigos, está escrito: *Y si, después de esto no os convertís, dice el Señor, he aquí que yo os infligiré siete plagas suplementarias*³; y de nuevo habla de otro castigo: *Y si, después de esto no os convertís, sino que venís a mí de costado, yo iré a vosotros con cólera sesgada*⁴. Constatarás que Dios mide los castigos con moderación, porque quiere conducir al pecador a la conversión en lugar de hacerle pagar todos de una vez⁵.

Luego, si nos atenemos a la letra, estas cosas habían ocurrido con el pueblo⁶, y amenazándoles con males que habían de sufrir, la Palabra les dice después de esto: *Y he aquí que en los días aquellos, dice el Señor, tu Dios, no os golpearé hasta la consumación*⁷. Te preguntarás si esta declaración informa ante todo de los castigos venideros; si no es así, conviene que el que sea capaz pase⁸ de los acontecimientos de la vida de este pueblo a aquellos castigos⁹. En efecto, yo diría, plenamente convencido, que como *dan culto en figura y en sombra de las realidades celestes*¹⁰, así ese pueblo fue castigado por sus pecados *en figura y en sombra* de los castigos verdaderos, de modo que todo castigo consignado en la Ley y los Profetas respecto del pueblo contiene una *silueta* de los castigos verdaderos¹¹.

Si, pues, la *consumación* no se ha producido para ellos en el instante mismo de sus pecados, sino en otro momento, al final, así tal vez haya también para los pecadores un castigo después de la muerte¹²; sin embargo, para Jerusalén,

la *consumación* se sitúa en el momento de la cautividad de Nabucodonosor. Alguno podrá decir tal vez que entonces no hubo *consumación*¹³, ni siquiera en la época de los Macabeos¹⁴, sino que la *consumación* para el pueblo tuvo lugar en tiempos de la venida de mi Señor, Jesucristo. En efecto, mientras que el Salvador no les decía: *He aquí que vuestra casa se os ha quedado desierta*¹⁵, no había quedado desierta; pero cuando lloró sobre Jerusalén, diciendo: *¡Jerusalén, Jerusalén, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no habéis querido! He aquí que vuestra casa se os queda desierta*¹⁶; la casa ha quedado desierta; Jerusalén ha sido cercada por ejércitos¹⁷, porque la casa ha quedado desierta y llegó su desolación¹⁸. Después, tras la caída de aquéllos, vino la *salvación* para nosotros, los gentiles¹⁹.

Eran, pues, castigados, y la *consumación* no llegó sobre ellos hasta la venida de mi Señor, Jesucristo. 2. Pero yo me pregunto si no sucede también lo mismo con nosotros y si

hay castigos tales que unos no tienen experiencia de segundos castigos, sino que les basta con los primeros; otros, en cambio, llegan a los segundos o incluso a los terceros; y otros irán también a los cuartos. Porque el texto: *yo impondré siete plagas*²⁰, indica ciertamente un misterio²¹: hay una primera plaga, y una segunda, y una tercera, hasta siete plagas para algunos. No todos son golpeados con siete plagas, sino que, a mi juicio, algunos serán golpeados con seis plagas, otros con cinco, otros con cuatro, otros con tres o dos, y yo pienso que los menos castigados de todos serán golpeados con una sola plaga²².

Luego Dios sabe también lo relativo a estas *plagas*; por eso, está escrito aquí, al comienzo de la lectura: *Y he aquí que en aquellos días* –en los días concernientes a lo dicho– *no os llevaré hasta la consumación*²³; pero no os llevaré en esos días en que habrá *consumación*, pues hay algunos días en que llevará hasta la *consumación* a los que lleve. 3. *Y he aquí que cuando dijereis: ¿Por qué el Señor Dios nos ha in-*

*fligido todos estos males?, tú les responderás: Lo mismo que me dejasteis a mí y servisteis a dioses extraños en vuestra tierra, así les serviréis en una tierra no vuestra*²⁴. Es preciso comprender el sentido literal y basta por el momento con refrescar, desde la letra, la memoria de los que pueden entender. Los hijos de Israel poseían la tierra santa, el templo, la casa de la oración. Debían ofrecer culto a Dios, pero transgrediendo los mandamientos divinos adoraban a los ídolos y acogían a los ídolos de Damasco, como está escrito en el libro de los *Reyes*²⁵, y aceptaban a otros ídolos paganos en la tierra santa. Por acoger a los ídolos paganos, merecían ser arrojados al país de los ídolos, bajar al lugar en que se adoraba a los ídolos²⁶.

El Verbo les dice, pues, a la letra: *Como me abandonasteis a mí y servisteis a dioses extranjeros en vuestra tierra, así serviréis a dioses extranjeros en una tierra que no es vuestra*²⁷. Ahora bien, todo el que diviniza una cosa²⁸ sirve a *dioses extranjeros*. ¿Divinizas los alimentos y las bebidas? *Tu dios es el vientre*²⁹. ¿Estimas como un gran bien la plata y las riquezas de aquí abajo? *Tu dios y señor es Mamón*³⁰. En efecto, Jesús lo llamó *señor* de los apegados al dinero cuando dijo: *No podéis servir a Dios y al Dinero; nadie puede servir a dos señores*³¹. Así pues, el que estima la plata, admira la riqueza y cree que ésta es un bien³², el que acoge

a los ricos como a dioses y desprecia a los pobres como si no tuviesen el carácter divino de los ricos, ése diviniza la plata. ¡Si en la tierra de Dios, la Iglesia, hay alguno que adora a dioses extranjeros divinizando lo que no merece ser divinizado, será expulsado a una tierra extranjera³³, y allí que adore a los dioses que adoraba cuando estaba dentro! ¡Fuera el avaro, que sea expulsado de la Iglesia! ¡Fuera el glotón, que sea arrojado de la Iglesia!

Esto, por lo que concierne a una interpretación alegórica, para no indagar ahora de manera indiscriminada sobre lo que me supera y sobre la tierra de la que el Salvador dijo: *¿Lo nuestro, quién os lo dará?*³⁴; y, puesto que se produjo una adoración en la tierra³⁵ de algún otro³⁶, Dios, en su providencia, decidió expulsar a algunos seres de su propia tie-

rra, haciéndoles ir a la tierra de la que está escrito: *Escucha Israel, ¿por qué estás en tierra enemiga? ¿Por qué has sido contado entre los que bajan al Hades? Es que abandonaste al Señor, fuente de vida. Si hubieses marchado por el camino de Dios, habrías habitado en la paz por siempre*³⁷.

Ahora, pues, estamos en tierra extranjera³⁸ y nos jactamos de hacer lo contrario de lo que hicieron los hijos de Israel en la tierra santa: ellos, en la tierra santa, adoraron divinidades extranjeras; nosotros, en cambio, en tierra extranjera, adoramos al Dios extranjero a la tierra, ajeno a los asuntos terrenos³⁹. Porque aquí abajo manda el *príncipe de este siglo*⁴⁰ y para sus hijos Dios es extraño. Pero cuando digo extraño, no lo digo en el sentido de que no haya creado el mundo⁴¹, sino extraño al señor del mal, ajeno a los pecados presentes. Sin embargo, cuando queremos adorar en esta tierra de corrupción al Dios ajeno a las obras del pecado, ¿qué podemos hacer? Nosotros no decimos: *¿Cómo cantar el cántico del Señor en una tierra extranjera?*⁴², sino: *¿Cómo cantar el cántico del Señor sin estar en una tierra*

extranjera? Nosotros buscamos en una tierra extranjera el *lugar* en el que cantar el cántico del Señor, el *lugar* en el que adorar al Señor nuestro Dios. ¿Cuál es este *lugar*? Yo lo encontré⁴³. Vino a esta tierra, portando el cuerpo que ha salvado, asumiendo el *cuerpo del pecado*⁴⁴, en *semejanza de carne de pecado*⁴⁵, para que en este *lugar*, gracias a la venida de Cristo Jesús que *destruyó* al *príncipe de este siglo*⁴⁶ y *destruyó* al pecado⁴⁷, yo pueda adorar a Dios aquí abajo y después en la tierra santa⁴⁸. Porque, si después de haber adorado a los ídolos en la tierra santa, uno hubo de partir hacia la tierra extranjera, después de haber adorado a Dios en la tierra extranjera, uno habrá de partir hacia la tierra santa⁴⁹ en Cristo Jesús, *al cual la gloria y el poder por los siglos. Amén*⁵⁰.

HOMILÍA VIII

Sobre: *El Señor que hizo la tierra por su fuerza,*
hasta: *Todo hombre se ha vuelto estúpido de*
conocimiento.

1. Tomando lo que podríamos llamar tres virtudes¹ de Dios, su fuerza, su sabiduría y su inteligencia, el profeta atribuye a cada una de ellas una obra particular: a la fuerza, la tierra; a la sabiduría, el mundo habitado; a la inteligencia, el cielo. Escucha, en efecto, la frase que dice: *El Señor es el que hizo la tierra con su fuerza, el que levantó el orbe con su sabiduría y el que extendió el cielo con su inteligencia*². Y nosotros, a causa de nuestra *tierra*³, —porque le ha sido dicho a Adán: *Tú eres tierra*⁴— tenemos necesidad de la *fuerza* de Dios. Sin la potencia de Dios no somos capaces de cumplir lo que no es conforme a *las tendencias de la carne*⁵; pero, una vez muertos *los miembros terrestres*⁶, vendrá lo que es conforme a la voluntad del Espíritu, puesto que, según el Apóstol, con el Espíritu se dan muerte a las obras de la carne⁷.

Por tanto, *el Señor es quien hizo la tierra con su fuerza*⁸. Si contemplas también esta tierra y puedes ver escrito en Job, como encontramos en las copias más exactas, que el Señor la colocó *sobre la nada*⁹, advertirás que se mantiene en perfecto equilibrio por la fuerza de Dios.

Vengo también al *mundo habitado*¹⁰. Sé lo que es un alma habitada, sé lo que es un alma desierta. Si el alma no tiene a Dios, si no tiene a Cristo que dijo: *Yo y mi Padre vendremos a él y haremos morada en él*¹¹, si no tiene al Espíritu Santo, está desierta; pero está habitada cuando está llena de Dios, cuando tiene a Cristo, cuando el Espíritu Santo está en ella¹². En las Escrituras se lee bajo formas variadas y diversas esto: que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están en el alma del hombre. Así David, en el salmo de la confesión, pide al Padre con la mirada puesta en estos espíritus: *Afiánzame con un espíritu dirigente, renueva en*

*mis entrañas un espíritu recto, no apartes de mí tu santo espíritu*¹³. ¿Quiénes son estos tres espíritus? El espíritu *dirigente* es el Padre, el espíritu *recto* es Cristo, y el Espíritu Santo.

Esto, para mostrar que el *mundo habitado* no ha surgido de otro modo que en la *Sabiduría* de Dios. En efecto, *la sabiduría ayuda al sabio más que diez gobernadores presentes en la ciudad y desgraciado el que desprecia la sabiduría y la disciplina, vana es su esperanza, estériles sus penas e inútiles sus obras*¹⁴, dice la Sabiduría encabezada por Salomón. Por eso, dado que el *mundo habitado* está levantado sobre la Sabiduría de Dios¹⁵, deseemos también nosotros, en la medida de lo posible, que nuestro *mundo habitado*, tal vez caído, se levante. Porque este *mundo habitado* cayó cuando vinimos al lugar de la corrupción¹⁶, este *mundo habitado* cayó cuando pecamos¹⁷, faltando a la piedad y cometiendo injusticia; por eso, tenemos necesidad de *ser levantados*¹⁸.

Luego Dios es *el que ha levantado el mundo habitado*¹⁹. Pero si no tomas de esta manera el *mundo habitado*, sino que lo entiendes más banalmente, indaga por qué se dice que Dios es *el que ha levantado el mundo habitado*, a fin de que, descubriendo su caída, veas su restauración. Cualquiera que esté en este *mundo habitado* –si entiendes por *mundo habitado* lo que acabo de exponer– es evidente que tiene necesidad de *ser levantado*; ahora bien, nadie necesita ser levantado si no ha caído. Es claro que cada uno de los que están en el *mundo habitado* ha caído a consecuencia de un pecado²⁰; también *el que levanta a los encorvados y sostiene a todos los que caen es el Señor*²¹. *Todos mueren en Adán*²²; así ha caído el mundo, y tiene necesidad de *ser levantado* para que todos *sean vivificados en Cristo*²³.

Hasta aquí he dado una doble explicación del *mundo habitado*; por un lado, he mostrado cómo está habitada o

desierta el alma en cada individuo, y por otro, he tratado del mundo habitado en sí mismo. 2. Y con su inteligencia expandió el cielo²⁴. No por casualidad eligió la inteligencia para el cielo. En efecto, en los Proverbios encontrarás esta palabra: Dios en su sabiduría fundó la tierra, consolidó los cielos en su inteligencia²⁵. Hay, pues, una inteligencia de Dios, que no debes buscar sino en Cristo Jesús; porque todo cuanto es de Dios en este modo es Cristo. Él es la Sabiduría²⁶ de Dios; él es la Potencia²⁷ de Dios; él es la Justicia²⁸ de Dios; él es la Santificación²⁹; él es la Redención³⁰; él es también la Inteligencia de Dios. Pues bien, en cuanto a la sustancia es uno, pero en lo que respecta a las nociones lleva numerosos nombres que aluden a cosas diferentes³¹. Tú no entiendes lo mismo de Cristo cuando lo concibes como Sabiduría y cuando lo concibes como Justicia. En efecto, cuando lo concibes como Sabiduría, entiendes con ello la ciencia de las cosas divinas y humanas³²; cuando lo concibes como Justicia, entiendes el poder de asignar a cada uno lo que merece, y cuando es como Santificación, entiendes la capacidad de hacer santos a los que creen en Dios y a los consagrados a él. De la misma manera, por tanto, le concebirás como Inteligencia cuan-

do es ciencia del bien y del mal y de ninguna de las dos cosas³³.

Para los que habitan en el cielo³⁴ o llevan consigo al hombre celeste³⁵, hay separación «respecto del mal, porque Dios expandiendo el firmamento llamado cielo³⁶» separó el mal del bien, a fin de que, por haber sido expandido este *cielo con la inteligencia de Dios*, aquel otro cielo no se manche ya, ni se manche el justo, que es cielo –pues también el justo es cielo, como mostraré más adelante–; por eso, pues, se dijo: *Y expandió el cielo con su inteligencia*³⁷. Por tanto, ¿cómo es expandido el cielo? Lo expande la Sabiduría. Y se indica cómo lo expande la Sabiduría en el versículo que dice: *Porque yo expandí mis palabras, pero vosotros no prestasteis*

*atención*³⁸. Aquí se alude a una expansión de palabras³⁹. Así es expandido el *cielo*. También se dice en el salmo ciento tres: *Desplegando el cielo como una tienda*⁴⁰. Nuestra alma, antes replegada, es desplegada también para que pueda acoger la sabiduría de Dios.

Pero volvamos a nuestro propósito. Hablábamos de que el cielo ha surgido con la Inteligencia, y decíamos que los que revisten el *hombre celeste* son también cielo. En efecto, si al pecador se le dice: *eres tierra y a la tierra volverás*, ¿al justo, del cual es el reino de los cielos⁴¹, no se le podría decir: *eres cielo y al cielo volverás?* Y si, por causa del *hombre terrestre*⁴², al que lleva la imagen del terrestre le será dicho: *eres tierra y a la tierra volverás*⁴³, ¿no convendrá que, por causa del *hombre celeste*⁴⁴, si llevas la imagen del celeste, te sea dicho: *eres cielo y al cielo volverás?*⁴⁵. Cada uno de nosotros tiene, pues, obras celestes y terrestres. Son terrestres las obras que conducen a la tierra, que les es connatural, al hombre que las atesora en la tierra en vez de atesorarlas en el cielo. Y a la inversa, los actos de virtud conducen a los lugares que son connaturales a estos actos,

es decir, a los cielos, al hombre que atesora en el cielo⁴⁶, al que lleva consigo la imagen del celeste⁴⁷.

3. *E hizo subir las nubes desde el confín de la tierra*⁴⁸. La misma expresión compareció recientemente en el salmo⁴⁹, y explicábamos cómo hizo subir Dios las nubes *desde el confín de la tierra*. Es necesario volver a estas cosas para esclarecimiento y recuerdo de los que ya conocen lo que se ha dicho y para clarificar la expresión a los que la han olvidado o estaban ausentes, ya sea que estuviese al descubierto y a plena luz, o que se entendiese de manera aproximada. Decíamos que los santos eran nubes; porque la palabra: *Tu verdad hasta la nubes*⁵⁰, no puede referirse a las nubes sin alma, sino que la verdad de Dios llega hasta las nubes que escuchan el mandato de Dios y saben dónde derramar su lluvia y de quiénes apartarla⁵¹. En efecto, como si hubiese nubes a las que Dios manda no llover o llover, está escrito: *Yo mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella*⁵². Tratándose de estas nubes, si no hay lluvia, no es porque Dios mande a las nubes no llover sobre la viña o el país, sino porque no aparece ninguna nube, como está escrito en el tercer libro de los Reyes⁵³, en donde, durante la época de

la sequía, no aparecía nube alguna, pero cuando, según la palabra del profeta Elías, debía llegar la lluvia, apareció un rastro de nube *como un rastro de hombre*⁵⁴ y se formó una nube que derramó la lluvia; pero, porque hay otras nubes que reciben el mandato de no llover cuando el alma es indigna de la lluvia, se dice: *Yo mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella*⁵⁵. Ahora bien, cada uno de los santos es una nube. Moisés era una nube y como nube decía: *Presta oído, cielo, y hablaré; escuche la tierra las palabras de mi boca; que mi doctrina se aguarde como lluvia –si no fuese nube, no habría dicho nunca: que mi doctrina se aguarde como lluvia–, y que mis palabras desciendan como rocío*⁵⁶. En tanto que nube dice: *Como llovizna sobre la hierba y como nieve sobre el césped*⁵⁷. De la misma manera, en cuanto nube dice también Isaías: *Escucha, cielo, oye, tierra, porque el Señor ha hablado*⁵⁸. Y porque él mismo era nube, y llamaba nubes a los que profetizaban con él, dice en su profecía: *Yo mandaré a las nubes que no lluevan sobre ella*⁵⁹.

4. Y si hemos entendido quiénes son las nubes, veamos cómo Dios es el que hace subir las nubes desde el confín de la tierra⁶⁰. ¿Cómo desde el confín? Dice el Salvador: *El que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el último de todos*⁶¹. Pablo observó este mandamiento y era el último en este mundo. Por eso dijo: *Porque, a lo que pienso, Dios*

*nos hizo a nosotros, los apóstoles, los últimos, como a condenados a muerte, pues hemos venido a ser espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres*⁶². Por tanto, si uno observa el mandamiento del Salvador y se hace el último por lo que toca a esta vida, llega a ser nube; y Dios no hace subir las nubes desde los primeros de la tierra, no hace subir las nubes desde los consulares, no hace subir las nubes desde los gobernadores, ni desde los ricos; pues: *Dichosos los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos*⁶³. ¿Ves cómo Dios hace subir las nubes desde los últimos y las personaliza⁶⁴? Por eso, si queremos llegar a ser nubes, a las que viene la verdad de Dios⁶⁵, seamos los últimos de todos y digamos con nuestros actos y disposiciones: *A lo que pienso, Dios nos ha hecho a nosotros, los apóstoles, los últimos*⁶⁶. Aun cuando yo no sea apóstol, me es posible estar en el último rango a fin de que Dios, que hace subir las nubes desde el confín de la tierra, me eleve.

*Y Él hizo relámpagos para la lluvia*⁶⁷. Los peritos en la materia dicen que los relámpagos proceden de las nubes que se frotan unas con otras. En efecto, lo que sucede en la tierra con las piedras incendiarias, de modo que cuando se golpean dos piedras, la una contra la otra, se produce fuego, sucede también, dicen, con las nubes: cuando las nubes chocan entre sí en las tempestades se produce el relámpago; por eso, el relámpago forma de ordinario una unidad con el trueno: mientras el trueno manifiesta el ruido del choque de las nubes, el relámpago engendra la luz. 5. Si has entendido este ejemplo, mira ahora la nube espiritual⁶⁸. Moisés era nube;

Jesús, el de Navé, era nube. Pues bien, estas nubes conversan entre ellas y de sus palabras brota el resplandor. Jeremías era nube; Baruch era nube: ellos dialogan entre sí; el relámpago vino de las palabras de Jeremías y de las palabras de Baruch. Así, recoge, si puedes, de las Escrituras ejemplos similares del modo en que viene el relámpago. También en el Nuevo Testamento Pablo y Silvano eran dos nubes, se encontraron y se produjo el resplandor de la epístola⁶⁹.

Luego *Dios hizo relámpagos para la lluvia y sacó los vientos de sus tesoros*⁷⁰. ¿Estos vientos están, pues, en tesoros? ¿No es mejor decir que no se ve claramente en qué consiste la naturaleza de las cosas que soplan sobre la tierra? Al menos, hay algunos tesoros de vientos, es decir, tesoros de espíritus: *Espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fuerza, espíritu de ciencia y de piedad, espíritu de temor de Dios*⁷¹, *espíritu de potencia, de amor y de mansedumbre*⁷², y tú mismo puedes, partiendo de las Escrituras, reunir estos vientos. Estos espíritus están en tesoros. ¿Cuáles son esos tesoros? *En Él están los tesoros escondidos de la sabiduría y de la ciencia*⁷³. Tales tesoros están en Cristo. Por tanto, de allí proceden estos vientos, estos espíritus, para que uno sea sabio y otro creyente, para que un tercero tenga conocimiento y otro reciba tal o cual carisma de Dios: Porque a uno le es dada una palabra de sabiduría por medio del Espíritu, a otro una palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro la fe en el mismo Espíritu⁷⁴.

6. Luego *Él levantó las nubes desde el confín de la tierra, hizo los relámpagos para la lluvia y sacó los vientos de sus tesoros*⁷⁵. Gracias a Dios, también nosotros tenemos la esperanza de alcanzar esos tesoros, y dado que hay muchos tesoros, tal vez haya en los tesoros de Dios reposos [diferentes] según el rango de los resucitados⁷⁶. Lo que digo es esto: la resurrección de los muertos se produce por determinados rangos –pues dice el Apóstol: *Pero cada uno en su propio rango*⁷⁷–, y como los rangos no se mezclan al azar, un rango estará en un tesoro de Dios, otro rango en otro tesoro y un tercer rango en otro tesoro. Todos estos tesoros tienen, no obstante, un único Tesoro en el que moran. Por eso, Pablo dice: *En Él están los tesoros escondidos de la sabiduría y de la ciencia*⁷⁸. Y del mismo modo que poseo *la única perla de gran valor*⁷⁹, poseyendo la multitud de perlas, así llego al Tesoro de los tesoros, al Señor de los señores, al Rey de reyes⁸⁰, cuando soy digno de los espíritus de los tesoros de Dios, pues sacó los vientos de sus tesoros.

7. *Todo hombre se ha vuelto necio de conocimiento*⁸¹. Si todo hombre se ha vuelto necio de conocimiento y Pablo es un hombre, Pablo se ha vuelto necio de conocimiento, porque *conocía parcialmente y parcialmente profetizaba*⁸², se ha vuelto necio de conocimiento porque veía *a través de un es-*

pejo, veía en enigma⁸³, veía y entendía una parte mínima y, se podría decir, una parte infinitesimal de las cosas. Debes entender las palabras: *Todo hombre se ha vuelto necio de conocimiento*, desde su contraste. Hay pecados de Jerusalén y pecados de Sodoma, pero los pecados de Sodoma son justicia por comparación con los pecados más graves de Jerusalén. En efecto, dice (a Jerusalén): *Sodoma ha sido justificada a partir de ti*⁸⁴. En consecuencia, como los pecados de Sodoma no eran justicia, sino injusticia, y la injusticia, por relación a una injusticia más grande, es justicia, así el conocimiento [se aprecia] *a contrario*. Por comparación con el conocimiento que está en los cielos, la ciencia perfecta, el conocimiento de Pablo es necesidad⁸⁵. De ahí que se diga: *Todo hombre se ha vuelto necio de conocimiento*. En mi opinión, el Eclesiastés entendía algo parecido cuando decía: *Yo dije: Tendré sabiduría. Y ella se alejó de mí más de lo que estaba; y lo profundo de lo profundo, ¿quién lo encontrará?*⁸⁶.

8. La Palabra osará decir que lo que ha venido a la vida se ha rebajado a sí mismo⁸⁷ para dar plenitud al mundo con su rebajamiento⁸⁸. Y si lo que vino a la vida se rebajó a sí mismo, esta misma humillación era sabiduría, *porque lo necio de Dios es más sabio que los hombres*⁸⁹. Si yo hubiese hablado de lo necio de Dios, ¿qué de reproches me habrían lanzado los quisquillosos! ¿Cómo habrían blasfemado contra mí! Después de haber dicho mil cosas, juzgadas buenas por ellos mismos, ¿cómo me habrían censurado esta expresión, a su juicio inadecuada, si yo hubiese hablado de la

necedad de Dios! Pero es Pablo, en cuanto sabio y revestido de autoridad apostólica, el que osó decir que toda la sabiduría de la tierra, la que estaba en él, en Pedro y en los demás apóstoles, toda la que ha venido a este mundo, era la necedad de Dios. Pues, en relación con esa sabiduría que no puede contener lugar alguno en la tierra, en relación con esa sabiduría supraceleste, supracósmica, lo que ha venido a nosotros es necedad de Dios. Pero esta necedad de Dios es más sabia que los hombres. ¿Qué hombres? No pienso en necios, sino que es más sabia que los mismos hombres sabios. Aun cuando citases como sabios de este mundo a los príncipes o a los profetas de los príncipes de este mundo⁹⁰, la necedad de Dios a que me he referido es más sabia que los hombres⁹¹.

9. La Palabra dirá una paradoja, a saber, que *la sabiduría del mundo es necedad delante de Dios*⁹² y que *Dios ha vuelto insensata la sabiduría del mundo*⁹³. ¿Acaso con su sabiduría, Dios ha vuelto insensata la sabiduría del mundo?

¿Es que la sabiduría del mundo puede recibir la Sabiduría para convencerse de su necesidad? ¿La sabiduría de Dios compite, pues, con la sabiduría del mundo para confundirla? No, pero basta un poco de algo, ese poco que es necesidad de Dios, para que por este poco de necesidad divina la sabiduría del mundo se vuelva necia y sea confundida; porque la sabiduría de este mundo no ha tolerado la sabiduría de Dios. Tomemos un ejemplo para que entiendas que la necesidad de Dios ha vuelto necia la sabiduría del mundo. Supongamos que yo, que aparento saber mucho más, entro en competencia con un individuo falto de inteligencia, inculto y que no entiende nada ni es capaz de disputar sobre temas en alguna medida nobles. ¿Acaso tendría necesidad de dialéctica o de consideraciones profundas con ese individuo, si sus pensamientos fuesen estúpidos? ¿No me bastaría con un simple vocablo, un poco más penetrante que su lenguaje, para poder confundir su necesidad? Así, para que la sabiduría de este mundo se vuelva necia no hace falta que la sabiduría de Dios compita con ella, —ésta, en efecto, está abajo— sino que es suficiente con la necesidad de Dios, *porque la necesidad de Dios es más sabia que los hombres y la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres*⁹⁴.

Mi Señor y Salvador asumió todos los contrarios para destruir a los contrarios con los contrarios y para que nosotros seamos fortalecidos por la debilidad de Jesús y hechos sabios por la necesidad de Dios y, una vez introducidos en esta debilidad y en esta necesidad, podamos subir hacia la Sabiduría, hacia la Fuerza de Dios, Cristo Jesús⁹⁵, *al cual pertenecen la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁹⁶.

HOMILÍA IX

Sobre: *El Verbo que vino a Jeremías de parte del Señor diciendo: Escuchad las palabras de esta alianza,*
hasta: *Ellos se volvieron a las iniquidades de sus primeros padres.*

1. Si se considera el advenimiento de nuestro Señor Jesucristo narrado por la historia, hubo una venida corporal, universal y que iluminó al mundo entero cuando *el Verbo se hizo carne y acampó entre nosotros*¹. *Era, en efecto, la luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo; estaba en el mundo y el mundo se hizo por medio de Él; el mundo no le conoció; vino a su casa y los suyos no le recibieron*². Sin embargo, convicne saber que Él venía también antes, aunque no corporalmente, a cada uno de los santos, y que, después de su venida visible, sigue viniendo a nosotros³. Y si quieres tener la prueba de esto, presta atención a las palabras: *El Verbo que vino a Jeremías de parte*

del Señor diciendo: Escuchad⁴ y lo que sigue. ¿Cuál es, en efecto, el Verbo que vino de parte del Señor ya sea a Jeremías, a Isaías, a Ezequiel o a cualquier otro profeta, sino el que estaba en el principio junto a Dios⁵? Yo no conozco otro Verbo del Señor que ése, del cual dijo el evangelista: Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios⁶.

Pero a nosotros nos conviene también saber esto: hay una venida del Verbo a cada uno en particular, sobre todo a los que pueden sacar provecho de ella⁷. Porque ¿de qué me sirve que el Verbo haya venido si yo no lo tengo? Y a la inversa, aunque no hubiese venido todavía al mundo, si yo fuera como los profetas, tendría al Verbo. Yo diría que Cristo ha venido a Moisés, a Jeremías, a Isaías, a cada uno de los justos, y que lo dicho por Él a sus discípulos: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo⁸*, era observado y realizado de hecho antes de su venida⁹. En efecto, estaba con Moisés, con Elías y con cada uno de los santos. ¿Cómo podrían haber dicho ellos la palabra de Dios si la Palabra de Dios no hubiera venido a ellos¹⁰. Es preciso que estas cosas sean conocidas sobre todo entre nosotros, los eclesiásticos, que queremos que el Dios de la Ley y del Evangelio sea el mismo, que Cristo

sea el mismo entonces, ahora y por todos los siglos. Habrá quienes separen –algo que sólo cabe en su pensamiento– a la divinidad anterior a la venida del Salvador de la divinidad proclamada por Jesucristo¹¹, pero nosotros no conocemos más que un solo Dios entonces y ahora y un solo Cristo entonces y ahora¹².

Esto, por lo que se refiere a la palabra: *El Verbo que vino a Jeremías de parte del Señor diciendo*¹³. ¿Qué oiremos, pues, también nosotros? *Escuchad las palabras de esta alianza y hablad a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén*¹⁴. Gracias a Cristo, los hombres de Judá somos nosotros, *porque es notorio que nuestro Señor ha salido de Judá*¹⁵; y si yo establecí, en conformidad con la Escritura, que el nombre de Judá se relaciona con Cristo¹⁶, *los hombres de Judá* no serán los judíos, que no creen en Cristo, sino nosotros, los que creemos en Cristo: *Judá, que tus hermanos te alaben; tus manos, sobre la espalda de tus enemigos*¹⁷. Que ellos *te alaben*: No es a aquel Judá, hijo de Jacob a quien sus hermanos han alabado, sino a este Judá a quien sus hermanos alabarán, pues este Judá dijo: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré*¹⁸. Al Judá de entonces no se le dice: *Tus manos están*

sobre la espalda de tus enemigos. ¿Dónde se encuentra que aquel Judá haya puesto las manos sobre la espalda de los enemigos? La historia, cuando habla de él, no cuenta nada de esto; pero si entiendes la venida del Señor Jesús que destruye¹⁹ al diablo, que despoja a los Principados y a las Potestades, que los entrega en espectáculo y triunfa (sobre ellos) en el bosque²⁰, ves cómo en este Judá se ha cumplido la profecía que dice: *Tus manos están sobre la espalda de tus enemigos*²¹. Si esto es así y el Verbo habla ahora a los hombres de Judá, ¿a quiénes podría dirigirse sino a nosotros, que creemos en Cristo, también llamado en cierto modo Judá por su linaje de Judá?

2. La Palabra se dirige a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén²². Se trata de la Iglesia misma; pues la Iglesia es la ciudad de Dios²³, la Visión de la paz²⁴; es en ella donde crece y se ve la paz que nos ha traído, si es que somos hijos de paz²⁵.

Escuchad, pues, las palabras de esta alianza y decidlas a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén. Y tú les dirás: Así habla el Señor Dios de Israel: ¡maldito el hombre que no escuche las palabras de la alianza que yo he pres-

*crito a vuestros padres!*²⁶. ¿Quién escucha mejor las palabras de la alianza que Dios ha prescrito a los padres? ¿Los que creen en Él o aquellos que han dado muestras de no creer siquiera en Moisés, puesto que no han creído en el Señor? En efecto, el Salvador les dice: *Si hubieseis creído en Moisés, creeríais también en mí, pues de mí escribió él; pero si no creéis en sus escritos ¿cómo vais a creer en mis palabras?*²⁷. Así pues, aquellos no creyeron en Moisés; pero nosotros, creyendo en Cristo, creemos en la alianza (sellada) por medio de Moisés²⁸, y, para que nosotros no seamos malditos, se nos dice: *Maldito el hombre que no escuche las palabras de la alianza que yo he prescrito a vuestros padres.*

Ellos, por tanto, reciben la maldición porque no escucharon la alianza que Dios había prescrito a los padres *en el día*, dice, *en que yo les hice subir del país de Egipto, del horno de hierro*²⁹. También a nosotros Dios nos hizo salir *del país de Egipto*³⁰, *del horno de hierro*, sobre todo si se ha entendido lo escrito en el Apocalipsis de Juan, que el lugar *donde su Señor fue crucificado es llamado espiritualmente Sodoma y Egipto*³¹. En efecto, si es llamado espiritualmente Egipto y el Egipto de aquí no es el llamado espiritualmente Egipto, pues es sensible, es evidente que, si has entendido lo que es el llamado espiritualmente Egipto y has salido de él, eres el que ha salido *del país de Egipto y del horno*

de hierro y a ti se te dice: *Escuchad mi voz y haced todo*³² esto.

A continuación hay una promesa de Dios para los que escuchan, si hacen lo que Él ha mandado, al decir: *Y vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios*³³. No todo *pueblo* que dice que es pueblo de Dios es de Dios. En efecto, aquel pueblo que pretendía ser pueblo *de Dios* oyó decir: *vosotros no sois mi pueblo*, en el versículo: *Porque vosotros no sois mi pueblo*³⁴. A ese pueblo le fue dicho: *no mi pueblo*³⁵, y de nuevo este pueblo fue llamado *pueblo*³⁶; pues *ellos me dieron envidia con un no-dios* –habla de los primeros–, *me irritaron con sus ídolos. Y yo les daré envidia con una no-nación, les irritaré con una nación privada de juicio*³⁷.

3. Nosotros, por tanto, hemos llegado a ser un pueblo para Dios, y la justicia de Dios es anunciada al pueblo por nacer, al pueblo tomado de las naciones. Este pueblo, en efecto, es engendrado de una sola vez; por eso se dice en el profeta: *¿Ha sido engendrada una nación de una vez?*³⁸. Sí, una nación fue engendrada de una sola vez cuando vino el Salvador y en un solo día creyeron *cinco mil*³⁹ hombres, y otro día *se añadirán tres mil*⁴⁰. Es posible ver a todo un pueblo engendrado por el Verbo de Dios y a la *estéril* engendrando de un solo golpe, ella que no engendraba antes y a la que le es dicho: *Alégrate, estéril, que no has dado a luz; rompe en gritos de júbilo, la que no ha conocido los dolores [del parto], porque los hijos de la abandonada son más numerosos que los de la casada*⁴¹. Ella estaba *abandonada* de la Ley, *abandonada* de Dios; en cambio, de la otra, de la si-

nagoga, se dice que tiene la Ley por *marido*. ¿Qué me promete, pues, Dios? *Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios*⁴². No es Dios de todos, sino solamente de aquéllos a quienes se da graciosamente a sí mismo como se dio a aquel patriarca al que dijo: *Yo soy tu Dios*⁴³; y de nuevo a otro: *Yo seré tu Dios*⁴⁴; y a propósito de otros: *Yo seré su Dios*⁴⁵. ¿Cuándo, pues, conseguiremos nosotros –me refiero individualmente– que Dios sea nuestro Dios? Si quieres saber de quiénes es Dios y a quién concede la gracia de añadir su nombre al suyo: *Yo soy*, dice, *el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob*⁴⁶, y comentando esto, el Salvador declara: *No es Dios de muertos, sino de vivos*⁴⁷. ¿Quién es el muerto? El pecador, el que no tiene al que dijo: *Yo soy la vida*⁴⁸, el que tiene *obras muertas*, porque no se ha arrepentido aún de las *obras muertas*, de las que dice el Apóstol: *Sin poner de nuevo el fundamento del arrepentimiento de las obras muertas*⁴⁹.

Luego si *Dios no es Dios de muertos, sino de vivos*⁵⁰ y nosotros sabemos quién es el vivo, a saber, el que vive según Cristo y permanece con Él, si queremos que Dios sea nuestro Dios, renunciemos a las obras de la muerte para que se cumpla su promesa: *Y yo seré vuestro Dios, en orden a cumplir el juramento que hice a vuestros padres de darles una tierra que mana leche y miel*⁵¹. Observa, en efecto, que dice: *Yo cumpliré el juramento que hice a vuestros padres de darles una tierra que mana leche y miel*, como si no les hubiese dado todavía *la tierra que mana leche y miel*. Porque ésta no es la tierra que Dios anunciaba como *la que mana leche y miel*, sino aquélla de la que hablaba el Salvador en

su enseñanza: *Dichosos los mansos, porque ellos heredarán la tierra*⁵².

4. A continuación, en respuesta a lo que el Señor ha dicho previamente: *Maldito el hombre que no escuche las palabras de esta alianza*⁵³, el profeta dice: *Yo respondí y dije: ¡Sea, Señor!*⁵⁴. ¿Qué significa: *sea, Señor*? *Sea maldito* el que no respete *las palabras de esta alianza*.

*Y el Señor me dijo: lee estas palabras en las ciudades de Judá y fuera de Jerusalén*⁵⁵ –nosotros leemos las palabras de Dios incluso a los de fuera para invitarles a la salvación– *diciendo: escuchad las palabras de esta alianza y ponedlas en práctica. Y ellos no lo hicieron. Y el Señor me dijo: Se ha descubierto un lazo entre los hombres de Judá y entre los habitantes de Jerusalén*⁵⁶. ¿No debemos más bien arrepentirnos de los pecados mencionados a propósito de los *hombres de Judá*, dado que sabemos que somos los *hombres de Judá* por causa de Cristo, que ha sido llamado Judá por los profetas? Tal vez porque hay entre nosotros pecadores y gentes que obran al margen de la recta razón, el profeta dice: *Se ha descubierto un lazo entre los hombres de Judá y entre los habitantes de Jerusalén*⁵⁷. En efecto, cuando se ha descubierto entre algunos que se consideran de la Iglesia *un lazo de iniquidad*⁵⁸ y una *conspiración de pecado*, de modo que se pudiera aplicar al pecador: *Cada uno está apresado en los lazos de sus pecados*⁵⁹, Dios puede decir: *Se ha descubierto un lazo entre los hombres de Judá*. Por tanto, ¡que no se encuentre *lazo* entre vosotros! Pero ¿cómo no encontrar *lazo* entre nosotros cuando hasta el día de hoy hay

un lazo entre algunos? *Desata todo lazo de iniquidad, des-
haz las coyundas impuestas por la violencia, rompe toda con-
vención injusta, parte tu pan con el pobre*⁶⁰.

Así pues, *se ha descubierto un lazo entre los hombres de
Judá y entre los habitantes de Jerusalén. Ellos se volvieron
a las iniquidades de sus primeros padres. ¿Se volvieron a las
iniquidades de quiénes? No dice simplemente de sus padres.
¿Qué añade? Se volvieron a las iniquidades de sus primeros
padres*⁶¹. Decíamos que esto se refería a nosotros y a los que
entre nosotros son pecadores. ¿Cómo, pues, los que entre
nosotros son pecadores *se volvieron a las iniquidades* no de
sus padres, sino *de sus primeros padres*? ¿No será que nues-
tros padres son de dos tipos y que en nosotros hay, por una
parte, una especie malvada de padres, porque antes de creer
éramos, por así decir, hijos del diablo, como muestra la pa-
labra evangélica cuando dice: *Vosotros tenéis por padre al
diablo*⁶²?; pero cuando hemos creído, hemos llegado a ser
*hijos de Dios*⁶³. Por tanto, cada vez que pecamos, *nos vol-
vemos a las iniquidades* no simplemente de nuestros padres,
sino de nuestros *primeros padres*. Y para demostrar que
nuestros padres son de dos tipos, me serviré de las palabras
del Salmo cuarenta y cuatro: *Escucha, hija, mira y presta
oído, olvida tu pueblo y la casa de tu padre*⁶⁴. Un padre dice:
Olvida la casa de tu padre, pues en cuanto padre dice: *Es-
cucha, hija*. Luego nuestros padres son de dos tipos. Pues
bien, *olvida la casa de tu padre*, del *primero*. Si, después de
haber olvidado la casa del *primero*, tornas de nuevo a los
pecados, tú has cometido los pecados aquí mencionados⁶⁵.

*Ellos se volvieron a las iniquidades de sus primeros padres*⁶⁶. Decía que también el diablo era nuestro padre antes de que Dios llegase a ser nuestro Padre –si es que el diablo no sigue siendo nuestro padre–. Mostraremos también esto a partir de la epístola católica⁶⁷ de Juan, donde está escrito: *Todo el que comete pecado ha nacido del diablo*⁶⁸. Si *todo el que comete pecado ha nacido del diablo*, es como si nosotros hubiéramos nacido del diablo tantas veces cuantas pecamos⁶⁹. Desgraciado, por tanto, el que nace incesantemente del diablo, y a la inversa, dichoso el engendrado sin cesar por Dios. En efecto, yo no diré que el justo ha sido engendrado de una vez por Dios, sino que es engendrado sin cesar en cada obra buena, porque en ella Dios engendra al justo⁷⁰. Por tanto, cuando yo te haga ver, a propósi-

to del Salvador, que el Padre no engendró al Hijo para soltarlo desde su generación, sino que lo engendra sin cesar, mostraré que lo mismo vale para el justo. Veamos lo que es nuestro Salvador: *Resplandor de gloria*⁷¹. El *resplandor de la gloria* no ha sido engendrado de una vez para no ser más engendrado, sino que, al igual que la luz⁷² es generadora del resplandor, así también es engendrado *el resplandor de la gloria* de Dios. Nuestro Salvador es *Sabiduría de Dios*⁷³; ahora bien, la *sabiduría* es *resplandor de la luz eterna*⁷⁴. Por tanto, si el Salvador es engendrado sin cesar –y por eso dice: *Antes que todas las colinas me engendra*⁷⁵; y no: «antes que todas las colinas me ha engendrado», sino: *antes que todas las colinas me engendra*–, si el Salvador es engendrado sin cesar por el Padre, también tú, si posees el *espíritu de adopción*⁷⁶, Dios te engendra sin cesar en el Sal-

vador⁷⁷ en cada una de tus obras, en cada uno de tus pensamientos⁷⁸; y así, engendrado, vienes a ser un hijo de Dios engendrado incesantemente en Cristo Jesús, *al cual pertenece la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁷⁹.

HOMILÍA X

Sobre: *Dame a conocer, Señor, y conoceré,*
hasta: *Reunid todas las fieras del campo,*
y que ellas vengan a devorarla

1. Si son palabras de Dios contenidas en la Ley y los Profetas, en los Evangelios y en los Apóstoles, el instruido por las palabras de Dios deberá reservar el título de maestro a Dios. Pues *el que enseña al hombre el conocimiento*¹ es Dios, como está escrito en los Salmos², y el Salvador declara que no se debe dar a nadie en la tierra el título de maestro, cuando dice: *Y vosotros no llaméis a nadie en la tierra maestro, porque uno solo es vuestro maestro, el Padre que está en los cielos*³. En efecto, *el Padre que está en los cielos* enseña, o por sí mismo, o por medio de Cristo, o en el Espíritu Santo, o por medio de Pablo, por así decir, o de Pedro, o de alguno de los otros santos, sólo cuando el Espíritu de Dios y el Verbo de Dios vienen y enseñan. ¿Por qué se me ha dicho eso? Precisamente porque el profeta dice: *Dame a conocer, Señor, y conoceré*⁴; pues yo no podré conocer si tú no me lo muestras, pero si yo conozco porque tú me lo das a conocer, *entonces veré sus maquinaciones*⁵ y comprenderé lo que hace cada uno y cuáles son sus intenciones.

Esto es lo que dice el profeta. Veamos ahora qué dice el Salvador (presente) en el profeta: *Yo, como cordero inocente llevado al sacrificio, no conocí. Ellos tramaron contra mí maquinaciones diciendo: Venid, echemos madera en su pan⁶, arranquémoslo de la tierra de los vivos y que su nombre no se recuerde más⁷*; como dijo también el profeta Isaías: *Cristo fue llevado como cordero al matadero, y como cordero mudo ante el esquilador no abre la boca⁸*. Aquí Isaías habla de Cristo y allí Cristo habla de sí mismo⁹: *Yo, dice, como cordero inocente que es llevado al sacrificio, no conocí¹⁰*. No dijo qué es lo que no conocía. En efecto, no dijo: no conocí el mal; no dijo: no conocí el bien; no dijo: no conocí el pecado; sino simplemente: *no conocí*. Te dejó, por tanto, la tarea de buscar qué es lo que no conoció. Aprende qué es lo que no conoció a partir de esta palabra: *Al que no conocía el pecado, (Dios) lo hizo pecado por nosotros¹¹*. Porque conocer el pecado es pecar, del mismo modo que conocer la justicia es practicar la justicia. Por tanto, todo el que habla de justicia, pero no la practica, no ha conocido la justicia.

2. *Ellos tramaban maquinaciones contra mí, diciendo: Venid y echemos madera en su pan¹²*. Que los judíos lo crucificaron es un hecho evidente y nosotros proclamamos esto con seguridad; pero cómo armonizarás este hecho con el versículo: *ellos tramaron maquinaciones contra mí, diciendo: venid y echemos madera en su pan*, es un asunto por comprender. El *pan* de Jesús es la palabra en la que nos ali-

mentamos. Así, cuando, enseñando Él en medio del pueblo, quisieron poner el escándalo en su enseñanza mediante la crucifixión del mismo, dijeron: *Echemos madera en su pan*. Pues, cuando a la palabra de la enseñanza de Jesús se añade la crucifixión del Maestro, se ha echado *madera en su pan*. Luego que aquéllos, deliberando desde su maquinación, digan: *Venid y echemos madera en su pan*; yo, por el contrario, diré de manera aún más paradójica: *la madera echada en su pan* ha hecho el pan mejor¹³. Tomo un ejemplo de la Ley de Moisés: *el madero arrojado al agua amarga* la volvió *dulce*¹⁴. Del mismo modo, *el madero* de la pasión de Jesucristo, entrando en su palabra, ha vuelto su *pan* más dulce. De hecho, antes de que la *madera* entre en su *pan*, cuando sólo había *pan* y no había *madera* en su enseñanza, su *voz* no *salió a toda la tierra*¹⁵; pero, una vez que el *pan* recibió potencia por la *madera* echada en él¹⁶, la palabra de su enseñanza tomó posesión de toda la tierra habitada. El *made-*

ro de entonces era un símbolo de la pasión de Jesús, por la que el *agua amarga* se convierte en *dulce*; pues yo digo que la Ley, no entendida espiritualmente, es un *agua amarga*, pero si viene el *madero* de Jesús y llega la enseñanza de mi Salvador, la Ley de Moisés se dulcifica y se hace suave de leer y entender¹⁷.

3. Por tanto, ellos dijeron: *Venid y echemos madera en su pan*; y añaden: *Arranquémoslo de la tierra de los vivos y que no se recuerde más su nombre*¹⁸. Así, ellos le mataron para hacer desaparecer su nombre. Pero Jesús sabe cómo y por qué muere. Por eso dice: *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto*¹⁹; de modo que la muerte de Jesús llega a ser una espiga de trigo que multiplica y hace abundar lo sembrado. Asimismo, si, por hipótesis, no hubiese sido crucificado ni hubiese muerto, el grano de trigo permanecería solo y no se habría convertido en una *multitud* salida de él²⁰. Presta, pues, atención a su frase para ver si al decir: *si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo, pero si muere lleva mucho fruto*, no ha querido decir esto: la muerte de Jesús ha fructificado en todos estos (cristianos); ¡pero si la muerte ha producido tantos frutos, cuántos más producirá la resurrección!

4. *¡Señor de las potencias, juez de lo justo, que escrutas riñones y corazones, vea yo tu venganza contra ellos!*²¹. Pedía esto proféticamente hablando: ver la venganza de Dios contra ellos; porque *Jerusalén ha sido sitiada por ejércitos y su devastación está cerca*²²; y le fue dicho: *He aquí que vuestra casa se os va a quedar desierta*²³.

Que yo vea, por tanto, tu venganza contra ellos, porque a ti he encomendado mi causa. Por eso, así dice el Señor contra los hombres de Anatot que buscan mi vida diciendo: no profetices en nombre del Señor; si no, morirás entre nuestras manos. He aquí que yo les voy a visitar; sus jóvenes morirán a espada y sus hijos e hijas perecerán de hambre, y no quedará superviviente entre ellos, porque yo traeré la desgracia sobre los habitantes de Anatot en el año en que les visite²⁴. El nombre de Anatot²⁵ es tomado aquí figurativamente, y el entero misterio judío está expresado en ella de modo alegórico. Anatot, en efecto, significa obediencia. Puesto que la obediencia de Dios estaba en aquel pueblo, lo mismo que el reino de Dios, y a propósito de este reino se ha cumplido lo dicho: *El reino de Dios os será quitado a vosotros y le será entregado a un pueblo que produzca sus frutos*²⁶, también se ha cumplido en relación con esto la palabra que dice que *los hombres de Anatot*, esto es, los que están en la obediencia, *buscan el alma*, no de Jeremías —porque la historia no dice que los hombres de Anatot hayan buscado el alma de Jeremías; nosotros tenemos los libros de los Reyes y la Escritura hace allí mención de Jeremías²⁷, pero nada parecido se dice en ellos ni en los *Paralipómenos*; tenemos el libro mismo del profeta y nada han dicho los hombres de Anatot—, sino que esto se dice de Cristo²⁸.

*A los que buscan mi alma y dicen: no profetices en el nombre del Señor –los judíos impidieron enseñar a Jesús–, si no, morirás en nuestras manos. He aquí que yo os voy a visitar: sus jóvenes morirán a espada; sus hijos e hijas perecerán de hambre*²⁹. No fue entonces³⁰ cuando perecieron a espada, sino que es ahora, tras la devastación, cuando el hambre se abatió sobre ellos, *no un hambre de pan ni una sed de agua, sino hambre de escuchar la palabra del Señor*³¹; pues no se dice ya entre ellos: *Esto dice el Señor todopoderoso*³². Esta hambre consiste en que no hay ya profecía³³, ¡y qué digo profecía!, ni siquiera enseñanza. Aun cuando se den mil veces el nombre de sabios³⁴, la palabra del Señor no está ya entre ellos, puesto que se ha cumplido la predicción: *El Señor retirará de Judea y de Jerusalén al hombre fuerte y a la mujer fuerte, al gigante y al robusto, al guerrero y al juez, al profeta y al augur, al anciano, al jefe de escuadra y al magistrado distinguido, al hábil arquitecto y al discípulo inteligente*³⁵. Ya no hay entre ellos quien pueda decir: *Como hábil arquitecto yo he puesto el fundamento*³⁶. Los arquitectos cambiaron de lugar, pasaron a la Iglesia, han puesto como *fundamento* a Jesucristo³⁷ y sus sucesores construyen sobre él.

5. Luego aquel pueblo es abandonado *en el hambre*; pues *yo traeré la desgracia sobre los habitantes de Anatot el año en que les visite. Tú eres justo, Señor, para que yo*

*pleitee contra ti; no obstante, interpondré mis querellas contra ti. ¿Por qué el camino de los impíos resulta bien? Todos los que cometen felonías están florecientes*³⁸. Nosotros nos preguntamos aún si el Dios que ha dado la Ley y los Profetas es bueno cuando vemos que *el camino de los impíos resulta bien* y no castiga a los impíos. *Todos los que cometen felonías han prosperado*³⁹. Incluso los que hablan contra el demiurgo, blasfemando contra él, *han prosperado*, es decir, han sido plantados, han echado raíces, han engendrado y han fructificado. ¡Cuántos frutos engendrados por Marción!⁴⁰ ¡Cuántos por Basílides!⁴¹ ¡Cuántos por Valentín!⁴² Pues tal es el sentido de lo profetizado y dicho sobre los impíos: *Ellos parieron y fructificaron. Tú estás cerca de su boca, pero lejos de sus riñones*⁴³. Nombran el nombre de

Jesús, pero no poseen a Jesús, porque no le confiesan como es preciso⁴⁴.

Pero tú, Señor, me conoces; tú me has visto, has sondeado mi corazón delante de ti; purifícalos en el día de su inmolación⁴⁵. ¿Qué haré para clarificar esto? Por purificación designa los castigos de los que son castigados. Purifícalos, dice, en efecto, en el día de su inmolación, purifícalos inmolándoles. Porque el Señor corrige al que ama y azota a todo hijo que acoge⁴⁶.

6. *Hasta cuándo estará de luto la tierra y la hierba del campo se secará debido a la maldad de sus habitantes?*⁴⁷. Aquí el profeta habla como si la tierra estuviese animada, cuando dice que la tierra *está de luto por la maldad* de los que andan en ella. Para cada uno de nosotros, por tanto, la tierra está de luto o está alegre; porque o bien *hace duelo por la perversidad de sus habitantes*, o bien se regocija por la virtud *de sus habitantes*. Luego en cada uno de nosotros el elemento mismo se alegra o se duele. Pero si se dice de la tierra, seguramente también de los restantes elementos. Yo diré de modo semejante: el agua y el ángel colocado en el agua⁴⁸ (se alegran o hacen duelo), para explicar que la tierra está de luto o no lo está, porque este cuerpo, que es la tierra, no *está de duelo por los que habitan en ella*, sino que, entiéndeme, para la administración del universo hay un ángel colocado en la tierra, otro colocado en las aguas, otro en el aire y un cuarto en el fuego. Así, elévate conmigo con la razón hacia el entero orden que reina entre los animales, las plantas y los astros celestes: un ángel está colocado in-

cluso en el sol, otro en la luna y otros en las estrellas⁴⁹. Sin duda estos ángeles, en cuya compañía estamos mientras vivimos en la tierra, o se alegran por nosotros o por nosotros *están de duelo* cuando pecamos. La tierra, dice Jeremías, *está de luto a causa de sus habitantes*: llama ángel a la tierra por homonimia con la misma tierra. Pues, del mismo modo que se dice: *Maldito lo hecho por mano de hombre y maldito el que lo hizo*⁵⁰ –no que lo inanimado sea maldito, sino que designa *hecho por mano de hombre* lo que reside⁵¹ en la estatua inanimada y toma nombre de ella–, así yo también diré que *tierra* designa al ángel colocado en la tierra y *agua* al ángel colocado en el agua, según lo escrito: *Las aguas te vieron, oh Dios, y temblaron; los abismos se espantaron por el estruendo de las aguas, las nubes dieron su voz y tus flechas zigzaguearon*⁵².

7. *He dejado mi casa, he abandonado mi heredad, he entregado mi alma amada en manos de sus enemigos*⁵³. Mira al que siendo de *condición divina*⁵⁴ está en los cielos, mira su *casa* supraceleste. Si quieres ver todavía más alto –porque *yo estoy en el Padre*⁵⁵– advierte que su *casa* es Dios⁵⁶. Él *deja a su Padre y a su madre*⁵⁷, la *Jerusalén de arriba*⁵⁸,

viene al lugar terrestre y dice: *He dejado mi casa, he abandonado mi heredad*. Su heredad era, en efecto, aquélla, a saber, los lugares en los que está con los ángeles, el rango en el que está con las santas potencias. *He entregado mi alma amada en manos de sus enemigos*: ha entregado su alma en manos de los enemigos del alma, en manos de los judíos que lo mataron, en manos de los príncipes reunidos contra Él, en manos de los reyes, cuando *los reyes de la tierra se levantaron y los príncipes se concitaron contra el Señor y contra su Cristo*⁵⁹.

8. *Mi heredad fue para mí como un león en la selva*⁶⁰. Esta heredad que había recibido en la tierra se volvió contra Él como una bestia salvaje y su heredad llegó a ser como judíos enfurecidos contra Él como *león en la selva*. Ahora todavía hay leones *en la selva* que quieren anatematizar a Jesús, que blasfeman contra Él y traman conjuras contra los que creen en Él⁶¹. Por tanto, *mi heredad fue para mí como un león en la selva*. *Ha lanzado contra mí su rugido; por eso, lo aborrecí. ¿No ha venido a ser mi heredad una caverna de hiena?*⁶². Él profetiza sobre esta heredad: *¿No ha venido a ser mi heredad una caverna de hiena? Una caverna de hiena, la fiera más salvaje, la carroñera que merodea en torno a las tumbas, la que devora los cuerpos cadavéricos.*

¿No ha venido a ser mi heredad para mí como una caverna de hiena o como una caverna alrededor de ella?

*Andad*⁶³. Puesto que han llegado a ser tales, yo os mando a vosotros los ángeles que vayáis y reunáis a las fieras y los entreguéis a ellas: *Andad y reunid a todas las bestias salvajes del campo y que ellas vengan para comerla*⁶⁴. *Las bestias salvajes del campo* han venido y devoran a este pueblo: ved sus corazones devorados por las potencias adversas. ¡Si Jesús no les perdonó a ellos, sino que dijo: *Andad, reunid a las bestias salvajes*, con cuánta más razón no nos perdonará a nosotros!⁶⁵. Si no practicamos la Ley de Dios, la palabra del Evangelio dirá otra vez: *Andad, reunid a las bestias salvajes y entregadla*; pero nosotros tenemos confianza para decir en nuestras oraciones: *No entregues a las bestias el alma que te confiesa sus faltas*⁶⁶. Confesemos nuestras faltas arrepintiéndonos y no seremos *entregados a las bestias salvajes*, sino a los santos ángeles, que serán nodrizas, nos llevarán sobre su seno y nos harán pasar de este mundo al mundo futuro en Cristo Jesús, *al cual pertenecen el poder y la gloria por los siglos. Amén*⁶⁷.

HOMILÍA XI

Sobre: *Por mi causa toda la tierra fue exterminada, y acerca de la faja.*

1. ¿Quién es el que dice: *Por mi causa toda la tierra fue exterminada*¹? Esto lo dice Cristo, antes de cuya venida se habían producido muchos pecados en el pueblo, pero no eran tales que ellos tuviesen que ser abandonados del todo y entregados a una cautividad interminable. Sin embargo, cuando *colmaron la medida de sus padres*² y a la supresión de los profetas³ y persecución de los justos añadieron la muerte del *Cristo de Dios*⁴, entonces se cumplió la palabra: *Vuestra casa se os quedará desierta*⁵; por causa de Cristo han sufrido esta suerte y *toda la tierra fue exterminada*⁶.

2. Pero si quieres entender de una manera más elevada incluso estas palabras⁷: *por mi causa toda la tierra fue exterminada*, ve cómo la *tierra* que está en ti⁸ *fue exterminada* cuando vino Jesús: fue exterminada, en efecto, cuando *murieron los miembros que están sobre la tierra*⁹ y la *tierra* ya no produce sus frutos; ya no hay en el justo *las obras de la carne*, gracias a las cuales la carne florecía, ya no hay

fornicación, ya no hay impureza, lujuria, idolatría, hechicería¹⁰ y las demás cosas. Pero el Salvador dice también: *¿Por qué pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No he venido a traer paz, sino espada*¹¹. Porque, antes de su venida, realmente no estaba la *espada sobre la tierra, ni la carne deseaba contra el espíritu, ni el espíritu contra la carne*; pero una vez que vino y nosotros hemos aprendido que unas cosas son *de la carne*¹² y otras *del espíritu*, esta enseñanza, como *espada*¹³ sobrevenida a la tierra, separó la *carne* y la *tierra del espíritu*¹⁴.

*La tierra fue exterminada*¹⁵ cuando nosotros llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús¹⁶ y no vivimos ya según la carne¹⁷, sino que vive el espíritu, cuando no sembramos nada en la carne, sino todo en el espíritu, para no recoger la corrupción que procede de la carne, sino la vida eterna que viene del espíritu¹⁸. 3. En efecto, se dice a los pecadores: *Sembráis trigo y recogéis espinas*¹⁹; porque, aun dedicándose a las palabras de Dios, los que no lo hacen bien, ni viven como es preciso ni creen, *siembran trigo y recogen espinas*. Esto se puede ver sobre todo en los herejes, que leen las Escrituras y *recogen espinas*, no de las Escrituras, sino de sus propias ideas²⁰.

*Sus funciones no les serán de ningún provecho*²¹. Ya antes que nosotros, otros explicaron estas palabras, y puesto que nosotros no rechazamos su explicación la exponemos de buena gana, no como si la hubiésemos encontrado nosotros mismos, sino como si hubiésemos aprendido una buena enseñanza. Esta palabra, si prestamos atención a lo escrito, os será de provecho tanto a vosotros como a nosotros que, por *oficio* parecemos estar sentados más alto que vosotros, hasta el punto de que algunos desean desempeñar este oficio; pero sabed que el *oficio* no salva necesariamente, pues muchos presbíteros se pierden y muchos laicos serán declarados dichosos. Por tanto, puesto que hay algunos clérigos que no viven de manera tal que se aprovechen de su función y hagan honor a su oficio, por eso, dicen los comentadores, está escrito: *Sus funciones no les serán de ningún provecho*. Pues lo provechoso no está en sentarse en el presbiterio, sino en vivir de manera digna de este lugar, como pide el Verbo. El Verbo nos pide, tanto a vosotros como a nosotros, vivir virtuosamente; pero si hay que decir que *los poderosos serán severamente examinados*²², a mí se me pide más que al diácono y al diácono más que al laico, y al que le ha sido entregado el mando eclesiástico sobre todos nosotros se le pide más todavía. Por eso, el que recibió en depósito grandes cosas, el Apóstol, dice, escuchad bien: *Así, que el hombre nos tenga por servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios. Por lo demás, buscad entre los adminis-*

*tradores para encontrar a uno que sea fiel*²³. Y es tan raro encontrar a un administrador fiel y honesto que Jesús, *que conoce todas las cosas antes de que sucedan*²⁴, dice: *¿Quién es el administrador fiel y solícito al que su señor pondrá al frente de su casa para repartir a su tiempo la ración a sus siervos?*²⁵. Luego, reprende a algunos administradores diciendo: *Pero si el servidor malvado empieza a decir: mi señor tarda en llegar, y se pone a pegar a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, el señor de aquel siervo vendrá el día que no espera y a la hora que no conoce, le separará y pondrá su parte con los infieles*²⁶.

Esto, a propósito del texto: *Sus funciones no les serán de ningún provecho*. 4. Pero veamos también el necesario reproche que sigue a continuación y que es bueno recoger para la moral: *Avergonzaos de vuestra jactancia, de vuestros ultrajes ante el Señor*²⁷. Hay cosas de las que nos gloriamos por necedad que no son dignas de jactancia, como cuando uno se jacta de ser rico y de poseer muchos bienes; a ese tal se le podría decir: *Avergonzaos de vuestra jactancia*; si uno se gloría de esta nobleza exterior, se le dirá: *Avergonzaos de vuestra jactancia*; si uno se gloría de la suntuosidad de los vestidos o de la edificación de una casa ricamente equipada, es una jactancia extraña a la jactancia de los santos; por eso se le dirá a ese tal: *Avergonzaos de vuestra jactancia*. Escuchad la palabra del profeta Jeremías que nos manda no gloriarnos siquiera de la sabiduría: *Que el sabio no se enorgullezca de su sabiduría, ni el fuerte de su fuerza, ni el rico de su riqueza, sino que el que se gloríe se gloríe de esto, de comprender y conocer que yo soy el Señor*²⁸. Quieres jactarte sin oír: *Avergonzaos de vuestra jactancia*;

enorgullécete como el Apóstol y di: *Lejos de mí gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo*²⁹. Quieres gloriarte de modo que no se te diga: *Avergonzaos de vuestra jactancia*; escucha a Pablo gloriarse y aprende cuando dice: *Yo me gloriaré, por tanto, con mucho gusto de mis debilidades, para que la fuerza de Cristo repose en mí*³⁰. Oid cuáles son las jactancias de las que se jacta: *más que nadie en fatigas* —¿quién de nosotros puede decir esto?—; *en cárceles sobreabundantemente*; *en peligros de muerte muchas veces*; *cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno*; *tres veces fui azotado*; *una vez fui apedreado*; *tres veces naufragué*³¹.

Aprendemos, por tanto, que incluso en las jactancias hay diferencias, hasta el punto de que algunas son dignas de vergüenza y a ellas se les podría aplicar lo del Apóstol: *Y su gloria está en su vergüenza*³². Ellos creen ser glorificados en aquellas cosas de las que tendrían que avergonzarse.

5. Tras esto veamos el episodio de la faja: *Esto dice el Señor: Anda y cómprate una faja de lino y pónitela alrededor de la cintura, pero no la metas en agua. Y me compré la faja, según la palabra del Señor, y me la puse a la cintura. Entonces me fue dirigida la palabra del Señor: Toma la faja que llevas a la cintura, levántate y vete al Éufrates y escóndela allí en la hendidura de la roca*³³. Días después, el profeta va allí y encuentra la faja podrida, y el Señor, poniendo la base para la interpretación de la faja, añade estas palabras: *Como se pega la faja a la cintura de un hombre, así yo hice apegarse a mí a la casa de Israel y a toda la casa de Judá, dice el Señor, para que fuesen mi pueblo renom-*

*brado, mi loor y mi gloria, pero ellos no me escucharon*³⁴. Así pues, el profeta toma el lugar de Dios cuando se ciñe a la cintura la faja de lino, como Dios se ciñe a su pueblo³⁵: *Yo hice apegarse a mí a este pueblo, dice Dios*³⁶. El pueblo viene a ser como una faja de Dios; pero ¿por qué viene a ser *faja* de Dios alrededor de su cintura? El que pueda que lea a Ezequiel y, viendo que Dios se vuelve en cierto modo corporal para el pensamiento³⁷ y cómo *lo que hay desde su cintura para abajo es fuego y lo que hay desde su cintura para arriba es electro*³⁸, busque la razón por la que la parte de Dios que está debajo es fuego. Las cosas que vienen de los *riñones* y de la generación son *fuego*, porque todo lo que está en (el mundo de) la generación tiene necesidad de la purificación por el fuego, todo lo que está en (el mundo de) la generación tiene necesidad de castigo³⁹. Pero lo que está por encima de los *riñones* y trasciende la generación es una materia similar al *electro* en el mundo, purísima y preciosísima. Se dice, en efecto, que el *electro* es más valioso que el oro. Por tanto, puesto que la Escritura se sirve de ejemplos para enseñar que el cuerpo de Dios en su parte

superior es más precioso y en su parte inferior es más deficiente, por eso presenta a Dios como compuesto de *fuego* y de *electro*. Cada uno de nosotros, en la generación, es *fuego*, y es también cuerpo de Dios; no somos *electro*, pero si nos elevamos y progresamos –porque es posible cambiar desde nuestro estado actual en las realidades inferiores, de modo que llegemos a ser cuerpo superior de Dios–, seremos, tras haber pasado por el fuego, el *electro* de la parte más alta del cuerpo de Dios.

6. Él ajusta, pues, alrededor de sus caderas la *faja de lino*⁴⁰. ¿Para qué? Para mostrar que el pueblo es como una protección de Dios, porque contra los que quieren acusar a Dios el pueblo se alza y en cierto modo le cubre como un escudo y no permite que, por lo que mira a Dios, se diga algo inadecuado⁴¹. Pero cuando pecamos, lo mismo que el profeta se quita la faja y la condena al río Éufrates para que allí se pudra, así el pecador es apartado de la *cintura* de Dios y, arrojado, es echado al Éufrates, el río de Mesopotamia, donde están los asirios, enemigos de Israel, donde están los babilonios⁴², y allí se corrompe. Pues, habiendo tantos ríos, el profeta es enviado desde Judea hasta el Éufrates para ocuparse de una *faja de lino* y llevarla allí. Pero ¿por qué *de lino*?⁴³. Porque el lino tiene su origen en la tierra. En efecto, es una planta que brota de la tierra⁴⁴; luego, después de ser cultivada, es cardada, lavada, frotada y abundantemente tratada para que sea apta para llegar a ser una *faja* o cualquier otra cosa.

También todos nosotros tenemos un origen similar a la *faja* de Dios, y porque nacemos de la tierra, necesitamos mucha preparación; tenemos que ser cardados, lavados y perder el color de la tierra; porque uno es el color del lino en su nacimiento y otro el que resulta de su elaboración: el color natural del lino es negruzco, pero después de la elaboración se vuelve muy claro. Algo semejante, pues, nos sucede también a nosotros que estamos en el mundo de la generación. Nosotros somos negros en los comienzos de nuestra fe, por eso se dice al inicio del *Cantar de los Cantares*: *Soy negra, pero hermosa*⁴⁵; al principio, nos parecemos en lo que respecta al alma a etíopes; después, somos enjugados para volvernos más claros, según la palabra: *¿Quién es esa que sube, toda blanca?*⁴⁶, y llegamos a ser *lino claro y puro*⁴⁷. Más tarde, somos también urdidos para ser la *faja* de Dios cuando merecemos ser ceñidos a Dios. Dios no nos rechaza. Él se despojó del primer pueblo, de *la entera casa de Judá* y de *la casa de Israel*⁴⁸. Sucedió para que ya no fuese de ningún provecho, pues ya no les lleva a la *cintura*. En lugar de ellos, Dios se ha ceñido de nosotros, pues, tras haberse quitado la *faja*, no se queda desnudo, sino que se ha tejido otra *faja*. Esta *faja* es la Iglesia salida de los gentiles⁴⁹. Sepa ésta que *si Dios no perdonó a los primeros, con cuánta más razón no la perdonará a ella si comete pecado*⁵⁰, si no es digna de la *cintura* de Dios. Pero *el que se une al Señor es un espíritu (con Él)*⁵¹ en Cristo Jesús, *al cual pertenece la gloria y el poder por los siglos. Amén*⁵².

HOMILÍA XII

Sobre: Y tú dirás al pueblo: esto dice el Señor, Dios de Israel: todo odre será llenado de vino, hasta: y vuestros ojos verterán lágrimas, porque el pequeño rebaño del Señor fue quebrantado.

1. Lo que al profeta se le manda decir de parte de Dios debe ser digno de Dios¹; pero parece que esto no es digno de Dios, si nosotros nos atenemos a la letra, hasta el punto de que algún otro, oyendo la letra, diga: ¡Locura son estas Escrituras! He aquí lo que dirá el hombre animal; porque *el hombre animal no capta las cosas del espíritu de Dios, pues son necedad para él*. Mira, por tanto, lo que dice el texto: *Y tú dirás a este pueblo: esto dice el Señor, Dios de Israel* —lo que *dice el Señor Dios de Israel* debe ser digno del Señor, Dios de Israel—: *todo odre se llenará de vino, y he aquí que ellos te responderán: ¿Acaso somos tan ignorantes que no*

*vamos a saber que todo odre se llenará de vino*³. Si los que así responden lo hacen ateniéndose a la letra y pretenden saber que *todo odre se llenará de vino*, se engañan, porque no *todo odre se llenará de vino*. Hay, en efecto, odres llenos de aceite o de otra sustancia líquida y los hay que permanecen vacíos. Se engañan, por tanto, pues no *todo odre estará lleno de vino*, y el pueblo responde diciendo: *¿Somos tan ignorantes que no vamos a saber que todo odre se llenará de vino?*, respuesta que explicaremos según nuestras posibilidades de la siguiente manera: Si consideramos los diferentes vinos y lo dicho a propósito de los mismos⁴, veremos que, a consecuencia de ellos, es verdad lo que se dice de los odres: *Todo odre se llenará de vino*. En efecto, si entre los odres hay uno que puede llamarse bueno⁵, se llenará de un vino acorde con su bondad, y si hay uno que, en comparación con otros odres y en la medida en que se puede discernir entre ellos, es malo, se llenará también, conforme a su maldad, de un vino malo.

¿Qué podemos encontrar, por tanto, en las Escrituras sobre los diferentes vinos? De los malos está escrito esto: *Porque su viña es viña de Sodoma y su cepa de Gomorra, gajo de hiel es su gajo, su racimo es de amargor; su vino, veneno de serpientes y ponzoña mortal de áspides*⁶; y de los mejores: *¡Cuán poderosa es tu copa embriagadora!*⁷, y la Sabiduría invita a beber de su copa diciendo: *Venid a comer*

*mi pan y a beber el vino que he mezclado para vosotros*⁸. Hay, pues, un vino de *Sodoma*⁹ y un vino que la Sabiduría ha mezclado¹⁰. Y todavía se dice: *Mi amado tenía una viña sobre una colina en terreno fértil*¹¹, viña plantada por Dios, la llamada viña de Sorec, por ser una viña Escogida y Admirable¹²; pero hay también una viña de egipcios que Dios asola según lo escrito: *Dios asoló su viña con el granizo y sus racimos con el hielo*¹³. 2. Considera, pues, te lo ruego, que alegóricamente todos los hombres son ahora capaces de contener vino; yo los llamo, según esto, *odres*, y digo que el malvado está lleno del vino *de la viña de Sodoma*, está lleno del vino egipcio y del vino de los enemigos de Israel, mientras que el santo y aprovechado está lleno de vino de la viña de Sorec y del vino del que está escrito: *¡Cuán poderosa es tu copa embriagadora!*¹⁴, y el santo está todavía lleno del vino con el que la Sabiduría hizo su mezcla.

Se pueden interpretar, pues, estas palabras en función del vicio y de la virtud, para que se entienda la frase que dice: *Todo odre está lleno de vino*; pero si es preciso ver también las consecuencias del vicio y de la virtud, castigos por causa del vicio, bendiciones y promesas a causa de la virtud, mostremos, tomando pie de las Escrituras, de qué modo se dicen

*vino los castigos y las promesas: Toma la copa de este vino sin mezclar y dála a beber a todas las naciones a las que yo te envíe –Dios dice esto a Jeremías, y añade–; beberán y vomitarán y enloquecerán y caerán*¹⁵. Por tanto, aquí designó a los castigos con el nombre de *vino sin mezcla*, vino que beben los que merecen un *vino sin mezcla*, es decir, un castigo *sin mezcla*. Pero hay también otros que beben un castigo no *sin mezcla*, sino mezclado, pues *una copa hay en la mano del Señor, llena de un vino de mixtura no mezclado; Él lo escanció de una a otra, pero su mosto no fue vaciado; lo beberán todos los pecadores de la tierra*¹⁶.

Si quieres ver también la *copa de la bendición*¹⁷ que beben los justos, bastará esta palabra de la Sabiduría: *Bebed el vino que mezclé para vosotros*¹⁸. Pero además ves al Salvador subiendo para la Pascua *a una gran sala, arreglada con divanes*¹⁹ y adornada, celebrando la fiesta con sus discípulos y dándoles una copa, de la cual no está escrito que la mezclase. Pues Jesús, queriendo alegrar a sus discípulos, les deleita con un *vino sin mezcla* y les dice: *Tomad*²⁰, *bebed*²¹, *ésta es mi sangre*²², *derramada por vosotros*²³ *para el perdón de los pecados*²⁴. *Haced esto, cada vez que lo bebáis, en memoria mía*²⁵; y también: *En verdad os digo que*

*a partir de ahora no beberé más de esta copa hasta que la beba con vosotros de nuevo en el reino de Dios*²⁶. Mira la promesa que es la *copa* de la *nueva alianza*²⁷; mira los castigos, *copa de vino sin mezcla*, y otra especie de castigo, *copa de vino mezclado*, de modo que la mezcla de cada uno es proporcional a la mezcla de sus buenas y malas acciones; comprende que unos, totalmente extraños a la piedad y de ninguna manera aplicados a sí mismos, sino viviendo no importa cómo, beben el *vino sin mezcla* del cual se habla en la cita de Jeremías, y que otros, que no son enteramente apóstatas y pecadores, pero que son indignos de la *copa de la nueva alianza*, que a veces hacen acciones buenas y a veces acciones contrarias, beben un *vino de mixtura sin mezclar*²⁸.

Porque Dios *escanció [el vino] de una copa en la otra*²⁹. ¿De qué copa? Según lo que se dice, yo veo dos copas: *Él escanció de una copa en la otra; pero su mosto no se vació*³⁰. Imagina la *copa* de tus buenas acciones en una de las manos de Dios y, si permites que me exprese con más audacia, pongamos en la mano derecha de Dios la *copa* de tus buenas obras, después pongamos la *copa* de tus pecados en su mano izquierda. Por tanto, cuando vas a ser castigado por tus pecados, puesto que también tienes obras buenas, una *copa* está *en la mano del Señor, llena de un vino de mixtura sin mezclar*, y *ha escanciado [el vino] de una copa en la otra*, es

decir de la copa de la mano izquierda a la copa de la mano derecha. Pues ni puedes beber sólo de la copa del bien, ya que no has hecho sólo obras buenas, ni puedes beber sólo de la copa de los pecados, puesto que algunas de tus obras son buenas. Por eso *escanció de una copa en la otra*: en proporción a tus obras se te mezclan la cólera y el castigo, de modo que la copa del castigo esté, o bien más mezclada con agua, o bien más punzante y penosa. Pues, como acabo de decir, en proporción a la mezcla de los pecados con las buenas obras se suaviza en cierto modo o no se suaviza la pena de la copa de la cólera administrada en mayor o menor medida a cada uno de los pecados³¹; pero si eres un hombre honesto y bueno del todo, dirás: *Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre del Señor*³².

Todo odre, por tanto, ya bueno ya malo, *se llenará de vino*³³, y, según la cualidad del odre, el vino será echado en el odre en función de aquellos que aquí reciben el nombre de *odres*³⁴; no es, pues, aceite lo que se echa en los odres, ni alguna otra materia líquida, sino que *todo odre* debe estar *lleno de vino*. 3. Después, por causa de los pecadores que, si uno se atiene a la letra, se encontraban en la *Jerusalén* de entonces y en *Judea*³⁵, Jeremías enseña de qué vino va a llenar Dios estos odres que son los pecadores. Está escrito, en efecto: *¿Somos tan ignorantes que no vamos a saber que todo odre se llenará de vino? Y tú les responderás: Esto dice el*

*Señor: He aquí que yo lleno a todos los habitantes de esta tierra y a los reyes, hijos de David sentados en su trono, y a los sacerdotes*³⁶. A nadie perdona el que se dispone a castigar. No porque uno se haya hecho llamar *profeta*³⁷ podrá evitar, si tiene pecados, ser *colmado* de las amenazas mencionadas. No porque uno se haya hecho llamar *sacerdote* y parezca tener la excelencia de un título más honorable que el laico, lo perdonará Dios hasta el punto de no castigarlo por sus pecados³⁸. Esto, que se escribió a propósito de aquéllos, dice el Apóstol que *fue escrito por nosotros, que hemos llegado al fin de los siglos*³⁹. Por tanto, si alguno, incluso entre estos sacerdotes –me refiero a nosotros, los presbíteros– o entre estos levitas que colocan al pueblo –hablo de los diáconos–, peca, recibirá el castigo en cuestión. Pero hay también algunas bendiciones sacerdotales que, con la gracia de Dios, veremos pronto, cuando, después de explicar la palabra profética, leamos los *Números*; pues allí se hablará de sacerdotes.

Luego *a los sacerdotes, a los profetas, a Judá y a todos los habitantes de Jerusalén*⁴⁰, Dios dice que va a *llenarlos de embriaguez y a dispersar al hombre y a su hermano, a sus padres y a sus hijos*⁴¹. También esto entendámoslo así: Dios reúne a los justos y dispersa a los pecadores. Por eso, cuando los hombres no se apartan de *Oriente*, Dios no les dispersa; pero cuando se apartan de *Oriente*⁴² y *un hombre dice a su vecino: vayamos y edifiquémonos una ciudad y una torre, cuyo vértice llegue al cielo*⁴³, Dios les dice: *Vayamos,*

*bajemos y confundamos allí su lengua*⁴⁴, y cada uno es confundido y *dispersado* en un lugar de la tierra. También el pueblo de Israel, mientras no pecaba, estaba en Judea, pero habiendo pecado *es dispersado* en un lugar de la tierra y *es diseminado* por todas partes⁴⁵.

Entiende que algo semejante se produjo también con todos nosotros. Hay una *Iglesia de primogénitos inscritos en el cielo*⁴⁶, allí donde está *el monte Sión y la ciudad del Dios viviente, la Jerusalén celestial*⁴⁷. Allí los bienaventurados estarán reunidos para estar juntos; en cambio, los pecadores reciben también como castigo el no estar juntos. Yo conozco a algunos reyes de este mundo que gustan de emplear como castigo la deportación a una isla, y que, cuando alguno ha causado daño a su reino, deportan también a modo de suplicio a sus familiares, *dispersándoles*, aquí a la esposa, allí a un hijo y en otra parte a otro hijo, para que ni siquiera en la desgracia la madre goce con su hijo o el hermano con su hermano. Piensa en algo parecido para los injustos⁴⁸.

A ti, pecador, que eres tratado por Dios, te conviene gustar de una mayor amargura para que te salves por medio de la corrección. Del mismo modo que tú no castigas a tu servidor o a tu hijo por el simple placer de torturarlo, sino para que se convierta por las penas, así también Dios corregirá por el sufrimiento de las penas a los que no se dejan convertir por la razón y no fueron curados. Con vistas a la corrección, Dios arroja lo que arroja, según lo dicho: *Serás educada sin cesar con la pena y el azote, Jerusalén*⁴⁹. Luego para aumentar el valor educativo de la pena, los que sufren *son dispersados* entre sí, de manera que no estén juntos el

uno y el otro; pues la intensidad de la pena disminuiría con el consuelo que cada uno proporcionaría al otro⁵⁰.

4. Y si hay que añadir a esta explicación otro motivo de la *dispersión*, anticiparé también esto. Los malos, cuando están juntos, piensan en el mal y lo acrecientan, del mismo modo que los buenos, estando con los buenos, piensan en el bien⁵¹. La intención de los malos, que se habría reforzado con sus semejantes, se disuelve, pues, y se fragmenta cuando son dispersados y separados unos de otros. Por eso, Dios decide que los malos no estén juntos, y lo hace tal vez pensando en ellos, para que su maldad no se incremente, sino que disminuya y se disuelva.

Por eso se dice: *Yo los dispersaré, al hombre y a su hermano, a los padres y a los hijos, con un mismo golpe, dice el Señor*⁵². *No los echaré de menos, no los perdonaré ni tendré piedad de ellos en su ruina*⁵³. 5. Los herejes⁵⁴ pisotean tales palabras diciendo: ¿Ves cómo es el demiurgo, el dios de los profetas, el que dice: *no los perdonaré ni me apiadaré de ellos en su ruina*? ¿Cómo puede éste ser bueno? Pero si tomo como ejemplo el de un magistrado que no se compadece cuando está en juego el bien común, o de un juez que con razón no tiene misericordia, podría mostrar con este ejemplo de manera convincente que Dios se niega a per-

donar a un individuo para perdonar a la multitud. Tomaré también el ejemplo del médico para mostrar que no perdona a un miembro para perdonar al cuerpo entero.

Admitamos, por ejemplo, que un juez se propone establecer la paz y procurar al pueblo que está bajo su jurisdicción lo que es útil, y supongamos que comparece ante él un homicida de bella apariencia y físico agradable, que su madre se acerca al juez presentándole palabras dignas de compasión, de modo que tenga piedad de su vejez, que la esposa de este hombre indigno solicita misericordia, que sus hijos, rodeándole, le suplican. ¿Antes que nada, qué es más útil para el bien común: que el juez tenga piedad o que no tenga piedad? Si tiene piedad, el asesino reincidirá en su mala acción; si no tiene piedad, el homicida morirá, pero la comunidad se encontrará mejor. Así Dios; si perdona al pecador, tiene misericordia de él y se compadece hasta el punto de no castigarlo, ¿quién no hará daño?, ¿qué pecador, apartado de los pecados por el temor al castigo, no se verá incitado a hacer el mal, viniendo a ser peor?

Cosas tales se pueden ver también en las iglesias: uno ha pecado, pidiendo la comunión después de su pecado; si se tiene piedad de él demasiado rápido, la comunidad se verá incitada al mal y el pecado de los demás aumentará; pero si el juez, tras haber reflexionado, no por insensibilidad ni crueldad, sino porque, habiendo pensado en el individuo, ha pensado más en la comunidad que en el individuo, considera el daño que resultará para ésta de la comunión de tal individuo y de la indulgencia por su pecado, es evidente que hará expulsar al individuo para salvar a la multitud⁵⁵.

Presta atención también al médico y mira cómo, si ahorra al enfermo el bisturí cuando es preciso cortar, si le ahorra la cauterización, cuando es preciso cauterizar, para evitarle los sufrimientos que acompañan a tales remedios, la enfermedad aumenta y empeora. Pero si, dando muestras de más audacia, recurre, por ejemplo, a la ablación y a la cauterización, curará por su negación a compadecerse, por su aparente falta de compasión de aquel que sufre la cauterización o la amputación⁵⁶. Así, tampoco Dios vela a favor de un solo hombre, sino del mundo entero. Él atiende a lo que está en el cielo y a lo que está en la tierra por todas partes. Él mira, por tanto, a lo que es útil al mundo entero y a todos los seres; mira también, en la medida de lo posible, a lo que es útil al individuo, pero de tal modo que lo útil al individuo no sea en detrimento del mundo. Por eso *se ha preparado un fuego eterno*⁵⁷; por eso se ha previsto una *gehenna*⁵⁸; por eso hay *tinieblas exteriores*⁵⁹, que son necesarias no sólo por causa del individuo que debe ser castigado, sino sobre todo a causa del bien común⁶⁰.

6. Y si quieres tomar la Escritura como testigo de que los pecadores son también castigados para instrucción de otros, aun cuando estos desesperen alguna vez de su propia curación, escucha a Salomón en los Proverbios: *Si la peste es azotada, el insensato será más hábil*⁶¹. No ha dicho que el azotado será más hábil y más sensato a causa de los azotes,

sino que el *insensato*, a causa de los azotes infligidos a la *peste* se aparta de la insensatez para venir a la sensatez; pues tal es la significación sugerida por la palabra *habilidad*, aquí empleada: al ver castigados a otros, el insensato cambia.

Por tanto, el castigo de otros nos es útil, si es que merecemos la salvación mediante el castigo de otros⁶². Y como la caída de Israel fue útil para la salvación de las naciones⁶³, así el castigo de unos servirá para la salvación de otros. Por eso, porque es bueno, Dios dice: *No les perdonaré ni tendré piedad de ellos en su ruina*⁶⁴.

7. Hecho ya el recorrido de este primer pasaje, veamos ahora lo que nos enseña el siguiente: *Escuchad, prestad oído y no os enorgullezcáis, porque el Señor ha hablado: Dad gloria al Señor, nuestro Dios, antes de la caída de la noche, antes de que vuestros pies tropiecen en montes tenebrosos, y aguardad la luz; allí está la sombra de la muerte y ellos se volverán tinieblas. Y si no escucháis en secreto, vuestra alma llorará en presencia de la violencia y vuestros ojos verterán lágrimas, porque el rebaño del Señor fue quebrantado*⁶⁵. Quiere que los mismos *escuchen* y *presten oído*; no basta que *escuchen* solamente o que *presten oído*. Por eso dice: *Escuchad y prestad oído*; después de esto, les manda no enorgullecerse y les enseña lo que hay que hacer. ¿Qué es,

por tanto, *escuchar* y qué *prestar oído*? Entendámoslo a partir del texto mismo: *Prestad oído* es «recibid en los oídos», y *escuchad*, si se dice por oposición a *prestad oído* ¿no es «recibid en el pensamiento»? Y puesto que de las palabras de las Escrituras unas son más secretas y místicas y otras inmediatamente útiles a los que las entienden, pienso que se dice *escuchad* a propósito de las palabras más secretas, y a propósito de las que son inmediatamente útiles y que sin interpretación pueden ser provechosas al que las escucha, *prestad oído*.

Si, pues examinamos la Escritura entera, diremos los que hemos llegado a ser *banqueros experimentados*⁶⁶: *Escuchad esto, prestad oído* a aquello; después, una vez que hayamos escuchado y hayamos prestado oído, él nos encomienda: *Y no os enorgullezcáis*⁶⁷; porque *todo el que se enaltece será humillado*⁶⁸. Y el Salvador, cuando dice: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón y encontraréis reposo para vuestras almas*⁶⁹, nos enseña también a no enorgullecernos. En efecto, con los demás vicios humanos, también este pecado está muy extendido entre nosotros; porque unas veces nos enorgullecemos sin razón alguna por algo que no merece la pena enorgullecerse en absoluto; otras, nos enorgullecemos con razón, porque el objeto de nuestro orgullo es razonable; pero ni siquiera en este caso es saludable enorgullecerse.

8. Lo que quiero decir se esclarecerá del modo siguiente. Hay quienes se jactan de ser hijos de gobernadores y li-

naje de notables revestidos de dignidades seculares; esos tales, puesto que se glorían de una cosa involuntaria e indiferente, no tienen la menor razón para gloriarse. Hay quienes se vanaglorian de tener poder para matar a hombres y de haber recibido lo que ellos llaman «promoción», promoción tal que les permite hacer rodar cabezas humanas. La *gloria* de tales gentes *está en su vergüenza*⁷⁰. Otros se jactan de la riqueza, no de la verdadera, sino de la de aquí abajo. Y otros presumen, por ejemplo, de tener una hermosa casa o muchos campos. Nada de esto es digno de estima ni merece la pena alardear de nada de esto. Lo que parece dar derecho a enorgullecerse es cuando uno se precia de ser sabio o cuando uno, consciente de ello, se ufana de no haber tocado los placeres de la carne desde hace ya diez años o de no haberlos tocado desde la infancia, o, con más razón aún, cuando uno se gloria de haber llevado *cadena* por Cristo⁷¹. He aquí los motivos que pueden hacernos creer que nos enorgullecemos con razón; pero ni siquiera en estas cosas, si atendemos a la razón verdadera, nos enorgullecemos con razón.

Luego ni siquiera en estas cosas nos es posible enorgullecernos justamente. Pablo tenía motivos para gloriarse a causa de las *visiones*⁷², las *apariciones*⁷³, los *prodigios y signos*⁷⁴, a causa de los *trabajos* soportados por Cristo y de las iglesias que él estableció movido por el *celo* de fundar una iglesia *allí donde el nombre de Cristo no era conocido*⁷⁵. En todas estas cosas había materia para gloriarse, si hay que hablar conforme a los motivos aparentes que uno tendría para ello; en efecto, a algunos les habría parecido justo que él se gloriase, pero como ni siquiera en esto está falto de peligro

el gloriarse, el buen Padre, del mismo modo que le había concedido *visiones y apariciones*, le dio a guisa de carisma un *ángel de Satanás* para que le abofetease y no se engriese. Y a propósito de esto, Pablo se dirigirá por tres veces al Señor para que el ángel de Satanás, que le había sido dado por la Providencia para que no se engriese, *se alejase de él*⁶, y el Señor le respondió –ya que Pablo merecía una respuesta del Señor– y le dijo: *Te basta mi gracia; pues mi fuerza se realiza en la debilidad*⁷. No debemos, por tanto, enorgullecernos de nada, porque la caída acompaña al orgullo, según la palabra: *Antes de la ruina el corazón del hombre se engríe y antes de la gloria se humilla*⁸.

Esto, por lo que se refiere a la frase: *Escuchad, prestad oído y no os enorgullezcáis, porque el Señor ha hablado*⁹. 9. Pero veamos también lo que nos manda hacer después de esto: *Dad gloria, dice, al Señor, nuestro Dios, antes de que anochezca, antes de que vuestros pies tropiecen en los montes tenebrosos, y esperad a la luz*¹⁰. Quiere que el que da gloria a Dios dé gloria a Dios mientras haya luz, porque la gloria de Dios no puede ser anunciada cuando *cae la noche* y sobreviene la oscuridad. Así pues, ¿cuándo *llega la noche* y cuándo no hay oscuridad? *Trabajad mientras la luz está en vosotros*¹¹. La luz está en ti cuando tienes en ti al que dijo: *Yo soy la luz del mundo*¹². Mientras esta luz se eleva para ti, glorifica a Dios; pero has de saber que la noche puede llegar y que no es preciso esperar este anochecer, sino dar gloria a Dios antes de que anochezca.

10. Tal vez entendamos el texto sirviéndonos de una expresión evangélica reportada por el Salvador en estos térmi-

nos: *Trabajad mientras es de día; viene la noche en que nadie puede trabajar*⁸³. Llama aquí *día* al siglo presente —he añadido «aquí» porque sé que en otros lugares la palabra indica otra cosa—; ha llamado, por tanto, *día* a este siglo, *oscuridad* y *noche* a la consumación del mundo a consecuencia de los castigos. *¿Por qué, pues, desear el día del Señor? Es tiniebla y no luz*⁸⁴, dice el profeta Amós. Si aprecias cuál será la tristeza que habrá después de la consumación del mundo, tristeza que acompañará a la casi totalidad del género humano, castigado por sus pecados, verás que entonces la atmósfera se ensombrecerá y que nadie podrá ya alabar a Dios, si es que los justos han recibido del Verbo este mandato: *Anda, pueblo mío, entra en tu cuarto, cierra tu puerta, escóndete un poco, mientras sea poco, hasta que haya pasado mi acceso de cólera*⁸⁵. Si alguien puede, que observe igualmente en el pasaje lo que Dios ha dicho: *un poco, mientras sea poco*. Este *poco en tanto que poco* es poco para Dios, no para el hombre. Es preciso ver, en efecto, que una cosa es pequeña o grande para cada individuo. Tomaré un ejemplo para mostrar que una cosa es pequeña o grande en relación con los individuos. Para cada animal una determinada cantidad es pequeña por comparación con su organismo o es grande por comparación, una vez más, con su constitución. Del mismo modo, lo que es poco para el hombre es mucho para otro

animal; lo que es poco, por así decir, para un adulto, es mucho para un niño. Así, todo el tiempo de la vida humana, incluso el del muy longevo, es poco si se compara con la totalidad de todo el siglo presente. Por tanto, el *instante* de Dios es mucho tiempo en relación con nosotros, el *instante* de Dios equivale a todo un siglo⁸⁶. Si se dice, pues: *Anda, pueblo mío, entra en tu cuarto, cierra tu puerta, escóndete un poco, mientras sea poco*, debe entenderse que este *poco* se dice no respecto de aquel a quien se manda levantarse y entrar en su cuarto, sino respecto del que lo manda; para éste es *poco* lo que es mucho para el primero. Porque, si es necesario que algunos entren en sus aposentos *hasta que haya pasado el acceso de cólera* de Dios, mientras que a otros los pecados no les son perdonados, no sólo *durante todo el siglo presente*, sino también *durante todo el siglo futuro*⁸⁷, es evidente que el *poco* se extiende a la duración que he indicado.

11. *Dad, pues, gloria al Señor nuestro Dios*⁸⁸. ¿Cómo damos *gloria al Señor, nuestro Dios*? Yo no intento *dar gloria a Dios* con sonidos y palabras, sino que el que *da gloria al Señor Dios*, lo hace con actos. Glorifica a Dios con la templanza, con la justicia, con la beneficencia; da gloria a Dios con la hombría y la perseverancia, con el buen hacer, la santidad y las restantes virtudes. Si esto es así y tal el modo de glorificar a Dios, no penséis que blasfemo si digo lo contrario, pues también en esto presentaré la Escritura como testigo. El hombre moderado glorifica a Dios; el de-

senfrenado, *deshonra* a Dios; pues, como Nabucodonosor⁸⁹, devasta el templo de Dios, *destruye el templo de Dios*⁹⁰ y, *transgrediendo la Ley, deshonra a Dios*⁹¹. La palabra misma es del Apóstol. Así pues, el pecador desacredita a Dios y lo que concierne a la Providencia es cuestionado, hasta el punto de que algunos dudan de que haya una Providencia, y no hay más razón que el vicio. Suprime el vicio y no tropezarás en la Providencia⁹². Los que tropiezan en la Providencia trastornan las cosas cuando dicen: ¿Por qué tantos *adúlteros* y tantos *afeminados*⁹³? ¿Por qué tantos ateos y tantos impíos? Los que han infligido la infamia a la Providencia, los escándalos a Dios, la blasfemia al Creador del mundo, son los pecadores. Algunos, por tanto, *dan gloria a Dios*; pero no dan gloria a Dios los que con sus pecados hacen lo que es contrario a la gloria de Dios.

12. *Dad gloria al Señor, nuestro Dios, antes de que anochezca, antes de que vuestros pies tropiecen en los montes tenebrosos*⁹⁴. Hay montes tenebrosos y montes luminosos; pero, puesto que unos y otros son montes, unos y otros son elevados⁹⁵. Montes luminosos son los santos, los ángeles de Dios, los profetas, Moisés *el servidor*⁹⁶ y los apóstoles de Jesucristo; todos estos montes son luminosos y de ellos, pienso yo, que se dice en los Salmos: *Sus cimientos están en los montes santos*⁹⁷. ¿Y cuáles son los *montes tenebrosos*? Los que levantan *alturas contra el conocimiento de Dios*⁹⁸. El diablo es

un monte tenebroso, los príncipes de este mundo, hechos ineficaces, son montes tenebrosos; era también un monte, y un monte tenebroso, el demonio lunático del que decía el Salvador: *Diréis a este monte*⁹⁹. Pues, habiendo surgido una discusión a propósito del lunático y diciendo los discípulos: *¿Por qué no hemos podido expulsarlo nosotros?*¹⁰⁰, el Salvador responde: *Si tuvieseis fe como un grano de mostaza, diríais a este monte* –el monte sobre el que discutíais y os hacíais preguntas–, *diríais a este monte: Desplázate de aquí a allá y él se desplazará*¹⁰¹: *de aquí*, del hombre, *a allá*, a su lugar propio¹⁰².

Por tanto, los que tropiezan no tropiezan en montes luminosos, sino en *montes tenebrosos*, cuando vienen a estar con el diablo y sus ángeles, los *montes tenebrosos*. *Y esperad a la luz*¹⁰³. Se puede ciertamente enlazar el *dad gloria al Señor, nuestro Dios* con el *y esperad a la luz*: si *dais gloria al Señor, nuestro Dios, antes de que anochezca, antes de que vuestros pies tropiecen en montes tenebrosos*, es claro que, aun cuando anochezca, *esperaréis la luz* y la luz os acogerá; pero otro dirá tal vez –no sé si la explicación es correcta o no– que incluso los que tropiezan *en montes tenebrosos* esperarán junto a esos montes aguardando la luz de la misericordia¹⁰⁴. Éste parece ser el sentido de la frase: *y esperad a la luz*; pero cuando uno va a los *montes tenebro-*

sos, veamos qué hay allí: *Allí está la sombra de la muerte* —donde están los *montes tenebrosos*¹⁰⁵ allí se encuentra la *sombra de la muerte*, engendrada por esos *montes tenebrosos*— *y pasarán a ser tinieblas.*

13. *Pero si no escucháis en secreto, vuestra alma llorará en presencia de la violencia*¹⁰⁶. De los que escuchan, unos escuchan *en secreto*; pero otros, aun escuchando, no lo hacen en secreto. ¿Qué es, por tanto, *escuchar en secreto* sino lo que sigue: *En cambio, nosotros hablamos una sabiduría de Dios misteriosa, escondida, que Dios previó antes de los siglos para nuestra gloria*¹⁰⁷; y en otra parte se dice además que *la mayor parte de las obras de Dios son secretas*¹⁰⁸? Cuando escucho la Ley, o la escucho *de modo escondido* o no la escucho *de modo escondido*. El judío no escucha la Ley *de modo escondido*; por eso se circuncida visiblemente, ignorando que *el judío no es el que lo es de manera visible, ni la circuncisión la que es de manera visible en la carne*¹⁰⁹. Pero el que entiende la circuncisión *de modo escondido*, será circuncidado *en lo escondido*¹¹⁰. El que oye *de modo escondido* las prescripciones de la Ley relativas a la Pascua, come de Cristo-cordero —porque *Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado*¹¹¹—. Sabiendo de qué naturaleza es la carne del Verbo y que *es verdadera comida*¹¹², toma parte

en ella, porque ha entendido la Pascua *de manera escondida*. Pero el judío común dio muerte por ello al Señor Jesús y todavía hoy es responsable de la muerte de Jesús¹¹³, ya que no ha entendido *de modo escondido* ni la Ley ni los Profetas. Cuando se lee lo que se refiere a los ázimos, se puede entender la prescripción *de manera escondida* o de manera manifiesta. Todos los que entre vosotros –pues la Pascua está próxima– celebráis los ázimos, los ázimos corporales, no estáis entendiendo el mandato que dice: *Si no escucháis en secreto, vuestra alma llorará*. Por lo que concierne al Sábado, hay también mujeres que, no habiendo escuchado la palabra del profeta, no entienden la prescripción *de manera escondida*, sino que la entienden *de manera visible*: no se lavan el día del Sábado¹¹⁴ y retornan *a los pobres y débiles rudimentos*¹¹⁵, como si no hubiese venido Cristo, Él, que nos perfecciona y nos hace pasar de los *rudimentos* de la Ley a la perfección del Evangelio.

Por eso, leyendo la Ley y los Profetas, procuremos no caer nunca bajo el peso de la profecía que dice: *Si no escucháis de manera escondida, vuestra alma llorará en presencia de la violencia*¹¹⁶. Cuantos observáis el ayuno judío como si no entendieseis *el día de la propiciación*¹¹⁷ que llega tras de la venida de Jesucristo¹¹⁸, no habéis entendido la *propi-*

ciación de manera escondida, sino sólo de manera visible; porque entender la *propiciación en secreto* es entender cómo Dios ha expuesto a Jesús como víctima de propiciación por nuestros pecados¹¹⁹ y que *Él mismo es víctima de propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero*¹²⁰. Si al leerse las parábolas evangélicas el oyente es de fuera, no las oirá *de manera escondida*; pero si el oyente es un apóstol o uno de los que entran en *la casa*¹²¹ de Jesús, se acerca a Él, le interroga sobre la oscuridad de la parábola y Jesús se la explica, entonces aquel oyente del Evangelio viene a ser alguien que escucha *en secreto* para que su alma no llore¹²²; pues el *alma* de los que no escuchan *de modo escondido llora*. ¿Por qué —extrañamente— no dijo: «Vosotros lloraréis, si no escucháis de modo escondido», sino: *Vuestra alma llorará*? Hay cierto llanto que sólo pertenece a un *alma que llora*; tal vez el Salvador nos señale ese llanto cuando dice: *Allí será el llanto*¹²³. Asimismo, cuando declara: *¡Ay de vosotros, los que ahora reis, porque sufriréis y lloraréis*¹²⁴, habla de ese llanto con el que el profeta nos amenaza también aquí diciendo: *Pero si no escucháis en secreto, vuestra alma llorará en presencia de la violencia* —porque cuando se os violente, entonces lloraréis— *y vuestros ojos verterán lágrimas, porque el rebaño del Señor ha sido quebrantado*¹²⁵.

Si uno contempla la condición actual de los judíos y la compara con la del pasado, verá de qué manera *ha sido quebrantado el rebaño del Señor*; pues en otro tiempo ellos eran *el rebaño del Señor*, pero, dado que *fueron juzgados indignos*, la Palabra *se volvió a los gentiles*¹²⁶. En consecuencia, si este rebaño del Señor *fue quebrantado*, nosotros, *el olivo salvaje, injertado contra su naturaleza en el olivo cultivado*¹²⁷ de los padres, ¿no debemos temer aún más que este *rebaño del Señor* sea quebrantado también alguna vez?¹²⁸. Porque, según lo dicho por el Salvador, algún día será quebrantado, cuando *a causa del acrecentamiento de la iniquidad, el amor de muchos se enfríe*¹²⁹. ¿De quiénes se trata, en efecto? ¿No es de los llamados cristianos de quienes se dijo: *el amor de muchos se enfriará?* ¿A quiénes se refiere la palabra: *Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?*¹³⁰. ¿No es a nosotros? Por eso, procuremos hacer todo lo necesario para que este rebaño del Señor mejore de día en día, sane, se cure y todo *quebranto* sea apartado de nuestras almas a fin de que seamos perfectos en Cristo Jesús, *al cual la gloria y el poder por los siglos. Amén*¹³¹.

HOMILÍA XIII

Sobre: *¿Quién se compadecerá de ti, Jerusalén?*,
hasta: *Me vi privada de hijos*.

1. Nosotros queremos entender las muy amenazantes palabras pronunciadas contra Jerusalén en estos términos: *¿Quién se compadecerá de ti, Jerusalén? ¿Quién se entristecerá por ti, o quién volverá sobre sus pasos para implorar por tu paz? Tú te has apartado de mí, dice el Señor; has ido hacia atrás; yo extenderé mi mano sobre ti, te destruiré y ya no te perdonaré. Y les dispersé en la dispersión; y poco después: Me vi privada de hijos*¹. Una dificultad² me ha salido al paso. Tomo como ejemplo el caso de un enemigo declarado del rey que reina en un país: de ese tal no está permitido siquiera apiadarse; de lo contrario, podría parecer que se ofende al rey que le ha condenado; y, puesto que no está permitido siquiera compadecerse de ese individuo, algunos incluso llegan a no sentir tristeza por él, temiendo mediante esta tristeza parecer manifestar desacuerdo con el juicio pronunciado por el rey. Si has entendido este ejemplo, fíjate en el hombre condenado por Dios a causa de sus muchos pecados, y observa que tal hombre, al mirarlo los ángeles que han recibido el encargo de auxiliar a la naturaleza humana, no obtiene piedad de ninguno de ellos. En efecto,

cada uno de los ángeles, viendo que el que juzga es Dios, que el abandonado es el Creador, que la naturaleza de los pecados es tal que, por así decir, ha obligado al buen Dios a dar una sentencia contra el pecador, cada uno de los ángeles –[digo]– que ve esto, no se compadece, no se entristece, no siente piedad, no vuelve sobre sus pasos para implorar la paz para ese hombre.

Concedamos, por tanto, que esta Jerusalén –pues de ella se habla según el sentido literal– haya pecado contra mi Jesús y haya hecho cosas tales que Jesús diga de ella: *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus polluelos bajo las alas y no habéis querido! He aquí que vuestra casa se os queda desierta*³. Concedamos que esta Jerusalén sea abandonada como ha sido abandonada, y que los ángeles, que no dejan de socorrer a Jerusalén y por cuyo medio fue dictada también la ley de Moisés, *promulgada por medio de ángeles en la mano de un mediador*⁴, abandonen Jerusalén y digan: Sus pecados han adquirido proporciones inmensas; han matado a Jesús; han puesto las manos sobre Cristo; mientras sus pecados eran todavía pequeños, podíamos suplicar e implorar por ellos, podíamos tener compasión de Jerusalén. Pero ¿quién se compadecerá de ella después de este crimen? *Si el hombre que peca, peca contra un hombre, se intercederá por él, pero si peca contra el Señor, ¿quién intercederá por él?*⁵. *Jerusalén cometió un pecado, por eso gime*⁶. Admitamos que a esta Jerusalén se le haya dicho en primer lugar: *¿Quién se compadecerá de ti, Jerusalén? ¿Quién estará triste por ti?*⁷. Nosotros no estamos afligidos por Jerusalén y sus desgra-

cias, ni por las cosas acaecidas a todo ese pueblo; pues *con su caída se ha producido nuestra salvación, a fin de darles envidia*⁸, y puesto que su caída significó tan gran pecado que le fue dicho por la voz del Señor: *¿Quién, pues, se compadecerá de ti, Jerusalén?*, yo le digo a mi vez a aquélla que mató a mi Jesús: *¿Quién se compadecerá de ti, Jerusalén? ¿Y quién estará triste por ti?*

2. Paso de la letra, que a veces ha recibido una explicación⁹ que me ha dado el Verbo, a toda alma que ha merecido ya ver la paz; porque, tras recibir las enseñanzas divinas, tú has venido a ser Jerusalén, que antes era Jebús¹⁰. La historia dice, en efecto, que el nombre de este lugar era Jebús, pero después cambió de nombre y vino a ser Jerusalén¹¹. Jebús, dicen los niños hebreos¹², significa «pisoteada». Luego Jebús, el alma «pisoteada» por las potencias enemigas, se ha transformado llegando a ser Jerusalén, es decir, «visión de paz». Por tanto, si, después de haber pasado de

ser Jebús a ser Jerusalén¹³, has pecado, *has pisoteado al Hijo de Dios, teniendo, también tú, como ella, por profana la sangre de la Nueva Alianza*¹⁴, y has caído en pecados importantes, se dirá también de ti: *¿Quién se compadecerá de ti, Jerusalén? ¿Y quién estará triste por ti, si es que has llegado a ser tal como para traicionar a Jesús?*

Cada uno de nosotros, cuando peca, sobre todo si lo hace gravemente, peca contra Jesús, y si además es apóstata, entonces, y por encima de todo, obra espiritualmente con Jesús lo que Jerusalén le hizo corporalmente. Por eso, *¿cuánto peor castigo pensáis que merecerá el que pisoteó al Hijo de Dios, tuvo como profana la sangre de la Alianza en la que fue santificado y ultrajó al Espíritu de la gracia?*¹⁵. Si has pisoteado al Hijo de Dios y ultrajado al Espíritu de la gracia, *¿quién se compadecerá de ti?, ¿quién estará triste por ti?, ¿quién volverá sobre sus pasos para implorar lo que te dará la paz?*¹⁶. Aquel a quien el alma del pecador ha traicionado es el mismo Hijo de Dios, que *imploró para ti lo que conduce a la paz. ¿Quién puede, [por tanto], volver sobre sus pasos de nuevo para interceder por la paz? Sabiendo, pues, que es imposible que cuantos fueron una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, saborearon la buena palabra de Dios y los prodigios del mundo futuro, y a pesar de todo calleron, se renueven otra vez mediante la penitencia, pues crucifican de nuevo en sí mismos al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia*¹⁷, hagamos todo lo necesario para que no se diga también de nosotros: *¿Quién se compadecerá de ti, Jerusalén? ¿Quién estará triste por ti o quién volverá sobre sus pasos para implorar por tu paz?*

3. A cada una de las interpretaciones vertidas sobre «Jerusalén» se ajusta también lo que sigue: *Tú me has abandonado, dice el Señor; te has ido hacia atrás*¹⁸. Que tú te hayas apartado del Hijo de Dios y que, apartándote del Hijo de Dios, hayas abandonado a Dios, ¿qué necesidad hay de expresarlo? Puesto que la Jerusalén de Judea —que debe hacernos pensar por sinécdoque en todos los judíos— se ha apartado de Cristo, por eso se le dice: *Te has ido hacia atrás*; porque hubo un tiempo en que no iba *hacia atrás*, sino *hacia delante*. Pero ahora va *hacia atrás*: *y ellos se volvieron con los corazones a Egipto*¹⁹, evidentemente para ir *hacia atrás*. Por lo que se refiere al significado de: *Has ido hacia atrás o tender hacia lo que está por delante*²⁰, lo explicaremos de la siguiente manera: El justo *tiende hacia lo que está por delante y olvida lo que queda atrás*²¹. Es indudable que el que tiene disposiciones contrarias a las del justo se acuerda de *lo que ha dejado atrás* y no *tiende hacia lo que está por delante*; y, al acordarse de *lo que ha dejado atrás* rehusa escuchar a Jesús que enseña y dice: *No vuelva hacia atrás para tomar su manto*²²; desobedece a Jesús que declara: *Acordaos de la mujer de Lot*²³; desoye a Jesús que dice: *Nadie que haya puesto la mano en el arado y se vuelva atrás, es apto para el reino de Dios*²⁴. También en la Ley está escrito que los ángeles, al salir de Sodoma, dijeron a Lot: *No mires atrás ni te pares en todo el territorio circundante; escapa al monte, no vayas a ser arrebatado con ellos*²⁵. También esto tiene un sentido digno de un espíritu angélico²⁶: *No mires atrás, tien-*

de siempre hacia *lo que está por delante*; has dejado Sodoma, no vuelvas a Sodoma; has dejado el mal y el pecado, no vuelvas a ellos, *ni te pares en todo el territorio circundante*. Aun cuando hayas observado el primer mandamiento que dice: *No mires atrás*, no te habrá bastado para salvarte si no escuchas también el segundo mandamiento: *y no te pares en todo el territorio circundante*. En efecto, cuando uno ha empezado a progresar no debe detenerse en los *alrededores* de Sodoma, si ha sobrepasado Sodoma, sino que debe sobrepasar también los contornos, en lugar de pararse allí, y escapar al monte, conforme a la palabra: *No mires atrás ni te pares en todo el territorio circundante; escapa al monte, no vayas a ser arrebatado con ellos*. Si no quieres ser arrebatado con los sodomitas, no te vuelvas jamás hacia lo que está por detrás, *ni te pares en los alrededores* de Sodoma, no vayas a ninguna otra parte, sino al *monte*, porque sólo allí es posible *salvarse*. Y el *monte* es el Señor Jesús²⁷, *al cual pertenece la gloria y el poder por los siglos*. Amén²⁸.

HOMILÍA XIV

Sobre: *¡Ay de mí, madre!*, hasta: *Por eso, esto dice el Señor: Si te conviertes, yo te restableceré.*

1. Los médicos de los cuerpos, que están junto a los enfermos y no dejan de emplearse en la curación de los mismos como quiere la profesión médica, ven *espectáculos horribles* y tocan *cosas repugnantes*, y en desdichas ajenas recogen *tristezas propias*; su vida está siempre en peligro¹. En efecto, nunca están con los sanos, sino siempre con los heridos, los ulcerados, los llenos de puses, fiebres y toda clase de enfermedades; y si uno quiere ejercer la medicina, no debe enojarse ni descuidar lo que pide la profesión que ha elegido cuando esté con los individuos que acabamos de mencionar.

He hablado de esto a modo de prólogo, porque también los profetas son como médicos de almas y siempre pasan más tiempo allí donde hay personas necesitadas de curación, pues *no tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*²; y lo que los médicos sufren por parte de los enfermos rebeldes, eso mismo lo padecen también los profetas y maestros de los que no quieren dejarse curar. En efecto, se les aborrece porque prescriben contra el deseo de los enfermos, porque se oponen a la molicie y al placer de los que, aun estado indispuestos, no quieren aplicar los reme-

dios adecuados a la enfermedad. Los enfermos intemperantes huyen, pues, de los médicos, a menudo les injurian incluso, les insultan y hacen todo lo que un enemigo haría a su enemigo. Olvidan que los médicos se acercan a ellos como amigos, no viendo más que lo penoso de la dieta o lo ingrato del golpe de bisturí de los médicos, no el resultado que seguirá al sufrimiento; les detestan como si fuesen sólo procreadores de sufrimientos, y no de sufrimientos que conducen a los pacientes a la salud³.

2. Aquel pueblo estaba, pues, enfermo; enfermedades de toda especie se daban en el pueblo llamado de Dios. Dios les enviaba como médicos a los profetas⁴. Uno de los médicos era precisamente Jeremías. Él censuraba a los pecadores con el propósito de convertir a los obradores de iniquidad, pero los que habrían debido escuchar sus palabras acusaban al profeta y lo acusaban delante de jueces parecidos a ellos; también el profeta estaba continuamente en juicio por obra de aquellos que habían sido curados en el sentido de que habían oído su profecía, pero que no estaban curados debido a su propia desobediencia⁵. Ante esto, dice en cierta ocasión: *Y dije: ¡no volveré a hablar ni a pronunciar el nombre del Señor! Pero había como un fuego ardiente*

que abrasaba en mis huesos; me había dejado caer por todas partes y no podía soportarlo⁶. Y, viéndose incesantemente encausado, injuriado, acusado, blanco de falsos testimonios, confiesa a veces: ¡Ay de mí, madre!, ¿a quién diste a luz en mí? A un hombre, respondía, que en lugar de juzgar era juzgado, que en lugar de disputar era disputado en toda la tierra⁷. Y, puesto que los enfermos no le escuchaban cuando él les aconsejaba a la manera de un médico, dice: *Yo no he sido útil*; y puesto que, después de darles en préstamo su plata espiritual⁸, aquéllos a quienes él se dirigía para que sacasen provecho de las cosas que oían no querían escuchar, dice: *Ni me debió nadie, ni yo les debí⁹*.

3. Pero he dicho estas cosas anticipándome, antes de explicar el versículo: *Yo no les debí, ni nadie me debió a mí¹⁰*. Hay, en efecto, dos lecciones: en las copias más numerosas: *Yo no fui útil, ni nadie me fue útil*; y en las más exactas y que concuerdan con el hebreo: *Yo no les debí, ni nadie me debió a mí*. Es preciso, pues, explicar la lección ordinaria y establecida en las iglesias y no dejar sin explicación la que proviene de las escrituras hebreas.

Jeremías anunciaba, por tanto, la Palabra, pero nadie aceptaba lo que decía. Como un médico, derrochaba sus medicamentos, porque los enfermos eran rebeldes y estaban llenos de sus propios deseos; y como un médico, decía: *Yo no fui útil, ni nadie me fue útil a mí*. Hay tal vez reciprocidad a causa del afecto humano¹¹ que brota del que ha sido socorrido respecto de aquel que lo socorrió, hasta el punto de sacar también provecho [de lo que habla] el interlocutor, puesto que *dichoso el que habla a oídos que oyen¹²*. Tal es,

por tanto, el provecho que un maestro habría sacado de oyentes que hubieran progresado y mejorado; habría sacado provecho porque habría obtenido *frutos* en ellos¹³. Al no recibir este beneficio de los judíos, Jeremías dice: *Nadie me fue útil*. Si es necesario, en efecto, que el que habla obtenga fruto en los oyentes, en el caso en que el oyente entienda mal y permanezca al margen de las palabras que le son dirigidas, se dice: *Ninguno me fue útil*, porque no se saca el provecho que se habría sacado de haber sido el oyente que recibió el beneficio causa de progreso y de dicha para su benefactor. Pero hay también otro provecho que todo el que enseña, por el simple hecho de enseñar, cuanto más inteligente es el que aprende, saca en las materias que enseña y en las que [el alumno] aprende; los que hablan se hacen más fuertes en las ciencias que transmiten cuando los *oyentes*, si son *inteligentes*¹⁴, no se contentan con recibir, sino que indagan, hacen preguntas y escudriñan la intención de las palabras que se les dicen.

Por tanto, *yo no fui útil, ni ninguno me fue útil a mí*; 4. pero, puesto que se hace necesaria otra explicación debido a las copias más exactas que sostienen: *Yo no les debí, ni nadie me debió a mí*, explicaremos también el texto que se presenta en esta forma. El que *paga a todos y cada uno sus deudas: temor al que debe temor, impuesto al que debe impuesto, tributo al que debe tributo, honor al que debe honor*¹⁵, y restituye a todos lo que les debe de modo que no deba a nadie lo que debía; el que ha honrado, por ejemplo, a sus padres como a padres, a sus hermanos como a hermanos, a sus hijos como a hijos, a los obispos como a obispos, a los presbíteros como a presbíteros, a los diá-

conos como a diáconos, a los fieles como a fieles, a los catecúmenos como a catecúmenos, ése, si devuelve todo lo que debe, *no estuvo en deuda*; pero si debe lo que debía haber hecho y no hizo, no puede decir: *yo no estuve en deuda [con nadie]*, porque, teniendo una deuda, no la saldó.

¿Cómo voy, pues, a explicar las palabras: *ni nadie me debió a mí*? Yo daba en préstamo, yo pretendía dar las riquezas espirituales, pero ellos se apartaban de mis palabras y no se mostraban dispuestos a recibirlas de modo que se endeudasen. Por eso [dice]: *ninguno me debió*. ¿Quién, en efecto, recibió en depósito las palabras que se dijeron para que, por esta recepción, venga a ser deudor de lo que oyó y, en cuanto deudor, se le reclamen los intereses de estas palabras?

Según esto, mejor es para el oyente recibir del que habla la plata espiritual y *estar en deuda* [con él] que no estar en deuda por no haber recibido nada en depósito ni haber aceptado nada; pues la frase: *ninguno me debió*, está ahí como un reproche. 5. Por lo que respecta a las palabras: *¡Ay de mí, madre, a qué hombre como yo, sometido a juicio y discutido en toda la tierra, diste a luz!*¹⁶, no pienso que convengan tanto a los otros profetas como a Jeremías; porque la mayoría de los profetas empezaron a profetizar tras haberse convertido, después de un cierto tiempo, después del mal, después del pecado; en cambio, Jeremías profetiza desde la infancia. Se puede dar un ejemplo tomado de la Escritura. Isaías no oyó decir: *Antes de haberte formado en el seno materno yo te conozco, y antes de que salieses del vientre de tu madre te he santificado; yo te he establecido profeta para las naciones*¹⁷; tampoco dijo: *Yo no sé hablar, porque soy demasiado joven*¹⁸, sino que, cuando tuvo la vi-

sión¹⁹ contada en la profecía, vio y dijo: *¡Desgraciado de mí, pues, teniendo labios impuros, habito en medio de un pueblo de labios impuros, y he visto con mis ojos al Señor, Rey Sebaot!*²⁰. Y me fue enviado, añade, *un serafín que tocó mis labios y dijo: He aquí que yo he hecho desaparecer tus iniquidades y esto limpia tus pecados*²¹. Luego Isaías llegó a ser digno del Espíritu Santo²² y profetizó después, tras los pecados que había cometido antes.

Tal vez en otro profeta puedas encontrar algo parecido, pero no en Jeremías. Él fue preparado por el Espíritu profético estando aún en pañales y profetizó desde la infancia; por eso –doy primero la explicación común–, decía: *¡Ay de mí, madre, a qué hombre como yo, juzgado y discutido en toda la tierra, diste a luz!*²³. Pero uno de mis predecesores²⁴ abordó este pasaje diciendo que Jeremías dirigía estas palabras no a su madre corporal, sino a la madre que ha engendrado a los profetas; y ¿quién engendra a los profetas que no sea la Sabiduría de Dios? Decía, pues: *¡Ay de mí, madre, a qué hombre como yo has engendrado, oh Sabiduría!* También en el Evangelio²⁵ están registrados los hijos de la Sabiduría: *y la Sabiduría envía a sus hijos*²⁶.

Se ha dicho, por tanto: *¡Ay de mí, mi madre Sabiduría, a qué hombre como yo, llevado a juicio, has dado a luz!*

¿Quién soy yo, que he sido engendrado para esto, para ser juzgado, para ser discutido, a causa de los reproches, a causa de las censuras, a causa de la enseñanza dirigida a todos los habitantes de la tierra? Si es Jeremías el que dice esto: *¡A qué hombre como yo, juzgado y discutido en toda la tierra, diste a luz!*, carezco de razones para explicar la frase: *en toda la tierra*, pues Jeremías no era *discutido* en toda la tierra²⁷. ¿O diremos, forzando el texto, que *en toda la tierra* se dice en lugar de «en toda Judea», pues la profecía del que profetizaba entonces no había llegado a toda la tierra? ¿No tendremos que decir también aquí lo mismo que hemos mostrado en otros muchos pasajes, a saber, que se hablaba de Jeremías en lugar de nuestro Señor Jesucristo? Al principio, me he detenido en la palabra: *He aquí que yo te he establecido sobre naciones y reinos para extirpar, destruir y aniquilar, para construir y plantar*²⁸; Jeremías no hizo nada de esto, pero Jesucristo *extirpó* los *reinos* del pecado, *destruyó* las edificaciones de la maldad y en lugar de estos reinos hizo que la justicia y la verdad reinasen en nuestras almas. Por tanto, del mismo modo que convenía referir estas palabras a Cristo más que a Jeremías, así, en mi opinión, otras muchas palabras y particularmente éstas.

6. Debido a su carácter aparentemente difamatorio, hay que decir, en primer lugar, algo del *¡Ay de mí!*²⁹: ¿Puede el Salvador, que se compadece también de los demás, decir: *Ay de mí?* Nosotros probaremos, con citas incontestables que

no pueden aplicarse a ningún otro más que al Salvador, cuando lloró incluso sobre Jerusalén; ahora bien, la expresión *¡ay de mí!* es de uno que llora. Está escrito, en efecto, en el Evangelio que Jesús, viendo Jerusalén, *lloró sobre ella*³⁰ y dijo: *¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces he querido reunir a tus hijos!*³¹, y lo que sigue. Es claro también que el Salvador dice esto mismo en este pasaje: *¡Ay de mí, que he venido a ser como el que recoge paja en cosecha de verano y carpas en la vendimia, ya que no hay espigas para comer los primeros frutos! ¡Ay de mí, alma, porque el hombre piadoso ha sido arrancado de la tierra y no queda un justo entre los hombres; todos ellos están sometidos a juicio de sangre!*³². Había venido, en efecto, *como un hombre que recoge paja en tiempo de cosecha* para la recolección del grano y encuentra muchos pecadores y dice: *¡Ay de mí, que he venido a ser como el que recoge paja en cosecha de verano!* Había venido para recoger un fruto de vida entre los hombres y no encuentra más que abundancia de pecados en nosotros; por eso, añade: *y carpas en la vendimia, ya que no hay espigas para comer los primeros frutos*. En otro lugar dice también algo semejante dirigiéndose a su Padre: *¿Qué ganancia hay con mi sangre, con que yo haya bajado a la corrupción?*³³; ¿por qué presté a los hombres un servicio tan grande?; ¿qué han hecho ellos que sea digno de la sangre que he derramado por su causa?; *¿qué ganancia hay con mi sangre, con que yo haya bajado?* Yo he bajado de los cielos, vine a la tierra, me entregué a la corrupción, llevé un cuerpo humano³⁴. ¿Qué obras han hecho los hombres que sean dignas de todo esto? *¿Qué ganancia hay con mi san-*

gre, con que yo haya bajado a la corrupción? ¿Es que te va a confesar el polvo o va a proclamar tu verdad?³⁵.

Tal es, por tanto, lo primero que dice aquí el Salvador: *¡Ay de mí, madre, a qué hombre como yo has dado a luz!* El Salvador dice: *¡Ay de mí, madre!*, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre, como en el profeta: *¡Ay de mí, alma, porque un hombre piadoso ha sido arrancado de la tierra!*³⁶. Su *alma* era humana³⁷, por eso *está agitada*³⁸, por eso estaba *triste*³⁹, pero el Verbo que *estaba en el principio junto a Dios*⁴⁰ no está agitado; Él no podría decir: *¡Ay de mí!*, pues el Verbo no admite la muerte, sino que es la naturaleza humana la que la recibe, como hemos mostrado a menudo⁴¹.

7. *¡A qué hombre como yo, sometido a juicio y discutido en toda la tierra, diste a luz!*⁴². Si observas a los mártires, sometidos a juicio en todas partes, conducidos ante los jueces en cada iglesia, verás cómo es juzgado Jesucristo en cada uno de los mártires⁴³; porque Él es el sometido a juicio en los *que dan testimonio de la Verdad*⁴⁴, y te convencerás de esto al verle decir que no eres tú el que estás *en la cárcel* cuando estás *en la cárcel*, sino Él mismo; que no eres tú el que tiene *hambre*, cuando tienes *hambre*, sino Él

mismo; que no eres tú el que tiene *sed*, sino Él mismo: *Estaba en la cárcel y fuisteis a visitarme; tenía hambre y me disteis de comer; tenía sed y me disteis de beber*⁴⁵. Por tanto, cuando un cristiano es *llevado a juicio* no por sus propios pecados, no por otra cosa, sino por ser cristiano, Cristo es el juzgado. Luego Cristo Jesús es juzgado *en toda la tierra*. En consecuencia, todas la veces que un cristiano es juzgado, es Cristo el sometido a juicio, no sólo en juicios de este tipo, sino también en el caso de que un cristiano, acusado injustamente de algo⁴⁶, sea calumniado; entonces, también Cristo es juzgado injustamente.

*¡A qué hombre, como yo, sometido a juicio y discutido en toda la tierra, diste a luz!*⁴⁷. **8.** Todavía puedes entender de otra manera cómo es juzgado y contestado *en toda la tierra*. ¿Quién, en efecto, no somete a juicio la doctrina⁴⁸ de los cristianos? ¿Quién de entre los paganos no la examina de manera simplista? ¿Quién de entre los judíos no habla de los cristianos? ¿Quién de entre los griegos? ¿Quién de entre los filósofos? ¿Quién de entre los ignorantes?⁴⁹ En todas partes Jesús es sometido a juicio y juzgado: por unos es condenado, por otros no. Cuando no es condenado, es fácil de acoger: le abres las puertas, Él entra en tí⁵⁰ y tú crees en Él. Pero si, después de oír hablar del cristianismo, no le has acogido, no has hecho otra cosa que condenar a Jesús

como un mentiroso, como alguien que ha engañado a los hombres, que no dice la verdad, porque tú no has creído la doctrina que Él enseña.

*¡A qué hombre como yo, sometido a juicio y discutido en toda la tierra, diste a luz!*⁵¹. Todos los que se niegan completamente a creer, le condenan, y todos los que no rehúsan creer, pero tienen dudas sobre Él, le *discuten*. Dos desgracias conoce Jesús entre los hombres: por los no creyentes es condenado y por los indecisos es *discutido*. Si llevas *la imagen del celeste*, tras haberte despojado de *la imagen del terrestre*⁵², no eres una *tierra* que le condena, no eres una *tierra* en la que es condenado, ni eres ya una *tierra* que le *discute*.

9. *Mi fuerza desfalleció entre los que me maldecían*⁵³. El Apóstol dice del Salvador que *fue crucificado a causa de su flaqueza*⁵⁴, y el profeta dice en este lugar palabras similares: *Señor, ¿quién dio crédito a nuestra noticia? ¿Y a quién se le reveló el brazo del Señor? Nosotros lo anunciamos como un retoño en su presencia, como raíz en tierra árida. Le vimos y no tenía forma ni presencia, sino que su aspecto era despreciable, más miserable que los hijos de los hombres; varón de dolores y sabedor de dolencias, porque el desprecio le hizo volver el rostro, fue desestimado y tenido por nada. Precisamente él lleva nuestros delitos y sufre por nosotros. Nosotros le creímos azotado, herido y humillado [por sí mismo]; pero él fue golpeado por nuestras rebeldías y molido por nuestros pecados. El castigo que nos trae la paz cayó sobre Él, con sus cardenales fuimos curados*⁵⁵. Por tanto, Él tomó sobre sí *la flaqueza de nuestros pecados*, cargó con nosotros y vino a los que le maldecían; su fuerza desfalleció entre los

*que maldicen al bajar de los cielos, pues al mismo tiempo tomó la forma de esclavo y se anonadó a sí mismo, como dijo el Apóstol: Se anonadó a sí mismo tomando la forma de esclavo*⁵⁶.

Dice, pues: *Mi fuerza desfalleció entre los que me maldecían*⁵⁷. 10. Veamos si, con la gracia del mismo Verbo, podemos decir alguna cosa más clara que lo dicho sobre la frase: *Mi alma desfalleció entre los que me maldecían. Él era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*⁵⁸. El Hijo de Dios es *la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, y el que es racional participa de la *luz verdadera*; ahora bien, todo hombre es racional⁵⁹. Luego todos los hombres participan del Logos⁶⁰, pero en unos *la fuerza* del Logos ha aumentado mientras que en otros ha *disminuido*. Si observas a un

alma sometida a las pasiones y a los pecados, verás allí la fuerza del Logos debilitándose; pero si ves a un alma santa y justa, verás la fuerza del Logos fructificando más cada día, y aplicarás a los justos lo dicho sobre Jesús, pues no sólo en Él *Jesús progresaba en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres*⁶¹, sino en cada uno de los que reciben el progresar en sabiduría, en edad y en gracia *Jesús progresa en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres*⁶².

El Logos, el Hijo de Dios, presente en el que dijo: *Ay de mí, madre* y lo que sigue, dice, pues: *Mi fuerza desfalleció entre los que me maldecían*⁶³. Si uno maldice al Logos, recibe al punto el castigo por haber maldecido al Logos, por haber desaprobado la enseñanza de Jesús; en efecto, la fuerza de Jesús *desfallece* en tal persona, y no hay fuerza del Logos en él. Y a la inversa, si bendices a Jesús y le acoges, su fuerza experimenta lo contrario de lo que ha experimentado en los que le maldicen; pues como allí *desfalleció en los que maldicen*, aquí crece en los que bendicen.

11. *Que venga, Señor, si ellos caminan con rectitud. ¿No he estado en pie delante de ti en el tiempo de sus desgracias?*⁶⁴. *Que venga, Señor: ¿quién?* El que pueda añadir de sí mismo a las palabras «*que venga*» algo semejante a esto: *Dueño, Señor, si ellos caminan con rectitud, que venga [a ellos] la fuerza que desfalleció en los que maldicen*, cuando, después de haber hablado mal de mí, convertidos, volvieron al camino recto y le siguieron.

Que venga, Señor, si ellos caminan con rectitud. ¿No me he mantenido delante de ti? Seguidamente, se justifica hablando de los que le maldicen: ¿No me he mantenido delante de ti en el tiempo de sus desgracias? Él se ha mantenido ante el Padre como víctima de propiciación por nuestros pecados⁶⁵ y ha intercedido por ellos en el tiempo de nuestras desgracias; pues no estuvo delante del Padre después del tiempo de nuestras desgracias, sino que, siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros⁶⁶. ¿No me mantuve delante de ti en el tiempo de sus desgracias, en el tiempo de su opresión, para su bien frente al enemigo?⁶⁷. Incluso en el tiempo de su opresión, dice, la que les coloca frente al enemigo, yo estuve delante de ti para interceder por ellos. ¿Quién es el enemigo sino nuestro acusador, el diablo⁶⁸, el que nos ha oprimido? Es claro que en el tiempo de la hostilidad de éste contra los hombres, nuestro Salvador estuvo ante su Padre y rogó por nuestra cautividad, para que fuésemos liberados y arrancados del enemigo⁶⁹.

Haya dicho esto el Salvador o el profeta –pues también el profeta puede haber dicho tales cosas y haber rogado por el pueblo en el tiempo de sus desgracias–, 12. [lo cierto es que] en ellas Dios responde al pueblo, acusado por el profeta o por Cristo, y le dice esto: *Tu fuerza es un arma de hierro y un vestido de bronce⁷⁰*, duro, inflexible, inquebrantable. *Tu fuerza es un arma de hierro y un vestido de bronce*, como una fuerza que golpea y divide, porque no es una fuerza para el bien.

*Y yo entregaré tus tesoros al pillaje como compensación por todos tus pecados*⁷¹. ¿Qué tesoros de los pecadores entrega Dios al pillaje y los entrega como compensación de todos sus pecados? ¿Son tal vez los amasados por ellos sobre la tierra? Cada hombre, en efecto, atesora en la tierra, si es malvado, y si es virtuoso, *en el cielo*, como hemos aprendido del Evangelio⁷². ¿O acaso diga a ese pueblo: por causa de tus pecados voy a *entregar tus tesoros* al pillaje? ¿Cuáles son los *tesoros* de ese pueblo que fueron *entregados al pillaje*? Mira, uno de los tesoros era Jeremías, otro tesoro era Isaías, también Moisés era tesoro. Dios tomó tales tesoros de aquel pueblo y, por medio de Cristo que dijo: *El reino de Dios os será arrebatado y le será entregado a una nación que produzca sus frutos*⁷³, nos los entregó⁷⁴.

Yo entregaré, pues, *tus tesoros al pillaje a causa de tus pecados*⁷⁵, y nos entregó los tesoros de aquel pueblo, pues ellos fueron los primeros que *recibieron en depósito los oráculos de Dios*⁷⁶; después, tras ellos, se nos confiaron a nosotros, cuando les fueron *arrebatados* a ellos los oráculos de Dios y nos fueron *entregados* a nosotros. También decimos que la frase: *El reino de los cielos os será arrebatado y le será entregado a una nación que produzca sus frutos*⁷⁷, dicha por el Salvador, es llevada a cumplimiento por Él: no

que la Escritura les haya sido *quitada*, sino que ahora no poseen ya la Ley y los profetas porque no ven en ellos su sentido. Ellos, en efecto, tienen los libros, ¿cómo entonces les ha sido *arrebatado* el reino de Dios? Lo que les fue arrebatado es el sentido de las Escrituras. Ellos no conservan ya la explicación de la Ley y los profetas, sino que son gentes que leen, pero no entienden. En efecto, por la venida de Cristo se ha cumplido la predicción: *Yo dije a este pueblo: oiréis con los oídos, pero no entenderéis, miraréis con los ojos, pero no veréis, pues se ha embotado el corazón de este pueblo*⁷⁸. También se ha cumplido lo dicho por Isaías: *El Señor alejará de Judea y de Jerusalén al hombre y a la mujer fuertes, al gigante y al guerrero, al juez, al profeta y al adivino, al hábil arquitecto y al oyente inteligente*⁷⁹: Dios les quitó todo esto y nos lo entregó a nosotros, venidos de las naciones, si es que lo aceptamos⁸⁰.

Esto, a propósito de la frase: *Y yo entregué tus tesoros al pillaje. En compensación por todos tus pecados y en todos tus territorios*⁸¹, como si dijese: a causa de tus pecados, los que han penetrado en tus confines; porque no hay región de aquel pueblo que no esté repleta de pecado. ¿Cómo no van a estar

repletos de pecados todos sus territorios cuando, mientras estaba en su poder, dieron muerte a la Justicia, si Cristo es la Justicia, dieron muerte a la Sabiduría, si Cristo es la Sabiduría, dieron muerte a la Verdad, si Cristo es la Verdad? En efecto, al condenar a muerte al Hijo de Dios rechazaron y perdieron todas estas cosas; y una vez resucitado de entre los muertos mi Señor, Jesús, ya no se manifestó a los que lo mataron; de hecho, en la historia no encontramos que se haya aparecido a los que lo mataron, sino que, una vez resucitado de entre los muertos, se manifestó sólo a los que creían⁸².

13. *Y te someteré a esclavitud en medio de todos tus enemigos en una tierra que no conocías* —aquel pueblo fue reducido a esclavitud en medio de sus enemigos y ha venido a habitar en una tierra que no conocía— *porque un fuego se ha encendido bajo el efecto de mi cólera y arderá sobre vosotros*⁸³. Después de esto y las palabras de amenaza dirigidas al pueblo, el que ha suplicado más arriba completa su oración y añade a lo ya dicho estas palabras: *Tú lo sabes, Señor, acuérdate de mí, visítame y véngame de mis perseguidores, sin longanimidad*⁸⁴. Que el profeta, perseguido por los que son censurados y odiado por los que no dan cabida a la verdad, diga esto; pues, al decirles la verdad⁸⁵, se ha convertido en un enemigo para sus oyentes; pero que lo diga asimismo nuestro Salvador, que también fue perseguido por este pueblo⁸⁶. Y añade: *sin longanimidad*. ¿Qué significa *sin*

longanimidad? Tú has sido siempre longánime para con los pecados de este pueblo, pero para con los que han osado cometer contra mí, no tengas longanimidad. Y realmente Dios no fue longánime. Si examinas las fechas de la pasión, de la caída de Jerusalén y de la destrucción de la ciudad, y cómo abandonó Dios a ese pueblo, dado que habían matado a Cristo, verás que no usó de *longanimidad* con este pueblo; y si quieres, escucha: desde el año decimoquinto de Tiberio César hasta la destrucción del templo no han transcurrido más que cuarenta y dos años⁸⁷. Era preciso, en efecto, conceder un poco de tiempo para la conversión, sobre todo por los hombres de este pueblo que habían de creer a consecuencia de los signos y prodigios realizados por los apóstoles.

14. *Has de saber que por tu causa soporté el oprobio de parte de los que rechazan tus palabras*⁸⁸. Puesto que hablaba y era despreciado por lo que decía, admitamos que sea el profeta el rechazado por los pecadores. Él dice, en efecto: *He pasado la vida expuesto a la burla*⁸⁹. Sufría, por tanto, el oprobio de los que rechazaban las palabras que Dios decía por su boca, e implora a causa de estas injurias el auxilio divino, diciendo: *Has de saber que por tu causa soporté el oprobio de parte de los que rechazan tus palabras. Acábales*⁹⁰. Admi-

tamos que lo dice el profeta, pero las palabras «*acábales*» se adecuan mejor si se entienden como pronunciadas por el Salvador, porque un *acabamiento* vino sobre Jerusalén y sobre el pueblo cuando se produjeron los acontecimientos que siguieron a la conjura del pueblo contra nuestro Salvador.

Después de esto, dado que los profetas han sufrido mucho por ser objeto de reproches, por ser *embajadores de la Palabra*⁹¹ y por hablar lo que Dios les mandaba, es necesario que los oyentes hagan memoria de su vida, de sus promesas y de nuestra libre elección, para que, en la medida de nuestras fuerzas, imitemos las obras de los profetas, si queremos tener reposo con ellos. Lo que quiero decir es esto: A menudo decimos en nuestras oraciones: Dios todopoderoso, haznos partícipes con los profetas, danos participar con los apóstoles de tu Cristo para encontrarnos con Cristo mismo. Pero, al decir estas cosas, no somos conscientes de lo que pedimos, pues tácitamente estamos diciendo: danos sufrir lo que han sufrido los profetas, danos ser odiados como fueron odiados los profetas, danos palabras tales que por ellas seamos aborrecidos, danos caer en tantas tribulaciones como los apóstoles. Decir, en efecto: Dame parte con los profetas, sin padecer ni querer padecer lo que los profetas, es injusto; decir: dame parte con los apóstoles, sin querer afirmar realmente con las mismas disposiciones de Pablo: *Más en trabajos, más en azotes, muchísimo más en cárceles; en peligros de muerte, muchas veces*⁹², y lo que sigue, es lo más injusto de todo. Por tanto, dado que queremos estar con los profetas, contempla la vida de los profetas [y observa] cómo, por reprender, censurar y corregir, eran *juzgados, contestados*⁹³ y condenados. *Fueron apedreados, aserrados, torturados, muertos a espada; deam-*

*bularon cubiertos de pieles de oveja y de cabras, faltos de todo, oprimidos y maltratados, errantes por desiertos*⁹⁴, cuando existían muchas sinagogas de judíos, y ellos estaban *errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra*⁹⁵. ¿Qué tiene, pues, de extraño que uno, queriendo imitar la vida de los profetas, reprimiendo y corrigiendo al pecador, sea calumniado, odiado y objeto de insidias?⁹⁶.

Esto mismo tenía que suceder también al presente en la Iglesia de Dios: un condenado ha sido condenado; esto lo hacía uno que estaba sentado en el tribunal; era necesario que hubiera una sanción eclesiástica y ésta se ha producido; el que había recibido el encargo ha hecho lo que debía hacer, pero aquel va por todas partes hablando mal del que ha defendido la verdad. No hagamos esto nosotros, no prestemos oído a los que, por haber sido expulsados, hablan mal del que los ha echado o del que es de la misma opinión...⁹⁷. Los apóstoles, esos hombres admirables, ultrajados miles de veces a causa de la verdad, decían: *Yo me complazco en las flaquezas, en los ultrajes y necesidades, en las persecuciones y angustias, por Cristo*⁹⁸. ¡Si cuando soy ultrajado, supiera en algún modo que no soy ultrajado por otra cosa que por Cristo, si cuando estoy en necesidad supiera que la razón de la contradicción es Cristo! Ojalá que yo, al ser injuriado, sepa que el motivo de la injuria no es otro que defender la verdad y *ser embajador*⁹⁹ de las Escrituras, para que todo se haga según la palabra de Dios; que por eso se me difama.

Apresurémonos, por tanto, todos nosotros, en la medida de nuestras fuerzas, hacia la vida de los profetas, hacia la vida de los apóstoles, sin sustraernos a lo fastidioso, porque si el atleta huye de las fatigas de la competición no obtendrá el placer de la corona. 15. *Y tu palabra será para mí fuente de alegría*¹⁰⁰: no lo es ahora, pero lo será; porque si al presente tu palabra es para mí fuente de cárceles, de juicios, de intrigas, de calumnias, de penas, el final de estas cosas será la *alegría*. *Y tu palabra será para mí fuente de alegría y de regocijo del corazón, porque tu nombre ha sido invocado sobre mí, Señor todopoderoso*¹⁰¹. Aun siendo Cristo el que [aquí] hable, el nombre del Padre *ha sido invocado* sobre él.

*Yo no me senté en su asamblea de bufones*¹⁰². Si alguna vez el profeta veía que la *asamblea* no estaba formada de gente seria, sino de *bufones*, evitaba más bien reunirse con ellos que apresurarse a tomar parte en una asamblea de *histriones*. Es preciso, por tanto, que entiendas la diferencia entre una *asamblea de bufones* y una asamblea de gente seria. La reunión que es seria hace todas las cosas con seriedad y cosas que merecen seriedad, según el dicho: a doctrina seria, vida seria; entonces, ciertamente, la asamblea no es de bufones, sino de gente seria. Pero cuando la reunión, abandonando la seriedad requerida por las cosas necesarias, se dedica a los juguetes de este mundo y a las diversiones nacidas del vicio, se convierte en una *asamblea de bufones*. El profeta dice, pues: *Yo no me senté en su asamblea de bufones, sino que estaba temeroso en presencia de tu mano*¹⁰³. Situado ante la alternativa de sentarme en una *asamblea de bufones* y ofenderte a ti, Dios, en lugar de agradarte, o levantarme de una *asamblea de bufones* y hacer lo que amas,

yo elegí levantarme de la *asamblea de bufones* y ser tu amigo más que hacer lo contrario y convertirme en enemigo de tu felicidad.

Yo no me senté en su asamblea de bufones, sino que estaba temeroso en presencia de tu mano. Tampoco nuestro Salvador se sentó en su *asamblea de bufones*, sino que se levantó de ella y la abandonó, y la señal de que el Salvador se levantó de una *asamblea de bufones* es lo que les dijo: *Vuestra casa se os quedará desierta*¹⁰⁴; en efecto, el Verbo de Dios ha abandonado a la *asamblea de los judíos*¹⁰⁵ y se ha hecho otra *asamblea*, la Iglesia salida de las naciones.

16. *Yo me he sentado en soledad*¹⁰⁶. La letra misma es aquí edificante: cuando hay una multitud de pecadores que no soportan que el justo viva en la justicia, no es absurdo¹⁰⁷ en absoluto huir de la *asamblea del vicio* imitando al que dijo: *Yo me he sentado en soledad*, imitando también a Elías, que decía: *Señor, han dado muerte a tus profetas; han derribado tus altares; y he quedado yo solo y acechan contra mi vida*¹⁰⁸. Pero si examinas más profundamente las palabras *me he sentado en soledad*, encontrarás tal vez un sentido digno de la profundidad profética. Cuando imitamos la vida de la multitud, de modo que mi vida no está apartada ni es superior y excepcional en relación con esa mayoría, no puedo decir: *Me he sentado en soledad*, sino: me he sentado con mucha gente. Pero si mi vida se hace difícil de imitar, hasta el punto de llegar a ser tal que nadie se me

asemeja en costumbres, en doctrina, en actos y en sabiduría, entonces puedo decir que estoy de esta manera solo y que nadie me imita, que *me he sentado en soledad*.

Por tanto, aunque tú no seas presbítero, aunque no seas obispo ni hayas sido honrado con ninguna dignidad eclesiástica, te es posible decir esto, pretender el *me he sentado en soledad* y llevar una vida que [te] permita decir: *Yo me he sentado en soledad*¹⁰⁹. *Porque me llené de amargura*¹¹⁰. Si el camino que conduce a la vida es estrecho y angosto¹¹¹, es preciso que estés lleno de amargura en esta vida, no puedes gozar de ninguna dulzura. ¿No sabes que tu fiesta se celebra con *hierbas amargas*? En efecto, cuando celebras la fiesta, dice [la Escritura] que comas *ázimos con hierbas amargas*. ¿Qué quiere decir el Verbo cuando dice que el que celebra una fiesta para Dios debe comer *ázimos con hierbas amargas*?¹¹². Reflexionemos. El Apóstol ha explicado los *ázimos*; la interpretación no es mía; lo que sigue de la interpretación debe ser conforme con la explicación apostólica. El Apóstol ha explicado la cuestión de los *ázimos* en estos términos: *Celebremos la fiesta, no con vieja levadura, ni con levadura de malicia e inmoralidad, sino con ázimos de sinceridad y verdad*¹¹³. Es preciso dar razón de las hier-

bas amargas en conexión con el hecho de que los ázimos son *de sinceridad y verdad*. Ten *sinceridad y verdad* y habrá para ti *hierbas amargas*, y comerás con hierbas amargas los *ázimos de la sinceridad y la verdad*. Así sucedía con Pablo: puesto que comía los *ázimos de la sinceridad y la verdad*, comía también *hierbas amargas*. ¿Cómo se alimentaba de *hierbas amargas*? Diciendo: *Me he vuelto vuestro enemigo diciéndoos la verdad*¹¹⁴. ¿Cómo se alimentaba de *hierbas amargas*? *Con el trabajo y la fatiga; muchas veces, con vigili- as; con hambre y sed, aparte de lo demás*¹¹⁵. ¿No eran estas cosas *verdad* con *hierbas amargas, ázimos con hierbas amargas*?

La Ley dijo, por tanto: *Comed ázimos con hierbas amargas*, y no: «comed ázimos con hierbas amargas hasta saciaros», como se ha dicho en otros lugares: *Comed y os saciaréis*¹¹⁶. Pero el profeta va más lejos que la Ley cuando dice, no que comí amargura, sino que *me sacié de amargura*: en la medida de lo posible, yo tomaba parte de tareas amargas, de modo que he asumido *hierbas amargas* hasta la saciedad.

17. ¿*Por qué vencen los que me odian?*¹¹⁷. Él tenía muchas dificultades, sufría de parte de los que no querían oír la verdad y eran más fuertes que él aquí abajo, en este mundo, puesto que el reino de Dios *no es de este mundo*¹¹⁸, sino de las regiones superiores, como dijo el Salvador: *Si mi reino fuese de este mundo, mis servidores habrían combatido por mí, para que no fuese entregado a los judíos*¹¹⁹. Los

que afligían, pues, al profeta *prevalecían* sobre él en este mundo. ¿Cómo prevalecen? Ved a los mártires¹²⁰: el juez, arrogante, se sienta en el tribunal para juzgar; el cristiano, en el que Cristo es *sometido a juicio*¹²¹, se ha *saciado de amargura*, está a merced de la injusticia y es condenado¹²².

18. *Mi herida es pertinaz. ¿De dónde me vendrá la curación?*¹²³. Los que prevalecen sobre mí me golpean, y *mi herida es pertinaz*. Ya sea que [el Señor] haga una profecía de su crucifixión, porque la cruz es una *herida pertinaz*, al menos en los que lo crucifican, ya se diga de todos los justos, en los que Él recibe una *herida pertinaz*, ya apliques incluso estas palabras al profeta, porque él mismo ha sufrido también lo que se refiere en la profecía, el texto admite este sentido conforme a la palabra dicha: *Mi herida es pertinaz. ¿De dónde me vendrá la curación?* Si es el Salvador el que dice: *¿De dónde me vendrá la curación?*, está profetizando su resurrección de entre los muertos tras la *pertinaz herida*, y si se entiende como referido al justo, se trata de la curación que se produce después de las heridas.

*Ella ha llegado a ser para mí como un agua engañosa e infiel*¹²⁴; pues la *herida* no permanece, sino que pasa.

*Por eso, dice el Señor: si te conviertes, yo te restableceré*¹²⁵. Estas palabras se dirigen de nuevo a cada uno de aquellos a quienes Dios invitará a convertirse a Él; pero me pa-

rece que aquí se indica un misterio en el *yo te restableceré*¹²⁶. Nadie es restablecido en un lugar en donde no ha estado nunca, sino que el restablecimiento se hace en su lugar propio. Por ejemplo, si uno de mis miembros está dislocado, el médico trata de realizar el restablecimiento del miembro desencajado; cuando uno se encuentra fuera de su patria, ya sea justa o injustamente, y recibe la facultad de estar de nuevo legalmente en su patria, ha sido *restablecido* en su patria; lo mismo debes pensar de un soldado expulsado de su orden y después *restablecido*. Dios nos dice, pues, aquí a nosotros, que nos hemos apartado de Él, que si nos convertimos nos *restablecerá*. Y tal es, en efecto, el término de la promesa, como está escrito en los Hechos de los Apóstoles: *Hasta el tiempo del restablecimiento universal, de que Dios habló desde siempre por boca de sus santos profetas*¹²⁷, en Cristo Jesús, *al cual la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹²⁸.

HOMILÍA XV

Sobre: *Ay de mí*, una vez más y de otra manera,
hasta: *Maldito el hombre que pone su esperanza en
un hombre, y él afirmará la carne de su brazo.*

1. Los que declaran dichosos a los profetas y, al declararles dichosos, desean tener parte con los profetas, que reúnan de las palabras proféticas las excelencias de su profecía. Indagando, pues, se convencerán de que, si viven según las mismas normas [de los profetas], aunque les parezca duro imitar la vida profética en esta vida, obtendrán el reposo y la felicidad con los profetas. En efecto, de muchos lugares se pueden reunir testimonios de la excelencia de los profetas¹, de su independencia, de su vigor, de su vigilancia, de su vivacidad, de que no pensaban en las dificultades que podían sobrevenirles a causa de su independencia, únicamente con tal de reprimir, con tal de convertir, como profetas que eran, *diciendo con libertad* la palabra de Dios² ante los pecadores sin escatimarles reproches y aunque los acusados pareciesen muy poderosos. Pero, aun pudiendo reunir estos testimonios de todas partes, veamos ahora los que se pueden sacar de la lectura de hoy.

El profeta censuró a muchos y a muchos se dirigió —él vivió, en efecto, en medio de pecadores, como prueba el hecho de que la cautividad tuviese lugar en su época³—. Por-

que había acusado a muchos y había sido juzgado por muchos, habla de algunas cosas en este tono. 2. Veamos, en efecto, primero si, a partir de la palabra profética —e inmediatamente después lo haremos acomodándonos al sentido espiritual—, percibimos desde el principio en él un vigor, una independencia, una fuerza y una confianza de profeta. *¡Ay de mí, madre, a qué hombre como yo, juzgado y contestado en toda la tierra, diste a luz!⁴*: Oh, madre, ¿por qué me has engendrado como a un hombre *sometido a juicio y contestado* ante todos los hombres de la tierra? Tanto a este profeta como a Isaías y a los demás se les ofrecía, en efecto, el oficio profético: enseñar, denunciar y convertir. En consecuencia, también a nuestro profeta se le ofrecía contestar, censurar y juzgar al que podía también ser juzgado con los pecadores y denunciar los pecados del pueblo. ¿Es preciso decir todo lo que les han hecho los hombres de este pueblo? *Apedraron* a uno⁵, a otro lo *serraron*, a otro lo *mataron entre el santuario y el altar*⁶, y a éste lo arrojaron en una *cisterna de lodo*⁷ porque les censuraba. Sobre todo ha hecho esto nuestro Salvador, y mejor aún que los profetas, puesto que era señor de los profetas; pues si Él mismo fue *flagelado, crucificado y entregado*⁸ por los judíos o por los doctores de los judíos y el jefe del pueblo, es porque dijo: *¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!⁹*, añadiendo a cada *¡ay!*: por esto, por tal y tal cosa. Luego también nosotros, si aspiramos a las bienaventuranzas prometidas a los profetas, obremos como ellos, de modo que, a fuerza de hablar y de ser juzgados ante muchos hombres, digamos también: *¡Ay de mí, madre, a qué hombre como yo, juzgado y contestado en toda la tierra, diste a luz!*

3. Sin embargo, esta palabra puede ser más auténticamente profética si la referimos al Salvador¹⁰. Admitamos, en efecto, que el profeta diga esto; no lo dirá con toda verdad, sino tal vez hiperbólicamente, pues no fue *contestado* ante *toda la tierra*. Pero si vengo a mi Salvador y Señor –sobre todo a causa de palabras como: *Él vendrá para un juicio*¹¹ y *a fin de que seas justificado en tus palabras y logres la victoria cuando seas juzgado*¹²– veré que mi Salvador y Señor debe comparecer ante el Padre para ser *juzgado* con todos nosotros, los hombres¹³. Sí, es *juzgado* con todos los hombres, digo bien, es *juzgado*, Él mismo es examinado, y lo es para defender la verdad, no para acusar.

¡Ay de mí, madre, a qué hombre como yo, juzgado y contestado en toda la tierra, has engendrado! Un profeta no puede decir: *en toda la tierra*. Yo sé de gentes que aman a nuestro Señor y Salvador Jesucristo, que le aman no sólo con amor de afecto, sino también con amor de caridad¹⁴, y que se indignan diciendo que aquí no habla el Salvador, porque los términos no convienen al Hijo de Dios. ¿Hay que mostrar que la expresión *¡ay de mí, madre!* no es extraña al Hijo de Dios? *Mi alma está triste hasta la muerte*¹⁵ y *mi*

*alma está turbada*¹⁶, y de las palabras que se encuentran en los profetas tenemos aquí de modo similar: *¡ay de mí, madre, a qué hombre como yo, juzgado y contestado en toda la tierra, has engendrado!*, o todavía, cuando se ha perdido una carpa en lugar de encontrar un racimo: *¡ay de mí, alma, porque el piadoso ha desaparecido de la tierra y no hay entre los hombres quien practique la virtud!*¹⁷. ¿Quién dice en el mismo lugar: *¡Ay de mí! He venido a ser como uno que recoge paja en tiempo de cosecha?*¹⁸. ¿Es que el profeta cosechaba, y quiere cosechar? ¿Es que el profeta tiene un campo? A nadie corresponde cosechar, y recogerlo todo de la siega y de las semillas sino al Señor y Salvador Jesucristo. Por tanto, como hay muchas caídas entre los paganos, pero también entre nosotros, que pasamos por formar parte de la Iglesia, se lamenta y deplora nuestros pecados diciendo: *¡Ay de mí! He venido a ser como uno que recoge paja.*

¡Que cada uno de nosotros se examine a sí mismo! ¿Es una espiga? ¿Encontrará en él algo que vendimiar o cosechar el Hijo de Dios? Nosotros constataremos que algunos estamos dañados por el viento; si hay todavía en nosotros una pequeña cantidad, dos o tres granos, muchos son nuestros pecados por causa nuestra. Viendo, pues, que las iglesias, que se consideran tales, están llenas de pecadores, dice: *¡Ay de mí! He venido a ser como uno que recoge paja en tiempo de cosecha y carpas en la vendimia*¹⁹. Él vino buscando fruto en la viña —pues cada uno de nosotros es *plantado* y lo es como una viña *en un terreno fértil*²⁰, y él *plantó una viña procedente de Egipto*²¹, pero yo te planté como una viña *fecunda, enteramente verdadera*²²—, viene e intenta vendimiar algo, [pero] encuentra [sólo] algunos racimos

y carpas insignificantes, sin madurar y en pequeña cantidad. ¿Quién de entre nosotros tiene racimos de virtud? ¿Quién de entre nosotros tiene frutos de Dios? ¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra!²³.

4. He dicho estas cosas a propósito del «*jay de mí, madre!*» a modo de digresión. Para mostrar que no es incompatible con la divinidad de nuestro Salvador, cuando ve los pecados de los hombres, decir: *jay de mí!*, para mostrar que no es incompatible con el Salvador, no en cuanto Dios sino en cuanto hombre, no en cuanto Sabiduría sino en cuanto alma, he citado esta otra palabra profética: *¡Ay de mí, alma, porque el piadoso ha desaparecido de la tierra y no hay entre los hombres quien practique la virtud!*²⁴. El alma dichosa²⁵ vino a la vida humana y tomó un cuerpo para los hombres. Cuando ve los pecados, dice al Padre: *¿Qué ganas con mi sangre, con que yo baje a la corrupción? ¿Es que te va a confesar el polvo?*²⁶. Pues bien, ¡que no diga a nuestro propósito «*jay de mí!*», que no lo digan sobre nosotros los ángeles del cielo! Si nuestro Salvador dice: *jay de mí!*, también ellos lo dirán, pues no son superiores a nuestro Salvador y ven también nuestras caídas. Pero dichosos aquellos sobre los cuales los ángeles no dirán: *jay de mí!*, sino que los proclaman bienaventurados, porque *hay más alegría en el cielo por un pecador que se convierte que por noventa y nueve justos que no necesitan conversión*²⁷.

Que esto sirva, pues, de consuelo. *¡Ay de mí, madre, a qué hombre como yo has engendrado!*²⁸. ¿A quién llama madre? ¿No puede sugerir entre las mujeres al alma lo

mismo que a María? Pero si uno acepta el texto que dice: *En seguida mi madre, el Espíritu Santo, me tomó y me trasladó a la gran montaña, al Tabor*²⁹, y lo que sigue, puede ver a su *madre*³⁰.

*¡Ay de mí, madre, a qué hombre como yo, juzgado y contestado en toda la tierra, has engendrado! Es juzgado y contestado en toda la tierra*³¹ y va a responder a cada uno³²: yo he hecho esto y aquello, mi plan de salvación llevó a cabo esto y aquello y por tu salvación sufrí. Cuando el Salvador diga estas cosas, ¿qué haremos nosotros?

5. En efecto, va a ser *contestado en toda la tierra*. Ahora deseo ver lo que sigue. Puede ser aplicado tanto al profeta, según una explicación, como al Salvador. Veámoslo: *Yo no*

*les debí, ni nadie me debió a mí*³³. Viene el príncipe de este mundo, pero no posee nada en mí [dice el Salvador]³⁴, y realmente Él no tuvo deudas, pero cada uno de nosotros es deudor por sus pecados, y deudor con *cargo de nota*³⁵. Tras haber sido *suprimida* su *nota de cargo*³⁶, ¿cuántas otras notas de cargo han hecho?

*El que no cometió pecado, ni se encontró engaño en su boca*³⁷, no hizo *nota de cargo*³⁸; pero ¿qué significa: *ni nadie me debió a mí*?³⁹. ¿Cómo explicaremos, si las aplicamos al Salvador, las palabras *ni nadie me debió a mí*? Aunque hayamos leído el texto así, es preciso saber que la mayor parte de las copias de la edición de los Setenta no traen esta lección; pero, al examinar después las otras ediciones⁴⁰, hemos reconocido que había una falta de copia. Sea como quiera, se puede explicar el pasaje de una y otra manera. ¿Cómo, por tanto, *ni nadie me debió a mí*, hasta el punto de que *ni siquiera uno* le debió a Él? Es que ha remitido a todos sus deudas. *Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, les perdonó a los dos*⁴¹. ¿Quieres ver a los *dos deudores*, al que *debía quinientos denarios* y al que *debía cincuenta*? En Dios han creído gentes de los dos pueblos: el pueblo de los judíos, que se niega a creer en Cristo, debe *cincuenta*; nosotros, los tomados de las naciones, que hemos venido a ser más impíos que todos, debemos seguramente

quinientos, porque a nosotros se nos dice también lo que a aquella prostituta convertida. Sin embargo, dirá uno, ¿cómo [sabes tú que] los *quinientos denarios* hacen referencia a esa mujer? Porque el texto *qué clase de mujer es la que le toca*⁴² guarda relación con lo que le ha respondido a Simón: *Un prestamista tenía dos deudores, uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta*, y lo que sigue.

Esto, por lo que se refiere al *yo no les debí, ni nadie me debió a mí*, versículo que era necesario explicarlos. *Yo no les debí, ni nadie me debió a mí. Mi fuerza me abandonó entre los que me maldecían*⁴³: aun estando muerto de debilidad, *sin embargo vive por la fuerza de Dios*⁴⁴.

6. Muchas palabras se suceden después; sobre cada una de ellas habría que decir algo, pero el tiempo que nos oprime no lo permite. Hablemos, por tanto, de lo que se ha leído a continuación: *Maldito el hombre que pone su esperanza en un hombre*⁴⁵. Partiendo de este texto, refutaremos a los que piensan que el Salvador era un hombre y no el Hijo de Dios⁴⁶ –pues, entre las muchas infamias de los hombres, también osaron decir que el *Unigénito*⁴⁷, el *Primogénito de toda la creación*⁴⁸, no es Dios⁴⁹. *Maldito*, en efecto, *el que pone su esperanza en un hombre*. Es evidente que los que ponen su esperanza en un hombre son malditos. Yo diría que no tengo puesta mi esperanza en un hombre, porque cuando espero en Cristo Jesús no le conozco como hombre; no sólo no le conozco como hombre, sino que le

conozco como Sabiduría, como la misma Justicia⁵⁰, como el Verbo por cuyo medio *fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra, visibles e invisibles, Principados, Potencias*⁵¹. *Maldito el hombre que pone su esperanza en un hombre*. Aun cuando el Salvador diese testimonio de que lo que había revestido era un hombre y aunque fuese realmente hombre, ahora sin embargo de ningún modo es un hombre⁵². Porque *aunque hayamos conocido a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así*⁵³, dice el Apóstol. Ni siquiera yo, por su causa, soy ya un hombre si observo sus palabras⁵⁴, pues declara: *Yo dije: sois dioses e hijos todos del Altísimo*⁵⁵. Por tanto, del mismo modo que es *Primogénito de entre los muertos*⁵⁶, así se ha convertido en primogénito de todos los hombres que se transforman en Dios.

*Maldito, pues, el hombre que pone su esperanza en un hombre, y afirmará la carne de su brazo*⁵⁷: maldito el que dé fuerza de ley a las cosas carnales, el que poseyendo la fuerza corporal preste también servicio militar según la carne⁵⁸. El santo, en cambio, no es así, pues *no afirmará la*

carne de su brazo. Él lleva, en efecto, por todas partes en su cuerpo la muerte de Jesús⁵⁹ y mortifica los miembros terrestres, fornicación, impureza⁶⁰; mortificándolos, no afirma la carne de su brazo.

Maldito el que pone su esperanza en un hombre. Esto se aplica también a los que ponen su esperanza en las dignidades: tal amigo mío es centurión, es gobernador; tal amigo mío es rico y me suministra [cosas]; según esto, también contra ese tipo de personas se dice: Maldito el hombre que pone su esperanza en un hombre. Nosotros no ponemos la esperanza en ningún hombre, aun cuando parezcan ser nuestros amigos; pues no esperamos en ellos, sino en nuestro Señor, que es Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén⁶¹.

HOMILÍA XVI

Sobre: *He aquí que yo envío a muchos pescadores, dice el Señor, hasta: Un pecado de Judá ha sido escrito con buril de hierro; con punta de acero ha sido grabado en el pecho de su corazón.*

1. Está escrito en el evangelio de Mateo que nuestro Salvador vino a orillas del mar de Galilea y vio a *Simón y a su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores*¹; después, la Palabra añade que el Salvador, viéndoles, les dijo: *Venid conmigo y yo os haré pescadores de hombres. Y ellos, dejando las redes, le siguieron*². Jesús, por tanto, les hizo reemprender la pesca de los hombres. Y encontró también a *otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y su hermano Juan, que estaban en la barca con su padre, preparando las redes, y los llamó*³ a la misma ciencia⁴. Y los hizo también *pescadores de hombres*. Si uno ha reflexionado en los que tienen de Dios un don de palabra trenzado como una *red* y compuesto como un *cedazo* de las Escrituras Sagradas, de modo que abrace a la manera de una malla las almas de los oyentes⁵, y si ha pensado que esto requiere la habilidad en la ciencia que enseñó Jesús, se verá cómo

no sólo entonces, sino también ahora, nuestro Salvador, después de haberles educado, envía *pescadores de hombres* para que nosotros podamos salir del mar⁶ y evitar la amargura de sus olas.

Pero aquellos peces sin alma que entraron en las redes barrederas, en los cedazos, en las mallas o en los anzuelos, mueren una muerte sin sucesión de vida, mientras que el cogido por los *pescadores* de Jesús y sacado del mar, aunque muere también él, muere al mundo, muere al pecado, y después de morir al mundo y al pecado es vivificado por la Palabra de Dios y recibe otra vida; de modo que si puedes concebir a manera de hipótesis un alma de pez que tras haber salido de un cuerpo de pez se transforma y llega a ser algo mejor que un pez —se trata sólo de un ejemplo; que nadie tome pretexto de él para atribuirme cosas que no ha oído⁷—, pensarás algo parecido a esto: has salido del mar cayendo en las *redes* de los discípulos de Jesús; al salir cambias de alma; ya no eres un pez que vive en las aguas salinas del mar, sino que tu alma cambia, se transforma y viene a ser algo mejor y más divino de lo que era antes⁸. Y que el alma se transforma y cambia, oye cómo lo dice Pablo:

*Mas todos nosotros que, con el rostro descubierto, miramos como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en esa misma imagen, de gloria en gloria, como por el Señor que es Espíritu*⁹. Y porque ha sido transformado, este pez que fue cogido por los pescadores de Jesús, dejando de vivir en el mar, comienza a vivir en los *montes*, de modo que no tiene ya necesidad de pescadores que lo saquen del mar, sino de una segunda especie de personajes, llamados *cazadores*, que cazan en *todos los montes* y en *todas las colinas*¹⁰.

Por tanto, cuando hayas subido del mar y hayas sido apresado en las redes de los discípulos de Jesús, deja el mar, *olvidalo*¹¹, ven a los *montes*, es decir, a los profetas¹², y a las *colinas*, esto es, a los justos¹³, y pasa allí tu vida para que, después de esto, cuando llegue el momento de la partida, te sean enviados los *numerosos cazadores*, distintos de los *pescadores*¹⁴. ¿Quiénes podrían ser estos sino los encargados de recibir a las almas que están en las *colinas*, las almas que no se hallan abajo?¹⁵ Mira si no es esto lo que el profeta ha proclamado místicamente y si no es éste el sentido que tiene a la vista cuando dice: *He aquí que yo envío a muchos pescadores, dice el Señor, y ellos los pescarán; y después de esto enviaré a muchos cazadores y los cazarán en lo alto de todo monte y de toda colina*¹⁶. 2. Por tanto, si quieres ser cogido por los *cazadores*, procura no pasar la vida en las cavidades ni vivir en los lugares inferiores, sino busca los *montes*. Sube

al monte donde Jesús se ha transfigurado¹⁷, sube al monte al que Jesús, *viendo a la muchedumbre, subió, seguido de sus discípulos¹⁸, y allí, abriendo su boca, [les] enseñó diciendo: Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos¹⁹* y las bienaventuranzas que siguen.

A estos cazadores no les está permitido cazar en otro sitio que en los montes y las colinas y en los resquicios de las rocas²⁰. Estos tres lugares, en efecto, son nombrados en el profeta: *Pues yo enviaré a muchos cazadores y los cazarán en lo alto de todo monte y de toda colina y en los resquicios de las rocas. ¿De dónde partir para comprender qué significan las rocas y los resquicios de las rocas? Recorro al Éxodo y busco una traza de explicación de los resquicios de las rocas; allí encuentro a Moisés queriendo conocer a Dios y a Dios haciéndole una promesa en estos términos: He aquí que yo te pondré en una hendidura de la roca y verás mis espaldas, pero mi rostro no lo verás²¹*. Si entiendes cuál es esta roca y ves cuál es la hendidura de la roca y cómo el que está apoyado en la roca y viendo la hendidura de la roca ve a Dios, comprenderás también lo que son las numerosas rocas y sus resquicios. ¿Cuál es, por tanto, esa roca singular? *La roca era Cristo, pues ellos bebieron de la roca espiritual que les acompañaba²²; y colocó mis pies sobre una roca²³*, se lee en el salmo treinta y nueve. ¿Cuál es la hendidura que está en la roca? Si consideras la venida de Jesús pensando que Él es enteramente roca, entenderás la hendidura en función de su venida, por cuyo medio se contemplan las espaldas de Dios; pues tal es el sentido de las palabras: *y verás mis espaldas²⁴*.

3. Pero, tras haber encontrado la única *hendidura* de la única *roca*, paso mentalmente de la *hendidura* al agujero de la roca y me pregunto también por las numerosas rocas. Si recurro al coro de los profetas o de los apóstoles, o incluso de los santos ángeles que han subido [a las alturas], digo que todos los imitadores de Cristo, del mismo modo que Él es roca, vienen a ser *rocas*. Y como aquel tiene una *abertura* a través de la cual se ve *lo que está detrás de Dios*, así cada uno, proporcionando con sus palabras un medio para conocer a Dios, hace de sí mismo una *abertura* o, si se prefiere otro término, un *agujero*, abertura o agujero a través de los cuales ve: la Ley a través de Moisés; a través de Isaías su profecía; y a través de Jeremías, otras palabras de Dios. Pero si fuese un ángel el que hablase, como sucedió según lo referido en el texto: *El ángel habla en mí*²⁵, en este caso me detengo en el ángel y observo ahí también una *roca* y una *abertura en la roca*, y veo a Dios a la manera de los ángeles. 4. Sin embargo, yo tengo necesidad de un ejemplo para explicar cómo es posible venir sobre un ángel y, a través de él, ver a Dios; pues está escrito en el Éxodo: *Un ángel del Señor se apareció a Moisés en forma de llama de fuego de zarza. Moisés vio que la zarza ardía, pero no se consumía*²⁶. Y la Escritura, como dijo al comienzo que *se apareció un ángel*, no por eso dijo «el ángel del Señor», sino: *Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*²⁷. Luego allí estaba Dios contemplado en el ángel, como si Dios se diese a conocer a través de la *roca* y la *abertura de la roca* en él.

Desconoces, ciertamente, cuándo serán enviados los *cazadores*. Por eso, no bajes nunca de los *montes* ni abandones las *colinas*, ni salgas de los *agujeros de las rocas*, porque si fueses hallado fuera, se te dirá como al que está fuera y habla el lenguaje de los de fuera: *Necio, esta misma noche se te exigirá el alma, y lo que preparaste, ¿para quién será?*²⁸. Se te dirá esto; y se te dirá también si declaras: *Derribaré mis graneros y construiré otros más grandes, y diré a mi alma: alma, tienes bienes en reserva para muchos años; descansa, come, bebe y banquetea*²⁹. Ves cómo el que está debajo de los *montes*, el que está debajo de las *colinas*, el que está fuera de los *agujeros de las rocas* se engaña incluso en la apreciación de los *bienes*, creyendo que estos son bienes. Por eso dice: *Y diré a mi alma: alma, tienes bienes en reserva para muchos años*. Ha creído que el trigo y la abundancia de las cosas de la tierra eran *bienes*. No ha caído en la cuenta de que los verdaderos bienes no están en la tierra que se labra, sino que los bienes de verdad están en el cielo; y porque ha creído que los bienes son las cosas de la tierra, *atesoraba en la tierra*. Pero si uno, persuadido por Jesús, deja de *atesorar en la tierra* para *atesorar en el cielo*³⁰, no se dirá de él: *Necio, esta noche se te exigirá el alma*³¹, sino que los *cazadores*, que han venido a buscar no a los animales que están abajo, sino a los que están en los *montes*, a los que están en las *colinas* y a los que se refugian en los *agujeros de las rocas*, los apresarán y los mantendrán lejos de esa caza. ¿Dónde? En el reposo de los santos y de los bienaventurados en Cristo Jesús.

Porque *mis ojos*, dice, *están en todos sus caminos*³²: los caminos de quienes acabo de hablar. Dios tiene fijos los ojos

en todos los caminos de los que viven en los montes, en las colinas y en los agujeros de las rocas.

Esos tales *no se ocultaron en mi presencia*³³, porque los malvados se ocultan a la mirada de Dios³⁴. Adán, después de su transgresión, oyó *la voz del Señor Dios que se paseaba por el jardín a la hora de la tarde y se escondió*³⁵; pero el santo no se esconde, sino que tiene el corazón delante de Dios con la seguridad que da una vida santa, porque *si nuestra conciencia no nos condena, tiene plena confianza ante Dios, y cuanto pidamos lo recibimos de Él*³⁶. Aunque Adán pecó, no cometió un pecado excesivamente grave; por eso *se ocultó a la mirada de Dios*³⁷; pero Caín, más pecador que él y, en cuanto fratricida, más impío, ¿qué hizo? *Salió de la presencia de Dios*³⁸; de modo que, comparando los males entre sí, es menor *esconderse* de la mirada de Dios, pues el que se esconde [lo hace] no sin sonrojarse, sino sintiendo vergüenza ante Dios.

Luego estos *no se escondieron de su mirada*. Los que hicieron esto cayeron una vez en los pecados y fueron sacados de los pecados que están en el mar. 5. Para que los que, después de haber sido pescados y haber venido a los *montes*, no soporten que estas cosas les hayan sucedido en justicia, la Palabra les recuerda no sólo a ellos, sino también a nosotros, los anteriores pecados. Por eso, tras la mención de los beneficios, se dice: *Y sus injusticias no se ocultan a mis ojos*³⁹.

Lo que sigue va a causarnos conflicto; pues, o bien lo entendemos como subsiguiente⁴⁰ y tendremos serias dificultades para explicar la retribución de los pecados⁴¹, o bien no

parece estar relacionado con lo dicho anteriormente sobre los *pescados y cazados*; de este modo, nos pone en un dilema poco común. Dice, en efecto: *Y yo les daré primero doble paga por sus injusticias y sus pecados, mediante los cuales ellos profanaron mi tierra con los cadáveres de las abominaciones y con las iniquidades con las que llenaron mi heredad*⁴². Sólo Dios podría saber si el término «primero» lo suprimieron algunos sin ser conscientes de ello o lo suprimieron los Setenta conforme a un plan; nosotros, en todo caso, comparando las demás ediciones, encontramos la lección que dice: *Y yo les daré primero doble paga por sus injusticias*, para mostrar que, aunque fuesen dignos de la bienaventuranza por sus obras posteriores, dado que son hombres que han caído en los pecados, deben recibir *primero* el salario de sus pecados⁴³. Mira si no es ésta la lección verdadera. ¿Quién no será absuelto de sus pecados sino el que no peca más, después de haber creído y haber recibido la remisión de los pecados, de modo que haya oído decir a Jesús: *tus pecados te sean personados, no peques más*⁴⁴? Pero si, después de la remisión de los pecados y del sacramento del *baño de la regeneración*⁴⁵, pecamos, como hacemos nosotros, la multitud de los que no hemos llegado a la perfección como los apóstoles, y si, después de haber pecado o al tiempo que pecamos, hacemos algunas cosas como es debido, debemos reflexionar sobre lo que nos espera.

Si dejamos la vida con pecados, pero también con buenas obras, ¿nos salvaremos por las buenas obras y seremos ab-

sueltos de los pecados cometidos con plena advertencia, o seremos castigados por los pecados y no recibiremos ninguna paga por las buenas obras? Ni lo uno –me refiero a recibir lo peor y a no recibir lo mejor– es conforme a la justicia de Dios, ni lo otro –hablo de recibir lo mejor y no recibir lo peor– es conforme a la justicia de Dios que quiere destruir y expulsar el mal. Supongamos, en efecto, que tú, después del *fundamento*⁴⁶, que es Cristo, del cual has recibido la enseñanza, hayas superpuesto no sólo *oro, plata y piedras preciosas*⁴⁷ –si es que tienes *oro*, mucho o poco–; supongamos, digo, que tú tengas *plata y piedras preciosas*, pero no sólo esto, sino también *madera, heno y paja*⁴⁸; ¿qué quieres que te suceda tras la muerte? ¿Quieres entrar en las cosas santas con tu madera, tu heno y tu paja para ensuciar el reino de Dios? Pero también: ¿quieres, por causa del heno, la madera y la paja, permanecer en el fuego y no recibir nada por el oro, la plata y las piedras preciosas? Esto no es razonable. 6. Entonces, ¿qué? Se sigue que, a causa de la *madera*, recibas *primero*⁴⁹ el *fuego* que consume la *madera*, el *heno* y la *paja*. En efecto, los que pueden entender dicen de nuestro Dios que es un *fuego destructor*. El profeta, cuando dice: *Dios es un fuego destructor*⁵⁰, no habla de lo que es destruido, pero nos lo deja adivinar. Puesto que dijo: *Dios es un fuego destructor*, algo tiene que ser destruido. ¿Qué es, por tanto, lo destruido? No destruye lo que es *a imagen y semejanza*⁵¹, no destruye a su propia criatura, sino al *heno* que se puso encima, a la *madera* que se colocó encima, a la *paja* que se agregó⁵².

El pasaje era muy difícil de explicar. Había promesas, y después de las promesas dice: *Y yo les daré primero doble paga por sus injusticias*⁵³. Era preciso añadir *primero*, porque primero se paga el salario de la injusticia y después el de la justicia; Dios no paga en sentido inverso. Si hubiese entregado primero los bienes, habría sido necesario que cesasen los bienes para recibir los males. Pero ahora distribuye los males para que, con la desaparición de los males, llegue a su término el castigo de los que los padecen y después pueda entregar los bienes. Por eso, encontrarás en las Sagradas Escrituras que Dios habla primero de las cosas que se presentan más tristes y luego, de las mejores: *Yo daré la muerte y daré la vida, heriré y curaré*⁵⁴. *Él hace sufrir y de nuevo devuelve la salud; Él corrigió y sus manos curaron*⁵⁵. ¿A propósito de qué puede decir el que entiende y recibe con piedad estas palabras: *Señor, ¿quién morará en tu tienda o habitará en tu monte santo? El que procede honradamente y practica la justicia, el que habla la verdad en su corazón; el que no dijo mentira con su lengua y no hizo mal a su prójimo ni injurió a sus semejantes*⁵⁶ —porque nosotros denostamos incluso a los que se arrepienten y se convierten, a pesar de lo que dice la Escritura: *No hagas reproches a un hombre que se convierte de su pecado*⁵⁷—; *el que no hizo agravio a sus prójimos; el que menosprecia al malvado, pero glorifica a los que temen al Señor*⁵⁸?

Por tanto, todos los que tengamos materia para este fuego recibiremos *primero* la paga por nuestros pecados. 7. Pero, alguno de los que me escuchan dirá: explica también la palabra *doble*⁵⁹; porque admito que yo reciba *primero* la paga de los pecados de modo que, cuando haya re-

cibido esta paga, se cumpla en seguida lo dicho en el Apóstol: *Si la obra de uno es consumida, sufrirá daño, pero él se salvará como a través del fuego*⁶⁰. Sin embargo, ¿por qué recibir *doble* paga por los pecados? Hay que responder que *el siervo que ha conocido la voluntad de su señor y no ha obrado según esta voluntad, será golpeado, no con pocos, sino con muchos [golpes]*⁶¹. Resulta, pues, congruente que los pecadores de entre los paganos reciban una retribución simple por sus pecados y nosotros una retribución *doble* por nuestros tropiezos, *porque si nosotros pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por los pecados, sino una terrible espera del juicio y el ardor del fuego pronto a devorar a los rebeldes*⁶².

La profecía precedente concernía a los que son *pescados* y a los que serán *cazados* y recibirán *primero doble paga* por sus pecados. Después de esto, se profetiza con mayor claridad acerca de la llamada de los gentiles, no de los que son llamados, sino de los que han sido llamados, que no ignoran lo que deben confesar y aquello por lo que han de dar gracias⁶³, sino que han sido ya instruidos —pues nosotros aprendemos que en un primer momento fueron llamados, *pescados* y *cazados*, pero en un segundo momento dieron su asentimiento—. Veamos qué dice la profecía de nosotros que aprendemos o, más bien, que hemos aprendido ya a orar: **8. Señor, mi fuerza, mi auxilio y mi refugio en el día de la desgracia: hacia ti vendrán las naciones desde el extremo de la tierra y dirán: Mentira son los ídolos que hicieron nuestros padres y no hay en ellos provecho**⁶⁴. Desde los confines de la tierra vinieron las gentes hacia Dios, y las

gentes dijeron: *Falsos son los ídolos que hicieron nuestros padres y no hay en ellos provecho. ¿Por qué desde el extremo de la tierra?* De la tierra hay algunos que son primeros y otros que son últimos. ¿Quiénes son primeros; los primeros de la tierra, no simplemente primeros? Los *sabios del mundo*, los *de noble linaje*, los ricos, los dignatarios. ¿Quiénes son los últimos? *Dios ha escogido lo necio del mundo, lo débil, lo que no cuenta, lo que no es*⁶⁵.

Vendrán, pues, gentes desde el extremo de la tierra, como si dijese: de entre los últimos hombres de la tierra, de entre los *necios*, de entre los *viles de nacimiento*, de entre los *tenidos en nada*. Y dirán: *falsos son los ídolos que hicieron nuestros padres, y no hay en ellos provecho*. No es que haya ídolos verdaderos por oposición a los cuales se habla de *falsos*, sino ídolos simplemente, que son *falsos* por naturaleza y *no hay en ellos provecho*⁶⁶.

9. *Si un hombre se hace dioses*⁶⁷. No sólo con las estatuas se hacen dioses los hombres, sino que encontrarás también a hombres que se hacen dioses con sus *ficciones*⁶⁸. En efecto, todos los que pueden fabricarse otro dios y otra crea-

ción distinta de la organización del mundo descrita por el Espíritu, del mundo verdadero, todos ellos *se han hecho dioses y han adorado las obras de sus manos*⁶⁹. Así considero, ya a los que entre los griegos dieron origen a opiniones, por así decir, de tal filosofía o de tal otra, ya a los primeros que entre los herejes engendraron opiniones. Ellos se han hecho ídolos y ficciones de orden psicológico y, volviéndose a ellos, *han adorado las obras de sus manos*, tomando por verdad sus propias representaciones⁷⁰.

Así pues, el Verbo censura a todos los que se hacen dioses, tanto sensible como intelectualmente, cuando dice: *Si un hombre se hace dioses, estos no son dioses. Por eso, yo les mostraré mi mano en este momento y les daré a conocer también mi fuerza*⁷¹. ¿En qué momento? En *este momento*; y para indicar el tiempo de la parusía del Señor añade: *Y ellos sabrán que mi nombre es Señor*⁷².

10. A continuación hay otra profecía que no sé por qué no se encuentra en los Setenta, pero la encontramos en las otras ediciones⁷³, evidentemente porque figura en el hebreo, y está llena de enseñanzas muy necesarias que pueden, si nos aplicamos a ella, convertir nuestra alma. He aquí sus

palabras: *Un pecado de Judá ha sido escrito con buril de hierro, con punta de acero ha sido grabado en el pecho de su corazón*⁷⁴. Se puede ir a lo más fácil y decir: esto se ha dicho de los judíos, porque está escrito su pecado; pero si observas, como hemos motrado con frecuencia⁷⁵, que Judá es una manera figurada de designar a Cristo, ¿acaso el *pecado de Judá* no es el nuestro, es decir, el de quienes creemos en Cristo, el que procede de la *tribu de Judá*?⁷⁶. Y si puedes entender todavía otro sentido más misterioso, tal vez el profeta hable de Judas el traidor, como si fuese de él de quien dijese la profecía: *Un pecado de Judá ha sido escrito con buril de hierro, con punta de acero ha sido grabado en el pecho de su corazón*; pero el «de ellos» no conviene en este caso. ¿No decía, pues, de nosotros, si hemos llegado a ser pecadores, que se realizaría lo profetizado? Nosotros pecamos, y nuestro pecado *no ha sido escrito* fuera de nosotros, sino en nuestro *corazón*, y es escrito *con buril de hierro, con punta de acero*. Que los pecados que cometemos se inscriban en nosotros por el hecho de pecar, lo probará la experiencia: yo no era consciente de tal acción o de tal pecado; una vez cometido, poseo su marca, como si la marca de mi pecado, por el hecho de haber pecado, estuviera en mi alma. Y si mi pecado hubiese sido escrito con tinta, yo lo habría borrado; pero he aquí que está escrito *con buril de hierro*, está escrito *con punta de acero*, está escrito *en el pecho de nuestro corazón*, para que yo venga al tribunal y se cumpla la profecía que dice: *No hay nada secreto que no llegue a descubrirse, ni nada escondido que no llegue a revelarse*⁷⁷. Mi pecho y mi corazón han sido puestos al desnudo; llevan las letras del pecado inscritas *con buril de hierro, con punta*

de acero, y todos reconocen en mi pecho y en mi corazón las marcas de mis pecados, porque nada hay secreto que no llegue a descubrirse, pero también: los pensamientos se acusan y se defienden unos con otros⁷⁸, y no juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, que sacará a la luz lo escondido de las tinieblas y pondrá de manifiesto los deseos de los corazones⁷⁹. ¿Ante quién los pondrá de manifiesto? No ante sí mismo, porque Él conoce todas las cosas antes de que sucedan⁸⁰. Entonces ¿ante quién los dará a conocer? Ante todos los que hayan de ver, en virtud de su pureza, el pecado del pecador, para que los pecadores resuciten a la ignominia y a la vergüenza eterna⁸¹. Que el Dios del universo nos preserve de esto a fin de que resucitemos para la gloria en Cristo, al cual corresponden la gloria y el poder por los siglos. Amén⁸².

HOMILÍA XVII

Sobre: *Una perdiz hizo oír su voz,*
hasta: *Yo no deseé un día de hombre, tú lo sabes.*

1. Hemos llegado a la famosa cuestión de saber qué es la perdiz, de la cual dice ahora la Escritura: *Una perdiz hizo oír su voz; reunió a los que no había criado, haciendo dinero, pero sin juicio; en medio de sus días la abandonaron, y en sus últimos días será una insensata*¹. Es preciso partir de lo que la zoología enseña sobre la perdiz, para que, conociendo las particularidades de este animal, veamos si hay que colocar a la perdiz aquí mencionada en una categoría buena o mala. Se dice que este animal es muy vicioso, falaz y astuto²: cuando quiere engañar a los cazadores, da vueltas en torno a los pies del cazador, como si el animal estuviese próximo, para desviarle del camino hacia el nido, y cuando supone que ha despistado al cazador y que los polluelos han huido, también ella se va volando. Es además un animal completamente impuro, hasta el punto de que los machos se pelean unos con otros para el apareamiento y que un macho cubre a otro. Si este animal es, por tanto, vicioso, impuro, astuto y mentiroso, colocarle en una buena categoría y decir que puede representar al Salvador parece manifiestamente impío. Hay que ver, pues, en el caso de que queramos interpretarlo del adversario³, si se sigue para nosotros una interpretación enteramente coherente.

2. Comencemos por el versículo: *Una perdiz hizo oír su voz; reunió a los que no había criado*. Así pues, el diablo no reúne a sus propias criaturas, no reúne a los que él ha engendrado, sino que, cuando hace oír su voz, reúne a las criaturas de otro y las hace suyas⁴. *La perdiz hizo oír su voz* por boca de Valentín, *la perdiz hizo oír su voz* por boca de Marción, hizo oír su voz por boca de Basírides y de todos los herejes⁵; pues ninguno de ellos ha podido decir la palabra de Jesús: *Mis ovejas oirán mi voz*⁶. La voz de Jesús está en Pablo y en Pedro; por eso, Pablo decía: *Si buscáis una prueba de que Cristo habla en mí...*⁷ Pero la voz de la perdiz que reúne a los que no ha criado está en los que extrañan y engañan a los más simples de entre los creyentes a causa de su ingenuidad y falta de preparación.

Una perdiz, por tanto, hizo oír su voz; reunió a los que no había criado, haciéndose rica, pero sin juicio. La perdiz se enriqueció. Observa cómo le pertenecen millares: muchos han venido a ser de la perdiz, es decir, de la potencia enemiga. Y se enriqueció sin preocuparse del juicio ni tener jui-

cio, sino actuando sin juicio; por eso se dice que la perdiz está *haciéndose rica, pero sin juicio*. En cambio, mi Salvador *se enriquece con juicio*; su riqueza está sometida a juicio y elección.

3. *En medio de sus días ellos la abandonaron*. Nosotros todos, que entonces estábamos bajo el dominio de la *perdiz* que hacía oír su voz —pues ella no sólo hizo oír su voz por boca de los que he nombrado, sino también por boca de todos, absolutamente de todos los que engañan y bajo capa de invitar a la piedad al impío invitan de hecho a opiniones contrarias a la verdad— *la hemos abandonado en medio de sus días*; porque *todos sus días* son los días de este mundo, y puesto que Cristo Jesús nos ha elegido de en medio del presente mundo perverso⁸, *la hemos abandonado en medio de sus días*.

Y en sus últimos días será una insensata. ¿Fue alguna vez sensata para venir a ser *insensata en sus últimos días*? Pues bien, diremos que era sensata, porque *la serpiente era el más sagaz de todos los animales de la tierra que el Señor había hecho*⁹. Ella era sensata según lo dicho en Isaías: *Yo golpearé al gran intelecto, al arconte de los asirios; pues dijo: obraré con la fuerza y la sabiduría de la inteligencia, borraré las fronteras de las naciones, devastaré sus fuerzas y abatiré las ciudades que habitan*¹⁰. Si alguno es capaz, entienda cómo *sus últimos días serán insensatos*. Después de haber sido sagaz en el mal —porque era *el más astuto de todos los animales de la tierra*¹¹—, llegará a ser, por contraste con lo sagaz que había sido, *insensata* en el mal. Pero entenderás lo que significa: *sus últimos días serán insensatos*, si sabes cómo también a ti se te manda por medio del Apóstol aceptar la necedad en pro de tu salvación: *Si algu-*

no, dice, *se cree sabio entre vosotros en este siglo, que se haga necio*¹²; el que antes gritó: hazte necio e insensato, concluye: *para llegar a ser sabio*¹³. Si hay, pues, una sabiduría repudiable, según la cual *los hijos de este siglo son más sagaces que los hijos de la luz en esta generación*¹⁴, Dios, que subvierte los contrarios con los contrarios, es bueno hasta el punto de cumplir lo que se dijo: *Sus últimos días serán insensatos. ¿Cuándo serán insensatos sus últimos días? Conviene que Cristo reine hasta que Dios ponga a todos sus enemigos bajo sus pies, y cuando le haya sometido todo, el último enemigo, la muerte, será destruido*¹⁵. Cuando la

muerte haya sido destruida, tendrá lugar el fin de la perdiz y sus últimos días serán insensatos.

4. Esto, por lo que se refiere a la *perdiz*. He aquí ahora el comienzo de la segunda perícopa que se ha leído: *Trono de gloria, lugar elevado desde el principio, nuestra santificación, esperanza de Israel. Señor, que todos los que te abandonaron sean confundidos porque se han apartado de ti, que sean inscritos en la tierra porque abandonaron al Señor, la fuente de la vida*¹⁶. El bienaventurado profeta Isaías, viendo al Señor y a su reino, dijo: *Yo he visto al Señor Sabaoth sentado en un trono excelso y elevado*¹⁷. Jeremías vio también cómo reina Dios; por eso, glorificándole dice: *Trono de gloria, lugar elevado desde el principio, nuestra santificación*. Si quieres entender estas palabras como dichas de Cristo, no pecarás, y si las entiendes como aplicadas al Padre, no caerás en la impiedad. El Salvador, en efecto, es *trono de gloria elevado* y eso *desde el principio: trono de gloria elevado*, porque su reino es excelso. Cristo es *nuestra santificación*, porque *el santificador y los santificados tienen todos el mismo origen*¹⁸. *Esperanza de Israel*¹⁹: Como el Salvador es la *Justicia* en persona, la *Verdad* en persona, la *Santificación* en persona, así también la *Esperanza* en persona, y no es posible ser justo al margen de Cristo, ni ser santo sin Él, ni tener esperanza sin poseer a Cristo, porque Él es la *Esperanza de Israel*²⁰. Pero, aunque lo refieras a Dios, no cometerás ninguna impiedad.

*¡Señor, que todos los que te abandonaron sean confundidos porque se han apartado de ti!*²¹. Cada uno de noso-

tros, cuando peca, por el hecho mismo de pecar, abandona a Cristo y, abandonando a Cristo, abandona a Dios. Siendo injusto, abandona, en efecto, la *Justicia*²², viniendo a ser profano abandona la *Santificación*, haciendo la guerra abandona la *Paz*, sometiéndose al enemigo abandona la *Redención* y poniéndose fuera de la sabiduría abandona la *Sabiduría de Dios*²³. Por tanto, el profeta, enseñándonos lo que les sucederá, maldice a todos los que abandonan a Dios: *Que sean confundidos todos los que te abandonaron.*

*Que sean inscritos en la tierra*²⁴. Todos los hombres son *inscritos*: los santos en el cielo y los pecadores *en la tierra*. Jesús dice a sus discípulos: *Alegraos, porque vuestros nombres están inscritos en los cielos*²⁵. Así pues, si uno llega a ser de tal manera que su nombre esté *inscrito* en los cielos, debe alegrarse. Ahora bien, del mismo modo que el nombre de los santos está *inscrito en los cielos*, así el de los que viven de una manera terrestre, el de los que no pasan por la *tierra de Edón*, sino que ocupan los campos de la *tierra de Edón* y sus *viñas*²⁶, está *inscrito*, como los nombres de los que abandonan a Dios, *en la tierra*²⁷.

Que sean confundidos, dice el profeta, porque *se han apartado de ti, que sean inscritos en la tierra*. En efecto, *se os medirá con la misma medida que vosotros uséis*²⁸. Cada uno es responsable de la manera en que está *inscrito*. Si tú buscas las cosas de la tierra, no buscas las cosas celestes; si tu alma está inclinada sobre las cosas de aquí abajo, eres responsable; pues dice Jesús: *No atesoréis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corroen y donde los ladrones horradan y roban; atesorad tesoros en los cielos*²⁹. ¿Ateoras tú

en el cielo? Eres responsable de que tu nombre esté *inscrita en los cielos*.

Esto, a propósito de las palabras: *que sean inscritos en la tierra*; después, indica el motivo: *porque abandonaron al Señor, la fuente de la vida*³⁰. Al comienzo, el mismo profeta ponía en la boca de Dios estas palabras: *Me abandonaron a mí, fuente de agua viva*³¹; ahora dice: *abandonaron al Señor, la fuente de la vida*. Si no queremos dejar al Señor, *la fuente de la vida*, demos también nosotros la respuesta que los discípulos auténticos de Jesús dieron al Maestro que les decía: *¿También vosotros queréis marcharos?*³². *¿Qué tenemos que responder? Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna*³³.

5. Aquí finaliza la segunda perícopa. Después, viene de nuevo una oración formulada en estos términos: *Sáname, Señor, y seré sano; sálvame y seré salvo, porque Tú eres mi orgullo. Mira que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? ¡Que venga! Pero yo no me cansé de seguirte, y no deseé un día de hombre, Tú lo sabes*³⁴. Sólo al que ha venido como médico a causa de los enfermos y que decía: *No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*³⁵, le es posible decir con confianza: *sáname, Señor, y seré sano*, a todo el que desea ser curado de la enfermedad de su alma. Pero si algún otro distinto de Él anuncia la curación de las almas, no se le podría decir con verdad: *sáname, Señor, y seré sano*. En efecto, la *hemorroísa* del Evangelio había gastado *toda su fortuna* en los médicos³⁶ y *ninguno de ellos había logrado curarla*³⁷, porque a ninguno de ellos se le podía decir con razón: *sáname, Señor, y seré sano*, sino úni-

camente a aquel del que bastaba con tocar *la orla del manto*³⁸. Yo te digo, por tanto: *sáname, Señor, y seré sano*, porque si tú sanas, se seguirá el efecto de la sanación que viene de ti, la curación, de modo que yo sea salvo. Por muchos que sean los que se salven, yo no me salvaré; la única salvación verdadera es si Cristo salva, porque entonces *seré salvo. Vano es el caballo para la salvación*³⁹, falaces también todas las demás cosas fuera de Dios para la salvación. Por eso, yo le diría: *Salvame, Señor, y seré salvo*, y digo esto si, después de haber renunciado a toda jactancia, puedo confesar también: *porque Tú eres mi orgullo*⁴⁰, o porque cumplo el mandamiento que dice: *Que el sabio no se enorgullezca de su sabiduría, ni el fuerte de su fuerza, ni el rico de su riqueza, sino que el que se gloríe que se gloríe de esto, de saber y conocer que yo soy el Señor*⁴¹. Dichoso, pues, el que ha renunciado a todo orgullo de abajo, como por ejemplo a la pretendida nobleza de linaje, a la belleza y a las cosas corpóreas, a la riqueza, a la gloria, y que se contenta con el único orgullo de decir: *porque mi orgullo eres Tú*.

6. *Mira que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? ¡Que venga! Pero yo no me he cansado de seguirte*⁴². Jesús te dice: *Toma tu cruz y sígueme*⁴³, y: *Déjalo todo y sígueme*⁴⁴, y todavía: *El que no abandona a su padre y a su madre y se viene conmigo, no es digno de ser discípulo mío*⁴⁵. Si, pues, llegas a ser tal que puedas seguir siempre a Jesús, le seguirás y, en la medida en que le sigas, no te cansarás. Porque *no habrá fatiga en Jacob y no se verá aflicción en Israel*⁴⁶. Cuando se sigue a Jesús, no hay fatiga; el hecho

mismo de seguirle suprime la fatiga. Por eso, para que ya no nos cansemos, puesto que estábamos cansados antes de empezar a seguirle, Él mismo dice: *Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré*⁴⁷.

Si, pues, estando cansados, venimos a Él y le seguimos, diremos: *Pero yo no me cansé de seguirle*; y es lógico que nosotros le digamos también: *Yo no deseé un día de hombre*⁴⁸. Hay un *día de hombre* y un día de Dios. Que cada uno de nosotros desee el día de la resurrección de los santos, no ese día del cual está escrito: *¡Ay de los que desean el día del Señor: es tinieblas y no luz!*⁴⁹. ¿Quién es el que dice: *yo no deseé un día de hombre*? La claridad del Verbo nos reprochará haber deseado un día de hombre. A menudo, estando nosotros enfermos y situados ante el pensamiento de la muerte, mandamos llamar a los hermanos que nos visitan y les decimos: pídemme un permiso, pídemme que permanezca en la vida. Diciendo esto, no deseamos el día santo de Dios, sino un *día de hombre*. Cesemos, pues, de amar la vida y de desear un día humano y busquemos ver ese día en el que obtendremos la bienaventuranza en Cristo Jesús, *al cual corresponden la gloria y el poder por los siglos. Amén*⁵⁰.

HOMILÍA XVIII

Sobre: Palabra que vino a Jeremías de parte del Señor: Levántate y baja a la casa del alfarero, hasta: para entregar a su tierra a la destrucción y el escarnio.

1. Dos son, una tras otra, las visiones de Jeremías que acaban de leerse: la primera de ellas contiene lo que se refiere al vaso de barro que está en la mano del alfarero, vaso que, después de romperse, es susceptible de ser reparado, porque puede ser remodelado; la otra visión contiene una alusión a un vaso de barro cocido que, una vez derribado, ya no tiene remedio. En efecto, cuando era barro, si se caía, aun estando ya modelado, puesto que era barro, admitía volver a ser por segunda vez una pasta para ser rehecho de nuevo. Pero desde el momento en que el barro ha pasado a ser ya barro cocido y ha sido endurecido por el fuego, entonces, si el barro cocido se rompiese, no sería posible encontrar remedio para él. ¿Qué quiere decir esto? Lo explicaremos primero de una manera global; después, si Dios nos lo concede, lo examinaremos palabra por palabra.

Mientras estamos en esta vida, puesto que somos un vaso de barro, somos modelados, por así decir, a la manera de un alfarero, ya según la maldad, ya según la virtud; más aún, somos modelados de tal manera que nuestra maldad puede romperse para llegar a ser una creación nueva y mejor y nuestro progreso, tras su formación, puede quedar reducido a un vaso de arcilla. Pero una vez que, llegados al final de la vida, sobrepasemos la era presente, y lleguemos a ser entonces lo que lleguemos a ser, sea lo que sea, pasando por

el fuego, ya sea por el fuego de los *dardos inflamados del maligno*¹ o por el fuego divino –puesto que *nuestro Dios* es también *un fuego destructor*²–, cuando, bajo la acción de tal o cual fuego, digo, lleguemos a ser lo que lleguemos a ser, sea lo que sea, si estamos rotos, ya estemos rotos y destruidos después de haber sido vasos nobles, ya lo estemos después de haber sido vasos de mala calidad, no podemos ser rehechos ni nuestro estado es susceptible de mejora³. Por eso, mientras estamos aquí abajo es como si estuviésemos en la mano del alfarero: aunque el vaso se caiga de sus manos, es susceptible de remedio y puede ser rehecho.

Queden dichas estas cosas de manera un poco rápida, antes de hacer un examen detallado del texto, a propósito de las dos especies de vasos, uno, de barro aún no cocido, y el otro, ya cocido. 2. Pero veamos, a partir de la misma

lección, lo que se dice del vaso de barro en la mano del alfarero, y cómo la Palabra misma que está en el profeta, el Señor que profetiza en él, nos proporciona también otros puntos de partida no despreciables para la interpretación de la historia de la figura que está en la mano del alfarero.

*Palabra que vino a Jeremías de parte del Señor: Levántate y baja a la casa del alfarero*⁴. Jeremías está en alto, ha subido por encima de los vasos de barro; debajo están los vasos de barro, y la naturaleza que rige los vasos de barro, por condescendencia con aquellos a quienes rige, está [también] debajo⁵; por eso, la Palabra que vino a Jeremías de parte del Señor le dijo: *Levántate y baja a la casa del alfarero y allí escucha mis palabras*. A Moisés se le dice: *Sube al monte y escucha*⁶; a Jeremías se le dice: *Baja a la casa del alfarero y escucha*, porque cada uno de los que escuchan la Palabra, o bien reciben una enseñanza sobre las cosas de arriba, o bien aprenden sobre las cosas de abajo: si yo recibo instrucción sobre las cosas de abajo, *desciendo* con el pensamiento para ver las cosas de abajo, y si aprendo las cosas de arriba, *asciendo* con el pensamiento⁷ hacia las cosas de arriba para contemplar lo que está allí.

Para que todos vosotros, en la medida en que os sea posible, sigáis lo que estoy diciendo, me serviré de un ejem-

plo tomado también de la Escritura, y por el ejemplo daré una explicación clara que nos aproximará a la interpretación que me ha sido sugerida [por la gracia de Dios]: *En el nombre de Jesús se doblará toda rodilla de los seres celestes, terrestres e infernales, y toda lengua confesará que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre*⁸. Hay una sabiduría referida a cada uno de estos grupos: una sabiduría relativa a los seres celestes, que consiste en saber cómo están distribuidos; una sabiduría relativa a los seres infernales, puesto que es también propio de la sabiduría de Dios lo que concierne a la distribución de los seres infernales; y lo mismo vale para los seres terrestres. Cuando tengo intención de entender la sabiduría relativa a los seres celestes, subo hacia las realidades celestes como Moisés *subió* a la cima *del monte* a fin de que la voz venida del cielo le fuera audible, según lo escrito. Él debía, en efecto, ser instruido en cultos celestes, porque hay una *sombra* y una *imagen* de los misterios celestes en las leyes consignadas, como enseñaba el Apóstol cuando decía: *Los cuales dan un culto en imagen y en sombra de las realidades celestes*⁹. Del mismo modo que yo, si tengo intención de ser instruido sobre las realidades celestes, *subo*, así, si tengo necesidad de aprender sobre las realidades subterráneas, aun habiendo llegado a ser profeta, *bajo*. Tal vez por esto Samuel, cuando fue instruido en las cosas subterráneas, bajó y vino a estar en el Hades. No era juzgado para venir a estar en el Hades, sino para ser observador y espectador de los misterios de los seres subterráneos¹⁰. Puede haber también algo de esto en lo dicho por el Apóstol a propósito de la Sabiduría, cuando define con precisión *cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura*¹¹ en el acto de conocer. Piensas conocer la *altura*,

subes con la razón a lo alto; debes conocer la *profundidad*, *bajas* con la razón a lo profundo; vas a conocer lo que está en medio de la *altura* y la *profundidad*, conoces la *anchura* y la *longitud*. La mente que puede *seguir* al Hijo de Dios anda por todas partes conducida por el Logos que la instruye acerca de todo; y le *sigue* en la medida en que ha renunciado al mundo y ha tomado su cruz¹², pues sólo puede seguir a Jesús el que es capaz de decir: *El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo*¹³.

Era preciso recurrir a un ejemplo para explicar la frase: *Baja a la casa del alfarero y allí oirás mis palabras*¹⁴; pues había que compararla con esta otra: *Sube y oirás mis palabras*¹⁵. Porque de los que oyen, hay quienes *suben* para ser instruidos, pero no suben del todo corporalmente, y hay quienes *bajan*, pero tienen su alma arriba para ver la razón de las cosas de abajo que se encuentra en lo alto¹⁶. El mismo Jesucristo, Señor mío, ha *subido* y ha *bajado*, pues *el que subió es el mismo que el que bajó*; *Él está por encima de todo*¹⁷. Por tanto, si tú aspiras a entender al Verbo que explica las cosas de lo alto y ha *subido* a lo alto, entiende al que ha *bajado* abajo y enseña sobre las cosas de abajo¹⁸, *no digas: ¿quién subirá al cielo?, es decir, para hacer bajar a Cristo; o bien: ¿quién bajará al abismo?, es decir, para hacer*

*subir a Cristo de entre los muertos. Pero ¿qué dice la Escritura? Cerca de ti, en tu boca y en tu corazón, está la palabra*¹⁹, por cuyo medio tú subes al cielo. A propósito de la subida, [se dice] *cerca de ti está la Palabra*, y respecto de las cosas de abajo, *cerca de ti está la Palabra*. Pues ¿qué puede tener dentro de sí el santo sino al Verbo que está en todas partes? En efecto, *el Reino de los cielos está dentro de vosotros*²⁰.

3. El profeta *baja*, por tanto, *a la casa del alfarero* y cuenta lo que ha visto diciendo: *Y he aquí que él estaba haciendo un trabajo con sus manos; el vaso que hacía con el barro cayó de sus manos y volvió a hacer de él otro vaso, como mejor le pareció hacerlo en lugar del anterior*²¹. Pero yo no sé lo que ha visto el profeta estando en casa del alfarero; ha visto al alfarero trabajando; el vaso que estaba haciendo era de barro; el vaso cayó. ¿Por qué no habla con más precisión? ¿Ha dejado caer el vaso de sus manos y no hace responsable al alfarero? Sin embargo, dado que el texto alude a vasos animados que caen por sí mismos, por eso se dice: *el vaso cayó de sus manos*. Obsérvate, pues, a ti mismo, para que, estando en manos del alfarero y todavía en proceso de formación, no caigas de sus manos por tu culpa²². *Nadie*, en efecto, *arrebata [nada] de sus manos*²³, según lo dicho en el evangelio de san Juan. Pero no está escrito que como *nadie arrebata [nada] de sus manos*, así nadie cae; pues

el ser dotado de autodeterminación es libre²⁴. Y digo: nadie arrebatará nada de la mano del pastor; de la mano de Dios nadie puede arrebatarnos; pero nosotros, por descuido, podemos caer de sus manos.

4. *Y la palabra del Señor vino a mí diciendo: ¿No puedo obrar con vosotros como el alfarero, casa de Israel?, dice el Señor*²⁵. Cada uno entiende lo escrito según su capacidad: uno, tomando el sentido de estas cosas de manera más superficial, como de una fuente que corre a ras del suelo; otro, de una manera más profunda, como sacándolo de un pozo²⁶. Ambos pueden aprovecharse, puesto que lo mismo es fuente para uno y pozo para otro²⁷. El Evangelio da testimonio de esto cuando refiere lo relativo a la Samaritana; pues allí se llama *fuentes* y *pozo*²⁸ a la misma realidad, y a lo largo del pasaje se la dice unas veces *fuentes* y otras *pozo*. Que el que sea capaz reflexione, para que vea que la misma cosa en sustancia es una *fuentes* para el superficial y un *pozo* para el más profundo.

He aquí mi prólogo a la explicación venidera del vaso de barro caído de la mano del alfarero y modelado de nuevo. Algunos vieron y entendieron estas cosas de la manera más

simple²⁹. Yo os expondré el pensamiento y la explicación de las mismas; después de esto, si encontramos algo más profundo, lo expondremos también.

Puede tratarse aquí, dicen, de la resurrección; porque si el vaso de barro ha caído de las manos del alfarero y [éste], de la misma materia, del mismo barro, hace *de él otro vaso como mejor le pareció en lugar del anterior*³⁰, también Dios, el alfarero de nuestros cuerpos, el creador de nuestro organismo, puede, cuando el vaso caiga y se rompa por la causa que sea, retomararlo, renovarlo y hacer de él *otro vaso* más hermoso y de mejor calidad, *tal como le parezca mejor hacerlo en lugar del anterior*.

5. Admitamos también esta explicación. Pero escuchemos al Señor mismo dar una explicación y decir: *¿No podría yo hacer con vosotros lo mismo que el alfarero, casa de Israel?, dice el Señor. Mirad que como el vaso [está en las manos] del alfarero, así vosotros estáis en mis manos. De pronto hablaré sobre una nación y un reino, de suprimirlos y de perderlos; y esta nación se convertirá de sus males que yo le había reprochado, y yo me arrepentiré de los males que había pensado hacerles; y al fin hablaré sobre una nación y un reino, de reconstruir y plantar, y ellos harán lo que está mal delante de mí por no escuchar mi voz, y yo me arrepentiré del bien que había decidido hacerles, dice el Señor*³¹. Nosotros vemos que lo que ha pasado en la casa del alfa-

tero se refiere no a algún acontecimiento de carácter individual, sino a dos *naciones*. Dios dice, en efecto, al comenzar, que va a hablar de *naciones*, a fin de sugerir algo a los que son capaces de entender misterios inefables: *Finalmente, hablaré sobre una nación*. Busca el sentido de *finalmente* y de esa primera *nación* sobre la cual habla de destrucción por causa de sus pecados, y, tras haber hablado de destrucción por razón de sus pecados, se le promete nada menos que, si se arrepiente, Él se arrepentirá de los males que había dicho les causaría. Y de nuevo les habla sobre otra *nación*, la segunda, les habla *de reconstruir y de plantar* todo un pueblo; y porque este pueblo reconstruido y plantado tiene una hermosa promesa, pero puede pecar, dice después de esto: si se apartan de las buenas acciones, *yo me arrepentiré de los bienes que había decidido hacerles*.

¿Cuáles son, por tanto, estas dos *naciones*: la denominada primera, a la que el Verbo amenaza, y la segunda, a la que hace promesas? Él amenaza, en efecto, de tal manera que, si el pueblo se convierte, no ejecurará la amenaza; Él promete de tal modo que, si el segundo pueblo cae y se hace indigno de las promesas, no las obtendrá³². En torno a dos pueblos gira esencialmente la entera economía de Dios para con los hombres que están en el mundo. Hubo, en primer lugar, aquel pueblo, Israel, y, en segundo lugar, desde la venida de Cristo, este pueblo. Al primero Dios lo amenazó con las amenazas que le hizo, y nosotros vemos los efectos de la amenaza dirigida al primer pueblo: estuvo en cautividad, su ciudad fue destruida, su santuario derribado, el altar fue profanado, ninguna de las cosas venerables de los tiempos antiguos se conserva ya entre ellos³³; pues Dios decía a este pue-

blo: convertíos, y ellos no se convirtieron. Después de haberles dicho esto, Dios habla al segundo pueblo de su reconstrucción, pero ve que esta nación está hecha también de hombres que pueden caer una vez más. Por eso le amenaza y dice: Aunque antes hablé de construcción, de plantación y de agricultura, si este pueblo tiene intención de pecar también, por haber pecado le sucederá a él lo mismo que le fue dicho a los otros debido a sus pecados, y si no se arrepienten sufrirán. Pregunta a la entera Escritura y encontrarás que la mayor parte de los pasajes se refieren a estos dos pueblos.

Dios eligió a los patriarcas, les hizo una promesa, sacó de Egipto al pueblo salido del linaje de los patriarcas, tuvo paciencia con ellos cuando pecaban, les educó como un padre, les introdujo en la tierra de la promesa y se la dio, les envió profetas en distintas épocas, les corrigió y convirtió de los pecados, tuvo longanimidad con ellos enviándoles incesantemente sanadores, hasta que vino el médico-jefe, el profeta que sobrepasa a los profetas, el médico que supera a los médicos. Llegado Él, ellos le entregaron y pusieron en trance de muerte, diciendo: *¡Fuera, fuera* de la tierra tal hombre! *¡Crucificalo, crucificalo!*³⁴. Al punto, vino una visita [de Dios] a la nación, el lugar³⁵ en el que mi Jesús *había sido crucificado*³⁶ quedó *desierto*, Dios eligió a otro pueblo. Ved cómo *la cosecha es abundante*, aunque *los obreros son pocos*³⁷. Pero, por otro lado, Dios procura que la red barredera sea echada sin cesar en el mar de esta vida y se reúnan peces de todas clases³⁸, envía a *muchos pescadores*, envía a *muchos cazadores*³⁹; cazan en *todo monte*, cazan en *toda colina*⁴⁰. Mira, toda esta economía es para la salvación de los pueblos.

Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios: severidad para con el primer pueblo, que ha caído, y para ti, el segundo pueblo, las promesas y la bondad, si permaneces en la bondad, porque de otro modo también tú serías talado⁴¹. Pues el hacha ha sido puesta a la raíz de los árboles no sólo entonces; el hacha está presta para venir de nuevo. *El hacha está puesta a la raíz de los árboles*⁴², decía entonces mi Jesús profetizando sobre Israel, a cuyo lado estaba el hacha. Él mismo era el hacha del árbol estéril, y decía: *Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles*. Cuantos árboles había allí que no daban fruto eran arrancados, *arrojados al fuego*⁴³ y castigados. Pero ahora se ha producido otra plantación semejante a la primera; de ellas se ha dicho: *Los introducirás y los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar preparado para tu morada*⁴⁴. Dios ha introducido a su pueblo en el monte de su heredad. Yo no busco, como los judíos, el monte en una materia inanimada⁴⁵. El monte es Cristo. En Él hemos sido plantados, en Él hemos sido fijados⁴⁶. Ved, pues, si el dueño de casa, si se muestra longánime, no dirá tal vez cuando venga: *Llevo viniendo ya tres años a esta higuera y no lleva fruto. Arráncala. ¿Para qué va a ocupar la tierra en vano?*⁴⁷; porque el que viene a la asamblea y no fructifica, ocupa inútilmente la buena tierra, Cristo, el misterio de la Iglesia.

6. Finalmente hablaré sobre una nación o también sobre un reino⁴⁸. Podrá parecer que la expresión finalmente se ha

usado con simplicidad⁴⁹; sin embargo, se está diciendo esto. En la frase: *hablaré sobre una nación o sobre un reino*, la expresión *finalmente* significa lo que sigue. Al primer pueblo se le dice: *os destruiré*, como si éste fuera su *fin*; al segundo pueblo: *os reconstruiré*. Y de nuevo se les dice a los primeros: *os arrancaré*, y a los segundos: *os plantaré*⁵⁰.

¿Es preciso, por tanto, que se realice el fin porque se ha dicho: *finalmente*? De Dios, que no se arrepiente, se dice que *se arrepiente*⁵¹ según la Escritura. Detengámonos en el texto para que, si podemos justificar en qué sentido se dice esto, aceptemos la palabra: *Finalmente* —dice— [*hablaré*] *sobre una nación y un reino, de suprimirlos y perderlos, y si aquel pueblo se arrepiente de los males que yo le he reprochado, yo también me arrepentiré de los males que había pensado hacerles. Y al fin, hablaré sobre una nación o un reino, de reconstruir y plantar; ellos cometerán delante de mí la maldad de no escuchar mi voz y yo me arrepentiré de los bienes que había decidido hacerles*⁵². Nos piden justificar el arrepentimiento de Dios⁵³. Arrepentirse parece, en efecto, sorprendente e indigno no sólo de Dios, sino del sabio; pues yo no concibo un sabio arrepintiéndose, sino que el que se arrepiente, tomando el vocablo en su sentido usual, se arrepiente de no haber tomado una buena deci-

sión. Pero Dios, que prevee el futuro, no puede no tomar una buena decisión y arrepentirse de ello. ¿Cómo, pues, la Escritura le ha hecho decir: *me arrepentiré*? No respondo todavía. También en los Reyes se ha dicho lo mismo en la frase: *me he arrepentido de haber unguido a Saúl como rey*⁵⁴, y en general está dicho de él: *y arrepintiéndose de los males...*⁵⁵.

Pero mira lo que se nos enseña de Dios en general. Donde [se dice]: *Dios no es como un hombre para dejarse engañar, ni como un hijo de hombre para ser amenazado*⁵⁶, aprendemos también por esta frase que Dios no es como un hombre; sin embargo, por medio de otra que dice: *El Señor, tu Dios, te ha corregido como todo hombre corrige a su hijo*, o todavía: *Él se ha plegado como un hombre a su hijo*⁵⁷, [aprendemos] que Dios es como un hombre. Por tanto, cuando las Escrituras hablan teológicamente de Dios tal cual es en sí mismo y no mezclan su economía con los asuntos humanos⁵⁸, dicen que *Él no es como un hombre*⁵⁹. Pues *su grandeza no tiene fin*⁶⁰; *es más terrible que todos los dioses*⁶¹, *y alabadlo todos los ángeles de Dios, alabadlo todas sus potencias, alabadlo sol y luna, alabadlo todos los astros y la luz*⁶², y encontrarás releyendo en las Sagradas Escrituras

otros pasajes a los que podrás aplicar el *Dios no es como un hombre*⁶³; pero cuando la economía divina se mezcla con los asuntos humanos, [Dios] lleva la inteligencia, las maneras y el lenguaje de un hombre. [Hace] como nosotros cuando hablamos a un niño de dos años⁶⁴. Balbuceamos a causa del niño –pues no es posible que, conservando nosotros la dignidad de la edad del hombre adulto y hablando a los niños sin adecuarnos a su lenguaje, los niños nos entiendan–. Algo parecido, entiéndeme, sucede también con Dios cuando se ocupa del género humano y sobre todo de los que son aún *niños*⁶⁵.

Considera cómo también los adultos cambiamos el nombre de las cosas para los lactantes, y les nombramos el pan con un nombre especial, y el hecho de beber con otro nombre, sin servirnos del lenguaje de los adultos, lenguaje que empleamos con los interlocutores adultos, sino usando otro lenguaje adaptado a la infancia y a la lactancia. Lo mismo [sucede] con los vestidos; cuando se los nombramos les ponemos otros nombres, fabricando una especie de lenguaje infantil. ¿Somos entonces [hombres] inmaduros? ¿Y si uno de nosotros oye hablar con los niños, dirá tal vez: este viejo ha perdido la razón, este hombre olvida la barba que lleva, su edad de adulto? ¿O concederá, más bien, en razón de las circunstancias, a ese que está con un niño no hablar con el lenguaje de los viejos ni de los adultos, sino de los niños?

Pues bien, Dios habla ciertamente a los niños. *Heme aquí*, dice también el Salvador, *a mí y a los niños que Dios me ha dado*⁶⁶. Se podría decir al viejo que habla a un niño infantilmente o, para decirlo más enfáticamente, con el lenguaje de un lactante: *te has plegado*⁶⁷, has mostrado el modo del lactante y has asumido su estado. Entiende, pues, de esta manera a la Escritura cuando dice: *El Señor, tu Dios, se ha plegado a ti como un hombre se pliega a su hijo*⁶⁸. Parece que los que han traducido del hebreo, no encontrando la expresión correspondiente en griego, han inventado ésta, como en otros muchos casos, y han confeccionado la frase: *El Señor, tu Dios, se ha plegado a ti*, esto es, se ha adecuado a tus maneras, *como un hombre se pliega*, según este ejemplo que acabo de decir, *a su hijo*. Así pues, puesto que nosotros nos arrepentimos, Dios, cuando se dirige a nosotros, que nos arrepentimos, dice: me arrepiento, y cuando nos amenaza no se jacta de ser previsor, sino que hace como si hablase a lactantes; no revela que lo ha previsto *todo antes de su nacimiento*⁶⁹, sino que, como si representase un papel, por así decir, ante el lactante, finge no conocer el futuro. Así pues, amenaza a un pueblo por causa de sus pecados, y dice: *Si el pueblo se arrepiente, yo también me arrepentiré*⁷⁰. ¡Oh Dios! ¿Cuando amenazas no sabes si el pueblo se arrepentirá o no se arrepentirá? ¿Y qué? ¿Cuando prometes, no sabes si el hombre o el pueblo al que se dirige tu palabra permanecerá digno de las promesas o no permanecerá? Sí, pero [Dios] simula⁷¹.

Encontrarías muchos antropomorfismos parecidos en la Escritura, como éste: *Habla a los hijos de Israel; tal vez es-*

*cucharán y se arrepentirán*⁷². Dios no ha dicho esto: *tal vez escucharán*, como si estuviera incierto, pues Dios no vacila al decir: *tal vez escucharán y se arrepentirán*, sino [que dice esto] para poner plenamente de manifiesto tu autodeterminación y para que no digas: si ha previsto que yo me perderé, es preciso que me pierda; si ha previsto que yo me salve, debo salvarme necesariamente⁷³.

Finge, por tanto, no saber lo que te sucederá en el futuro a fin de respetar tu autodeterminación al no haber presumido ni previsto si te convertirás o no, y dice al profeta: *Habla, tal vez se arrepentirán*. Encontrarás, en efecto, otros muchos textos semejantes acerca de Dios *que se pliega* al hombre. Si oyes hablar de la *cólera* de Dios y de *su ira*⁷⁴, no pienses que la *cólera* y la *ira* sean pasiones de Dios. Son maneras adaptadas del lenguaje usual⁷⁵ para convertir y mejorar al lactante, porque también nosotros presentamos a los niños un rostro terrible que no corresponde a nuestros sentimientos, sino a un plan (pedagógico). Si conservásemos en nuestro rostro la indulgencia del alma para con el niño y le manifestásemos la ternura que tenemos para con él, sin desviar ni, por así decir, cambiar sus rasgos con vistas a su conversión, le corromperíamos y le haríamos peor. Así, por

tanto, se dice que Dios se encoleriza y se enfada⁷⁶ para que tú te conviertas y mejores. En realidad [Dios] no se encoleriza ni se aíra, pero tú sufrirás los efectos de la cólera y de la ira cuando estés por tu malicia en penas intolerables, siempre que seas corregido por la llamada *cólera* de Dios⁷⁷.

7. Seguidamente, tras el discurso sobre los dos pueblos; el primero, al que se le da la amenaza, y el segundo, al que se le da la promesa, dice, evidentemente, a los primeros: *Y ahora dije a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén: así habla el Señor: he aquí que yo forjo contra vosotros males*⁷⁸. Porque lo que yo forjo contra vosotros está en mi mano, puede caer; hacedlo caer de mi mano para que yo cambie los males que ideo para vosotros y los transforme en bienes. Tú no encontrarás [dicho en ninguna parte]: «he aquí que yo forjo para vosotros bienes» y palabras análogas a lo dicho a continuación para que se crea según esto que deja escapar de sus manos los bienes que ideo para hacerlos males; al contrario, Él ideo *males*, según el ejemplo dado, e ideando los males los *administra* –aparte de la interpretación que se dio del versículo: *cayó de mis manos*⁷⁹– para que, si caen, el fin, no sé de qué clase, de los males ideados no se realice.

8. *Que cada uno se aparte, pues, de su mal camino, y mejorad vuestra manera de vivir*⁸⁰. Hay veces en que los más simples dicen: «Los hombres antiguos eran dichosos porque podían escuchar al Señor que les hablaba por medio del profeta y porque el Señor mismo les habló». También a nosotros ahora el Señor nos habla por medio de las Escri-

turas: *Que cada uno se aparte de su mal camino*. El señor mismo te habla cuando dice: *Y mejorad vuestra manera de vivir*. Aquellos a quienes les han dicho estas palabras de invitación a la penitencia han respondido; veamos qué han respondido para que no respondamos nosotros lo mismo. ¿Qué, pues? Ellos responden: *Nosotros estamos decididos, porque iremos tras nuestras aversiones, y cada cual hará lo que plazca a su corazón perverso*⁸¹. Y aunque no lo expreséis de esta manera, si vuestra vida es tal que pecáis, también vosotros, después de las palabras invitatorias, decís de modo equivalente por medio de vuestras malas acciones: *nosotros estamos decididos, porque iremos detrás de nuestras aversiones, y cada uno hará lo que plazca a su corazón perverso*. Pero ¿qué significa: *iremos detrás de nuestras aversiones*? Los que empezaron a poner la *mano en el arado*⁸² y *tendieron hacia delante* para labrar, y *se olvidaron de lo que queda atrás*, se apartaron de sus maldades. Por tanto, cuando alguno, habiendo puesto la *mano en el arado*, se vuelve atrás, irá *tras sus aversiones*, porque irá detrás de aquellas cosas de las que se había apartado, volviendo a correr tras los pecados que había abandonado. Los que escuchan esto, por tanto, ya sean catecúmenos que han abandonado la vida pagana, ya creyentes que han progresado en su *tender hacia delante*, si su vida se ha pervertido, no dicen otra cosa que esto: *Nosotros iremos tras nuestras aversiones, y cada uno hará lo que plazca a su corazón*, no simplemente *a su corazón*, sino *a su corazón perverso*; porque hay un corazón malo y un corazón bueno.

Que nadie, pues, vaya *tras sus aversiones*, ni haga *lo que place a su corazón perverso*. Por eso, a los que responden esto, el Señor les dice: *Preguntad, por tanto, entre las naciones: ¿quién oyó hablar de horrores semejantes a los que*

*hizo con sobreabundancia la virgen de Israel?*⁸³. Parecerá que también estas palabras han sido pronunciadas sin intención especial; pero no, si la Iglesia salida de los gentiles⁸⁴ se convierte a Dios como es preciso, se le dirá: *Preguntad, pues, entre las naciones: escuchad los horrores que hizo sobreabundantemente la virgen de Israel*. Comparemos, en efecto, la vida de los [judíos] que han pecado con la vida de los que se han convertido y han creído, y sabremos que aquellos han *cometido horrores* dando muerte al *Señor de la gloria*⁸⁵, mientras que estos, cuando aquellos cometían horrores, se convirtieron a Él, que fue quitado de en medio y asesinado por aquellos a causa de los pecados del mundo.

*Preguntad, pues, entre las naciones: ¿quién oyó hablar de horrores tales como los que cometió con abundancia la virgen de Israel? ¿Faltarán los pechos en la roca o la nieve en el Libano, o se desviará el agua empujada violentamente por el viento? Porque mi pueblo se olvidó de mí, me ofreció incienso en vano, pero tropezarán en sus caminos con cuerdas eternas para seguir senderos que carecen de camino trazado, para poner su tierra en desolación y rechifla eternas*⁸⁶. Aquí se ha hablado de diferentes aguas; en primer lugar, en: *¿Faltarán los pechos de la roca?*; en segundo lugar, en: *¿o la nieve del Libano?*; en tercer lugar, en: *¿se desviará el agua empujada violentamente por el viento?* Estas tres formas de agua son las fuentes de las aguas por las que suspira el alma de los justos hecha semejante al ciervo, de suerte que cada uno de ellos podría decir: *Como el ciervo suspira por las fuentes de agua, así mi alma suspira por ti, oh Dios*⁸⁷. ¿Quién ha llegado, pues, a ser ciervo, enemigo de la raza de las serpientes e inmune a su veneno, como se cuen-

ta del ciervo?⁸⁸. ¿Quién tuvo tanta sed de Dios como para decir: *Mi alma tuvo sed del Dios vivo*⁸⁹? ¿Quién tuvo tanta sed de los *pechos de la roca*, y *la Roca era Cristo*⁹⁰? ¿Quién tuvo tanta sed del Espíritu Santo como para decir: *Como el ciervo suspira por las fuentes de agua, así mi alma suspira por ti, oh Dios*⁹¹? Si no hemos tenido sed de estas tres fuentes de agua, tampoco encontraremos una sola fuente de agua⁹².

Los judíos, al parecer, tuvieron sed de una sola fuente de agua, Dios; pero, puesto que no tuvieron sed de Cristo y del Espíritu Santo, no pueden beber tampoco de Dios⁹³. Los herejes parece que tuvieron sed de Jesucristo; pero dado que no tuvieron sed del Padre, que es Dios de la Ley y los Profetas⁹⁴, no beben tampoco de la fuente paterna ni de aquel que ha gritado en el templo y ha dicho: *¡Si uno tiene sed, que venga a mí y beba!*⁹⁵. No faltarán, pues, los *pechos de la roca*⁹⁶, pero aquellos *abandonaron una fuente de agua viva*⁹⁷, no les abandonó una fuente de agua viva. Porque

Dios no se aleja de nadie, pero *los que se alejan de Él, perecerán*⁹⁸. Dios, más bien, *se acerca* a algunos y *sale al encuentro* del que viene a Él. De hecho, cuando el hijo que se había comido toda su fortuna volvió, el Padre *salió a su encuentro*⁹⁹; y Él anuncia por medio de los profetas: *Yo me acercaré a ellos más que la túnica a su piel; porque yo soy un Dios cercano y no un Dios lejano, dice el Señor*¹⁰⁰.

No *faltarán*, pues, *los pechos de la roca*, las aguas de Jesús, ni *la nieve del Líbano*¹⁰¹, las aguas del Padre. Y en efecto, blanco es el santo incienso según la Ley de Dios y sobre el altar se ofrece *incienso puro en partes iguales*¹⁰². Este monte¹⁰³ tiene el mismo nombre que el incienso y hay una *nieve* que baja *del Líbano* como el agua del Espíritu Santo¹⁰⁴, del cual se dice: *¿El agua empujada violentamente por el viento no se desviará?*¹⁰⁵, pues es *llevada por un viento*. No *se desviará*: el agua del Espíritu Santo no huye, sino que cada uno de nosotros, al pecar, se convierte en un prófugo en lugar de beber del Espíritu Santo¹⁰⁶.

9. *Porque mi pueblo se ha olvidado de mí, ofrecieron incienso en vano*¹⁰⁷. Todo el que peca se ha olvidado de Dios; sin embargo, el justo dice: *Todo esto vino sobre nosotros, pero nosotros no te hemos olvidado ni hemos faltado a tu Alianza*¹⁰⁸. Aquel pueblo *se olvidó* realmente de Dios y *ofreció incienso en vano*. Pero debe examinarse qué significa: *ofrecieron incienso en vano*. Si retomamos lo dicho recién-

temente sobre el salmo, comprenderemos lo que quiere decir: *ofrecieron incienso en vano*. Había en el salmo una palabra parecida: *Que mi plegaria sea como incienso delante de ti*¹⁰⁹. Así pues, mi plegaria, un compuesto sutil formado de pensamientos sutiles de un corazón sutil, cuando nuestro corazón no está espeso, enviada hacia arriba, viene a ser como un perfume de incienso delante de Dios¹¹⁰. Si, pues, la oración del justo es incienso en presencia de Dios, la oración del injusto es también incienso, pero un incienso tal que se dice a propósito de él y del injusto que ruega: *Ofrecieron incienso en vano*. De Judá, por ejemplo, está escrito: *Que su oración sea imputada como pecado*¹¹¹. Aquel, en su plegaria, *ofreció incienso en vano*.

Pero consideremos todavía más quién es el que *ofrece incienso en vano*. *Tres veces por año*, dice, *todos tus machos serán presentados delante del Señor, tu Dios*¹¹², a lo cual añade en seguida: *No te presentes delante de mí como un hombre vano*¹¹³. Así pues, entre los que venían...¹¹⁴.

HOMILÍA XIX

Sobre: *Y el sacerdote Pasjur, hijo de Immer oyó,*
hasta: *Tú me engañaste, Señor, y yo fui engañado.*

10. [...] de la inteligencia de la Escritura, lo que sobreviene al ojo cuando es capaz de la claridad de las letras sagradas¹. He dicho esto en el preámbulo para despertar e incitarme a mí mismo y a los oyentes a prestar atención a las palabras que se han leído, a fin de que pidamos a Jesús que venga, se nos manifieste y nos enseñe ahora lo que está escrito aquí.

11. Jeremías profetizó: *Y el sacerdote Pasjur, hijo de Immer, oyó las palabras de la profecía.* Según lo que parece más verosímil y ateniéndonos a la simple secuencia de la profecía, de los oyentes de Jeremías no se menciona expresamente que le haya oído ningún otro más que Pasjur. Y la Escritura se cuidó de decir que era hijo de uno, a saber, de Immer, y que tenía el título de sacerdote, y cuál era su rango en el pueblo, que estaba *puesto como jefe de la casa del Señor* en el tiempo en que *Jeremías profetizaba estas palabras*².

Está escrito también que, habiendo oído las palabras de esta profecía, *Pasjur golpeó a Jeremías*³, y que no se contentó con golpearlo, sino que también lo arrojó a una *fosa*. La Escritura se cuidó además de decir dónde estaba esta fosa: *en la puerta de Benjamín*⁴, y que la fosa estaba en un lugar donde había una *azotea*, no siendo esta azotea de ninguna otra casa que de la *casa del Señor*⁵. Esto fue lo que refirió el Espíritu Santo en la profecía como sucedido a Jeremías y como causado por Pasjur.

Después, dice: *Al día siguiente, Pasjur sacó a Jeremías de la fosa*, y Jeremías, una vez salido, dijo a Pasjur: El Señor no te llamó con este nombre, Pasjur; te ha puesto otro nombre; como a Jacob [le puso el nombre de] Israel, a Abram Abrahán, a Sara Sarra, así a ti te ha puesto el nombre de *Deportado*⁶. Por eso te llamó *Deportado*, porque *el Señor dice: He aquí que yo te entrego a la deportación con todos, ¿con quiénes?*, no con tu mujer, tus hijos e hijas, sino *con tus amigos*; y cuando seas entregado a la *deportación*, tus amigos *caerán a espada*; luego, como hay diferencias entre los que caen a espada, si caen bajo la espada de los enemigos o bajo la espada de los otros, precisa que los amigos del que ha arrojado a Jeremías a la fosa *caerán bajo la espada de sus enemigos*. Y tus ojos, dice, *verán* lo profetizado: *pero a ti y a todo Judá os entregaré en manos del rey de Babilonia*, después de que tus amigos hayan corrido la misma suerte: *los deportarán a Babilonia y los abatirán*⁷. En efecto, abatirán con espada al rey de Judá y a los habitantes de Judá, pero no se añade ya «de sus enemigos» como en el caso de los anteriores que eran llamados amigos de Pasjur. Después, dice: *Y yo entregaré toda la fuerza de esta ciudad*

y todos los tesoros del rey de Judá y todas las fatigas de esta ciudad en manos de sus enemigos, para que los enemigos saqueen los tesoros, tomen las cosas antes citadas y conduzcan a Judá y al rey de la ciudad a Babilonia⁸. Y tú, Pasjur, y todos los que habitan en tu casa, iréis en cautividad a Babilonia, y allí morirás, y allí serás enterrado tú y todos tus amigos, a quienes profetizaste mentiras⁹.

Faltaba resumir y aclarar toda la perícopa, no aún su sentido profundo –suponiendo que lo captemos–, sino el texto mismo y su sentido literal que el primer recién llegado que se detiene atentamente y no de paso en las Escrituras puede aún así comprender. ¿Qué quiere decir, pues, este relato? Aquí la dificultad está en mostrar la intención de estas escrituras; yo reconozco no poder explicarlas con mis propios medios, sino que tengo necesidad, como dije antes, de una epifanía de la potencia de Jesús en tanto que Sabiduría, Verbo y Verdad¹⁰, para que su manifestación ilumine el rostro de mi alma...

12. [...] ¹¹ Los magos de Egipto tenían también *bastones*, que querían denigrar los de Moisés y Aarón como si no fuesen de Dios; pero los bastones de Dios derriban a los de los *sofistas y magos: el bastón de Aarón los devoró*¹². Este bastón bastaba, en efecto, para esto, incluso sin el bastón de Moisés. Así pues, *Pasjur golpeó a Jeremías, el profeta*¹³, y de acuerdo con la manera de ser [de Jeremías] –*golpeó a Jere-*

mías, el profeta— se añade también: *el profeta*. En esta ocasión, por tanto, el que golpeó a Jeremías golpeó al *profeta*. También en los Hechos de los Apóstoles está escrito que uno *golpeó* a Pablo por orden de Ananías, el sumo sacerdote; por eso Pablo ha dicho: *Dios va a golpearte, pared blanqueada*¹⁴. Ahora, incluso, por orden de un sumo sacerdote ilegítimo del Verbo¹⁵, los designados ebionitas *golpean* al Apóstol de Jesucristo con palabras calumniosas¹⁶, y Pablo dijo a tal sumo sacerdote del Verbo: *Dios te va a golpear*. El tal sumo sacerdote, encantador por fuera, es una *pared blanqueada*, repleta *por dentro de huesos muertos y de toda clase de impureza*¹⁷. Pero ¿por qué hablar de Pablo y de Jeremías? Mi Señor Jesucristo mismo dice: *He ofrecido mi espalda a los latigazos, mis mejillas a las bofetadas, y no aparté el rostro al ultraje de los salvazos*¹⁸. Los simples aplican estas palabras únicamente a la época en que Pilato le hizo flagelar y los judíos maquinaron contra Él; pero yo veo cada día a Jesús *ofreciendo su espalda a los latigazos*: entra en las sinagogas de los judíos y observa a Jesús flagelado por ellos con la lengua de la blasfemia, mira a los hijos de los gentiles *reunidos*¹⁹ para maquinar contra los cristianos, ve cómo prenden a Jesús y Él *entrega su espalda a los latigazos*; considera al Verbo de Dios ultrajado, injuriado, odiado por los incrédulos; mira cómo *ofreció sus mejillas a las bofetadas* y que, habiendo enseñado: *si uno te golpea en la mejilla, preséntale también la otra*²⁰, Él mismo lo pone en práctica. Son tantos los que le abofetean y flagelan, y Él calla y no habla; pues

está escrito que no hablaba mientras le flagelaban²¹. Y hasta ahora Jesús *no ha apartado el rostro al ultraje de los salivazos*, pues ¿quién de los que desprecian su doctrina no hace como si escupiese todavía ahora a ese Jesús que él soporta?

13. Dado que el profeta había sido golpeado, era lógico se tratase de los que habían sido golpeados, como por ejemplo el Apóstol y cualquiera de los han sido golpeados, y exponer lo relativo al mismo Jesús. Por tanto, *Pasjur golpeó a Jeremías, el profeta, y lo arrojó en la fosa que estaba en la puerta de Benjamín, en la azotea*²². La fosa era de Benjamín, y estaba en la azotea. Heredad de Benjamín es Jerusalén, [ciudad] en la que está el templo de Dios, como todo el que es capaz de entender las lecturas divinas puede encontrar en la heredad indicada en el libro de Josué²³. En efecto, porque el templo estaba en la heredad de Benjamín –que se traduce por «hijo de la derecha», pues nada hay siniestro en el templo de Dios–, el profeta es arrojado *en la fosa que estaba en la puerta de Benjamín, en la azotea de la casa del Señor*. Habiendo *una azotea* en la casa del Señor, [este hombre] arrojó al profeta *en la fosa*. Roguemos nosotros para que, habiendo tomado ahora a Jeremías, le hagamos subir al *piso superior* en la casa del Señor. Que el *piso superior* es el entendimiento sublime y elevado²⁴, lo pondré de manifiesto

a partir de la Escritura, que da testimonio de que los santos han acogido a los profetas en los pisos superiores. En el tercer libro de los Reyes se hace mención de una viuda que acogió a Elías, el profeta, en Sarepta de Sidón, y que dio hospitalidad al profeta *en el piso superior*²⁵; y en el libro cuarto, la [mujer] que acogió a Eliseo le preparó habitación *en el piso superior*²⁶; en cambio, el pecador Ocozías cayó del piso superior²⁷. A ti también te manda Jesús no bajar de la azotea, pues dice: *cuando sucedan estas cosas, el que esté en la azotea que no baje para tomar consigo los enseres de su casa*²⁸. El que en las persecuciones huye, no hay peligro de que no suba a la azotea, sino que [se le manda que] *no baje de la azotea para tomar consigo los enseres de su casa*.

Es bueno, por tanto, estar en *pisos superiores*, bueno estar en la azotea y, sea lo que fuere, en lo alto. También los admirables apóstoles, como se cuenta en sus Hechos, cuando estaban reunidos para dedicarse a la oración²⁹ y a la palabra de Dios, se encontraban en el piso superior³⁰, y estando en el piso superior, no estaban abajo; por eso, *vieron lenguas como de fuego repartirse sobre ellos*³¹. Pero también Pedro, cuando elevaba su oración a Dios, *subió a la azotea*³²; y si no hubiera subido a la azotea, no habría visto *bajar del cielo un objeto semejante a un lienzo atado por las cuatro puntas que bajaba del cielo*³³. Asimismo, la mujer que había hecho limosnas, *Tabita, cuyo nombre se traduce por Dorcas*, no es-

taba abajo, sino en el piso superior³⁴, donde Pedro había subido para resucitarla de entre los muertos. Pero también Jesús, cuando se disponía a celebrar con sus discípulos esta fiesta cuyo sacramento celebramos nosotros, la Pascua, al preguntarle: *¿Dónde quieres que te preparemos la Pascua?*, les respondió: *Cuando vayáis de camino un hombre os saldrá al encuentro llevando un cántaro de agua; seguidle; él os mostrará una sala espaciosa en el piso de arriba, tapizada, limpia y bien dispuesta; preparadme allí la Pascua*³⁵. Nadie, pues, que celebra la Pascua como Jesús quiere [que se haga], está debajo de la *sala de arriba*, sino que si uno celebra la fiesta con Jesús estará arriba, en la sala espaciosa del piso superior, en la sala limpia de arriba, en la sala alta adornada y preparada; y si tú subes con Él para celebrar la Pascua, Él te dará la copa de la nueva *alianza*, te dará el *pan de la bendición*³⁶, te otorgará la gracia de su *cuerpo* y de su *sangre*. Por eso nosotros os exhortamos: *¡subid a lo alto*³⁷, *levantad vuestros ojos a la altura*³⁸! Y a mí también, cuando enseñe la Palabra divina, me dice: *Sube a un monte elevado, tú que llevas la buena nueva a Sión; eleva la voz con fuerza, tú que evangelizas a Jerusalén; elevaos, no temáis*³⁹.

Todo esto [se dice] por causa de Pasjur que, aun existiendo un *piso superior en la casa del Señor, en la puerta de Benjamín*, no hizo subir al profeta al piso de arriba, sino que *lo arrojó a la fosa* de abajo.

14. *Y sucedió que al día siguiente Pasjur sacó a Jeremías de la fosa*⁴⁰. ¡Señor Jesús, ven una vez más y aclárame también esto a mí y a cuantos han venido [a buscar] el alimento espiritual! ¿Por qué saca a Jeremías de la fosa *al día si-*

guiente? Pues mientras dura el *día de hoy*⁴¹ –y hoy es todo este siglo⁴²– el pecador arroja al profeta en la fosa, abajo; pero cuando cese el día de hoy y venga el mañana, entonces, al haberse arrepentido, le sacará de la fosa.

Después, Jeremías le dice a Pasjur los males que padecerá. ¿Qué le dice? *No te llamó Pasjur, sino Deportado. Por eso el Señor dice tales cosas.* Este Pasjur será deportado a Babilonia en pago de sus pecados, [pero] no él solo, sino *con sus amigos*⁴³. En efecto, es entregado a Nabucodonosor, parte para la Confusión⁴⁴ y es castigado por sus pecados, dado que *arrojó al profeta a la fosa*⁴⁵. ¿Quiénes son, pues, los *amigos* de Pasjur, homónimo de la Negrura de la boca⁴⁶? Son todos aquellos que han acogido sus palabras, los que fueron ennegrecidos por su ennegrecida boca, los que aceptaron las doctrinas de la negrura⁴⁷.

*Y calleron a espada de sus enemigos*⁴⁸. Los que sostienen las espadas que les hacen caer son los encargados de los castigos⁴⁹. A propósito de estos acontecimientos, el Verbo profetiza y dice: *Y tus ojos verán.*

Dijo estas cosas que son profetizadas: *Y tus ojos verán. Y yo te entregaré a ti y a todo Judá en manos del rey de Babilonia*⁵⁰. El que haya sido encontrado en Judá tan peca-

dor como para ser digno del rey de Babilonia, esto es, de la Confusión, será entregado a él. Así es como el rey de Babilonia toma posesión de los pecadores. Y el rey de Babilonia, según la historia, es Nabucodonosor, pero según el sentido espiritual es el Maligno⁵¹. A él le es entregado el pecador, puesto que es a la vez *enemigo* y *vengador*⁵². Y que el pecador es entregado al Maligno, te lo enseña Pablo en este pasaje en que dice de Figelo y Hermógenes: *A los cuales entregué a Satanás, para que aprendan a no blasfemar*⁵³; y a propósito del incestuoso: *Reunidos vosotros y mi espíritu con el poder del Señor Jesús, he decidido que ese tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu se salve en el día del Señor Jesucristo*⁵⁴.

Así pues, este Pasjur, la Negrura de la boca, es entregado *en manos del rey de Babilonia* y es deportado a Babilonia. *Y los golpearán con la espada; y yo entregaré toda la fuerza de esta ciudad*⁵⁵. Es fácil decir que esta profecía concierne a Jerusalén, pues toda su fuerza y las cosas que vienen después le fueron entregadas entonces al rey de los babilonios; fácil es también decir que tales cosas son profetizadas de *esta ciudad* que fue entregada a los enemigos en tiempos del Salvador; [pues es] entonces [cuando] los hijos de Jerusalén partieron para la cautividad y la ciudad fue destruida. Pero si examinas los hechos y consideras no las piedras de la ciudad, sino los hombres, verás que aque-

lLa Jerusalén, los hombres, fue entregada *en manos del rey de Babilonia* a causa de la impiedad y pecado contra Cristo y que tú eres ahora Jerusalén⁵⁶. Si, pues, la palabra amenaza ahora a Jerusalén, teme que tú, si pecas, llegues a ser una Jerusalén pecadora y seas entregado para no ser ya Jerusalén, sino para convertirte en Babilonia y en Confusión, porque Nabucodonosor, rey de Babilonia, se habrá adueñado de ti.

También entrega *todas las fatigas de Jerusalén*⁵⁷. ¿Cómo entrega *todas las fatigas*? Si, después de combatir y luchar, caes en el pecado, todas tus fatigas se habrán ido a las manos de Nabucodonosor. ¿Por qué *todas tus fatigas*? Si, después de haberte esforzado mucho por la verdad, caes, te será dicho: *Habéis sufrido todo esto en vano*⁵⁸. Son sobre todo los que tienen conciencia de haber soportado muchas fatigas por la virtud los que deben temer que, produciéndose un pecado, Nabucodonosor, rey de Babilonia, se apodere de sus fatigas por haberse convertido en Jerusalén. Y para que veas con más claridad cómo Nabucodonosor toma posesión de las fatigas de la Jerusalén pecadora, me serviré de lo escrito en el libro de Ezequiel: *Si el justo se aparta de sus obras de justicia y comete pecado, yo no me acordaré de las obras de justicia que hizo*⁵⁹. ¿Por qué? Porque Nabucodonosor se adueña de las obras de justicia cumplidas con fatiga y porque Nabucodonosor, rey de Babilonia, las destruye.

Él se apodera también de *todo el honor* de Jerusalén cuando un *hombre* ha llegado a estar *en el honor* por Dios y, *estando en el honor, no ha comprendido*⁶⁰ y ha pecado. Por tanto, cuando tú eres consciente de *estar en el honor* y, habiendo sido llamado al honor, te deshonoras de nuevo a ti mismo por los pecados, el rey babilonio se adueña del *honor*

de Jerusalén. *Y todos los tesoros del rey de Judá*⁶¹. Jerusalén es rica, pero si peca, el rey de Babilonia toma sus tesoros.

*Y los saquearán, los apresarán y se los llevarán a Babilonia. Y tú, Pasjur, y todos los que habitan en tu casa, iréis en cautividad a Babilonia, allí morirás y allí serás sepultado*⁶². El que es cogido en la Confusión muere en Babilonia y el que se opone a *ser sepultado* con Cristo es sepultado en Babilonia; porque también nos es posible ser hermosamente sepultados con Cristo *por el bautismo*, según la palabra: *Nosotros hemos sido sepultados con Cristo y hemos resucitado con Él*⁶³. Del mismo modo que ser sepultados con Cristo es un misterio, así también es un misterio relativo al pecado que el que es pecador *sea sepultado en Babilonia*⁶⁴.

Y todos tus amigos, dice, *a quienes tú profetizaste mentiras*⁶⁵, iréis allí abajo. El que explica mal los oráculos de Dios y arroja las palabras proféticas en una *fosa*, ése *profetiza*, pero profetiza *mentiras*. Pues uno que explica las palabras proféticas, si dice la verdad, profetiza también él y profetiza cosas verdaderas, pero si miente es un pseudo-profeta que falsifica las palabras de los profetas.

15. Bien, hemos terminado la primera perícopa; empecemos ya la segunda. Y en efecto, en seguida, ya desde la primera palabra, presenta dificultades poco ordinarias. Y

mientras prestamos atención al texto, pidamos una vez más a Jesús que venga; invitémosle al menos a venir de una manera más manifiesta y resplandeciente, para que, viniendo, nos enseñe a todos si en lo que sigue el profeta hablaba conforme a la verdad, como conviene pensar de un profeta, o engañosamente, lo que no nos es lícito afirmar de un profeta santo. Y dice Dios: *Tú me engañaste, Señor, y yo fui engañado; me dominaste y me pudiste; me he vuelto irrisión, todo el día seguí siendo objeto de burla; porque me reiré de mi palabra amarga, gritaré «infidelidad» y «miseria», porque la palabra del Señor se ha convertido para mí en oprobio y befa cada día. Y dije: no, no invocaré el nombre del Señor, no hablaré más en su nombre. Y se produjo en mi corazón como un fuego devorador, que quemaba en mis huesos; estoy abrumado por todas partes y no puedo soportarlo; porque oí el cuchicheo de una multitud que me cercaba y que, evidentemente, decía: Uníos y unámonos contra él, nosotros, sus amigos varones; observad su designio [para ver] si puede ser engañado; entonces, nos avalanzaremos sobre él y tomaremos nuestra venganza de él*⁶⁶. Pero cuando ellos dicen estas cosas, el profeta responde: *El Señor está conmigo como fuerte guerrero; por esto, me persiguieron, pero no pudieron entender; mucho se avergonzaron, porque no comprendieron sus infamias que no se olvidarán jamás*⁶⁷.

Esta es la segunda perícopa de la lectura. ¿Cómo, pues, dice el profeta: *Tú me engañaste, Señor, y yo fui engañado?* ¿Dios engaña? No sé cómo voy a administrar esta palabra. Si gracias a Dios y a su Verbo veo algo en ella, se necesitará una buena dosis de adaptación⁶⁸ para decirlo. Habiendo dejado de ser engañado, el profeta dice: *Tú me engañaste, Señor, y yo fui engañado*, como si los primeros rudimentos

e iniciaciones le hubiesen sido dados en el engaño y no hubiese podido ser iniciado en la piedad –de modo que más tarde llegase a ser consciente del engaño–, si antes no hubiese sido engañado. Basta dar un solo ejemplo útil para el problema que se plantea. Cuando educamos a los niños, les hablamos como a niños; no les hablamos como a adultos, sino que les hablamos como a niños que tienen necesidad de educación. También engañamos a los niños metiéndoles miedo para que cese la falta de disciplina que hay en ellos, y les atemorizamos con palabras engañosas por causa de lo que subyace en su infancia, para hacerles temer esas cosas sirviéndonos del engaño, para hacerles ir con frecuencia a la escuela y para que prometan y hagan lo que contribuye al progreso de los niños. Todos nosotros somos niños para Dios y necesitamos de la educación de los niños. Por eso Dios, tratándonos con semejante consideración, nos engaña, aunque no seamos conscientes del engaño antes del tiempo oportuno, para que, en cuanto personas que han sobrepasado la edad de la infancia, no seamos educados ya por medio de la mentira, sino por medio de los actos⁶⁹. Hay una manera de infundir temor en el niño y otra en el que ha progresado en años y ha sobrepasado la edad de la infancia⁷⁰; porque si puedo educarlo con el engaño <...>⁷¹, de modo que el Dios que engaña diga: *Yo les instruiré con la noticia de su aflicción*⁷².

Citaré la historia⁷³ [para mostrar] que Dios engaña con vistas a la salvación y que dice ciertas cosas para que el pe-

cador deje de hacer lo que habría continuado haciendo de no haber oído estas advertencias. ¿El que decía: *Todavía tres días y Nínive será destruida*⁷⁴, hablaba con la intención de decir la verdad, de no decir la verdad o de decir una mentira que contribuyese a la conversión? Si no se hubiese producido esta conversión, la palabra dicha no habría sido ya mentira, sino verdad, y en consecuencia se habría producido la destrucción de Nínive. Dependía de los oyentes que, o bien, si ellos se dejaban engañar y creían en las palabras pronunciadas como si fuesen verdaderas, recibiesen un beneficio y no fuesen destruidos, o bien, que si no se realizaba lo que se les había dicho y no eran engañados, sino que comprendían que lo que se les había dicho no se produciría, menospreciasen como una mentira lo que se les había dicho y sufriesen no el *todavía tres días y Nínive será destruida*, sino, me atrevo a decir, algo mucho más penoso que el *todavía tres días y Nínive será destruida*. Porque si, por hipótesis, los ninivitas que habían pecado no se hubiesen arrepentido, el *todavía tres días y Nínive será destruida* tal vez se hubiera realizado; pero supongamos que no hubiera acontecido aquí; entonces se habría producido, habrían sido entregados al fuego eterno⁷⁵.

Por esto, uno es el castigo indicado en la Ley para los que son educados como niños y otros los castigos descritos para aquellos para quienes *vino la plenitud de los tiempos*⁷⁶. Compara los castigos de los pecadores en la Ley con los castigos de los pecadores en el Evangelio y verás que aquellos, en cuanto niños, oyeron hablar de castigos adecuados a los niños que eran, mientras que nosotros, como adultos⁷⁷, oímos hablar de castigos más penosos⁷⁸. Si había entonces un adúltero o una adúltera, la amenaza no era la gehenna, no era el fuego eterno, sino la lapidación⁷⁹: *Que toda la asamblea lo lapide*⁸⁰. El que en nuestros días es hallado adúltero, la que es hallada adúltera en nuestro tiempo, cuando partan [de este mundo] dirán: ¡Ojalá que esta palabra me sea dicha también a mí, ojalá que el pueblo me haya lanzado piedras y que yo no haya sido reservado para el fuego eterno! En efecto, es *reo de la gehenna de fuego* no sólo el adúltero, sino también el que ha llamado *loco* a su hermano⁸¹. Pero si el que ha llamado *loco* a su hermano es *reo de la gehenna de fuego*, ¿de qué será reo el adúltero? Yo busco un lugar de castigo peor que la *gehenna de fuego*, y podría decir que la gehenna es tal vez para los que pecan sin pleno consentimiento y para los que son susceptibles de ser purifica-

dos⁸², pero que, como en el caso de los buenos y de los justos, *lo que Dios ha preparado para los que lo aman no ha subido al corazón del hombre*⁸³, así lo que Dios ha preparado para los pecadores fornicarios y adúlteros *tampoco ha subido al corazón del hombre*. Porque si [el castigo] del cual es reo el que ha llamado a su hermano *loco ha subido al corazón*, es evidente que lo preparado para los que han pecado más gravemente es inferior a lo que *ha subido al corazón*. Yo no puedo concebir nada peor que la gehenna; pero tengo la convicción de que lo preparado para los adúlteros es peor que la gehenna⁸⁴.

Vengo así a los demás castigos previstos por la Ley y tomo una palabra del Apóstol que está en consonancia con aquellos y que guarda silencio sobre mi castigo si peco por haber rehusado el *tú me engañaste, Señor, y yo fui engañado* en lugar de haber aceptado ser engañado para mi bien. Pero ¿qué dice el Apóstol? *Si alguno viola la ley de Moisés es condenado a muerte sin compasión por la declaración de dos o tres testigos; ¿cuánto peor castigo pensáis que merecerá el que pisoteó al Hijo de Dios?*⁸⁵. ¡Pon nombre, oh Pablo, al castigo! Lo dije sin decirlo, responde [Pablo]: el castigo de los pecadores en el Evangelio es peor que lo que se había dicho, que lo que se había oído y que lo que se había con-

cebido. Por eso, el profeta fue iniciado como un niño: escuchó, tuvo miedo y fue educado; después de esto se hizo adulto, pues decía: *Tú me engañaste, Señor, y yo fui engañado*. Y tú también, mientras seas un niño, teme las amenazas para no sufrir lo que sobrepasa a las amenazas, los castigos eternos, el fuego inextinguible; o tal vez esté reservado algo peor que esto a los que han vivido demasiado al margen de la recta razón⁸⁶. Nosotros podríamos no tener ninguna experiencia de todas estas cosas; pero, hechos adultos en Cristo Jesús, podríamos ser juzgados dignos de fiestas celestes y de la Pascua espiritual que se celebra aquí abajo en Cristo Jesús, *al cual la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁸⁷.

HOMILÍA XX

Sobre: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*, de nuevo y de otra manera, hasta:
Sondeando riñones y corazones.

1. Todo lo que la Escritura dice de Dios, aunque sea inverosímil en sí mismo, hay que entenderlo como digno de un Dios bueno¹. Pues ¿quién no encontrará inverosímil suponer que Dios tiene cólera, que se deja llevar por la ira, que se arrepiente, incluso que tiene sueño?². Pero el que sabe comprender las *palabras tenebrosas*³ encontrará dignas de

Dios cada una de estas atribuciones. Porque su cólera no es improductiva, sino que, como su palabra educa, así también su cólera educa. En efecto, a los que no fueron educados con la palabra, los educa con la cólera. Es necesario que Dios se sirva de la así llamada cólera como se sirve de la llamada palabra; porque su palabra no es la palabra de cualquiera: la palabra de nadie es *viviente*, la palabra de nadie es *Dios*⁴; la palabra de nadie estaba *en el principio delante de*⁵ aquel de quien era la Palabra, aun cuando ésta existiese sólo a partir de un cierto comienzo⁶. Así también la cólera de Dios es una cólera «que no se asemeja a la cólera» de ningún encolerizado⁷. Y como la palabra de Dios tiene algo de extraño⁸ en comparación con cualquier otra palabra —tiene de extraño el ser *Dios*, el ser *viviente* siendo una palabra, el subsistir en sí misma⁹, el servir al Padre—, así, la de-

nominada «su cólera», desde el momento en que se aplica a Dios, tiene algo de extraño y de diferente respecto de la cólera de cualquier encolerizado; también su ira tiene algo propio, pues es la ira del que reprochando con enojo se propone convertir por medio del reproche al que recibe el reproche. Como la palabra educa, también censura; pero la palabra no censura de la misma manera que la ira, pues los que no sacaron provecho de los reproches de la palabra serán los que necesiten de los reproches de la ira¹⁰.

Decía que hay también un arrepentimiento de Dios que es inverosímil en sí mismo, pues está escrito: *Estoy arrepentido de haber unguado a Saúl como rey*¹¹. Tú buscarás un sentido digno a este arrepentimiento; no pienses que su arrepentimiento tiene cierta afinidad con el arrepentimiento de quienes se arrepienten; pues del mismo modo que su palabra tiene algo de excepcional, que su cólera tiene algo de excepcional, que su ira tiene algo de extraordinario y que ninguna de estas cosas tenía parentesco con sus homónimos, así su arrepentimiento tiene el mismo nombre que nuestro arrepentimiento. Ahora bien, «son homónimas aquellas cosas que sólo tienen en común el nombre y cuyo concepto, por lo que se refiere al nombre de su esencia, es distinto»¹². Por tanto, entre la cólera de Dios y la de cualquier otro no hay de común más que el nombre, entre la cólera de cualquiera y la de Dios únicamente el nombre es común¹³. Lo mismo debe pensarse del arrepentimiento; y el que sea capaz buscará lo que produce el arrepentimiento de Dios. ¿Qué ha producido? Depuso a Saúl porque reinaba al

margen de la Ley y suscitó como rey para el pueblo a uno que era según el corazón de Dios¹⁴; en efecto, por causa de este buen arrepentimiento dijo: *Encontré a un hombre conforme a mi corazón, David, hijo de Jesé*¹⁵.

Pero todas estas cosas no son para mí más que preliminares, porque la lectura de Jeremías comienza así: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*¹⁶. 2. Nosotros indagamos, en efecto, que, si así como la cólera de cualquiera es mala, pero la de Dios tiene como finalidad convencer, y así como la cólera de todos es penosa, pero la llamada cólera de Dios es educadora, y así como el arrepentimiento de todos nosotros acusa la debilidad de nuestro pensamiento antes de arrepentirse, pero el arrepentimiento de Dios no acusa a Dios mismo, sino a las cosas exteriores a las que alcanza tal arrepentimiento, así también hay que pensar que el engaño de Dios es de distinto género al engaño con el que nosotros engañamos.

¿Cuál es, por tanto, el engaño de Dios para que el profeta, una vez que lo ha entendido y cuando ha dejado de ser engañado, declare, consciente del provecho que sacó de haber sido engañado, *tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*? Me servirá en primer lugar de una tradición hebrea llegada a nosotros por medio de uno que huyó por causa de su fe en Cristo y por haber remontado la Ley y que vino a donde nosotros residíamos¹⁷. Él decía algo que

se puede tomar bien como mito o bien como palabra susceptible de introducir a los oyentes en el *tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*. Decía algo así: Dios no domina como un tirano, sino que reina, y al reinar no violenta, sino que persuade, y quiere que sus súbditos se ofrezcan a sí mismos a su economía, para que el bien de uno no advenga por necesidad, sino por voluntad del interesado. Sabedor de esto, Pablo le decía a Filemón a propósito de Onesimo en su carta a Filemón: *Para que tu bien no sea por necesidad, sino de buen grado*¹⁸. El Dios del universo habría podido hacer en nosotros el estimado como bien, de modo que diésemos limosnas por necesidad y fuésemos necesariamente castos, pero no quiso. Por eso [el Apóstol] nos manda hacer lo que hacemos *no de mala gana o por necesidad*¹⁹, para que lo que resulte sea voluntario. [Dios] busca, por tanto, por así decir, el camino para que uno haga de buen grado lo que Él quiere²⁰.

La tradición me decía también algo así: [Dios] quería enviar a Jeremías a profetizar a todas las naciones y, antes que a todas las naciones, al pueblo; pero como las profecías tenían un toque demasiado sombrío –pues anunciaban los castigos con los que cada uno sería castigado según su mérito– y Él sabía que el profeta no tenía la intención de profetizar desgracias al pueblo de Israel, por eso ideó este modo de decir: *Toma esta copa y la darás a beber a todas las naciones a las que yo te envíe para ellos*²¹. Luego Dios

ordenó a Jeremías tomar una copa y, exhortándole a tomar *la copa de vino sin mezcla*²², dijo: *y yo te enviaré a todas las naciones con esta copa de vino sin mezcla*. Y Jeremías, oyendo que era enviado *a todas las naciones* para servirles una copa de cólera, una copa de castigos, sin sospechar que también Israel iba a beber de la copa del castigo, engañado, tomó la copa para darla a beber a todas las naciones. Y después de haber tomado la copa oyó decir: *y primero la darás a beber a Jerusalén*²³. Puesto que [el profeta] esperó una cosa y le cayó en suerte otra, por eso dijo: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*²⁴.

[La tradición] daba también una explicación semejante a ésta en Isaías: pues él, no sabiendo lo que Dios iba a mandarle decir al pueblo, según la Escritura, oye decir a Dios: *¿A quién enviaré, y quién irá a este pueblo? Y él, dice, respondió: «Heme aquí, envíame»*. Y él oye decir: *«Ve y dile a este pueblo: oiréis con el oído y no entenderéis, miraréis con los ojos y no veréis; porque el corazón de este pueblo se ha endurecido»*²⁵, y lo siguiente. Por tanto, porque no sabía lo que iba a profetizar y [porque ignoraba] que iba a anunciar tales amenazas al pueblo, respondió: *Aquí estoy, envíame*; por eso, dijo a continuación: *Voz que dice: gritad*²⁶; pero él no respondió como alguien dispuesto a hacer lo mandado, sino que dijo: *¿Qué gritaré?* –porque temía oír de nuevo lo mismo que en la primera profecía: *Ve y dile a este pueblo: oiréis con el oído y no entenderéis*– ; *¿qué gritaré?*, pues: *Toda carne es hierba, y toda su gloria como flor de hierba*²⁷, y lo que sigue. Nada oyó entonces contra Israel.

Esto es lo que nos decía aquel que transmitía el versículo: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*. 3. Pero yo me ufano de no conservar improductivo lo que recibo de los que dan, ni de esconder *en la tierra el talento*²⁸ de los que hablan, ni de *anudar en un pañuelo la mina*²⁹ de los que enseñan algo útil, sino de hacer sobreabundar las enseñanzas que yo recibo del que transmite y puede transmitir cosas útiles; yo me ufano de hacer sobreabundar la *mina*, ya sea de un evangelio, de un apóstol, de un profeta o de la Ley³⁰. Después de haber escuchado esta explicación he reflexionado por mí mismo en esta palabra: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*, y al reflexionar tengo la seguridad de haber encontrado un poco de verdad en este pasaje. Tal vez suceda como con un padre que quisiese engañar a su hijo, todavía niño, en su provecho, no pudiendo ayudarle de otra manera que engañándole, o como con un médico que se emplease en engañar al enfermo, puesto que éste no podría ser curado más que recibiendo explicaciones engañosas³¹.

Así también [obra] el Dios del universo, ya que su intención es socorrer al género humano. Si el médico dijese al enfermo: hay que amputarte, tienes que ser cauterizado, es preciso que soportes cosas más penosas aún, aquel enfermo no se mostraría dócil. Pero a veces [el médico] dice otra cosa, ocultando bajo la esponja el bisturí que corta y separa, y esconde, por así decir, bajo la miel la sustancia amarga y el medicamento desagradable, procurando no

dañar al enfermo, sino curarlo³². La divina Escritura está toda ella llena de tales remedios: unos son agradables y otros amargos, y todos escondidos. Si tú ves a un padre amenazando a su hijo como si lo odiase, diciéndole cosas terribles, no mostrándole afecto, sino ocultando el amor que siente por él, advertirás que quiere engañar al pequeño, porque no le conviene conocer el amor de su padre, su sentimiento de afección, pues [de conocerlo], [el niño] se desviaría y no recibiría educación. Por eso el padre oculta la dulzura del cariño y muestra el amargor de la amenaza.

Algo parecido hace Dios por analogía con un padre o un médico. Hay algunos [remedios] amargos que curan al más justo y al más sabio; pues todo el que ha pecado debe ser castigado por sus pecados³³: *No os engañéis, Dios no se deja burlar³⁴. Ni el disoluto, ni el adúltero, ni el afeminado, ni el pederasta, ni el ladrón, ni el borracho, ni el blasfemo, ni el bandido, heredarán el reino de Dios³⁵*. Si esto fuese entendido y conocido con exactitud por los que no son capaces de ver el bisturí sanador bajo la esponja y el remedio amargo bajo la miel, se desanimarían. Porque ¿quién de nosotros no es consciente de haber bebido sin discernimiento y de haberse embriagado? ¿Quién de nosotros está limpio de robo y de no haberse procurado lo necesario de una manera justa³⁶. Pero presta atención a lo que dice la Palabra:

*No os engaños, ellos no heredarán el reino de Dios*³⁷. Es preciso que el misterio contenido en este pasaje permanezca escondido para que la mayor parte de la gente no se desanime, para que al no conocer la realidad puedan esperar la muerte no como reposo, sino como castigo³⁸.

¿Quién será hallado como Pablo para poder decir: *Pues lo mejor es partir y estar con Cristo*³⁹? Yo, sin embargo, no puedo decir esto, porque sé que si me voy tendrá que ser quemado lo que es *madera* en mí, y por *madera* entiendo las maledicciones, por *madera* entiendo los excesos en la bebida, por *madera* entiendo los robos, y yo he puesto otras muchas *maderas* sobre mi construcción⁴⁰. Ves que todo esto escapa a muchos creyentes, y que es bueno que se les oculte. Cada uno de nosotros piensa que como no ha practicado la idolatría ni ha fornicado –y ojalá que nosotros estemos libres de tales pecados–, cuando abandone esta vida, se

salvará; no vemos que *todos nosotros debemos presentarnos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno sea juzgado conforme a lo que hizo mediante su cuerpo, sea bien sea mal*⁴¹; no vemos al que ha dicho: *Pero yo os elegí de entre todas las tribus de la tierra; por eso haré justicia con vosotros por todos vuestros crímenes*⁴², no solamente por algunos y por otros no⁴³.

Ahora bien, puesto que el médico esconde a veces el bisturí medicinal bajo la suave y tierna esponja y el padre de familia oculta su ternura bajo la apariencia de la amenaza, y puesto que las mentiras [del primero] suprimirán los tumores, las varices y cualquier otra cosa que dañe a la constitución del cuerpo, y la mentira [del segundo] corta la indisciplina y la flojedad, el profeta, místicamente, piensa que Dios hace algo semejante y, viendo que ha sido engañado por Dios para su bien, dice: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*. El engaño del que fue objeto el profeta que dijo: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*, lo ha conducido a la magnífica gracia de la profecía, a ufanarse de esta mentira y a decirle a Dios: «Engáñame, si esto conviene». Una, en efecto, es la mentira que viene de Dios y otra la que viene de la serpiente. Considera lo que le dice a Dios la mujer: *La serpiente me engañó y comí*⁴⁴. La mentira que viene de la serpiente expulsó a Adán y a su mujer del paraíso de Dios; en cambio, la mentira que le sucede al profeta que dice: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*, le ha conducido a la magnífica gracia de la profecía, a acrecentar en él la fuerza, a hacerlo perfecto y capaz de servir a la voluntad del Verbo de Dios sin temer al hombre⁴⁵.

Habiendo comprendido, pues, estas cosas, deseemos también nosotros para el presente y para el futuro ser engañados por Dios, siempre que la serpiente no nos engañe. Por otra parte, está escrito también algo emparentado con esto, pues se dice en Isaías: *El Señor les mezcló un espíritu de dispersión*⁴⁶. Observarás también allí lo que hace este *espíritu de dispersión mezclado* por Dios; y es bueno que Dios no les haya dado el espíritu de dispersión sin mezcla, sino que, como dijo el profeta, *se lo mezcló*.

4. Voy a arriesgarme a dar un ejemplo de engaño provechoso. Hay algunos que practican la virginidad y la pureza y otros que practican la monogamia⁴⁷, porque creen que el que vive haciendo uso del matrimonio o el que se casa por segunda vez se pierde. Juzguemos por nosotros mismos qué es más ventajoso para la mujer monógama: ¿ser engañada y creer que la mujer bígama⁴⁸ es castigada y entregada al castigo eterno⁴⁹, de modo que no se case por segunda vez y se mantenga pura, o conocer la verdad y contraer un segundo matrimonio? Yo pienso que a cualquiera que vea las consecuencias le es posible decir que seguramente habría sido más dichosa la mujer que se hubiese mantenido pura y no se hubiese casado por segunda vez sin ser engañada y viendo que incluso la mujer que se vuelve a casar

participa de una cierta salvación, aunque no tenga tanta dicha como la que, pudiendo casarse de nuevo, se ha mantenido pura; pero si esto no es posible, es mejor que se la engañe, haciéndola creer que las mujeres bígamas⁵⁰ se pierden, y por causa de este engaño se mantenga pura, y no que, por haber conocido la verdad, se la ponga en el rango inferior de las que han vuelto a contraer matrimonio.

Hallarás también algo similar en algunos que practican la castidad y pureza íntegras; además, podrían encontrarse otras muchas cosas, hechas por nosotros bajo el efecto de una mentira, que nos son útiles. ¡Cuántos sabios, así considerados, tras haber encontrado la verdad sobre el castigo⁵¹ y haber sobrepasado desde entonces lo relativo a la mentira, han caído en una vida peor! Les hubiera sido más ventajoso pensar como pensaban antes de estos textos: *su gusano no morirá, y su fuego no se apagará, y serán una visión para toda carne*⁵², y *la paja será quemada en un fuego inextinguible*⁵³. Alardeando de una concepción distinta a la que tenían antes, llegarán a menospreciar la riqueza de la generosidad de Dios, de su paciencia y longanimidad⁵⁴; examina si no es realmente por esto, porque no quisieron ser engañados, por lo que *atesoraron para sí mismos cólera en el día de la cólera, de la manifestación y del recto juicio de Dios*⁵⁵, porque no habrían amasado este tesoro si hubieran sido engañados.

Esto, a propósito del engaño que viene de Dios, ya que el profeta dijo: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*. Pero vengamos propiamente a las palabras: *Yo me dejé engañar*. ¿Por qué [el profeta] no dijo solamente: *tú me engañaste, Señor*, sino que añadió: *yo me dejé engañar*? Se puede pensar en el caso de uno que dice una mentira y de otro que se guarda de la mentira y no es engañado; pero cuando uno miente y el otro no se guarda de la mentira, sino que es engañado, puede decir: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*. Pero yo, situado en este punto, diría aún algo similar a esto: Sea cual sea lo que me diga la serpiente, ya me diga la verdad, ya me quiera engañar, recibo sus palabras con desconfianza convencido de que, ya me engañe, ya me diga la verdad, me perjudica, pues hasta su verdad me hace daño. Nada de provecho viene de la serpiente, puesto que *un árbol malo no puede llevar frutos buenos*⁵⁶. Sin embargo, lo que Dios me diga, sea lo que fuere, si estoy convencido de que es Dios el que habla, yo estoy presto a entregarme. Dice la verdad, yo la acojo; quiere engañarme, me dejo engañar gustosamente con tal de que sea Dios el único en engañarme. Y porque, convencido de que es Dios el que habla, yo me entrego para ser engañado y no me inquieto por ello, queriendo únicamente no ser engañado por otro, sino por Dios, por eso no digo sólo: tú no hiciste la mentira, sino: yo también he soportado ser engañado por ti, y en este sentido afirmo: *Tú me engañaste, Señor, y yo me dejé engañar*⁵⁷.

Pero ¿qué resulta del hecho de que es Dios el que engaña y el hombre el que es engañado? *Tú me dominaste y me pudiste*⁵⁸. Él me domina si me engaña desde el principio, cuando aún era niño en Cristo, y habiéndome dominado, tiene el poder; pero si no me domina, entonces yo tendré necesidad de penas.

5. *Tú me dominaste y tienes el poder*; después de esto, dice: *Me he convertido en burla, he pasado todo el día siendo objeto de mofa*. Sobre este pasaje he oído decir que Jeremías vivió en época de grandes pecadores –al menos la cautividad se produjo en su tiempo–, y eran de tal manera pecadores que se burlaban, se reían y se mofaban del profeta cuando éste decía el exhortio profético: *esto dice el Señor*. Y puesto que los oyentes se reían y hacían mofa de lo que decía, se guardó de decir: *esto dice el Señor*, él, que había sido engañado y había sacado gran provecho de ser engañado. Por eso, queriendo él a su vez engañar para ayudarles por medio de la mentira, decía: Os hablo mis palabras, puesto que no escucháis las palabras del Señor⁵⁹. Ellos prestaban oído a las palabras de Jeremías como si fueran suyas, pero de hecho escuchaban las palabras de Dios. Esto es lo que me decía el transmisor del pasaje examinando los exhortios y comienzos de las profecías. Ahora bien, como comienzo de la profecía de Jeremías hay entre nosotros, según la tradición de los Setenta, no sé por qué: *Palabra de Dios que vino a Jeremías, hijo de Jilquías, uno de los sacerdotes*⁶⁰, mientras que en el hebreo y en las demás ediciones se lee: *Palabras de Jeremías, hijo de Jilquías*, y todos estuvieron de acuerdo en decir: *Palabras de Jeremías, hijo de Jilquías*. ¿Por qué, pues, *palabras de Jeremías*? Precisamen-

te porque, cuando hablaba a los que no querían oír, su exhorto era: Escuchad mis palabras⁶¹.

También nosotros hacemos lo mismo a veces, cuando nos parece conveniente. En ocasiones, queriendo traer a los paganos a la fe, les dirigimos la palabra, y si vemos que tienen una idea deformada del cristianismo, que sienten horror por el Nombre y que odian escuchar lo que se ofrece como doctrina de los cristianos, fingimos decir una doctrina [simplemente] útil, no propia de los cristianos; pero cuando nosotros, en la medida de nuestros medios, hemos establecido esta doctrina y nos parece bien ganar al oyente que casualmente no habría escuchado lo que se le había dicho, entonces le confesamos que esta doctrina que alaba es la doctrina de los cristianos. Hacemos algo semejante a aquel que no decía: «esto dice el Señor», sino: *escuchad mis palabras, las de Jeremías*.

Esto, a cuento del texto: *Yo me he convertido en burla*. ¿Y nosotros nos indignamos siempre que hablamos y se ríen de nosotros, cuando el tal Jeremías dijo: *Me he convertido en burla, he pasado todo el día siendo objeto de mofa*⁶²? ¿Por qué hablar de Jeremías? También mi Jesús fue objeto de mofa. Pues dice [la Escritura]: *Los fariseos, que eran amantes del dinero, oían todo esto y se burlaban de Él*⁶³. Pero el Señor se ríe⁶⁴ de todos los que se burlan de las palabras de Dios.

Me he convertido en burla. Considera la vida que vivieron los profetas, cómo son objeto de mofa, cómo están expuestos al peligro y son rechazados y lapidados por el

pueblo, cómo son matados, odiados, perseguidos. Y lo sufrieron y soportaron todo para obtener por el anuncio de la Palabra el fin que viene de Dios, *buscando la gloria que procede del Único*⁶⁵ según la voluntad de Dios.

Me he pasado todo el día siendo objeto de mofa: acusación contra los de aquella generación, porque el profeta no sufrió la afrenta unos cuantos días, sino que pasó todos los días como objeto de escarnio.

6. *Porque yo me reiré de mi palabra amarga*⁶⁶. Hay una promesa, la risa, de la que es epónimo el patriarca Isaac, pues [Isaac] se traduce por *risa*. Y que hay una promesa que consiste en la risa se evidencia en la palabra: *Dichosos los que ahora lloran*, y la promesa es: *Porque reirán*⁶⁷. Del mismo modo que existe la promesa: *serán llamados hijos de Dios*⁶⁸, y *verán a Dios*⁶⁹, y *heredarán la tierra*⁷⁰ y *de ellos es el reino de los cielos*⁷¹, así se da la promesa de la risa que es contraria al llanto declarado dichoso. Sin embargo, tendrás que indagar si, según las diferentes nociones, el llanto bienaventurado concuerda con esta risa buena y si, a la inversa, el otro llanto, el declarado infeliz y reservado para los contrarios, se opone [a esta risa buena]. Pues *¡ay de los que ahora ríen, porque se lamentarán y llorarán*⁷². En efecto, uno es el llanto declarado dichoso y otro el reservado a los que han vivido mal. Si este llanto tiene algún fin útil, no lo sé⁷³. Mas ¿por qué hablo yo? Escucha a Pablo. Cuando él enseñaba, procuraba contristar a los oyentes con sus palabras, y

confiesa que se alegraba sobre todo cuando alguien se entristecía por él; pues dice: *¿Y quién es el que me alegra sino el que está triste por mí?*⁷⁴. Si alguien es capaz de mover el alma de un oyente, particularmente de un oyente que ha pecado, se jacta de decir palabras tales que, por su fuerza, coherencia, inspiración y santos pensamientos, conmueven el alma del oyente y mueven al luto, al llanto y a las lágrimas, de modo que el que habla se regocija cuando ve al auditorio satisfecho y pleno de las cosas que ha dicho. En efecto, en determinados casos él conduce a las promesas como por una *vía estrecha y angosta*⁷⁵ que, al entristecer, *lleva a la vida*, y a través del llanto conduce a la risa declarada dichosa; pero cuando esto no se consigue, temo que diga lo que sigue: *¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!*⁷⁶.

Pero ¿por qué se me ha dicho esto sino por alusión al que prefirió al [profeta] que dice: *Yo me reiré de mi palabra amarga*⁷⁷, y para explicar que hay una risa de llanto y cuál es el llanto con el que llorarán los que ríen aquí abajo, un llanto que tal vez Dios mismo se ocupa de generar en ellos?⁷⁸. *Aquí, en efecto, será el llanto y el rechinar de dientes*⁷⁹, y Dios se aplica a esto porque ve que el que llora por sus propios pecados, el que se aflige por sus propias faltas, ha llegado ya a la conciencia de sus propios males. ¡Y ojalá que cada uno de nosotros haya dicho después de cada pecado: *Todas las noches bañaré mi lecho, regaré mi cama con mis lágrimas*⁸⁰! ¡Ojalá que cada uno de nosotros diga llorando por sus propios pecados: *Las lágrimas son mi pan día y noche*⁸¹. Si mi palabra es aquí abajo un poco *amarga*, y es

amarga porque yo me veo oprimido por su causa, los oyentes estarán descontentos, [pero] si los que son censurados entorpecen al que habla, yo sé que gracias a esa palabra amarga mi fin será reír, y reír con la risa de los declarados dichosos⁸². Tal vez porque el profeta sabía esto, decía: *Yo me reiré de mi palabra amarga*. La *palabra amarga* está ya allí, mas yo no me río aún, pero *me reiré de mi palabra amarga*.

7. *Yo invocaré violación y desgracia*⁸³. El justo clama a Dios; también el injusto invoca a la Sabiduría. Pues dice [la Sabiduría]: *Llegará el día en que me invocaréis, pero yo no os escucharé*⁸⁴ –aquí se trata de los injustos, pero es evidente que también los justos invocan a veces a la Sabiduría– y *todo el que invoque el nombre del Señor, se salvará*⁸⁵. Pero aquí el profeta dice: *Invocaré violación y desgracia*. Como a Dios, así invoca a la violación; como al Señor, así invoca a la desgracia. ¿Invocas tú, Jeremías, a una cosa noble cuando declaras: *invocaré violación y desgracia*? [No], pero es preciso considerar las convenciones que establecemos y las violaciones de las mismas; porque es posible que establezcamos a veces malas convenciones; pero, después de haber establecido malas convenciones, sería de desear que invocásemos su violación. Así también, si yo considero [la vía] *ancha y espaciosa que lleva a la perdición*⁸⁶ y pienso que caminando por ella no soy desgraciado y me aparto *de la vía ancha y espaciosa* para entrar en la *vía estrecha y angosta*⁸⁷, [entonces] diré sintiéndome desgraciado: *yo invocaré la desgracia*. [Pero si] estoy dispuesto a violar los pactos con el

mundo y los asuntos mundanos para obtener alianzas celestes, [entonces] *invocaré la violación*; igualmente, si he abandonado la *vida de la senda ancha y espaciosa* y entro en la *senda estrecha y angosta* para ser *desgraciado*⁸⁸ como Pablo, diré: *Yo invocaré la desgracia*. Pues no todo hombre puede decir: *Desgraciado de mí, que soy hombre; ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?*⁸⁹. El que ha entendido lo que es *el cuerpo de muerte*, el que desea ser *librado de este cuerpo de muerte*, dirá: *desgraciado de mí, que soy hombre*. Pero el que es amigo de su cuerpo, el [hombre] común, el que no cree en el siglo futuro, no dice: *desgraciado de mí, que soy hombre*; al contrario, se declarará a sí mismo dichoso por ser hombre y por estar en un *cuerpo de muerte*⁹⁰. Por tanto, si yo puedo entender la razón por la que Pablo dijo: *Desgraciado de mí, que soy hombre*, no invocaré aún la desgracia, la invocaré después de haber violado las convenciones relativas al mal, y diré con Jeremías: *invocaré violación y desgracia*; porque no dijo: *invocaré una violación de Dios*.

Quiero dar, con base en la Escritura, el ejemplo de un justo que viola ciertos pactos, para mostrar cómo ese justo ha invocado en el acto mismo de la violación. Judit había pactado con Holofernes que durante tantos días ella se retiraría a orar a Dios y que durante tantos días ella se le ofrecería en el lecho. Holofernes aceptó este pacto y dejó a Judit marchar fuera del campamento⁹¹ para hacer sus oraciones. ¿Qué debía hacer Judit? ¿Observar el pacto o faltar a él?

Hay que reconocer que faltar a él; porque violar el pacto con Holofernes era una cosa agradable a los ojos de Dios. Judit debía faltar al pacto con Holofernes; debía decir: *Invocaré*⁹² *la violación*; y apeló a la violación.

Es bueno que yo venga a ser tal que pueda decir: *Invocaré la violación*; invocaré la violación respecto de la serpiente, respecto del diablo. La serpiente hizo una vez un pacto con Eva. Eva tenía amistad con la serpiente y la serpiente con la mujer, pero Dios, que era bueno, se ocupó de romper este pacto y de disipar esta mala amistad, y Dios, en su bondad, dice: *Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo*⁹³. Escuchemos, pues, con benevolencia cómo Dios ha provocado la enemistad con la serpiente para establecer una amistad con Cristo; porque es imposible ser amigo de dos contrarios a la vez. Como *nadie puede servir a dos señores*⁹⁴, así *nadie puede ser amigo de Dios y de Mammón*⁹⁵ al mismo tiempo, amigo tanto de Cristo como de la serpiente; al contrario, la amistad con Cristo produce necesariamente la enemistad con la serpiente y la amistad con la serpiente engendra la enemistad con Cristo.

*Yo invocaré violación y desgracia*⁹⁶. Pero, para que entiendas mejor la expresión: *yo invocaré la desgracia*, describiré algo que sucede entre los ascetas. Con frecuencia, cuando se presenta la ocasión de casarse y de no tener contacto *con la carne en lucha contra el espíritu*⁹⁷, uno elige no usar de la potestad de unirse en matrimonio, sino *ser desgraciado* y afligirse, mortificar el cuerpo con ayunos y someterlo⁹⁸ mediante la *abstinencia* de ciertos *alimentos*⁹⁹ y *dar muerte* de todas las maneras posibles *con el espíritu a las ac-*

*ciones del cuerpo*¹⁰⁰. ¿Acaso ese tal [hombre] no ha invocado la desgracia cuando le era posible darse a la molicie y al placer y no a invocar la aflicción? Por tanto, si alguno es capaz de imitar al profeta, que invoque tanto la violación, en el modo en que hemos explicado, como la aflicción en medio de las prácticas ascéticas. El hecho se hizo realidad para Jeremías mismo, porque también él vivió en la castidad. En efecto, el Señor le dijo: *No tomes mujer ni tengas hijo*¹⁰¹, y vivió en la castidad porque había invocado la violación y la aflicción.

8. *Porque la palabra del Señor se convirtió en oprobio para mí*¹⁰². ¡Dichoso Jeremías de no tener otro oprobio que la palabra del Señor! Nosotros, en cambio, desgraciados como somos, tenemos ultrajes no por causa de la palabra del Señor, sino por causa de nuestros pecados; nosotros somos ultrajados porque hemos caído y caemos, y recibimos reproches a causa de nuestras maldades. Pero el Salvador no quiere que seamos ultrajados con tales ultrajes cuando dice: *Dichosos vosotros cuando os injurien, os persigan y calumnien de cualquier modo por mi causa*¹⁰³. *Estad alegres en ese día y exultad de gozo*¹⁰⁴.

La palabra del Señor, dice pues el profeta, *se ha convertido para mí en oprobio y ultraje todo el día*¹⁰⁵. Después, hay que reflexionar en cómo los profetas son hombres generosos, que no esconden sus propios pecados como [hacemos] nosotros y dicen no sólo delante de sus contemporáneos, sino delante de todas las generaciones, si han pecado. ¡Y yo vacilo a la hora de confesar mis pecados aquí, delante de unos pocos, porque los oyentes me van a acusar! Jeremías, en cambio, que había tenido un sentimiento peca-

minoso, no se avergonzó, sino que contó su pecado. En efecto, era un pecado lo que se añadía: *Y yo dije: no nombraré el nombre del Señor, no hablaré más en su nombre*¹⁰⁶. ¿Tú enseñaste a *hacerlo todo en nombre del Señor*¹⁰⁷, a obrar en nombre de Dios, y dices: *no nombraré el nombre del Señor*? Pero ¿qué nombre vas a nombrar? *No hagáis memoria del nombre de otros dioses en vuestro corazón*¹⁰⁸, ¿y tú dices: *no nombraré el nombre del Señor, no hablaré más en su nombre*? Dice, pues, eso [el profeta] por haber sentido algo humano que también nosotros corremos el riesgo de sentir muchas veces. Sobre todo cuando uno tiene conciencia de haber sido desgraciado, de haber sufrido y de haber sido odiado tal vez por causa de la enseñanza y de la palabra, suele decir: yo me retiro; ¿por qué me suceden también a mí estas cosas?; si la razón por la que estoy en estos aprietos es porque enseño, porque proclamo la Palabra, ¿por qué no mejor retirarme a la soledad y a la tranquilidad?¹⁰⁹. El profeta sintió algo parecido cuando decía: *Y yo dije: no nombraré el nombre del Señor, no hablaré más en su nombre*.

Pero bueno es el Señor que impide de inmediato [cometer] tales pecados a tan grandes personajes. No ha dejado al profeta decir la verdad al declarar lo anterior, sino que incluso en este punto ha hecho que Jeremías invoque una violación y falte a lo dicho. Porque había dicho: *no nombraré el nombre del Señor, no hablaré más en su nombre*; pero añade: *se produjo en mi corazón como un fuego ardiente, inflamado en mis huesos; estoy abatido por todas partes y no puedo soportarlo*¹¹⁰. El Verbo del Señor ha venido a incendiar su corazón: *y se produjo en mi corazón como un fuego ardiente, inflamado en mis huesos*. Jeremías rechazó

el pecado que había cometido al decir: *No nombraré el nombre del Señor, no hablaré más en su nombre*, y rechazó el pecado en el momento mismo en que hablaba. ¡Ojalá que también yo, en el instante mismo en que peque y diga una palabra pecaminosa, sienta *que se ha producido en mi corazón un fuego ardiente e inflamado* hasta el punto de que no pueda soportarlo!¹¹¹.

La Palabra debe tener algo de audacia, pero yo no sé si será útil a tal o cual auditorio¹¹². Ella ha dicho que hay una especie de fuego, de fuego no sensible, que inflige al castigado una pena insoportable. En efecto, dijo: *Se produjo en mi corazón un fuego ardiente, que ardía* no sólo en mi corazón¹¹³, sino también *en mis huesos, y estoy abatido por todas partes y no puedo soportarlo*¹¹⁴. Me temo que lo que nos está reservado no sea similar a un fuego como el que se produjo en el corazón de Jeremías, pero que nosotros no hemos experimentado. Si lo hubiésemos probado –y los dos fuegos estaban a la vista: este fuego y el fuego exterior que vemos en los que son quemados por los dirigentes de las naciones– habríamos escogido este fuego a aquel; pues el fuego exterior quema la superficie, el otro quema el *corazón*, y comenzando por el corazón se extiende a todos los huesos, y

extendido por los huesos penetra en todo el hombre que es quemado, y de tal manera penetra que el que es quemado no puede soportarlo¹¹⁵. ¿Qué puede decir de este fuego? *Y no puedo soportarlo*. Yo he conocido incluso ladrones que han podido soportar este fuego¹¹⁶, el dolor de este fuego.

Otro es el sufrimiento que viene del fuego que describió Jeremías diciendo: *Y se produjo en mi corazón como un fuego ardiente, inflamado en mis huesos, y estoy abatido por todas partes y no puedo soportarlo*. Este fuego lo enciende el Salvador, que dijo: *He venido a arrojar fuego a la tierra*¹¹⁷; y dado que el Salvador enciende este fuego, por eso, en los que comienzan a escucharlo empieza por el fuego y arroja primero *fuego en su corazón*¹¹⁸. Es precisamente lo que confiesan Simón y Cleofás cuando, a propósito de sus palabras, decían: *¿No ardía nuestro corazón por el camino, cuando nos explicaba las Escrituras?*¹¹⁹. Aquí, tanto el corazón de Simón como el de Cleofás son inflamados por el fuego; óyeles decir: *¿no ardía nuestro corazón?*

9. ¿Quién es digno de recibir ya este fuego en su corazón para no recibirlo allí¹²⁰? Voy a describir quién es el que tiene este fuego en el corazón. Imagina dos hombres que

han cometido un pecado del mismo género, la infamia y la impura fornicación; de estos dos hombres que han fornicado, uno no se aflige, ni siente dolor, ni está molesto, sino que experimenta lo escrito en los Proverbios sobre la mujer prostituida: *Cuando ella ha practicado, se lava y declara no haber hecho nada inconveniente*¹²¹. Mira [ahora] al otro que, después de cometer su falta, no puede soportarla, sino que es castigado por su conciencia y torturado en su corazón, que no puede comer ni beber, que ayuna no por elección, sino por el sufrimiento que provoca en él el arrepentimiento; imagínate a este hombre *andando sombrío y abatido todo el día, que va aullando por el gemido de su corazón, teniendo ante él*¹²² su pecado que no cesa de hacerle reproches, y contéplalo castigado, no durante un solo día y una sola noche, sino durante mucho tiempo¹²³. ¿Cuál de los dos prefieres? ¿Cuál, según tú, tiene esperanza en Dios? ¿Acaso aquel que fornicó y no recapacitó, sino que perdió todo sentimiento de condolencia hasta el punto de *entregarse a la impunidad*¹²⁴, o éste que, después de un único pecado, se aflige y se lamenta? Éste está esperanzado; más aún, es quemado por el fuego de la aflicción¹²⁵; más aún, siente piedad; para él basta un tiempo de castigo como aquel que le fue dado [por el Apóstol] al que había fornicado y estaba afligido¹²⁶; y porque le era conveniente tener un tiempo de castigo aquí abajo, [el Apóstol] se aplicó a castigar al fornicador; luego, cuando le hubo castigado y vio que su dolor era suficiente, dijo: *No sea que este hombre se hunda en una tristeza excesiva, haced prevalecer sobre él la caridad*¹²⁷.

Que cada uno de nosotros examine su conciencia y vea qué pecados ha cometido y cómo debe ser castigado; que pida a Dios que ese fuego que estaba en Jeremías venga a él, y tras él el que había llegado a Simón y Cleofás, para que no se conserve para el otro fuego, porque si no recibió aquí abajo el fuego, pero pecó y no ha recapacitado, se conservará para el otro fuego¹²⁸.

*Y se produjo en mi corazón como un fuego ardiente, inflamado en mis huesos, y estoy abatido por todas partes y no puedo soportarlo, porque oí el griterío de una multitud que me cercaba*¹²⁹. El irrefutable, el bienaventurado Jeremías –hago excepción de este pequeño pecado y eventualmente de cualquier otro pecado insignificante que haya podido cometer– fue injuriado por mucha gente; pero el ultraje de la turba era para él encomio junto a Dios. En efecto, los que vociferaban decían: *¡Uníos y unámonos contra él todos nosotros, sus amigos! Observad su designio y será engañado*¹³⁰. Querían engañarlo con otra mentira, una mentira mortal, contraria a la mentira de la que se dijo: *Me engañaste, Señor, y me dejé engañar*. Éstos que se han unido contra él dicen: *Y le podremos y tomaremos venganza de él*¹³¹. Ellos se creen injustamente tratados, porque han sido reprendidos por sus propios pecados, y por eso, porque se creen víctimas de una injusticia, dicen: *Tomaremos venganza de él*. Algo parecido hicieron también *los que aserraron a Isaías*¹³². En efecto, como injustamente tratados, porque sus profecías les convertían y les castigaban, les censuraban y les amenazaban, le aserraron y le condenaron con una sentencia de muerte.

Pero Jeremías dijo a estas gentes *unidas* contra él: *El Señor está conmigo como fuerte guerrero*¹³³. Si somos como debemos ser y aceptamos este fuego venido sobre nuestros pecados como vino sobre Jeremías y sus semejantes, el Señor está de inmediato con nosotros *como fuerte guerrero*. Y *por esto (me) persiguieron y no pudieron comprender*¹³⁴, porque el Señor estaba con el perseguido y el perseguido no puede caer en sus manos. Del mismo modo que muchas palabras de Jeremías son referidas al Salvador, ¿no pueden ser referidas también éstas? Porque *uníos y unámonos contra él* se ha dicho también del Salvador, y *el Señor* estaba con él *como fuerte guerrero*; por eso *le persiguieron y no pudieron comprender* –se trata de los judíos que le perseguían–. *Grande fue su confusión y no comprendieron sus infamias*¹³⁵: siendo infames durante tanto tiempo, no reconocen sus pecados, *que no se olvidarán eternamente*¹³⁶. Ellos creen que sus transgresiones se olvidarán en este siglo, pero nosotros vemos que sus transgresiones *no se olvidarán eternamente*¹³⁷, y viéndolo nos acordamos de la palabra: *No te enorgullezcas, sino teme; porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, con más razón no perdonará a los que no son naturales*¹³⁸.

El Señor de las potencias está, pues, con nosotros *probando las acciones justas, sondeando riñones y corazones*¹³⁹. *El Señor prueba las acciones justas* y reprueba las injustas; es, por así decir, un banquero de acciones justas e injustas; pero éste es también el Señor que *sondea riñones y corazones*. Aquí, por tanto, está escrito que está *sondeando riñones y corazones*. Yo me pregunto qué diferencia hay entre sondear riñones y corazones y si una cosa es *sondear riñones y corazones* y otra *escrutar corazones y riñones*¹⁴⁰. Él no escruta los corazones y riñones de todos, sino los de los pecadores. Yo expongo el significado de *escrutar* que se emplea en esta vida a propósito de los torturados. En los tribunales, unos examinan, otros son examinados, y algunos lo son en medio de muy grandes sufrimientos¹⁴¹. Los castigadores examinan costados, examinan cuerpos; sólo el Señor tiene un modo nuevo de examinar. En efecto, él es el que escruta los corazones, y sólo al Señor compete escrutar los corazones y los riñones¹⁴². Aquí abajo se examinan los flancos de los bandidos por orden del prefecto, mientras que allí no es por orden de Dios, sino que el Señor mismo examina a uno en riñones y corazones, a no ser que yo diga en este lugar que uno es el mandado, el Hijo, y otro el que manda, el Padre, y que el que examina los corazones y los riñones es el Verbo. Yo pienso que de todas las torturas, de todos los sufrimientos, los más penosos son los que proceden del Verbo cuando examina tanto corazones como riñones. Por eso, hacemos todo [lo posible] para no ser entregados a este escrutinio.

Más penoso que este escrutinio es, pienso yo, el sufrimiento de los entregados a los *verdugos* de que habla el

Evangelio¹⁴³. En efecto, ellos son entregados a muchos, en el comienzo tal vez a muchos más verdugos, porque no son todavía dignos de ser entregados al Verbo, el único que *escruta corazones y riñones*. Aquel rico [al que alude el Evangelio¹⁴⁴] no era aún digno de ser entregado al que examina corazones y riñones. Por eso era torturado por muchos verdugos¹⁴⁵. Si aquel hombre sufre más tarde también esto [la prueba del Verbo] o no, examínelo el que sea capaz¹⁴⁶. En todo caso, los que nos esperan son los verdugos y el que *escruta los corazones y los riñones* a consecuencia de nuestros pecados; y si no abandonamos rápidamente estos pecados, estaremos en sus manos. Por eso, levantándonos, pidamos el auxilio de Dios para que seamos declarados bienaventurados en Cristo Jesús, *al cual la gloria por los siglos. Amén*¹⁴⁷.

HOMILÍA LATINA I¹

Sobre la palabra: *¡Cómo fue quebrado y destrozado el martillo de toda la tierra! ¡Cómo fue entregada Babilonia al exterminio!*, hasta: *Pagadle según sus obras, hacedle lo que ella hizo, porque ella hizo frente al Señor Dios, al Santo de Israel.*

1. *¡Cómo fue quebrado y destrozado el martillo de toda la tierra! ¡Cómo fue entregada Babilonia al exterminio!*². Hay que buscar aquí quién es *el martillo de toda la tierra* y cuál la *destrucción* profetizada, porque antes *fue quebrado y destrozado*. Nosotros recogeremos lo que se escribió en otro lugar del *martillo* y cada vez que encontremos su nombre, buscaremos lo que significa esta palabra en los ejemplos que aportemos.

En cierto momento se construía una *casa de Dios*³, según el tercer libro de los Reyes; el que la construía y edificaba era Salomón; allí se dice de la *casa de Dios* en tono de alabanza que *no se oyeron ni el martillo ni el hacha en la casa de Dios*⁴. Luego como no se oye el martillo en la casa de Dios, no se oye el martillo en la Iglesia, puesto que la *casa de Dios* es la Iglesia. ¿Quién es este *martillo* que, en tanto que está en su poder, quiere impedir a las piedras que se usen para la edificación del templo, de modo que, *destrozadas*, ya no sirvan para su fundamentación? Mira si el *martillo de toda*

la tierra no es el mismo diablo⁵. Yo, sin embargo, afirmaré con resolución que hay alguno que no se cuida mucho del *martillo de toda la tierra*. Y, dado que el ejemplo asumido [por el Espíritu Santo] es el de un martillo sensible, busco una materia más sólida que el martillo, que no sea dañada al ser golpeada por él, e indagando la encuentro en este versículo: *He aquí a un hombre que está de pie sobre muros de diamante, y en su mano hay un diamante*⁶.

La historia [natural] refiere del diamante que es más duro que cualquier martillo que lo golpee y que se mantiene intacto e irreductible. Y aunque el diablo esté encima como un martillo y por debajo esté el dragón, que es como un *yunque indomable*⁷, nada sufre el *diamante* que se mantiene *en la mano del Señor* y bajo su mirada⁸. Hay, pues, dos cosas contrarias a este diamante: el *martillo* y el *yunque no maleable*. Ahora bien, existe ya entre los mismos paganos un proverbio, que ha pasado al lenguaje vulgar, que dice de aquellos que se encuentran oprimidos por angustias y males extremos que están *entre el martillo y el yunque*. Pues bien, aplica esto al diablo y al dragón, que están siempre designados en las Escrituras por nombres de este género, según los diferentes motivos, y dí que el santo, que es como un *muro de diamante* o como un *diamante en la mano del Señor*, no se preocupa ni del *martillo* ni del *yunque*, sino que cuanto más es golpeado tanto más resplandece su virtud⁹.

Dicen que los que comercian con las piedras, cuando quieren probar el diamante, porque ignoran si es diamante o no mientras no ha pasado por el martillo y el yunque,

sólo llegan al convencimiento de que es diamante completamente auténtico si la piedra permanece intacta entre el yunque y el martillo; si, golpeándola por encima el martillo y estando debajo el yunque, la naturaleza más dura de la piedra aguanta. Así es el santo ante las tentaciones¹⁰. Los que no saben probar las piedras ignoran estas cosas. Sólo Dios conoce con seguridad la naturaleza, ignorada por la mayor parte de la gente, de las piedras diamantinas. Ni siquiera yo mismo sé aún si, viniendo el martillo a golpearme, seré *quebrado y destrozado*, quedando así convicto de que no soy *diamante*, o si me mostraré un verdadero diamante porque, sobreviniendo persecuciones, peligros y tentaciones, habré sido no tanto *destrozado* por los golpes del *martillo* cuanto probado¹¹. Recorre tú mismo las Escrituras y busca si puedes encontrar algún indicio de que Dios haya prometido que el martillo golpeará lo que debe ser golpeado. Sea dicho, a modo de ejemplo –pues los ejemplos se toman para entender las cosas oscuras–, que, si no hubiese martillo, no habría tampoco *trompeta alargada*¹² para llamar conforme a la Ley a las *fiestas* de Dios y para inflamar *para la guerra*¹³ los ánimos de los que oyen su son¹⁴. Un martillo es indispensable para hacer una *trompeta alargada*. Este *martillo* colaboró mucho a la producción de esa *trom-*

peta alargada que era Pablo, de modo que le hiciese avanzar y le probase a través de diferentes tentaciones, porque podía ser forjado sin sufrir daño y tomar la forma de una *trompeta* grandisonante, dando un sonido no confuso a fin de preparar *para la guerra*¹⁵ a los que lo oyen¹⁶.

Y puesto que la potencia contraria es un *martillo* y el dragón un *yunque no maleable*, tomaré aún de las Escrituras un nombre semejante derivado de un *martillo* «de bronce» o de cualquier otra materia e insistiré en la palabra: *Caín engendró hijos, y de Caín nació un «forjador» artesano del bronce y el hierro*¹⁷. Por tanto, como el diablo, que es el autor de todas las tentaciones¹⁸, es llamado *martillo*, así el que le sirve es el *forjador* hijo de Caín. En efecto, cada vez que caes en tentación debes saber que el *martillo* es el diablo y el *forjador* aquel por quien el diablo te persigue. Así, cuando el Salvador fue traicionado, el diablo era el martillo y Judas el forjador. Muchos *forjadores* había en aquel tiempo en que el Señor padeció que gritaban: ¡*Fuera, fuera*¹⁹ de la tierra ese tal, *crucificalo, crucificalo!*²⁰. Todo estaba lleno de *forjadores*. Pues todos los que están de acuerdo con el diablo en su manera de actuar y le sirven para aprobar al

injusto y confundir al justo, todos ellos son *forjadores*. Por eso, aunque ayer tú eras un forjador y tenías un martillo en la mano, ahora que sabes que los forjadores nacen de Caín, el fratricida, aleja el martillo de tu mano y pasa a la *generación*²¹ mejor, que es la espiritual, la de Seth, Enós y los demás que alaban las Escrituras²².

Sin embargo, el fin del martillo es ser quebrado y destrozado. Hay que saber que el diablo, profetizado aquí como *martillo*, no es el martillo de una parte de la tierra, sino *de toda la tierra*, y hay que tomar la expresión *de toda la tierra* en su simplicidad, porque su malicia está repartida en toda la tierra y este martillo opera el mal por todas partes; pero también hay que decir que el diablo es el *martillo de toda la tierra*, no el martillo del cielo; pues el martillo no conviene a una substancia sutil, sino a una substancia más densa. Si llevas la *imagen del terrestre*²³, te golpea el martillo, pues eres *terreno*; si pecas y eres *tierra* y *vas a la tierra*²⁴, habrás experimentado *el martillo de toda la tierra* operando también en ti. Según esta interpretación debe observarse aún que *el martillo de toda la tierra*, puesto que ejerce su poder contra todas las cosas terrenas, es el diablo, pero cabe imaginar también un martillo más pequeño que no es *el martillo de toda la tierra*, sino, por así decir, el de tal o tal parte de la tierra. Y ciertamente, si una cualquiera de las potencias adversas me hace la guerra y lucha contra mí, sin tener la fuerza de atacar a todos los hombres a la vez, como hace el diablo, entonces hay un *martillo* en mí, pero no *el martillo de toda la tierra*, sino solamente, por así decir, el martillo de mi tierra²⁵. Y si *el martillo de toda la*

tierra ha sido *roto* y *destrozado*, ¿qué hay que pensar del martillo de partes *de la tierra*? Yo estimo asimismo digno de admiración que *el martillo de toda la tierra* haya sido *destrozado*. Pues ¿qué habría de extraordinario en que hubiese sido *roto* y *destrozado* el martillo de las partes de la tierra? Pero es verdaderamente admirable que *el martillo de toda la tierra* haya sido *roto* y *destrozado*.

2. Después de esto busco quién es el que ha *roto* y *destrozado* el martillo de toda la tierra, y diré que el que ha podido romper y destrozarse el martillo de toda la tierra no es Moisés, ni antes que él Abrahán, ni después de él Jesús, hijo de Navé, ni ningún otro profeta. Por tanto, ¿quién pudo romper y destrozarse un martillo tan grande como éste, *el martillo de toda la tierra*? ¿Quién es éste? Jesucristo rompe y destroza *el martillo de toda la tierra*. Admirando esto dice ahora el profeta en el Espíritu Santo: ¡*Cómo fue quebrado y destrozado el martillo de toda la tierra!* Primero *fue quebrado*, después *destrozado*. Y puesto que he descubierto que es el Salvador el que *ha roto* el martillo de toda la tierra y lo *ha destrozado*, recurro al Evangelio y veo la primera tentación, cuando el diablo le dijo: *Te daré todo esto si te posturas ante mí y me adoras*²⁶, y lo que sigue, y diré que en aquel momento Jesús no ha *destrozado* el martillo de toda la tierra, sino que sólo lo ha *roto*; pero, cuando *se retiró de él hasta el tiempo fijado*²⁷ y después, llegado ese *tiempo*, volvió, entonces el martillo de toda la tierra fue *destrozado* y no sólo *roto* como la primera vez. Y porque *el martillo de toda la tierra*, que había sido antes *roto*, fue *destrozado*, por eso es también *roto* por cada uno de nosotros cuando en-

tramos en la Iglesia y progresamos en la fe, y es *destrozado* y hecho añicos cuando llegamos a la perfección²⁸.

Si tienes dudas sobre quién destroza al diablo cuando llegamos a la perfección, oye al Apóstol bendecir con cierta bendición al justo y decir: *¡Que Dios aplaste rápidamente a Satán bajo vuestros pies!*²⁹. Este martillo está dotado de alma. Tal vez ahora esté furioso contra nosotros; y, porque tratamos estas cosas de él y es *roto* por nosotros —pues no sólo está roto, sino también destrozado por nosotros— seguramente busque como revancha *rompernos y destrozarnos*. Y ciertamente ha destrozado a muchos que no se prestaron atención a sí mismos *ni conservaron su corazón con toda vigilancia*³⁰. Pero nosotros, que confiamos en Dios, que creemos en Cristo, Hijo de Dios, no tememos al diablo. El temor de Dios hace que nosotros, por no temer al diablo, no suframos nada de él, sino que digamos no sólo en general, sino también en relación con nuestro caso: *¡Cómo fue quebrado y destrozado el martillo de toda la tierra!*

Y, tras haber sido roto y destrozado aquel, *Babilonia es entregada al exterminio*³¹. La ciudad de la confusión³² no es destruida antes de que haya sido quebrado y destrozado *el martillo de toda la tierra*. De ahí que el profeta hiciera uso de un orden admirable y preclaro cuando dice: *¡Cómo fue quebrado y destrozado el martillo de toda la tierra! ¡Cómo fue entregada Babilonia al exterminio!*³³. Narró en primer lugar lo que sucedió primero; lo segundo lo expuso a con-

tinuación. Esto mismo se puede observar en cada una de las palabras de las Escrituras.

Así pues, ¿cuándo es entregada Babilonia al exterminio? Cuando desaparece de mi alma toda agitación y ni la muerte de un hijo ni la partida de la esposa me turban ya, cuando no hay nadie que me irrite y me cause tristeza, cólera, deseo o placer, cuando permanezco imperturbable en el uso de la razón, que me confirma y fortalece, entonces sucede en mí lo que se dijo: *Babilonia*, esto es, la *confusión* total, fue entregada al exterminio.

Y esto, a saber, que *el martillo de toda la tierra es quebrado y destrozado y Babilonia es demolida*, se produce cuando las *naciones se sobreponen* al martillo y a Babilonia. Está escrito, en efecto: *En las naciones [habrá quienes] se sobrepongan a ti*³⁴, es decir, aquellos que proceden de las naciones se sobrepondrán a ti, oh Babilonia, se sobrepondrán a ti, oh martillo, para que seas *roto y destrozado*. ¿Cuándo sucedieron estas cosas? En la venida de mi Señor, Jesucristo, cuando se predicó el Evangelio *a todas las naciones*³⁵; entonces, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo³⁶ se sobrepusieron a Babilonia y al martillo de toda la tierra³⁷ y se cumplió lo que está escrito: *En las naciones [habrá quienes] se sobrepongan a ti*³⁸.

*Y tú, Babilonia, serás tomada y no lo sabrás; fuiste hallada y conquistada, porque resististe al Señor*³⁹. ¿Luego sólo

Babilonia resistió al Señor y no más bien todas las naciones, cuando, desertando del creador, veneraron a los ídolos? ¿No dice acaso figuradamente que toda alma contraria a Jerusalén, visión de paz⁴⁰, es Babilonia? También los santos estaban en Jerusalén, y los pecadores en Babilonia. Y si los habitantes de Jerusalén pecaban, eran enviados a Babilonia, y si, estando en Babilonia, se convertían a la penitencia, volvían de nuevo a Jerusalén⁴¹.

Luego *Babilonia es tomada, y no lo sabe, porque Babilonia no está sometida a la ley de Dios, pues ni siquiera puede*⁴². Y *Babilonia fue encontrada*⁴³ y, *encontrada fue conquistada*⁴⁴, y fue conquistada cuando fue encontrada porque *resistió al Señor*⁴⁵.

3. Después [viene] el exordio de otro capítulo: *El Señor abrió su tesoro y mostró los vasos de su ira, porque es necesario al Señor de los ejércitos en la tierra de los caldeos, porque llegaron sus tiempos. Abrid sus graneros; exploradla como una caverna y destruidla, de modo que no queden restos; cortad todos sus frutos, y que descendan a la muerte. ¡Ay de aquellos, porque llegó su día, el tiempo de la venganza contra ellos!*⁴⁶. Queriendo entender lo que se dijo: *el Señor abrió su tesoro y mostró los vasos de su ira*, busco [lo que son] los *vasos de la ira* de Dios en otros lugares y hallo un pasaje apostólico absolutamente paralelo a esta escritura; allí encuentro al Apóstol exponiéndome lo que son los *vasos de la ira* de Dios. Dice, en efecto: *Dios, queriendo mostrar su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha*

*paciencia los vasos de ira preparados para la perdición a fin de revelar las riquezas de su gloria en los vasos de misericordia que preparó para su gloria, en nosotros, a quienes llamó no sólo de entre los judíos, sino también de entre los gentiles*⁴⁷. El Apóstol divide el conjunto de todos los hombres en dos categorías, diciendo que algunos son *vasos de misericordia* y otros *vasos de ira*. Por ejemplo, llamó *vasos de ira* al Faraón y a los egipcios; en cambio, a sí mismo, *que obtuvo misericordia* el primero⁴⁸ y a esos que en aquella época creyeron de entre los judíos y los gentiles, los llamó *vasos de misericordia*.

Hay, pues, *en el tesoro de Dios vasos de ira*; pues está escrito: *El Señor abrió su tesoro y mostró los vasos de su ira*⁴⁹. ¿Cuál es este tesoro del Señor donde se encuentran los vasos de ira? Tal vez alguno pregunte si en el tesoro del Señor hay solamente vasos de ira y si el tesoro del Señor, que es el tesoro de todas las cosas, no tiene también vasos de misericordia, o si no conviene entender otra cosa del tesoro de Dios, de donde se sacan los vasos de su cólera. Yo diré resueltamente que el *tesoro del Señor* es su Iglesia y en ese tesoro, es decir, en la Iglesia, se esconden con frecuencia hombres que son *vasos de ira*. Llegará, pues, un tiempo en que el *Señor abra su tesoro*, la Iglesia, pues ahora la Iglesia está cerrada y los vasos de ira cohabitan con los vasos de misericordia, la paja está con el grano⁵⁰ y los peces que han de perderse y ser arrojados están retenidos con los buenos peces que habían caído en la red⁵¹. Cuando Dios haya abierto su Iglesia y haya mostrado los vasos de su ira, tal vez el que es *vaso de misericordia* diga de los *vasos de ira*

que salieron: *Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros; pues si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros; pero salieron de nosotros para que se vea que no todos eran de los nuestros*⁵².

El tema invita a penetrar en otro dominio; y lo que tenemos la audacia de decir es como sigue: En el tesoro de Dios hay vasos de ira; fuera del tesoro, los vasos más culpables no son vasos de ira, sino menores que los vasos de ira, pues son esos *servidores* que no cumplen la voluntad de su señor, porque la ignoran⁵³. El que entra en la Iglesia es o un vaso de ira o un vaso de misericordia; el que está fuera de la Iglesia no es ni vaso de misericordia ni vaso de ira. Yo busco otro nombre para el que permanece fuera de la Iglesia, y como declaro resueltamente que no es vaso de misericordia, así por el contrario, basándome en la verdad racional, expreso abiertamente la opinión de que no puede ser llamado vaso de ira, sino vaso reservado para otra cosa. ¿Podré probar, por tanto, desde las Escrituras, que no hay ni vaso de misericordia ni vaso de ira, de modo que esta segunda exposición nos aporte algo útil sobre el presente pasaje y nuestra búsqueda se atreva a lanzarse de nuevo hacia un dominio que intenta [penetrar] desde hace tiempo? Dice el Apóstol: *Sin embargo, en una casa grande hay no sólo vasos de oro y plata, sino también de madera y de barro, unos honorables y otros despreciables. Así pues, si uno se ha purificado de estas [doctrinas] será vaso de honor, santificado, útil al Señor, preparado para toda obra buena*⁵⁴. ¿Crees tú que esta gran casa existe en el presente y que en ella hay vasos honorables y vasos despreciables? ¿No es más bien en

aquella casa futura en donde los vasos de oro y plata, que están en honor, serán hallados vasos de misericordia, y los otros vasos, los hombres mediocres, los que están fuera de [la posibilidad] de ser vasos de ira o vasos de misericordia, podrán, en virtud de una disposición profunda de Dios, ser *en la gran casa* vasos que no se purificaron, pero que son *vasos de barro* para uso despreciable y, no obstante, necesarios en una casa?⁵⁵.

Mira si puedo justificar también este mismo ejemplo a partir de otro testimonio de la Escritura: *Jeconías –dice– fue despreciado como un vaso sin ninguna utilidad*⁵⁶. No dice que tenga utilidad y que esta utilidad sea despreciable, sino que, por ser de la *casa de Dios* y haber pecado, no tiene *en absoluto utilidad*. Tengo también otro pasaje en el que se dice de otro pecador: *Y será como una vasija de la que no sacarás más que un poco de agua y en la que no llevarás más que carbón*⁵⁷. Afirma de nuevo [de este pecador] que no es absolutamente necesario y que es desde cualquier punto de vista un vaso inútil⁵⁸.

¿Acaso nosotros, que estamos en esta *casa de Dios*, cuando el Señor haya empezado a *abrir su tesoro*, comenzare-

mos a ser purificados, si es que somos vasos de misericordia, una vez arrojados lejos de nosotros los vasos de ira? ¿No conviene ya que empecemos a cuidarnos no sólo de no ser *vasos de ira*, sino de apartar de nosotros a los que son vasos de ira? Algo parecido, en efecto, es lo que el Apóstol Pablo dice a los Corintios: *¡Se oye [hablar] por todas partes de una fornicación [cometida] entre vosotros, y una fornicación tal que no se da ni entre paganos, que uno de vosotros tenga a la mujer de su padre; pero vosotros estáis tan engreídos que no os habéis afligido hasta quitar de en medio vuestro al que hizo esta acción!*⁵⁹. Es como si dijese: *¡Que se abra el tesoro de Dios y salgan los vasos de su ira!*⁶⁰; porque *el Señor abrió su tesoro y mostró los vasos de su ira*.

He leído en alguna parte una palabra que se pone en boca del Salvador —ya sea que alguien prefigurase al Salvador, ya sea que lo citase en su memoria, me pregunto si no es verdad lo que dijo—. Dice allí el Salvador: *El que está junto a mí, está junto al fuego; el que está lejos de mí, está lejos del Reino*⁶¹. Pues como *el que está junto a mí*, está junto a la salvación, así también *está junto al fuego*. Y el que, habiéndome oído y habiendo transgredido lo oído, se ha convertido en *vaso de ira preparado para la perdición*⁶², cuando *está junto a mí, está cerca del fuego*. Pero si uno, por precaución, puesto que *el que está junto a mí, está cerca del fuego*, se mantiene *lejos de mí* para no estar *junto al*

fuego, sepa ese tal que también estará *lejos del Reino*⁶³. El atleta que no está inscrito para la competición, ni teme los azotes ni espera la corona, pero el que ha dado su nombre, si es derrotado, es golpeado y expulsado, y si vence es coronado. Del mismo modo, el que ha entrado en la Iglesia –escucha, catecúmeno– y ha sido admitido a la palabra de Dios no es inscrito en otra cosa que en el combate de la religión y, estando inscrito, si no combate legalmente, es golpeado con los azotes con los que no son golpeados los que no se inscribieron al principio; pero si combate con coraje para evitar los golpes y los ultrajes, no sólo escapará a las injurias, sino que *recibirá una corona incorruptible de gloria*⁶⁴.

4. *Hay trabajo para el Señor de los ejércitos en la tierra de los caldeos*⁶⁵. Un lugar terrestre se nombra de múltiples modos según los diversos puntos de vista, y, como el Señor tiene, bajo aspectos distintos, muchas denominaciones, dado que es uno en su substancia, pero diverso en sus potencias⁶⁶, así también, por causa de la malicia del género humano, los asuntos terrenos, que aun siendo uno en substancia son muchos por la diversidad de los puntos de vista. Lo que digo se esclarece si, desarrollando el ejemplo que tomé del Salvador, paso a explicar en seguida esas cosas que se sometieron a examen. En mi Señor y Salvador Jesús no hay más que un sujeto. Pero aunque no hay más que un solo sujeto, desde un punto de vista es *médico*, según lo que está escrito: *No tienen necesidad de médico los sanos, sino los en-*

*fermos*⁶⁷; desde otro punto de vista es *pastor*⁶⁸, en cuanto que reina sobre los seres racionales; y desde otro punto de vista es *vid verdadera*⁶⁹, en cuanto que los hombres insertos en él *llevan frutos*⁷⁰ muy abundantes y que, cultivados por el *Padre*, el agricultor⁷¹, reciben la savia de la *vid verdadera* por su participación en una única raíz. Según otro punto de vista es *sabiduría*⁷²; según otro es *verdad*⁷³; según otro, *justicia*⁷⁴. Pero el sujeto es uno. Por tanto, como en el Salvador, aun habiendo un solo sujeto, hay muchos puntos de vista que corresponden a sus diversos nombres, así también los asuntos terrenos son uno en cuanto a lo que subyace, pero muchos según el entendimiento.

Hemos dicho a menudo, haciendo una interpretación alegórica, que Babilonia significaba los asuntos terrenos, que están siempre agitados por los vicios, y que de modo similar Egipto aludía a los asuntos que nos afligían. Por lo que se refiere a la *tierra de los caldeos*, dado que ellos atribuyen a las estrellas la mayor parte de los acontecimientos terrestres y pretenden que lo que nos sucede como pecados o virtudes viene provocado por los movimientos de las estrellas, dijimos que representa a aquellos que se adherieron a tales doctrinas⁷⁵. Luego todo hombre que cree estas cosas está *en*

la tierra de los caldeos. Si alguno de vosotros sigue los delirios de los astrólogos⁷⁶ está *en la tierra de los caldeos*. Si uno calcula el horóscopo y, creyendo en los diversos razonamientos sobre las horas y los momentos, acepta esa doctrina que dice que las configuraciones astrales hacen a los hombres lujuriosos, adúlteros o castos, o cualquier otra cosa, éste está *en la tierra de los caldeos*. Hay quienes estiman incluso que han llegado a ser cristianos en virtud del curso de los astros. Cuantos apreciáis estas cosas, cuantos creéis estos dichos, estáis *en la tierra de los caldeos*. Por tanto, cuando Dios amenaza a los que están *en la tierra de los caldeos*, amenaza, espiritualmente hablando, a los que se han adherido a las genealogías y al *fatum*, afirmando que todo lo que se produce entre los mortales depende o de los movimientos de los astros o de la necesidad del Destino⁷⁷. Pero Dios, promoviendo a Abrahán hacia las cosas mejores, le dijo: *Yo soy el que te saca de la tierra de los caldeos*⁷⁸. Dios es, en efecto, lo bastante poderoso como para concedernos salir *de la tierra de los caldeos*, de modo que creamos que fuera de Él no hay ningún otro que, administrando todas las cosas y rigiendo nuestra vida, distribuya a los

diversos seres según las cualidades de sus méritos⁷⁹. Ningún astro brillante, por tanto, ya sea la estrella de Fetón, como ellos dicen, ya la de Ganimedes el corrupto, contiene las causas de nuestros asuntos. Según un cierto punto de vista, el que ha creído en los razonamientos antes expresados está *en la tierra de los caldeos*; pero, según otro punto de vista, *asciende sobre los techos y venera la milicia del cielo*⁸⁰. También encontramos en Jeremías numerosas amenazas contra los que *ofrecen sacrificios a la milicia del cielo*⁸¹.

*Hay, pues, trabajo para el Señor de los ejércitos en la tierra de los caldeos, porque llegaron sus tiempos; 5. abrid sus bodegas*⁸², evidentemente las *de la tierra de los caldeos*. Las *bodegas de los caldeos* son las doctrinas de los horóscopos.

*Explorad esta tierra como una caverna y destruidla*⁸³. El que rechaza los cálculos de los horóscopos, el que se sirve contra ellos de la doctrina de la verdad, el que muestra que nada de lo que dicen los astrólogos es verdadero, el que enseña que los *juicios de Dios son inexcrutables*⁸⁴ y no pueden ser comprendidos por los hombres, el que afirma que los astros no son la causa de los acontecimientos terrestres y menos aún de lo que nos sucede a nosotros, los cristianos, éste sigue el precepto del Señor que dice: *Destruidla*. Pero hay que buscar lo que significa la frase que sigue: *Que no queden restos*. Viene a decir: No rescindáis algunas doctri-

nas de los caldeos, conservando otras; por eso mando que no os quedéis siquiera con un poco: *Desechad todos sus frutos*⁸⁵. ¿Quién es tan dichoso que pueda *desechar todos los frutos de la tierra de los caldeos? Y los que bajan a la muerte. Ay de aquellos, porque ha llegado su día, el tiempo de su venganza*⁸⁶.

6. Después de esto viene aún otra perícopa que dice: *Voz de los que huyen y se salvan de la tierra de Babilonia para anunciar en Sión una venganza del Señor, nuestro Dios*⁸⁷. Jeremías profetiza ahora de aquellos que, dejando las costumbres patrias, las leyes paganas y la antigua incredulidad, vienen a la palabra de Dios. Tal es, pues, lo que se significa en aquello que dice: *Voz de los que huyen y se salvan de la tierra de Babilonia. ¡Ojalá, oh catecúmenos, sea también vuestra la voz de los que huyen de Babilonia, de los que huyen de los vicios, de los que huyen de los pecados! Porque la voz de los que huyen es también la voz de los que se salvan. No basta huir de la tierra de Babilonia, sino también salvarse de la tierra de Babilonia para anunciar en Sión la venganza del Señor, nuestro Dios, para que huyendo de la tierra de Babilonia vengáis a Sión, al Observatorio*⁸⁸, a la Iglesia de Dios, *para anunciar en Sión, es decir, en la Iglesia, la venganza del Señor, nuestro Dios, la venganza de su pueblo.*

*Denunciad en Babilonia a muchos, a todo el que tensa el arco*⁸⁹. Se dijo intencionadamente *a muchos*, porque muchos son los que *están en Babilonia*; pocos, en cambio, los que están en Jerusalén. *No porque érais muchos*, dice la Escritura, *os amó el Señor, vuestro Dios; vosotros sois pocos con relación a todas las naciones*⁹⁰. Con razón se dijo a los que

estaban de parte de Dios: *Sois pocos en comparación con todas las naciones*. Entiende también esto: *Pocos son los que se salvan*; pero, además, aquello: *Esforzaos en entrar por la puerta estrecha*⁹¹.

Ahora bien, *en la puerta ancha y espaciosa*⁹², *en Babilonia, anunciad a muchos, a todo el que tensa el arco; que no hay nadie en ella que se salve*⁹³; destruidla, matad todo lo que haya *en Babilonia*⁹⁴. No hace mucho⁹⁵ hablamos de los *niños*⁹⁶ babilonios, de los varones babilonios, de la *semilla babilonia*⁹⁷.

Por tanto, *que no haya nadie en Babilonia que se salve; pagadle según sus obras, hacedle todo lo que ella ha hecho, porque resistió al Señor Dios, al Santo de Israel*⁹⁸. Mientras tengas en ti pensamientos que *resisten* a la piedad y a la fe verdaderas, tienes en ti babilonios. Pero toma *venganza* y *mata* a todos los pecadores de la tierra que está en ti⁹⁹, a todos los babilonios, para que, purificado, puedas pasar a *Jerusalén, la ciudad de Dios*¹⁰⁰, en Cristo Jesús, *al cual la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*¹⁰¹.

HOMILÍA LATINA II

Sobre la palabra: *Huid de en medio de Babilonia*, hasta el lugar en que dice: *Su juicio llegó hasta el cielo, se elevó hasta los astros.*

1. Como nuestro cuerpo reside en un lugar de la tierra, así también el alma, según su estado, se encuentra en un lugar connotado¹ de la tierra. Lo que pretendo decir se clarifica mejor en lo que sigue. Nuestro cuerpo está en Egipto, o en Babilonia, o en Palestina, o en Siria, o en cualquier otra parte; de modo similar, el alma está en algún lugar que lleva el nombre de un país: una está en Babilonia, otra en Egipto, otra en la región de los ammanitas, y así, místicamente, según la manera de expresarse de las Escrituras, el alma se distingue por la diversidad de los lugares [en los que se dice que está] en relación con la cualidad de su vida². Está en Babilonia cuando está confundida, cuando está turbada, cuando, perdida la paz, sostiene la guerra de las pasiones, cuando en torno a ella ruge el tumulto de la maldad; entonces, como dijimos, está en Babilonia. A esta alma se dirige la palabra del profeta: *Huid de en medio de Babilonia y salvad una vez más cada uno vuestros*

*tra alma*³. Pues mientras uno está en Babilonia no puede salvarse; y aunque allí se *haya acordado*⁴ de Jerusalén, gime y dice: *¿Cómo cantar el cántico del Señor en tierra extranjera?*⁵. Y como estando en Babilonia es imposible cantar a Dios con *instrumentos musicales* –puesto que los instrumentos que acompañan a los himnos de Dios están allí inutilizados–, dice el profeta: *Junto a los canales de Babilonia nos sentamos, y lloramos mientras nos acordábamos de Sión; en los sauces, en medio de ella, colgamos nuestros instrumentos*⁶. Mientras estamos en Babilonia, nuestros *instrumentos* permanecen *colgados en los sauces de los ríos de Babilonia*; pero si venimos a Jerusalén, el lugar de la visión de la paz, los *instrumentos*, que antes pendían ociosos, son tomados en las manos; entonces tocamos la cítara sin cesar y no hay momento en que no alabemos a Dios mediante los *instrumentos* que tenemos en las manos.

Así pues, como dijimos al principio, el alma está siempre en algún lugar con nombre de la tierra; y del mismo modo que el alma del pecador está en *Babilonia*, así la del justo está en Judea. Sin embargo, en la misma Judea [el alma] está separada en lugares diferentes entre sí según la calidad de su vida y de su fe; pues está en Dan, que es la región extrema de Judea, o en lugares un poco superiores y mejores que Dan, o en medio de los confines de Judea, en los alrededores de Jerusalén; pero la más dichosa de todas es la que está en medio de la ciudad de Jerusalén⁷. El que

es pecador y está oprimido por grandes crímenes, está en Babilonia; el que es un poco menos pecador y no ha ascendido aún a la cima del pecado, reside en Egipto y en las regiones de Egipto. Y como los que están en Judea no poseen todos los mismos lugares –pues uno está en Jerusalén, otro en Dan, otro en Neftalí, otro en el territorio de Gad–, así, aunque todos estén en Egipto, no habitan los mismos territorios de Egipto: uno habita en Tafnis, otro en Memfis, otro en Siene, otro en Bubasti⁸. El profeta Ezequiel da testimonio de estos lugares con una voz llena de misterios, pues expone también los nombres de las regiones de Egipto⁹. Si el lector es un *espiritual, que lo juzga todo y no es juzgado por nadie*¹⁰, interpretará alegóricamente no sólo los grandes países, como Judea, Egipto y Babilonia, sino también las regiones más pequeñas de la tierra; y como, cuando lee en Judea los nombres de Jerusalén, Belén y otras ciudades, los debe interpretar figurativamente según la inteligencia de las cosas, así hará cuando lea en Egipto los nombres de Dióspolis, Bubasti, Tafnis, Memfis y Siene. *¿Quién es el sabio que entienda estas cosas, o quién es el inteligente que las conozca?*¹¹. ¿Quién posee una inteligencia tan penetrante como para conocer la intención que contienen los escritos del Espíritu Santo?

2. Pero ahora se plantea otra cuestión: ¿qué manda la Palabra de Dios a los que están en Babilonia? *Huid de en medio de Babilonia*: no [la abandonéis] gradualmente, poco a poco, sino *huid* rápidamente, corriendo; pues esto es *huir*.

Huid de en medio de Babilonia. A cualquiera de los que tenéis el alma turbada por la pasión de los diversos vicios, a vosotros, se dirige esta palabra; y a mí también se me ordena esto mismo si estoy aquí, en la turbación de la mente y, por consecuencia, en Babilonia. ¿Cuál es, pues, el mandato de Dios? No dice: salid de en medio de Babilonia —pues esto puede hacerse también gradualmente—, sino: *huid de en medio de Babilonia*. Y cuando se dice: *de en medio*, yo busco el sentido de esta expresión. Puede suceder, en efecto, que uno esté en Babilonia, pero que, habitando en las regiones extremas de su territorio, parezca estar en cierto modo fuera de Babilonia. Otra cosa bien distinta es estar *en medio* de Babilonia, de modo que haya el mismo espacio por todos lados y así habite en el *centro* de Babilonia como en el centro del corazón de un animal. Pues como el centro de un animal es su corazón y el centro de la tierra se denomina en el evangelio de san Lucas *corazón de la tierra*¹², así, a mi parecer, se ha dicho en Ezequiel que Tiro fue puesta *en el corazón del mar*¹³, y ahora, que los pecadores deber *huir de en medio de Babilonia*, esto es, de su corazón. *Huid, pues, de en medio de Babilonia*, porque, abandonando el centro de Babilonia, empezáis a estar en sus confines, no en su centro.

Si esto parece oscuro a alguno, se hace más claro en lo que sigue: el que está profundamente inmerso en los vicios es un habitante del *centro* de Babilonia; en cambio, el que ha abandonado paulatinamente el mal y, convirtiendo su naturaleza hacia los bienes superiores, ha empezado no tanto a poseer las virtudes cuanto a desearlas, éste, aunque *haya huído de en medio de Babilonia*, no ha abandonado todavía Babilonia.

Por lo que respecta a este género de interpretación, conviene creer que las Santas Escrituras no tienen un solo *deltalle*¹⁴ que esté vacío de la sabiduría de Dios¹⁵; pues el que a mí, que soy hombre, me da este mandato: *No te presentarás delante de mí vacío*¹⁶, procura con mayor empeño no decir nada vacío. Los profetas, habiendo recibido *de su plenitud*¹⁷ esas cosas que habían tomado *de su plenitud*, las profetizaron, y por eso los libros santos respiran el espíritu de la plenitud, y no hay nada, ya sea en los Profetas, en la Ley, en el Evangelio o en el Apóstol, que no descienda de la plenitud de la majestad divina. Por eso exhalan todavía hoy en las Escrituras Santas palabras de plenitud, pero las exhalan para los que tienen ojos para ver las cosas celestes, oídos para oír las cosas divinas¹⁸ y narices para oler las cosas que pertenecen a la *plenitud*¹⁹.

3. Dije estas cosas porque no está puesto simplemente: *Huid de Babilonia*, sino con una adición necesaria: *Huid de en medio de Babilonia y salvad cada uno de nuevo vuestra alma*²⁰. Primero conviene huir *de en medio de Babilonia*; después, cuando hayan huido, *que cada uno salve de nuevo su alma*. Y no dijo: *salvad*, sino *salvad de nuevo*. Esta aposición de la sílaba esconde un misterio: que habiendo gustado en otro tiempo la salvación y habiendo caído después de la misma a causa de nuestros pecados, hemos venido a Babilonia²¹. Por eso es preciso que *cada uno salve de nuevo*

su alma, para que empiece a recuperar lo que perdió, según la palabra del apóstol Pedro: *Nosotros anunciaremos la meta de la fe: la salvación de las almas; salvación sobre la que indagaron y escrutaron los profetas, que profetizaron por causa de vuestra gracia*²². Pero *huir de Babilonia* está en nosotros, y está en nuestro poder, si nosotros lo queremos, levantar de nuevo lo que cayó²³.

4. Hay un tercer mandato: *Y no seáis arrojados en su iniquidad*²⁴. Cuando alguno ha estado en la injusticia de Babilonia y no ha hecho penitencia, es normal que sea *arrojado*. Observa cómo la Escritura, aunque haya sido traducida del hebreo al griego, ha expresado significativamente las diferencias de las palabras en la medida en que podía hacerlo. Dice, en efecto, en otro lugar: *Yo he preferido ser rechazado en la casa del Señor*²⁵, y *no ser arrojado*²⁶; aquí, en cambio, no puso: «y no seáis rechazados en su injusticia», sino: *no seáis arrojados en su injusticia*. Pues una cosa es *ser arrojados* y otra *ser rechazados*. Lo que es despreciado y olvidado no es arrojado, sino rechazado; pero lo que está hasta el fondo fuera de la salvación y es ajeno a la bienaventuranza es *arrojado*. La Escritura lo declara también en otro lugar cuando dice: *Los jefes de mi pueblo serán arrojados de la casa de mis delicias por sus deseos abominables*²⁷; porque

*sus privilegios no les aprovecharán*²⁸. Y tú mismo podrás reunir todos los textos de la Escritura en los que encuentres los términos «abyección» y «proyección», para que, por la comparación de las palabras, puedas dar un juicio con mayor confianza, porque, aunque la dispensación de la Providencia no se cuide mucho de seguir traduciendo en griego la elocuencia que se alaba en esta lengua, sin embargo se preocupó de explicar el significado de las palabras y de mostrar claramente sus diferencias a los que escrutan con suma diligencia las Escrituras²⁹.

5. *No seáis arrojados en la iniquidad de Babilonia porque ha llegado el tiempo de su venganza por parte del Señor*³⁰. La Escritura dice con admirable sentido que los suplicios son infligidos por causa del castigo del que los padece. Cuando uno, en efecto, no es castigado, queda impune. Yo recuerdo haber citado con frecuencia lo que está escrito en los Doce profetas³¹: *Y yo no visitaré a vuestras hijas cuando fornicuen, ni a vuestras nueras cuando cometan adulterio*³². Luego Dios no castiga, como algunos piensan, con ira a los pecadores; al contrario, es signo de gran ira, si se puede hablar así, no recibir los castigos de Dios³³; porque el que es castigado, aun siendo corregido por la así llamada ira de Dios, es castigado para que se corrija: *Señor, dice David, no me pruebes con tu cólera ni me corrijas con tu furor*³⁴, mas si nos pruebas, *pruébanos en tu juicio y no en tu furor*³⁵, dijo Jeremías. Encontrarás incluso que algu-

nos son corregidos en virtud de una promesa de Dios, puesto que, cuando les es prometido el castigo a los hijos de Cristo que pecan, no les es negada la misericordia; pues está escrito: *Si sus hijos abandonan mi ley y no andan en mis juicios, si profanan mis justicias y no guardan mis mandatos, visitaré con una vara sus crímenes y con azotes sus iniquidades. Pero no les privaré de mi misericordia*³⁶. Teniendo en cuenta estas cosas, mira cómo el que cometió crímenes hasta ahora y no es castigado es que aún no se ha hecho digno de castigo. La *visita* de Dios³⁷ se manifiesta ciertamente en los tormentos del que es visitado; pero al que, pecando, no es corregido, yo no sé qué castigo se le habrá reservado³⁸.

6. Estas cosas [se han dicho] a causa de lo escrito: *Porque es el tiempo de su venganza por parte del Señor*³⁹. Y sigue: *Él le dará su recompensa*⁴⁰. Dios no pagará a Babilonia con lo que se merece por medio de servidores, sino que *pagará Él mismo*. Quiero decir algo sobre la adición del pronombre «*Él mismo*», pues la Escritura dice: *Él mismo le dará su recompensa*. No a todos les *dio* lo que se merecen Dios mismo, sino que hay algunos a quienes Dios les *restituyó* por medio de otros, bien castigándolos, bien curándolos por el dolor, como se ve en los salmos: *Envío sobre ellos el furor de su ira: cólera, ira y angustia envió por medio de ángeles malvados*⁴¹. A estos no les *pagó* Él mismo, sino que se sir-

vió como ministros *de ángeles malvados* para su *retribución*; y tal vez a otros no les *recompense* por medio de ángeles malos, como a los que son castigados por sus crímenes, sino por medio de ángeles buenos⁴². Si escrutas las Escrituras encontrarás otros muchos textos semejantes a estos. Pero hay un momento en que, desestimado el oficio de los ministros, Dios *mismo restituye* la paga, como ahora a Babilonia. Temo, si callo, interponer en un pasaje claro algo oscuro que me parece escondido; pero es preciso tocar al menos algunas palabras. Cuando las heridas son asequibles y la curación rápida, el médico envía a su siervo, envía a su discípulo, para curar al enfermo por su medio; pues las heridas no son graves. Sucede también que a veces el paciente tiene necesidad de amputación y de bisturí; pero el médico no se apresura a curarlo *él mismo*, sino que, escogiendo a uno de sus discípulos capaces de curar, se sirve de él como ministro. Sin embargo, cuando las llagas son incurables y una antigua gangrena se ha propagado en la carne muerta y la enfermedad ha alcanzado tanta gravedad que está reclamando no las manos de un servidor o un discípulo que se encuentra muy próximo a él por la ciencia del arte⁴³, sino las manos del maestro *mismo*, entonces el gran médico, ciñéndose la cintura, procede *él mismo* a la sección de la terrible herida. De manera similar, cuando los pecados son menores, no es Dios mismo el que paga a los pecadores, sino que se sirve de intermediarios; pero cuando una grave enfermedad se apodera de un hombre por su culpa, como se apoderó de Babilonia, que fue afligida por las graves heridas que procedían de su propia malicia, entonces Dios mismo se apresura a retribuirlo⁴⁴. Si buscas algo semejante a esto, encontrarás tam-

bién cosas relativas a Jerusalén que le sucedieron después de los profetas por el crimen que cometió contra Cristo.

7. Así, se acabó el contenido de la primera perícopa. Veamos también lo demás: *Babilonia es un cáliz de oro en la mano del Señor que embriaga toda la tierra. Las naciones bebieron de su vino; a causa de ello se conmovieron las gentes y de repente Babilonia cayó y se rompió*⁴⁵. Nabucodonosor⁴⁶, que quería seducir a los hombres mediante el cáliz engañoso de Babilonia, no mezcló la bebida que preparaba en un *vaso de arcilla*⁴⁷, ni en un vaso un poco mejor, un vaso de hierro, de bronce o de estaño, ni incluso, lo que es mejor que todo esto, en un vaso de plata, sino que eligió un *vaso de oro* para preparar en él su bebida, a fin de que uno, viendo el resplandor del oro y complaciéndose en la belleza del metal radiante mientras sus ojos se adhieren enteramente a la apariencia, no considere lo que se esconde en el interior y, tomando el cáliz, lo beba en la ignorancia de que es el cáliz de Nabucodonosor. Entenderás lo que es el *cáliz de oro* aquí mencionado si observas qué composición estilística tienen las palabras mortíferas de las doctrinas perversas, qué belleza de elocuencia, qué división de las cosas, y constatas cómo cada uno de los poetas, que pasan entre ellos por ser los mejores estilistas, ha preparado un *cáliz de oro* y en este cáliz de oro ha puesto el veneno de la idolatría, el veneno de las palabras indecentes, el veneno de las doctrinas que matan el alma del hombre, el veneno de la falsa gnosis⁴⁸. Pero mi Jesús hizo lo contrario. En efec-

to, sabiendo que el cáliz del diablo era de oro y queriendo evitar que alguien que viniera a la fe pensase que el cáliz de Cristo es semejante al que ha dejado, al temer que fuese engañado por tener una materia semejante, se cuidó de que lleváramos *este tesoro en vasijas de barro*⁴⁹. Yo he visto a menudo un *cáliz de oro* en el hermoso ornato del discurso, pero al considerar el veneno de sus doctrinas he comprendido que era el cáliz de Babilonia⁵⁰.

8. *Babilonia es un cáliz de oro en la mano del Señor.* Babilonia no es un *cáliz de oro* siempre, pero cuando le sobrevenga el castigo habrá sido puesta *en la mano del Señor*; entonces se convertirá en la tierra que un día fue *tocada* en Job. Sin embargo, no siempre está *en la mano del Señor*, sino sólo en el tiempo del castigo, cuando el Señor empiece a darle lo que merece, entonces estará en su mano.

Embriagando toda la tierra. Este *cáliz de oro*, Babilonia, *embriagó toda la tierra*. ¿Cómo ha embriagado toda la tierra? Lo sabrás fácilmente si consideras que todos los hombres están *ebrios*. Estamos embriagados de cólera, de tristeza, estamos embriagados y transportados en éxtasis por el amor, las concupiscencias y la vanagloria. ¿Es preciso decir cuántas bebidas ha preparado [Babilonia], cuántos cálices de ebriedad ha proporcionado?

9. *Babilonia es un cáliz de oro que está embriagando toda la tierra*⁵¹. Observa que *toda la tierra* está llena de pe-

cados y no te preguntarás más cómo *Babilonia ha embriagado toda la tierra*. Pero si ves que el justo no está ebrio del cáliz de los pecadores, no pienses que la Escritura, que dice que *está embriagando toda la tierra*, mienta porque éste no esté embriagado por Babilonia y, no obstante, resida en la tierra. Aprende que el justo no es tierra; ahora bien, este *cáliz de oro embriaga toda la tierra*; sin embargo, el justo, aun estando en la tierra, *tiene su morada en los cielos*⁵². Y por eso no conviene decirle al justo: *Tú eres tierra y a la tierra irás*⁵³. Al contrario, si hay que hablar con audacia, Dios dice al justo que está aún en la tierra: «Tú eres cielo y al cielo irás»⁵⁴; pues lleva *la imagen del celeste*⁵⁵. Así pues, para concluir, *el cáliz de oro embriaga toda la tierra*, es decir, que mientras que somos tierra, todos somos embriagados por él.

10. *Las naciones bebieron de su vino, por eso se conmovieron*⁵⁶. En los que beben este licor de vino que está en uso, si beben por encima de su sed y sobrepasando la medida, vemos el cuerpo conmovido de un ebrio, unos pies que vacilan, una cabeza y unos tiempos sobrecargados, una boca defectuosa, una lengua que profiere palabras incoherentes, palabras entrecortadas por labios ateridos; del mismo

modo se puede ver cómo los que *han bebido del cáliz de oro de Babilonia se conmueven*, cómo andan con paso inestable, cómo con su mente debilitada y sus pensamientos fluctuantes no tienden a nada firme, sino que están siempre agitados por la turbación y viven en la incertidumbre. De ahí que la Escritura divina diga de tales hombres en otro lugar: *Por eso se turbaron*⁵⁷. Interpongamos algo de un misterio: ¿Por qué se dice del pecador Caín que, una vez que *hubo salido de la presencia de Dios habitó en la tierra de Nod, frente a Edén*⁵⁸? *Nod* se traduce en la lengua griega por «turbación»; porque el que abandona a Dios, el que deja la idea de pensar siempre en Él, éste *habita* todavía *en la tierra de Nod*, es decir, vive en la turbación de un corazón malo y en la conmoción de la mente.

11. *Las naciones bebieron, por eso se conmovieron; y de repente cayó Babilonia y se rompió*⁵⁹. ¿Cuándo *cayó Babilonia de repente*? A mi parecer, el profeta predice que el fin del mundo será *repentino*; pues *como en los días del diluvio [los hombres] comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban, hasta que llegó el diluvio y se llevó a todos*⁶⁰, produciéndose repentinamente la inundación –también *en los días de Lot* [sucedió] algo similar–, así tampoco la consumación del mundo será poco a poco, sino *de repente*⁶¹. Pienso que a esto hay que referir lo que está escrito en el libro de Josué, cuando, a la sola voz de la trompeta la ciudad de Jericó se derrumbó y pereció repentinamente. Según este símil, *Babilonia* también caerá al fin del mundo y será aniquilada de un golpe.

Se ha dicho esto a propósito del fin; pero si piensas en la venida de mi Señor Jesucristo y consideras su magnífica obra, cómo ha subvertido todas las doctrinas de los paganos sobre los ídolos para librar a los creyentes del yugo del error, entenderás que en el tiempo de su pasión *Babilonia se derrumbó en seguida y fue aniquilada*. Que cada uno de nosotros se examine a sí mismo y observe que Babilonia ha caído en su corazón; y si en el corazón de alguno no ha caído la ciudad de la *turbación* es que Cristo no ha venido aún a éste, porque viniendo a él Babilonia suele caer. Por eso, recurriendo a la protección de la oración, pedid que Jesús venga a vuestros corazones, que *destruya Babilonia*, que haga caer toda su malicia y que, en lugar de las cosas demolidas, en lugar de la Babilonia que había sido construida antes, reconstruya la facultad principal de nuestro corazón, *Jerusalén, la ciudad santa de Dios*⁶².

12. *Llorad por ella, tomad bálsamo para su corrupción a ver si sana*⁶³. *Llorad*, dice, *por Babilonia*; después, dado que toda alma puede recibir la salud y ni una sola es incurable ante Dios, da un consejo a los que pueden pasar a Jerusalén y obtener el *bálsamo* de la Alianza para hacer un emplasto: que asuman este remedio y procuren con todo su empeño devolver a Babilonia la salud. Intentemos también nosotros hacer esto, rogando a Dios para que nos dé el bálsamo racional y con el bálsamo racional aprendamos a poner el *emplasto, el aceite y las vendas*⁶⁴, y poniéndolos recuperemos *las heridas*⁶⁵ de Babilonia invitando al Samaritano para que esta desgraciada ciudad sea curada y, curada, deje de ser lo que había sido. Esto es lo que significa: *Tomad bálsamo para su corrupción a ver si se cura*. ¿Dónde están

los herejes, dónde están los que introduciendo diversas naturalezas afirman que hay una materia⁶⁶ que debe desesperar, porque no recibe en absoluto la salvación?⁶⁷ Si hay una naturaleza que tiene que perecer, ¿quién podrá ser sino Babilonia? Y, sin embargo, ni siquiera a ésta la desprecia Dios; pues manda a los médicos que *tomen bálsamo para Babilonia a ver si se cura*⁶⁸.

Así pues, algunos de los que habían recibido el mandato, *tomando el bálsamo para la corrupción de Babilonia a ver si se cura*, hicieron lo que se había mandado: tomaron el bálsamo para su corrupción, porque habían oído que *Babilonia* podía recibir la salud. Y como no obtuvieron lo que pensaban —pues Babilonia, perseverando en su malicia anterior, no quiso curarse—, los buenos médicos se dan por satisfechos y dicen: *Curamos a Babilonia y no sanó; abandonémosla*⁶⁹. Mira tú, hombre, si Dios no manda a veces a los ángeles que confeccionen el emplasto para curar la enfermedad de tu alma, *a ver si puedes sanar* de la enfermedad, y los ángeles responden: *Curamos a esta Babilonia* —designando [por Babilonia] a tu alma turbada por las pasiones— *y ella no sanó*. No acusan a su saber médico ni a la virtud del bálsamo, sino a ti, que no quisiste someterte a sus pres-

cripciones⁷⁰, cuando dicen: *Curamos a Babilonia, pero ella no sanó.*

Abandonémosla. Allí estaban como médicos, a las órdenes de Dios, el gran médico⁷¹, los ángeles, queriendo curar nuestras debilidades, queriendo liberar nuestra alma de los vicios, y nosotros les rechazamos desoyendo sus consejos⁷². Se dan cuenta que pierden su obra y, hablando entre ellos, dicen: *Abandonémosla y volvamos cada uno a nuestra tierra*⁷³, es decir, «Dios nos confió la medicina para curar el alma humana; nosotros vinimos en su ayuda y le dimos el remedio; pero ella es muy rebelde, no quiere observar lo que decimos, nuestros esfuerzos no dieron resultado»: *Dejémosla y volvamos cada uno a nuestra tierra*, esto es, a nuestro lugar propio y a nuestros propios asuntos.

Procura, hombre, que el médico no te deje, ya se trate de un ángel de Dios o de cualquier hombre al que le haya sido confiado el encargo de la palabra para proporcionarte la medicina de la salud⁷⁴. Pero si te abandona y dice: *Volvamos cada uno a nuestra tierra, porque su juicio se acercó al cielo*⁷⁵, es evidente que su partida es tu condena, como la de un incurable que no quiere curarse. Y cuando te haya dejado, ¿qué otra cosa te sucederá sino lo que suele suceder a los desahuciados por los médicos, que abrazándose voluntariamente a su enfermedad se hunden en un estado

peor? Los buenos médicos de esta vida tienen por costumbre hacer cosas semejantes a éstas. Uno de ellos accede al enfermo en la medida en que se admite su arte y no se interrumpe la industria de la medicina; pero si la enfermedad es tan grande que se resiste a la curación o si el mismo enfermo, cansado de sufrir, obra contra lo que se le prescribe, el médico, desesperado de un hombre así, le dejará y se retirará, no sea que, expirando [el paciente] entre sus manos, recaiga sobre él la responsabilidad de su muerte. Lo mismo sucede con nosotros: para que no muramos en manos de los santos ángeles que recibieron del Señor el encargo de curarnos, cuando desesperan de nuestra alma, nos dejan y dicen: *No hay emplasto que poner, ni aceite, ni vendas*⁷⁶. *Porque su juicio se acercó al cielo, se elevó hasta los astros*⁷⁷. El que tiene un pecado pequeño, no eleva su juicio hasta el cielo y los astros, pues es pequeño y humilde. Pero el que crece en el crimen, crece también en el juicio, y al mismo tiempo que sus vicios aumenta también su pena⁷⁸. Y como delinque hasta tal punto que su *juicio se eleva hasta los seres celestes* e incluso, cuando resiste a Dios por su impiedad, se eleva hasta los seres superiores, Dios profiere su juicio hasta la humillación del juicio que se elevó a causa del pecado y, profiriendo su juicio, humilla al pecado. Por otra parte, retribuye al justo con una recompensa digna de su vida en Cristo Jesús, *al cual la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén*⁷⁹.